

Selección RNR

Memorias del corazón

SECRETOS DEL ALMA III

VICTORIA MAGNO



Juvenil Paranormal

Memorias del corazón
Saga Secretos del alma. Libro 3

Victoria Magno



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para mis hijas, mis grandes amores. Ustedes son la luz y el motor de mi vida.

Para ti, papá. Siempre presente, siempre amado, siempre conmigo.

Para Roberto, mi querido hermano.

Tú siempre me apoyaste y leíste los que fueron los inicios de este mundo que explotó de mi cabeza directo a mi corazón.

Gracias por amarlo también.

“El amor no mira con los ojos, sino con el alma.”

William Shakespeare

NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

—¿Entonces quedamos en esto? —le preguntó Allan, sin dejar de abrazarla—. ¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. Mantendremos lo nuestro en secreto o te cortan la cabeza, ¿cómo puedes preguntarme una cosa así?

Los dos rieron antes de unirse en un nuevo beso.

—Allan.

Ambos se giraron al escuchar esa voz. Allan se tensó y frunció el ceño.

—Tanek.

Zarah y Allan se separaron. Zarah, con las mejillas arreboladas y el cabello revuelto, se giró para mirar a Tanek llegar por el camino.

—La ceremonia comenzará dentro de poco —dijo él, sin hacer ninguna mención de lo que había visto—. La princesa debe estar lista.

—Zarah, te acompañaré a casa...

—Creo que ya has estado demasiado cerca de ella por el día de hoy —le dijo Tanek—. Princesa, ¿le molestaría ir sola a sus aposentos? La terraza que da a su habitación no se encuentra lejos de aquí, puedo vigilarla desde este lugar.

—Por supuesto... —Zarah miró a Allan por el rabillo del ojo. Estaba sumamente serio, pero se preocupó de dedicarle una ligera sonrisa.

—Tranquila, ve. Luego hablaremos.

Zarah asintió y se alejó por los jardines, respirando todavía de manera agitada a causa de la conmoción.

¡Allan la había besado! ¡Al fin!

Rio como una completa desquiciada mientras recorría el trecho de la terraza hasta llegar a la ventana, y no paró de reír mientras comenzaba a buscar la ropa que se pondría esa noche. Ni siquiera dejó de hacerlo cuando entró al baño y se duchaba. Era un sueño hecho realidad, un maravilloso sueño hecho realidad...

Cuando terminó de colocarse el vestido tocaron a la puerta.

Controlando la sonrisa que todavía llevaba grabada en los labios, se acercó a la puerta y la abrió, sin detenerse a preguntar quién era.

Fue por eso que se sorprendió bastante al ver a Noelia y Alessandra de pie del otro lado.

—Hola linda, espero no haberte interrumpido —le dijo Noelia.

—No, claro que no —contestó ella, sin dejar de sonreír—. Pasen por favor.

—Sabía que querías ver a alguien, yo estaba nerviosísima antes de mi presentación —le comentó Alessandra—. ¿Cómo te sientes tú?

—Bastante bien, en realidad —contestó Zarah. Lo cierto era que todos los nervios se habían desvanecido después de ese cercano encuentro con Allan.

—Pues esto te va a hacer sentir mejor —le dijo Noelia, poniendo un paquete entre sus manos—. Te lo manda tu madre.

—¿Mamá...? —Una sombra de remordimiento cruzó la mente de Zarah. No había llamado a su madre en todo el día, ¿cómo habrían llegado de su viaje?

—¿Por qué no lo abres, querida? —le pidió Noelia—. Tu madre me dijo que podrías necesitarlo en la noche.

Prácticamente un signo de interrogación se dibujó en el rostro de Zarah. No es que fuera a llegarle el periodo esa noche ni nada, y como si su madre supiera de esas cosas, ¿qué podría ser entonces?

Con esa pregunta en la mente, rasgó el papel para poder abrir la caja.

Una automática sonrisa se dibujó en sus labios al encontrar una taza de aspecto familiar y varios paquetes de chocolate en polvo, junto a una nota escrita con la letra de su madre:

*«En caso de que las pesadillas te acosen,
y no pueda estar ahí para consolarte.*

Siempre contigo,

Mamá.»

Zarah no pudo evitar esbozar una sonrisa, al tiempo que un par de lágrimas rodaban por sus mejillas ante el recuerdo de su madre siempre a su lado cada vez que tenía una pesadilla, agradecida de que recordara hasta el mínimo detalle de su vida.

Miró el interior una vez más, para descubrir el viejo *atrapasueños* que Miranda le había regalado siendo una niña, como una manera de prevenir las pesadillas.

Lo tomó cuidadosamente y lo colocó el objeto su cama.

A su lado, vio la vieja fotografía de su familia. Con mucho cariño la besó, mirándola con dolor por no poder tenerlos a su lado.

—¿Todo bien? —le preguntó tímidamente Noelia, acercándose a ella al notar que no se movía.

—Sí, lo siento... Solo tengo un poco de nostalgia —Ubicó el marco

encima del buró, al lado de un extraño aparato redondo.

—Ese es un intercomunicador —se adelantó a explicarle Noelia—. El general le dio uno a tu familia para que se mantuvieran en contacto contigo, ¿por qué no los llamas?

Zarah asintió, recordando el aparato que le había entregado Ruperto a su madre, sintiéndose emocionada ante la idea de poder hablar con su amada familia.

—Es muy sencillo utilizarlo, si quieres te puedo enseñar —Alessandra se acercó al aparato y le dijo en tono claro: — «Llamar a mamá».

En una fracción de segundo el aparato se encendió y, proyectada a través de él, salió la cabeza de su madre, como si fuera un globo flotando en el espacio.

—¡Mamá! —gritó Zarah, casi yéndose de espaldas por la sorpresa.

—¡Zarilah, qué bueno verte! ¡Es increíble que esta cosa funcione tan bien! —exclamó Miranda, tan emocionada como su hija—. Casi podría tocarte, es como tenerte frente a mí en este momento... —Levantó levemente la mano para tocar la pantalla, con los ojos invadidos de lágrimas.

—Mamá no llores o me vas a hacer llorar a mí también... —Zarah quiso tocar el holograma del rostro de su madre, pero la mano solo atravesó el vacío.

—Tienes razón, querida. Debemos ser fuertes, siempre hemos sabido afrontar las situaciones difíciles y sacarlas a flote —La mujer se secó rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero dime, hija, ¿cómo te la has pasado? ¿Te divertiste hoy? ¿Qué te obligaron a hacer? ¿Ya tienes amiguitos nuevos? ¿Se han portado bien contigo, verdad? Porque si no, ahora mismo voy para allá y les doy su merecido. No me importa que tan Capadocia sean, tú eres mi hija y nadie va a tratarte mal...

—Mamá, mamá... —Zarah pudo interrumpir por fin aquel interminable monólogo—. Me han tratado muy bien. De hecho, a mi lado están Noelia y Alessandra, una de las chicas del equipo, las dos han sido muy amables y me han ayudado mucho. ¿Puedes verlas? —Alessandra y Noelia sonrieron, saludando con la mano al holograma.

—¡Hola lindas! —las saludó Miranda, aún más emocionada que antes—. ¡Qué lindo volver a verte, Noelia! Estoy preparando las recetas que me diste. Y tú, Alessandra, te agradezco mucho que ayudes a mi bebita, eres una lindura de chica.

—No se preocupe, señora. Yo la cuidaré muy bien... —Alessandra se puso colorada hasta la coronilla.

Se escuchó un estrépito tras Miranda, seguido de varios gritos y voces mezcladas con rápidas imágenes cuando su madre se giró para ver qué sucedía tras ella y la figura de Manolo apareció corriendo desnudo sobre el buró de Zarah.

—¡Manolo, métete a bañar en este instante! —le gritó Miranda, ignorando por un segundo la pantalla frente a ella para salir corriendo detrás de su hijo, provocando que su figura emergiera de la pantalla y atravesara a Zarah.

—¡No mamá, tenemos que cuidar el agua! —gritó Manolo, volviendo a aparecer en escena, desnudo de pies a cabeza—. ¿Qué estás haciendo? —El niño se asomó por la pantalla sin darle tiempo a su madre de contestar, y para Zarah fue como ver una inmensa cabeza emerger de su buró desbordándose de los límites del holograma, con ojos saltones y deformes, además de una nariz aplastada.

—¿Manolo, eres tú?

Río divertida Zarah.

—¡Zarah! —gritó Manolo, forcejeando para ponerse frente al aparato a pesar de los esfuerzos de su madre para llevarlo fuera de la habitación.

—¡Hágale caso a su madre! —Javier apareció en la escena, separando a Manolo de la pantalla antes de colgárselo a un costado—. ¡Hola, Zarah! ¿Cómo estás? ¿Se han portado bien contigo?...

—No empieces como mamá, Javier. —lo interrumpió antes de que continuara con el interrogatorio—. Todo está bien, me han tratado muy bien y de hecho aquí a mi lado está una amiga, Alessandra, y Noelia.

—¡Noelia, qué gusto verla! ¡Hola, Alessandra! —saludó Javier sin ninguna inhibición, como era su costumbre—. Cuida bien a mi hermanita, ¿quieres? ¡No permitas que ningún patán se le acerque!

—¿Zarah?!, ¿Es Zarah?! —se escuchó la voz de Maricarmen.

—Sí, estoy hablando con ella —le dijo Javier.

—¡Ya hablaste mucho Javier, déjame hablar con ella! —Apareció Maricarmen en escena, haciendo a un lado a empujones a su hermano.

—¡Hey, yo estaba hablando primero! —peleó Miranda como si fuera otra niña.

—¡Es en serio, Alessandra! ¡Adviérteles que se las verán conmigo! —insistió hasta el último segundo Javier, antes de ser vencido por la fuerza unida de su hermana y su madre, y el peso aún a costas de Manolo.

—¡Hola Zarah! ¿Cómo estás? —El rostro de Maricarmen surgió, tan bello como siempre.

—Bien, muchas gracias...

—¡Zarah, escuché a Zarah! —la voz de Marijó se oyó de repente.

—Llegas tarde, yo estoy hablando con ella... ¡Marijó! —Maricarmen no pudo decir nada más porque Marijó la mandó lejos de un empujón para poder situarse frente a la pantalla.

—¡Hey, Zarah! ¿Cómo te ha ido al lado de esos extraterrestres?

—¡Marijó, no seas grosera! —le gritó Maricarmen, volviendo a entrar en escena.

—Sí, Marijó. Junto a ella está una chica Capadocia y también Noelia —le susurró Javier, pero demasiado cerca de la pantalla, y las tres mujeres del otro lado escucharon cada palabra.

Zarah sintió que el color se le subía al rostro, al tiempo que le dedicaba a Noelia y Alessandra una sonrisa forzada como disculpa.

—Zarah es una de ellos. Si se va a ofender, empiecen por su propia hermana, ¿no lo creen? —les preguntó Miranda, volviendo a aparecer en la pantalla—. ¿Cariño, recibiste las cosas que te envíe? ¿Necesitas alguna otra cosa?

—No mamá, todo está perfecto. Te agradezco que te acordaras de...

—¡Ya llegué, ayúdenme con las cajas! —se escuchó a lo lejos la voz de su padre.

—¡Zarah, no te vayas! ¡Acaba de regresar tu padre! —le pidió Miranda emocionada, asomándose por la ventana para gritarle a su marido—. ¡Miguel, Zaritah está al teléfono! O bueno, en esa cosa que parece un televisor en tercera dimensión... ¡Solo apúrate!

—¿Zarah?! —se escucharon un montón de cosas rompiéndose y enseguida apareció en pantalla el rostro de su padre, y al lado el de Dany, quien observaba con curiosidad las figuras emergentes delante de ella—. ¿Cómo estás, hija? ¿Te han tratado bien...?

—Sí papá, ya me preguntaron todo eso, estoy bien, gracias... —sonrió la chica, observando de reojo como sus hermanos recogían del suelo un montón de objetos rotos que su padre había dejado caer por la prisa—. ¿Cómo has estado tú, papá?

—Bien, bien, cariño. Cualquier cosa que necesites, solo dínoslo, ¿de

acuerdo?

—Ya le dije eso, Miguel —le susurró Miranda, a su lado.

—Muchas gracias, los quiero mucho a todos y los extraño tanto...

—También nosotros, pequeña. Contamos los días para que regreses... —
Unas lágrimas se asomaron por los ojos de sus padres.

—Y es literal, Zarah —apareció en pantalla un calendario con los días restantes marcados para que Zarah regresara a casa —. ¡No puedes atrasarte ni un solo minuto, eh!

—Marijón, baja eso... —rio su padre, asomándose nuevamente por la pantalla—. Dulces sueños, mi princesita. No te olvides de tus viejos que te aman...

—¡Ni de tus hermanos! —agregó Marijón, metiéndose nuevamente en la imagen con Dany en brazos.

—¡Cúdate mucho, mi cielo! —dijo Miranda, mientras los demás se amontonaban en la pantalla para despedirse también.

—¡Te queremos hermanita! —gritó Javier, cargando a Manolo sobre su espalda.

—¡No dejes que nadie te moleste, Zarah! —Maricarmen le guiñó un ojo, haciéndole saber a quién se refería, y conociendo a Raquel, era de esperar que la molestaría en ese sitio.

—¡Tráeme algo Zarah! —pidió Marijón.

—¡También a nosotros! —gritaron al unísono Javier y Manolo.

—¡Ya niños, no agobien a su pobre hermana! —los reprendió Miranda—. Cúdate mucho mi cielo, y no te olvides de llamarnos seguido, queremos estar pendientes de ti

—Claro que no, mamá. Les llamaré todos los días sin demora —Zarah

sintió que la voz se le comenzaba a quebrar—. ¡Los quiero mucho a todos!

—¡También nosotros! ¡Adiós, adiós...! —gritaron todos al tiempo que la imagen se desvanecía lentamente.

Zarah miró al vacío donde hacía un segundo había observado a toda su familia, y se secó con tristeza unas lágrimas rebeldes que habían rodado por sus mejillas.

Alessandra le puso una mano sobre el hombro, sonriéndole amigablemente.

—Llora cuanto quieras, te entiendo completamente y la primera noche es siempre la más difícil. Pero verás que dentro de poco te acostumbrarás a estar aquí.

—Te lo agradezco —asintió Zarah, intentando sonreír.

—No les has comentado de la ceremonia —le dijo Noelia, acercándose lentamente a ellas.

—No, prefiero hacerlo este fin de semana cuando vaya a casa. No quiero abrumarlos con detalles que no puedo contestar ahora. Será mejor que después de que todo haya pasado, les cuente de qué trato, y no en este momento que no entiendo nada de lo que sucederá.

—Me parece una decisión inteligente —convino Noelia—. Ahora vamos a vestirte, linda. Debes usar algo hermoso y muy especial para tu ceremonia de iniciación.

Allan aguardó pacientemente a que Zarah entrara en su habitación y cerrara la puerta tras ella. La joven no lo sabía, pero había un intrincado sistema de seguridad activado en el palacio y con solo cerrar la puerta se estaba protegiendo a sí misma.

Tanek debió esperar a lo mismo que él, porque no fue sino hasta que Zarah hubo corrido la cortina que regresó la vista enfrente, para dirigirla a Allan, y no fueron palabras con las que inició la conversación. Antes de que Allan pudiera reaccionar, le asestó un tremendo puñetazo en el rostro, provocando que Allan fuera despedido hacia atrás y terminara chocando contra una enorme roca que se fragmentó por el impacto.

Sin darle tiempo para reaccionar, Tanek se abalanzó sobre él, dispuesto a asestarle unos buenos golpes. Pero Allan no se había ganado su fama como guerrero por su linda cara, y Tanek lo comprendió enseguida cuando su compañero no solo esquivó el siguiente golpe, sino que le detuvo el puño en el aire.

Algo que nadie había hecho jamás.

—Tanek, sé que estás enojado, pero tienes que entender...

—¿No te dije que te mantuvieras alejado de ella? —bramó Tanek, soltándose de su agarre para intentar asestarle un nuevo golpe.

Allan era bastante ágil, pero Tanek también; ambos famosos entre La Capadocia por ser guerreros excepcionales, y a diferencia de Allan, que

parecía no tener la intención de asestar ningún golpe, Tanek iba a por todas, dispuesto a usarlo como saco de boxeo. Allan recibió un buen puñetazo en el estómago, que le quitó el aire, y otro en la barbilla que lo tiró al suelo. No satisfecho con eso, Tanek cambió a su forma Kinam, haciendo emerger las largas púas de sus antebrazos con toda la intención de atacar a Allan con ellas.

—¡Tanek, tienes que escucharme!

—¿Por qué he de hacerlo si tú no me escuchas a mí? —gruñó, desapareciendo en una voluta de humo verde para volver a aparecer detrás de él. Allan apenas tuvo tiempo de esquivar la fatal púa.

—¡Es Madeleine, Tanek! ¡Madeleine! ¿No lo entiendes? —Allan se giró hacia él, intentado hacerlo entrar en razón—. Es la mujer a la que amo, a la que he estado esperando por mil años, ¡no puedo estar alejado de ella!

—¡Claro que puedes! —bramó Tanek, cambiando en su totalidad para intentar asestarle un buen golpe con las púas de la cola—. Has estado lejos de ella por dieciséis años, ¡y por mí te habría mantenido alejado de ella toda su vida!

—¿De qué estás hablando? —Allan esquivó apenas un golpe de la cola—. ¿Quieres decir que tú sabías...? —Allan se tuvo que tirar al piso para esquivar otro golpe.

—Por supuesto que sabía, siempre lo he sabido —Atacó de nuevo, y esta vez a Allan no le costó esquivar su golpe. Tanek leyó con claridad el enojo encenderse en el rostro de Allan, y comprendió el temor que sus enemigos debían sentir al enfrentarse a él, el temor por el que Allan se había vuelto tan famoso a lo largo y ancho del mundo...

—Si lo sabías, ¿por qué no me dijiste que era ella? ¡Sabías que la he estado esperando por mil años!

—Ya te lo dije. De ser por mí, te habría mantenido alejado de ella toda la vida.

Ahora el enojo reflejado en los ojos de Allan se mezcló con el dolor, y la traición...

—¿Por qué...? —Allan comenzó a sentir que su cuerpo temblaba por la furia, precipitando el cambio—. Ella es Madeleine, Tanek. Mi esposa.

—No, Allan. Fue tu esposa, hasta que la muerte los separó. Ahora ella no es nada tuyo, y no permitiré que vuelvas a conducirla a la perdición como hiciste cuando era mi hermana.

—Sabes que yo la amaba, nunca fue mi intención...

—¡Pero lo hiciste! —bramó Tanek, encendiéndose en una voluta verde—. Y por tu culpa mi hermana murió, ¡y no permitiré que ahora Zarah lo haga!

—¿Qué está sucediendo aquí? —Ahren llegó salido de la nada, acompañado por Aníbal y Ruperto—. ¿Me pueden explicar el motivo de este escándalo?

Allan, todavía demasiado alterado, se enderezó para encarar al rey. Sabía que si Tanek revelaba la verdad, todo estaría perdido, pero no estaba dispuesto a echar marcha atrás.

Tanek pareció pensar lo mismo, se mantuvo estudiando a Allan con la mirada durante varios segundos antes de encarar al rey.

—No ha sido nada, majestad. Solo un intercambio de palabras entre compañeros.

Ahren escrutó a Tanek con los ojos y luego a Allan.

—Espero que así sea, caballeros. No quiero saber que los líderes de los miembros del equipo a cargo de la custodia de la princesa, mi nieta —recalcó esas palabras—, se encuentren en conflicto.

—Por supuesto que no, majestad —contestaron Tanek y Allan al unísono.

—Sabe que la armonía es la base para mantener la cordialidad y a un

equipo unido. Si hay conflictos internos, el derrumbar las bases de protección para llegar a la princesa será cosa de nada para el enemigo.

—Tenga por seguro, majestad, que la princesa está bien protegida —le dijo Allan—. No importa si surge algún conflicto de pensamiento entre nosotros, nos une el mismo objetivo, que es mantener a la princesa a salvo. Y por nuestra vida, le juramos que eso no va a cambiar.

Tanek estudió a Allan mientras pronunciaba esas palabras y finalmente miró a Ahren.

—Se lo juramos, señor.

—Sus palabras me tranquilizan —concedió Ahren—. Ahora debemos prepararnos para la ceremonia de iniciación de mi nieta. Tanek, ven conmigo. Allan, quédate a custodiar a la princesa. Y una última cosa les digo —Aunque la advertencia iba para ambos, solo miró a Allan al hablar—, saben bien que es mi nieta a quien están protegiendo. Sabré agradecer con generosidad a quien la ha salvado de los peligros hasta ahora, pero si es a causa de su descuido que mi nieta termine en alguna clase de peligro, no dudaré en aplicar la máxima ley para castigar a ese culpable. Sea quien sea. ¿Ha quedado claro?

Allan asintió, desviando a propósito la vista de los ojos de su padre, que se mantenían implacablemente fijos sobre él.

—Por supuesto, majestad.

Al mirarse al espejo, a Zarah le regresó a la memoria el día que hizo su primera comunión. Noelia y Alessandra la habían vestido con un hermoso vestido blanco de mangas largas que se anchaban a la altura de las muñecas y caían delicadamente a los costados, recordándole bastante a los vestidos antiguos de las princesas de cuento. Le recogieron el cabello en una cola de caballo y adornaron el tocado con flores naturales blancas.

—Ya estás lista —le dijo Noelia al terminar de colocarle la última flor en el cabello.

—Te ves muy bonita, princesa —Alessandra la rodeó para colocarle un fino velo sobre el rostro—. Ojalá yo me hubiera visto así de bien el día de mi iniciación.

—Tenías siete años, debiste verte hermosa —le dijo Noelia—. Todas las niñas lucen hermosas a esa edad.

Zarah sonrió divertida, ella también se había visto bonita a esa edad cuando hizo la primera comunión.

—¿Te sucede algo, linda? —le preguntó Noelia, al notar su sonrisa.

—Me preocupa verme un poco ridícula haciendo algo que los Capadocia suelen hacer de niños, estando yo ya grande.

—Nada de eso, no hay edad para esta ceremonia, y tú te ves hermosa, princesa —le aseguró Noelia—. Ahora, vamos. Tienes que estar lista... —se calló al escuchar que alguien tocaba a la puerta.

—Pase —dijo Zarah, asumiendo que sería una de las encargadas del palacio para avisarles que debían ir al salón principal, donde se llevaría a cabo la ceremonia.

Fue por eso tan grande su sorpresa cuando vio a Allan de pie al otro lado de la puerta.

—Espero no interrumpirlas...

—No, claro que no —Noelia sonrió de oreja a oreja, apurándose para tomar sus cosas—. Vamos Alessandra, dejémoslos solos. Tienen mucho de qué hablar antes de la ceremonia.

Alessandra le guiñó un ojo a Zarah antes de salir acompañada por Noelia.

—¿Está bien si entro? —le preguntó Allan, con una timidez rara en él.

—Por supuesto —Zarah iba a ponerse de pie para recibirlo, pero él se lo impidió, haciendo un ademán con la mano para pedirle que se quedara sentada.

Allan la miró con una sonrisa un tanto cohibida antes de acercarse a ella y arrodillarse ante ella, tomando sus manos. Él iba vestido de manera elegante, con un traje negro con una capa azul sobre los hombros.

De reojo, la visión que le regresó el espejo fue la de una pareja ante el altar...

Y Zarah no pudo evitar sonreír de manera soñadora ante esa imagen.

—Te ves muy hermosa —le dijo él en voz baja, levantando el velo de su rostro para poder verla directamente a la cara, provocando con ese acto que el sueño de que eran novios el día de su boda se hiciera más real...

Extrañamente real...

Como si pudiera, por una fracción de segundo, haberse visto a ellos dos en esa misma escena en otro lugar, en otro tiempo...

—Luces como una estrella de cine —continuó hablando Allan, sacándola de sus ensoñaciones.

Zarah sonrió ante el comparativo, dudaba que ella pudiera ser tan bella como una estrella de cine, pero que él se lo dijera le hacía sentir como una, sin ninguna duda.

—Me alegra tanto verte aquí —Zarah estrechó con más fuerza sus manos—. Me siento muy nerviosa... Dime, ¿qué harán durante esta ceremonia? ¿Es muy importante?

—Es más bien algo así como una tradición —le explicó él, intentando calmarla—. No te pongas nerviosa, no tendrás que hacer nada. Todo el trabajo lo realizará Flérida, tú solo deberás esperar a que ella dé su veredicto.

—¿Veredicto?

—¿Recuerdas lo que te expliqué? Sobre los Niveles de Jerarquía de la Capadocia...

—¿Los poderes con los que naces, no es así?

—Exactamente —Allan asintió con la cabeza—. Bueno, cada Capadocia nace con un grado de energía, nosotros los hemos clasificado en un orden especial para conocer el poder que cada persona tiene, y de esa forma lograr sacarle el mayor potencial dependiendo de su talento.

Zarah frunció el ceño, algo confundida.

—Creía que me habías dicho que todos iban a una «escuela Capadocia», o algo así, ¿no?

—Los Niveles de la Capadocia se alcanzan con entrenamiento y conocimiento, así es —sonrió, asintiendo con la cabeza—, pero nacemos con un Grado de Jerarquía, y dependiendo del orden al que pertenezcas será el entrenamiento que recibas. En mi caso, por ejemplo, como Alma Roja, debo tener un entrenamiento de acuerdo a mi talento de fuego, diferente al de

Patrick, que es un Alma Rosa con la capacidad de hablar con los animales, o Raquel que es un Alma Turquesa con la capacidad de controlar el agua. Los tres podemos tener conocimientos básicos en algunos temas, pero en lo que se refiere a las Jerarquías con las que nacemos debemos hacer distinciones especializadas.

—Entiendo... ¿Y será eso lo que ellos verán? ¿A qué jerarquía pertenezco?

—Así es —Allan le sonrió, tomando su mano y llevándola a sus labios para plantarle un beso de manera cariñosa en los nudillos—, hoy sabrás de qué color es tu alma.

—Genial... supongo.

—Tranquila, todo saldrá bien, ya verás —le sonrió Allan—. No habíamos tenido oportunidad de hablar al respecto, se supone que debía explicarte el procedimiento, pero creo que nos hemos distraído con otros temas... —le dijo con una sonrisa pícaro, acercándose a su rostro.

Zarah sonrió, sintiendo que enrojecía al máximo cuando él posó ambas manos alrededor de su cintura, aproximándola a él.

—¿Tienes alguna otra duda sobre lo que sucederá hoy?

—Sí, ¿vas a besarme o vas a quedarte allí hasta que nos vengana a interrumpir, como siempre?

Allan sonrió y se acercó más a ella, uniendo sus labios a los suyos en un beso suave y cálido.

La puerta sonó un par de segundos después y ambos se separaron.

—¿Lo ves? Pareciera que siempre tenemos a alguien vigilándonos y dispuesto a mantenernos separados —bromeó Zarah.

Allan no sonrió. Sabía muy bien que tenía al mundo entero sobre ellos,

vigilándolos.

—En ese caso, me da gusto saber que me ordenaste darme prisa —la volvió a besar, esta vez fugazmente.

—¿Capitán, princesa? —se escuchó la voz de Alessandra del otro lado—. Nos están esperando. La ceremonia va a dar inicio.

—Vamos, princesa —Allan le ofreció el brazo, actuando para aparentar un trato distante y cordial, la actitud que un capitán debería otorgarle a una princesa, y Zarah lo imitó en el gesto, poniéndose de pie y tomando su brazo con respeto, pero sin demostrar ninguna señal de afecto, por excepción de su mirada, cuyo fervor al verlo la delataba sin duda.

Aunque ella no podía hacer nada para controlarla, sencillamente los ojos le brillaban al estar cerca de Allan.

Ambos salieron en un paso lento y elegante de la habitación. Afuera se encontraron con Noelia y Alessandra, quienes tomaron la delantera en el camino.

—Espero que esta vez te quedes —le dijo Zarah en voz baja, para que las otras no los escucharan.

—Soy el capitán de tu guardia personal, tu abuelo me ha dado la orden de quedarme cerca de ti todo el tiempo para protegerte. Es mi deber quedarme.

Zarah sonrió en respuesta a la sonrisa que él le dedicaba, aunque no pudo dejar de notar que había cierta tristeza en su rostro.

—¿Hay algo que deba esperar? —le preguntó Zarah en un murmullo, llegando al rellano de las escaleras—. Ya sabes... No soy muy buena en los deportes, supongo que no he de tener mucho... poder, o como lo llamen.

—Un talento no depende del poder que tengas, es solo lo que eres. Tú eres muy buena en pintura, y no por eso eres menos importante que otra persona que es buena en básquetbol o en atletismo. Son cualidades diferentes, es lo mismo

en este caso.

—¿Pero entonces por qué tienen las Jerarquías? ¿No quiere decir eso que hay alguien por encima de otros?

—Técnicamente sí... Pero no me parece correcto. Si hay algo que aprendí de los Kinam, Zarah, es que nadie está por encima de otro. Tú serás tan buena en algo como quieras serlo.

—¿Y entonces, qué tienen que ver las Jerarquías?

—Depende del color del Alma las cualidades que posea, el talento con el que naciste, pero realmente la Jerarquía fue inventada por La Capadocia, no es que un Alma en sí tenga más poder que otra... Por lo general —añadió, como si lo hubiera pensado de manera más detenida—. Las Almas de Fuego son realmente muy poderosas, y fueron ellas las que formaron las Jerarquías que definieron a La Capadocia.

—¿Almas de Fuego? ¿No eres tú uno de ellas?

Allan asintió.

—Pero estoy dentro de los límites más bajos, yo me refiero al Alma Amarilla o al Alma Naranja, y claro, el Alma Dorada, ¡ni qué decir del Alma Azul! Las Almas Azules son los otros reyes de La Capadocia, seres tan poderosos como cualquiera de nosotros desearía ser. Y las Almas Blancas... —arqueó las cejas, emocionado—. Nunca se ha sabido de una que haya existido, pero se dice que poseen tanto poder que son capaces de todo en el mundo. Nada es imposible para ellas... —se quedó callado de repente, pensativo—. Pero son casos muy raros, tanto poder reunido en una sola persona es como ver una supernova en el firmamento; un caso posible, pero que casi nunca ocurre.

—Entiendo... —Zarah asintió con la cabeza y se quedó paralizada al ver a Raquel a lo lejos, dirigiéndole una mirada de hielo.

—Tranquila, todo va a estar bien, eres la princesa y estás conmigo. No permitiré que nadie te dañe —le dijo Allan, infundiéndole ánimos al suponer que eran los nervios lo que le preocupaba.

Zarah le sonrió sin mucho ánimo, ¿cuándo llegaría el día en el que él se diera cuenta de la arpía que tenía por amiga?

El salón del trono se encontraba repleto de gente. Zarah se sintió incómoda al instante, a pesar de que todos le sonreían, como si esperasen agradarle. Al menos el hecho de que por primera vez desde que había llegado, Allan caminaba a su lado, la hizo sentir mucho mejor al entrar en ese lugar, con tantas personas observándola fijamente.

Su abuelo, de pie en la tarima del fondo, delante del enorme trono, la esperaba con una mano extendida, llamándola a su lado.

—Bienvenida, princesa Zyanya —la recibió, llevándola elegantemente a su lado una vez que Zarah hubo alcanzado su mano.

Allan se quedó de pie cerca de ella, de manera que su persona no molestara a la vista, igual que un guardaespaldas.

—En esta ceremonia de iniciación, una ceremonia milenaria para nosotros, integrantes del Círculo de la Estrella de los Cinco Picos, nosotros conoceremos el color de tu alma así como el alcance de tus talentos con los que tú, princesa Zyanya, integrarás la orden y prestarás ayuda de hoy en adelante para toda la humanidad como una Capadocia.

Zarah abrió los ojos, disimulando la sorpresa que esas palabras significaban para ella.

—Existen cuatro Niveles de Jerarquía de La Capadocia: los Militantes; los Anillo de Cristal y los Antiguos; los Iris; y finalmente los primeros y más poderosos de la orden, los Alma de Fuego, los seres más poderosos que han

pisado la faz de la tierra. Hoy conoceremos qué tipo de Capadocia eres y el nivel de poder con el que has nacido, que te otorgará una jerarquía propia dentro de la orden.

Zarah asintió, intentando asimilar todo eso.

Si eso definiría qué tipo de Capadocia sería y qué jerarquía tendría en adelante, estaba segura que resultaría un fiasco. Siempre lo había sido en los deportes, no sabía qué gran cosa esperaban. Podría ser una princesa, pero si llegaba a militante estaría agradecida...

Quizá no fuera tan malo, si descubrían que no tenía ningún poder, como ella estaba segura, la enviarían de regreso a casa y todo volvería a la normalidad.

—Princesa Zyanya, da un paso hacia delante.

Zarah dio el paso, sintiendo que las rodillas le temblaban ligeramente.

—Ahora tu talento será reconocido. Flérida... —Ahren se dio la media vuelta con un brazo extendido, llamando a su lado a Flérida, quien, ataviada con un elegante vestido verde, se encontraba a pocos pasos de ellos, mezclada entre la multitud.

Zarah alcanzó a distinguir a Amy cuando dejó su lado, y cerca a Rebecca, pero no vio a Raquel por ningún lado.

Flérida subió a la tarima, y tras hacer una delicada reverencia al rey, extendió una mano para tomar la de Zarah.

—Ven conmigo, princesa —le pidió, llevándola con ella hacia su izquierda. Allan había abierto una puerta ubicada cerca de Aidan y Tanek, a quienes no había notado hasta entonces, y Flérida la condujo hacia ella.

La gente mantenía la vista fija sobre ellas, provocando que Zarah apenas pudiera captar qué era lo que Flérida deseaba que ella hiciera. Entró en la habitación con Flérida siguiéndole los talones, y la mujer cerró la puerta tras

ella.

Zarah frunció el ceño, extrañada. Se encontraban en un cuarto blanco, completamente vacío. Flérida la tomó del brazo y la condujo hacia delante, hasta alcanzar otra puerta. Esta vez llegaron a una habitación que no era una habitación, era un jardín dentro de una habitación, o eso fue lo primero que Zarah asumió al ver a su alrededor, y notar que el suelo era de tierra, colmado de árboles y vegetación por doquier. Un estanque reposaba en el centro, el único sonido del lugar era el canturreo del caer del agua cristalina desde una alta cascada artificial. Al levantar la vista, alcanzó a divisar el cielo en donde se suponía debía haber un techo.

Flérida la tomó de la mano y la condujo hasta el estanque. Supuso que se detendría, pero no fue así, y Zarah mojó su hermoso vestido nuevo entrando en ese estanque con la ropa puesta. Se había equivocado, eso no parecía su primera comunión, ¡era su bautizo!

Flérida señaló un arco de madera que rodeaba el lago y este se encendió en llamas.

—Los cuatro elementos —le explicó Flérida, posando las manos a escasa distancia de su cabeza—. Fuego, agua, aire y tierra. Estás en contacto con los cuatro al mismo tiempo —Zarah no tuvo tiempo de reaccionar para evitar que la mano con la que Flérida sujetó la suya, se quemara cuando ella le hizo tocar el fuego.

Sintió un ardor instantáneo, pero antes de que pudiera gritar, algo increíble sucedió. Del interior de su ser emergió algo, un no sé qué, algo que era tan sublime e irreal como antinatural, pero a la vez, de alguna manera sabía que era tan real como ella misma.

Era su alma.

Lo supo, no tenía idea de cómo, pero lo supo...

Y su alma la envolvió como una llama protectora, evitando que el fuego la

quemara, absorbiéndolo como parte de sí misma. Solo hasta entonces se dio cuenta de que tampoco ya estaba mojada, el agua sencillamente se había alejado de su cuerpo y sus ropas, despejándose en una especie de hueco vacío donde nada que no fuera ella podía entrar, como si una especie de escudo la protegiera. Ni siquiera estaba tocando el suelo, flotaba como un globo, sin necesidad de que nadie la sujetara.

Tan rápido como comenzó, terminó, y Zarah cayó, chapoteando por intentar mantener el equilibrio. Tomó una honda bocanada de aire, solo hasta ese momento se percató de que tampoco había estado respirando.

—Tú... —musitó Flérida. Había abierto los ojos al máximo y observaba a Zarah boquiabierta.

—¿Yo qué?

—Tú...

—¿Yo qué? —repitió la pregunta, comenzando a asustarse.

—Tú sí que eres extraña, completamente fuera de lo común... —le dijo en un susurro bajo, esbozando un asomo de sonrisa.

—¿Por qué?... —pregunto Zarah con un hilo de voz.

—El color de tu alma es sumamente raro y exquisito...

—¿Qué? ¿Es que ya lo sabes? —Zarah arqueó las cejas, sorprendida —. ¿Eso fue todo? ¿Ya sabes qué tipo de Capadocia soy?

—Por supuesto —contestó Flérida, mirando hacia un lado, por donde su abuelo, acompañado por Tanek, Aidan, Allan, Aníbal, Ruperto y Patrick, se acercaban a ellas. Habían estado aguardando en el cuarto blanco hasta ese momento.

—Zyanya... —musitó su abuelo, abriéndole los brazos para recibirla en un abrazo.

Zarah tomó su mano y salió del agua chorreando por todas partes, él la abrazó, sin importarle que se mojara al contacto con ella. Zarah buscó la mirada de Allan, quien permanecía apartado, con el rostro impasible, sin ayudarle a ella a comprender el porqué de la emoción que todos parecían tener grabada en el rostro.

—Eres una digna integrante de la familia, Zyanya —le dijo su abuelo, soltándola al fin.

—¿Es que tú también ya lo sabes? —Le preguntó Zarah.

—¿Saberlo? —bufó Patrick, de pie atrás del rey —. Niña, tu luz iluminó el salón completo.

—¿Entonces? —Zarah buscó el rostro de su abuelo y luego el de Allan, quien se había quedado en silencio —. ¿Qué se supone que soy?

—Zarah, tú eres un Alma Azul.

—¿Un Alma Azul? —repitió Zarah.

Un extraño sentimiento la recorrió por dentro, recordaba las palabras de Allan, el Alma Azul era poderosa, sumamente poderosa...

—Su computadora funciona a la perfección —dijo Flérida, esbozando una sonrisa de oreja a oreja—. El aura de Zarah es azul, no hay ninguna duda, ella es un Alma Azul.

—¿Entonces lo sabían? —Zarah miró a Allan.

—Bueno... es lo que decía la computadora, pero no queríamos dar nada por sentado hasta asegurarnos —le explicó Allan.

—¡Se lo dije! —exclamó Patrick, contento—. Ariel es perfecta, como su creador... O sea, yo —le guiñó un ojo a Zarah.

—¡Deja de decir tonterías! —lo reprendió Raquel, quien llegaba en compañía de Rebecca, Alessandra y Jaqueline—. ¿Cómo que un Alma Azul? ¡¿La han visto?! ¡¿Cómo diablos puede ser ella un Alma Azul?! —pronunció el *ella* de una forma tan despectiva, que su tono no pasó desapercibido para los presentes. Ahren, Allan, Patrick, así como Aníbal y Ruperto, se volvieron a mirar a Raquel con el ceño fruncido.

—Hija mía, luces más linda calladita —le dijo Flérida, adelantándose para colocarse al lado de Raquel.

—Esto tenemos que celebrarlo —dijo Ahren, cambiando de tema a propósito para centrarse en lo realmente importante—. Un Alma Azul es un

alma tan poderosa como exquisita, sumamente rara entre las almas de La Capadocia.

—Sin mencionar que estás doblemente dentro de la Estrella —le dijo Patrick.

—No hasta que ella sea un alma Renacida. Hasta entonces, no es más que un Alma de Fuego —musitó Raquel, enojada.

—Un Alma de Fuego mucho más poderosa que tú —recalcó Patrick, sonriendo gustoso al hacer enfurecer a Raquel.

—Tonto, yo no soy un Alma de Fuego, ¡soy una Iris, al igual que tú!

—Y por lo mismo, Zarah es mucho más poderosa que tú. Deberías mostrarle respeto.

—O lo dos podrían callarse y demostrar el respeto que su princesa merece —los hizo callar Aníbal, harto de la discusión.

—Lo sentimos —contestaron los dos al unísono, sin dejar de dedicarse miradas de odio por el rabillo del ojo.

—Son un par de adultos de más de trescientos y mil años, y actúan como un par de niños —los reprendió discretamente Allan.

Raquel y Patrick se miraron con una mueca de enojo antes de volver a fijar la vista enfrente.

—Sabía que en el momento en el que la computadora dio a conocer esos datos no podía equivocarse —dijo Alberto, quien había llegado sin que Zarah lo notara, dirigiéndose a su padre—. Recuerdo que desde pequeña Zarah siempre poseyó una destreza increíble.

—¿Ustedes... estuvieron allí? —les preguntó Zarah, sorprendida. Había sentido como si varias personas la observaran cuando estuvo en esa extraña clínica, pero los únicos presentes habían sido Allan, Patrick y el médico, el

doctor Trauman. Ahora sabía que no había estado equivocada al sentir la presencia de otras personas observándola.

—Sí, no nos viste, pero estuvimos del otro lado del cristal —contestó Ahren—. El general, el coronel, tu tío y yo, todos presenciamos la prueba. Ahora vayamos adentro, comencemos el festejo, y ¡qué festejo haremos! Zarah, un Alma Azul, apenas puedo creerlo.

—Yo tampoco —musitó Aidan en voz baja.

Zarah se giró hacia él, de alguna forma supo que nadie había escuchado lo que él había dicho más que ella.

—Creo que debemos hablar —dijo Allan de repente, dirigiéndose al rey.

—¡Allan! —bramó Aníbal, ordenándole a su hijo con la mirada que desistiera.

Pero Allan no dio pie atrás.

—Rey Ahren, usted sabe cómo todos nosotros cuál es el destino de las Almas Azules, y cuál es el modo de La Capadocia de tratarlas. Debemos discutir al respecto, a la princesa no se le puede dar un trato...

—Es cierto —lo secundó Tanek, para asombro de Zarah—. Debemos discutir este tema enseguida, y por lo pronto, el conocimiento del color del alma de Zarah debe quedar solo entre nosotros.

Ahren los miró uno a uno y asintió con la cabeza.

—Tienen razón —confesó, sorprendiendo a los otros—. Agradezco su preocupación, Tanek, Allan... —le dirigió una mirada especial a éste último—. Capitán, me alegra saber que usted tiene un genuino interés por el bienestar de nuestra princesa, mi amada nieta —Ahren posó una mano sobre el hombro de Allan—. Me doy cuenta de que he hecho bien al encomendarte su cuidado, Allan.

Allan lo miró a los ojos.

—Se lo agradezco, alteza...

—Ven conmigo, te has ganado el derecho de discutir con nosotros el rumbo que deberá tomar el entrenamiento de mi nieta —Ahren se giró hacia Zarah y Aidan, acompañados por el resto de la comitiva—. Hijos míos, vayan a comenzar el festejo, no tardaremos en reunirnos con ustedes. Noelia...

Zarah frunció el ceño, ¿quién más había llegado sin que lo notara? Miró en derredor, ella debió ser la última, no vio ninguna otra cara nueva.

—Me haré cargo, su majestad —contestó la mujer, inclinando la cabeza, pasando por alto la molestia de Zarah.

Iba a tomar a la joven por el brazo para conducirla de regreso al salón de festejo del palacio, pero Zarah se resistió.

—Esperen... ¿qué hay de mí? —preguntó Zarah, mirando a su abuelo y luego a Allan—. ¿No se supone que, si van a discutir de mi vida, no debería estar ahí presente?

—No en este caso, Zyanya —le dijo Ahren, hablándole como si tuviera cinco años—. Eres aún muy joven, y recién te iniciaste en nuestra vida como una Capadocia. Te explicaremos todo a su debido momento. Es tradición que los miembros más antiguos de la orden dirijan el destino de los más jóvenes.

—Pero...

—No discutas, Zarah —Flérída posó una mano sobre su hombro—. Es tradición, y ahora que eres una Capadocia debes respetarla.

Zarah frunció el ceño, pero no dijo nada más. Supuso que, si Allan no se negaba, ella tampoco debía hacerlo, y vio partir a su abuelo acompañado por Allan, Alberto, Tanek, Aníbal y Ruperto a un salón aparte, mientras ellos se quedaban allí.

Noelia la condujo fuera del jardín y luego a través del salón blanco hasta llegar al sitio de la fiesta. Los demás del equipo les seguían los talones, y nada más estar en medio de la música y la comida que comenzaba a rondar a medida que iniciaba el festejo, se distribuyeron por todo el salón en distintos grupos o en solitario.

Y no pudo evitar sentirse como una niña que es dejada en una guardería mientras los adultos se van dirigir el mundo, o en este caso, su vida.

—Es molesto, ¿no lo crees?

Zarah se volvió, no había reconocido esa voz, pero un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—¿Aidan?

—¿Qué? ¿Acaso tu hermano no puede hablarte? —le espetó él, fulminándola con la mirada.

—No... Es decir, sí... Lo que pasa...

—Es que no me consideras tu hermano —adivinó él.

—No, no es eso... Aún es complicado, Aidan, yo no recuerdo nada de mi vida anterior y tú...

—Yo no estoy en ella, comprendo —asintió él—. La verdad es que no necesitas que un Kinam te haya borrado la memoria. Yo tampoco te recuerdo mucho, hermanita.

Zarah agachó la mirada, dolida por la franqueza de su hermano, sin saber qué contestar.

—Lo que sí me molesta es que solo por no tener un milenio sobre los hombros no nos tomen en cuenta —le dijo él—. Sí, *nos*, no me mires así. Lo que pase contigo también me afecta a mí.

Zarah sonrió, aunque Aidan no mostró en absoluto ningún signo de alegría.

—Alberto estará allí para representarnos a ambos, Allan supongo que lo hará por ti, pero ¿yo qué? Ni siquiera apareció el estúpido de Zack para venir a velar por mi pellejo.

—¿Zack?

—Sí, Zack, el tarado que me salvó la vida, o eso aseguran —bufó, cruzándose de brazos—. La verdad es que ese tipo no puede ni levantar una espada correctamente desde que comenzó a mezclarse con los humanos y sus estúpidos vicios... Sin ofender —La miró de reojo.

—Yo no tengo vicios.

—Tú no eres humana —le aclaró él, usando el mismo tono molesto—. Lo que sí creo es que deberíamos ir a escuchar qué es lo que esos tipos pretenden.

—¿Tipos?

—Ya sabes, nuestro abuelo y los otros ancianos maestros.

—¿Maestros?

—¿Qué acaso eres idiota y vas a repetir cada cosa que te diga?

—¡No me insultes...! Como si yo fuera a saber de todo lo que hablas...

—¿No te han explicado que solo los que han alcanzado el Nivel de maestro pueden estar en el Consejo?

—No...

—No es la edad lo que los mete allí, hermana, es la destreza y el conocimiento que tienen —se giró hacia el sitio donde se encontraban Raquel y Rebecca—, de lo contrario ese par y todos los otros ancianos presentes también estarían dentro.

—Allan es un maestro, ¿no es así? —le preguntó Zarah, esperanzada, suponiendo que por ahí iba el plan que Allan le había comentado para llegar a

obtener el privilegio necesario para pedir su mano.

Aidan la miró con los ojos entrecerrados, como si preguntara algo obvio y estúpido, como si el sol era caliente.

—Allan es uno de los Capadocia más diestros que existen. Por supuesto que es un maestro.

—Bueno... Yo no lo sabía... —Zarah se ruborizó, y no pudo evitar sonreír. ¿Allan uno de los Capadocia más diestros...? Seguramente no tardaría en encontrar la forma de ganarse el honor de entrar al círculo y podrían casarse... Una idea le vino a la mente—. ¿Entonces cómo es que Zack puede estar dentro del círculo? ¿No acabas de decir que no puede sujetar una espada?

—Es diestro cuando está sobrio —se encogió de hombros—. Pero no, no es un maestro, aún no alcanza el nivel. Él está en el círculo por su título honorífico, el que le otorgó el abuelo cuando me rescató de los Kinam.

—Entiendo... —Zarah desvió la mirada. A él lo habían rescatado, a ella no...

—Ese idiota debería estar aquí para velar por mí, al menos que...

—¿Que qué...?

—Nada... —Zarah vio decepción en sus ojos, y al seguir su mirada entendió el motivo.

Zack se abrió paso entre la gente a trompicones, por su manera de caminar, entendía el tono despectivo de su hermano para referirse a él y los vicios humanos, pues lucía bastante borracho.

—¡Excelente! —sonrió Aidan, tomando del brazo a su hermana—. ¡Vamos!

—¿Qué?

—¿Quieres escuchar lo que van a decir de nosotros o no?

—Sí, pero...

—¡Entonces camina!

Zarah lo siguió hasta llegar tras una maceta con un largo arbusto que los ocultaba a la perfección, en el momento preciso en el que Zack entraba por la puerta.

Tanek lo recibió con una dura mirada, y prácticamente lo empujó al interior de la habitación donde Zarah alcanzó a percibir la silueta de los otros hombres hablando acaloradamente.

—¿Tanek es diestro? —le preguntó Zarah a su hermano en un susurro.

—¿Estás bromeando? Tanek tiene todas las entradas a esa habitación; no es maestro, es un mentalista, o sea que está más arriba que un maestro. Sin mencionar que es un Ruffian.

—¿Un qué...?

—No me refiero al significado de la palabra, sino a que él pertenece a una de las familias de mayor prestigio de la historia de La Capadocia, los Ruffian. Han formado parte del Círculo de la Estrella por milenios, desde su mismo origen.

—Vaya... —Zarah se estremeció al escuchar ese nombre, como si ya lo hubiera escuchado en alguna otra parte... Pero ¿dónde?

—Ya están entrando, vamos... —Aidan la tomó de la mano y la llevó con él hacia la puerta, la detuvo en el preciso momento en el que se cerraba y juntos entraron en la habitación, cuidando no ser notados.

Todos discutían a voz en grito, así que no fue muy difícil lograr llegar a una mesa con mantel cercana a la puerta, para ocultarse bajo ella antes de ser descubiertos. Zarah se sentía como una niña pequeña haciendo una travesura,

igual que la niña de cinco años que debía de ver su abuelo en ella, por el modo como la trató Ahren hacía unos minutos. Mas no tenía opción, era de su vida de la que discutían y ella no tenía ni voz ni voto, lo menos que se merecía era escuchar lo que iban a hacer con ella en el momento de la toma de decisiones.

Adentro se encontraba una habitación tan grande como la que acababan de dejar, con la diferencia de que únicamente estaba amueblada por una enorme mesa redonda en torno a la cual todos los hombres que participaban en el consejo de esa noche estaban sentados. O debieron estarlo en algún momento, ahora solo Ruperto lo estaba, mientras los demás, ya de pie, continuaban discutiendo.

—Nos van a ver... —Zarah le advirtió a su hermano cuando asomó el rostro por encima del borde de la mesa, pero no pudo continuar hablando, Aidan le había puesto una mano en la boca para hacerla callar.

Aidan levanto ambas manos y pronunció unas palabras en voz baja, apenas un murmullo. Zarah notó que Allan se volvía hacia ellos, al mismo tiempo que Tanek, pero no hicieron nada. Zarah miró a su hermano, pero él ya no se encontraba allí. Asustada recorrió la habitación con la vista buscándolo, solo entonces, al fijar los ojos sobre el espejo que tenía enfrente, notó que ella no se reflejaba en él... ¡Era invisible! Aidan la tomó de la mano y la llevó con él hacia delante, entonces supo que él también era invisible, ¡su hermano los había vuelto invisibles a los dos!

Las palabras de su abuelo se hicieron más claras ahora que estaban más cerca...

—Es muy probable que los Kinam, de alguna manera, se hayan enterado de que la princesa era un Alma Azul y hayan intentado capturarla por ese motivo —comentó Ruperto.

—¿Pero cómo pudieron enterarse de algo así? Nosotros no lo sabíamos

hasta este día —replicó Ahren.

—Nosotros, excelencia, pero cualquier Antiguo que se haya topado con ella pudo darse cuenta del color de su alma —dijo Aníbal—. Sabe bien que los Antiguos son seres volubles, muchos de ellos no actúan con La Capadocia, y bien pudieron pasarse al lado de los Kinam.

—El que no actúen con La Capadocia es porque son seres pacíficos, que siguen su propio camino —lo interrumpió Alberto—. O al menos la mayoría de ellos lo son.

—Estoy con Alberto —habló Allan—. Los Antiguos buscan el bien de la humanidad, sin importar si son Homos, Capadocia o Kinam. Además, los Kinam no están interesados en interferir con La Capadocia, y les importa un comino los colores de las almas. Su único interés es mantener la paz, y eso incluye a La Capadocia y a los humanos —sentenció, mirando a los ojos a cada uno al hablar—. Es únicamente de los rebeldes, como Kudrow, de quienes debemos ocuparnos.

—¿Es que acaso tu amigo Caddaric te dijo eso? —espetó Aníbal.

—De hecho sí, padre —Allan lo enfrentó directamente—. El príncipe Caddaric es un hombre muy sabio, y entiende bien los tres mundos de los que estamos hablando: el Kinam, el Capadocia y el humano. No olvides que Marcus Koliás fue su maestro.

—Marcus Koliás es una leyenda, él no existe...

—Claro que existe —intervino Tanek—. Yo lo he visto, he hablado con él.

—¿Podemos regresar al tema? —Zack dijo de mal humor—. Estamos hablando del destino de la princesa, no de nuestra relación con los Homos o los Kinam.

—Te encuentro razón, Zack —dijo Ahren—, debemos retomar el tema de Zyanya. Allan, dime, ¿crees que esos Kinam rebeldes sabían que ella era un

Alma Azul? ¿Puede ser que haya sido ese el motivo por el que la atacaron?

Todas las miradas se posaron sobre Allan. Aníbal prácticamente lo fulminaba con los ojos, aguardando su respuesta.

—La verdad es que no lo creo —Allan habló tras tomarse un par de segundos para pensar su respuesta, ignorando la callada advertencia de su padre de no decir más de la cuenta.

—¿No lo crees, o no lo quieres decir? —bufó Zack—. Igual que no quisiste contarnos de la existencia de la princesa cuando te enteraste de que estaba viva.

—No creo que ellos sepan que Zarah es un Alma Azul —contestó Allan con firmeza, pero sin alterarse en absoluto.

—En ese caso, confío en su buen juicio, capitán —afirmó Ahren, haciendo callar a Zack con su respuesta.

—¿No le creerá a él...! Es decir, ¿está seguro en confiar en la palabra de ese híbrido, su alteza? —Zack se dominó, dándose cuenta de con quién hablaba.

Los ojos de Allan centellearon, pero no se movió. Sabía que ese no era el momento ni el lugar para discutir con ese pelmazo.

—Allan fue quien se dio cuenta de quién era Zarah en realidad. Pero nunca notó que era un Alma Azul, ¿no es así, capitán? —Ahren continuó dirigiéndose a Allan, pasando por alto los reclamos de Zack.

—Por supuesto que no. Noté cosas de un Capadocia común, pero nada que me indicara que era una Alma Azul —contestó Allan.

—Coincido con Allan —opinó Tanek—. Todos sabemos que las Almas Azules nacen poderosas, pero el mismo universo se encarga de disimular ese poder, otorgando a las criaturas que lo portan una apariencia mundana...

—Que no llame la atención —asintió Alberto—. Es cierto, Zarah no podría haber sido descubierta a menos que hubiera pasado por las pruebas que le hicimos hoy.

—Precisamente —convino Allan—. Un Alma Azul se protege a sí misma, no deja conocer su poder a menos que su portador lo permita. Es esa la razón por la que pudimos enterarnos hoy del color del alma de Zarah, de lo contrario tampoco lo habríamos podido hacer. Yo estuve cerca de ella alrededor de un año, jamás noté nada que demostrara la gran cantidad de poder que tiene encerrado, y si yo no lo hice...

—Probablemente nadie más lo haya hecho —asintió Ahren, entendiendo a dónde iba y dando su aprobación con un asentimiento de cabeza.

—Lo más probable es que nadie sepa qué poder tiene la princesa —opinó Alberto—. Y creo que debemos seguir por ese camino...

—¿Quiere decir que...? —Zack frunció el ceño.

—Lo mejor será dejar oculto el color del alma de la princesa hasta que ella se encuentre en condiciones... más favorables —opinó Alberto.

—Coincido contigo, Alberto —Tanek se dirigió a todos—. Si los Kinam descubren que ella es un Alma Azul, harán lo que sea para matarla antes de que alcance el dominio de sus poderes.

Zarah sintió que las piernas le temblaban, ¿matarla...? ¿Por ser un Alma Azul? ¿Es que ahora estaba en mayor peligro que antes?!

De pronto el oxígeno comenzó a faltarle, pero se esforzó por continuar escuchando...

—No entiendo... si nadie sabe qué color de alma es, ¿qué es lo que dirán? —preguntó Zack.

—¿A qué te refieres?

—Entiendo su pregunta —Allan encaró las miradas de su padre y de Zack, los dos últimos que habían hablado y que parecían sorprendidos de que coincidiera con él—. El pueblo sabe que esta noche fue la ceremonia de iniciación. Esperarán una respuesta... Y no les diremos que ella es un Alma Azul.

—Comprendo —Ahren se llevó una mano a las sienes—. Sin embargo, tenemos muchos testigos en la sala...

—Que podremos silenciar con facilidad. Todos son personas de nuestra confianza, por eso mismo están aquí, padre —Alberto le recordó.

—Propongo dar a conocer un tipo de Iris similar al Alma Azul, ya ha pasado antes que se han confundido con el poder del Alma Azul y resulta ser un Alma Turquesa, o Celeste... —Ruperto se encogió de hombros—. Escojan una parecida.

—Todas esas almas lo único que tienen de similar con el Alma Azul es el color —dijo Tanek—. No comparten similitudes de talento.

—Por excepción claro, del Alma Calipso —informó Allan.

—¿El Alma Calipso? —Ahren se llevó una mano al mentón—. ¿Un Iris con el talento de la telequinesis?

—Es lógico, es la primera cualidad que las Almas Azules suele desarrollar, es la que yo vi realizar a Zarah en cientos de ocasiones sin que se diera cuenta —contó Allan, con los ojos iluminados por la emoción, sabiendo que había hallado la respuesta correcta.

—Allan tiene razón —Ruperto concordó con él—. Le diremos a todos que la princesa es un Iris, un Alma Calipso, y le enseñaremos a desarrollar sus dones telequinéticos. Con ellos podrá defenderse bastante bien en caso de un ataque, será un buen inicio para comenzar a desarrollar sus poderes defensivos hasta llegar el momento de prepararla para su entrenamiento como Alma Azul...

—¿Cómo? —Allan se puso rígido—. Creí haber entendido que el entrenamiento como Alma Azul había quedado descartado.

—Es la princesa, es cierto, pero es un Alma Azul. Su poder es inimaginable... —Ruperto habló dirigiéndose a todos los presentes—. No podemos dejar este asunto sin tomar medidas preventivas, aunque ella sea la princesa.

—¡No pueden hacerlo! —Allan golpeó la mesa con el puño tan fuerte que el mármol del que estaba hecha se agrietó.

—¡Allan tranquilízate! —bramó Aníbal, poniéndose de pie también.

—¡No voy a calmarme si...!

—Capitán, coronel Cortaza, creo que deben dejar esta discusión para más tarde —intervino Tanek, poniéndose de pie.

—¿Ocurre algo, Tanek? —preguntó Ahren, observando con extrañeza al hombre dirigirse hacia el otro lado del salón.

Solo hasta que lo tuvo frente a ella Zarah comprendió el porqué de su actuar; Tanek se detuvo frente a ella y le sonrió. Zarah miró a su lado por instinto, buscando el rostro de su hermano... y lo vio.

—Oh, oh... —Los dos eran visibles.

—Queridos príncipes, si no los hemos convidado a compartir esta reunión con nosotros es por una buena razón —les dijo Tanek, tendiéndoles las manos para ayudarlos a ponerse de pie.

Zarah se vio entonces, de alguna forma se había vuelto a hacer visible. Tanek los había hecho visibles...

Buscó instintivamente con los ojos a Allan. Él la miraba como decepcionado, pero no sorprendido por su presencia allí. Recordó que tanto él como Tanek habían girado la cabeza cuando ella le había murmurado a Aidan,

¿la habrían escuchado hablar...?

—Por favor, deben salir de aquí —les dijo Tanek.

—Lo siento... —se disculpó Zarah—. Queríamos saber...

—Creo que lo mejor será suspender esta junta —dijo Ahren, acercándose también a sus nietos—. Al menos nos han ahorrado el tener que decirles esto. ¿Has comprendido qué sucederá en adelante, Zarah?

—Sí, abuelo.

—Bien. Ahora pueden retirarse.

Zarah y Aidan intercambiaron una mirada de disgusto y decepción antes de darse la media vuelta para salir del salón. Zarah miró de reojo a Allan, sentía las mejillas coloradas por la vergüenza, la trataban como a una niña pequeña castigada mientras él estaba sentado en la mesa de los adultos, ¿cómo podría tomarla en serio así?

Pero lo que vio en sus ojos no le gustó nada... Por primera vez desde que lo conocía, vio temor y preocupación...

La música sonaba de manera suave en el glamoroso salón, mientras la gente se movía de un lado al otro, felices.

Aidan se había separado de ella nada más cruzar las puertas, sin darle tiempo de preguntarle nada, y el resto de la noche la debió vivir entre su abuelo y el general Ruperto, quienes parecían dispuestos a presentarle a todos los miembros del consejo concurridos en el salón, que fácilmente superaban los doscientos.

Sin intenciones de festejar nada, Zarah salió al jardín y se perdió entre los rosales, esperando a que terminara de una vez la fiesta y pudiera marcharse a su habitación a dormir.

No entendía cómo entre tanta gente mantendrían en secreto el verdadero color de su alma, pero su abuelo no parecía preocupado en absoluto: era un código, según le dijo, un código de honor que ningún Capadocia digno de serlo lo quebrantaría jamás.

Zarah tomó su palabra como cierta, aunque en realidad era otra cosa lo que tenía su mente preocupada: lo último que había escuchado, la discusión entre Allan y Aníbal...

—¿Te encuentras bien? —escuchó una voz conocida a su espalda.

—Allan...

—Vamos, tu abuelo te está esperando adentro.

Zarah asintió y se dirigió a la entrada de vuelta al salón, pero a medio

camino se detuvo y se giró hacia él.

—Allan, ¿por qué decían esas cosas allí dentro? ¿Es que me van a hacer algo por ser un Alma Azul?

—No pienses en eso, Zarah. No permitiré que te dañen, y tampoco tu abuelo.

—¿Pero por qué dañarme?

Allan inspiró hondo y la miró a los ojos.

—Las Almas Azules tienen mucho poder, Zarah. Más poder del que jamás imaginarías que llevas dentro... Y una de las normas de La Capadocia de controlar a las Almas Azules, es someterlas...

—¿Someterlas?

—Hacerlas pasar por vidas duras, sin saber quiénes son ni la capacidad que tienen, quebrantar su espíritu para hacerlos seres sumisos y obedientes, que sigan las normas de La Capadocia.

—Pero... ¿por qué?

—Ya te lo dije, son demasiado poderosas. Ya en el pasado se han llegado a sublevar, las Almas Azules que se vuelven malas, se tornan negras, y las Almas Negras, sin los límites que someten a las azules, son las más poderosas y peligrosas del planeta. Prácticamente invencibles. Es por eso que cuando llega a nacer un Alma Azul, La Capadocia no corre riesgos, las protegen y las someten, o...

—¿O qué?

—O las destruyen.

Zarah abrió los ojos como platos, palideciendo al máximo.

—Si te digo esto, es para advertirte, Zarah —le dijo con sumo énfasis—. Antes de que te dañen te sacaré de aquí y te llevaré lejos, pero eso podría no

gustarte, jamás volverás a ver a tu familia ni a la gente que amas. Es por esa razón que no debes negarte a lo que ellos te ordenen, deben ver que eres una buena persona y puede que te libren de eso. Porque ni yo, ni tu abuelo, ni ninguna de las personas que te protegemos permitiremos que te dañen, ¿está claro?

Ella asintió, todavía muy pálida.

—Bien, ahora sonríe. Tu abuelo no debe saber que te he comentado esto, está prohibido.

—¿Por qué?

—Porque te harán una prueba, Zarah, en la que se medirá tu nobleza, tu carácter, tu todo... Si no la pasas, te llevarán a vivir una tortura en vida en la que seguramente preferirías salir muerta. Y no lo permitiré...

Zarah palideció aún más, si es que era posible.

—Vamos, tranquila, por favor, no debes exaltarte —le pidió Allan, abrazándola por los hombros—. Tenemos que volver adentro, tu abuelo ha solicitado verte, y cuando lo haga, debes lucir tranquila.

—¿Podrías contarme un chiste? —ñe pidió—. Me es difícil pensar en algo que no sea lo que me acabas de decir.

—¿Un chiste?

—Sí, ya sabes... esas historias cortas y graciosas, que hacen reír a una persona cuando te la cuentan.

—Ah, ya... No me sé ninguno.

Zarah soltó una carcajada, tal vez más por nervios que por otra cosa, pero resultó para relajarse.

—Eso es, ríe —Allan la abrazó con una ternura que le estremeció el alma, provocando que el corazón de Zarah se acelerara, llevándose lejos todos los

temores que la atormentaban—. Ríe, mi dulce y pequeña princesa, ríe. No permitiré que nada te pase, te lo prometo.

Zarah sonrió, aunque con la cabeza oculta en el pecho de Allan, era imposible que la viera.

—¿Te gustaría bailar?

Zarah levantó la cabeza buscando sus ojos, y no le costó encontrarlos. Allan la miraba fijamente, manteniéndola bien sujeta entre sus brazos.

—¿Quieres bailar ahora? —repitió, extrañada, ya que se encontraban muy lejos del salón de la fiesta y la música apenas era perceptible.

—Está bien, si insistes —bromeó él, tomando una de sus manos para iniciar un vals solitario, que a Zarah le pareció el más romántico que podía haber en el mundo.

Bailaron sobre el césped húmedo, sin más compañía que las estrellas y el sonido de las olas del océano, tras ellos. Era magia pura, esa era la verdadera magia, la que Allan le hacía sentir cada vez que estaba con él, la que lograba acelerar su corazón hasta casi salirse del pecho, la única magia que podía lograr hacer parecer el mundo un lugar maravilloso, y no el sitio tormentoso que realmente era.

Y todo eso lo lograba Allan. *Su Allan.*

—Si estuviéramos en otro tiempo, tomaría una lira y te cantaré versos bajo tu ventana —comentó Allan, mirándola de una manera soñadora que le colmó el corazón de alegría—. No sé, pero tengo el presentimiento de que te gustaría.

Zarah notó un brillo particular en sus ojos, como si él no tuviera la menor duda de lo que le decía.

—¿Tú cantas? —le preguntó, intrigada—. Nunca te escuché cantar antes.

—Antiguamente se usaba que los hombres cantaran para cortejar a su dama
—Él se encogió de hombros.

La sonrisa de Zarah se forzó, a veces olvidaba lo mucho que él había vivido...

—¿Cómo eran esos tiempos? —le preguntó, riendo cuando él la hizo dar un giro inesperado, pero sumamente grácil.

—¿A qué te refieres a cómo eran?

—¿Cómo era vivir en esas épocas?

—He vivido mil años, amor mío, ¿podrías ser un poco más específica? Si te relatara mi vida entera, nos pasaríamos en este jardín una eternidad. No es que me moleste, pero tu abuelo te solicita, y no podremos alargar este baile para siempre.

Zarah sonrió cuando él la inclinó hacia atrás y la besó suavemente en los labios para enseguida enderezarla y abrazarla una vez más, para continuar bailando.

—No lo sé... ¿Por qué no me hablas de cuando tenías mi edad? ¿Cómo fue tu juventud?

La sonrisa en el rostro de Allan se ensombreció, aunque intentó disimularlo.

—No fue una juventud fácil en realidad. Preferiría no tocar ese tema, si no te molesta.

—No, claro que no... —Zarah se sintió extraña por el brusco cambio de tema y agachó la mirada. Allan, intentando animarla, tomó su barbilla con el pulgar y le levantó el rostro, obligándola a verla a los ojos—. No había baños, ¿sabes? Tenías que ir a buscar un árbol y allí... Ya sabes. ¿Quieres que te hable de eso?

Zarah soltó una carcajada.

—Supongo que debió haber algo bueno de esos tiempos.

Allan asintió, aunque aún se leía la tristeza en sus ojos.

—Por supuesto. Algo muy bueno... —susurró, acariciando su rostro.

—Me encantaría saber cómo era el mundo en aquel entonces. A veces pienso que debí nacer en otra época distinta a esta, una donde el mundo no fuera tan deprisa como ahora. Muchas veces siento que gira tan rápido que nunca puedo alcanzarlo —rió, pero cuando buscó la mirada de Allan, no encontró ningún signo de alegría.

Se habían detenido sin que ella se diera cuenta, Allan aún la mantenía abrazada, pero su mirada estaba en otro lugar, un lugar que debía atormentarlo, por el dolor que vio reflejado en esos grandes y hermosos ojos negros, fijos en ella.

—Debemos regresar, Zarah —le dijo en voz baja, separándose de ella con lentitud.

—¿Te sucede algo?

—No... nada.

—Allan —Zarah tomó su mano, buscando su mirada—, si dije algo mal...

—No dijiste nada malo —él sonrió, a pesar de que el dolor aún era visible en sus ojos —, es solo que me hiciste pensar en algo.

—¿En qué?

—En que si tú hubieras vivido en otra época, me habría gustado vivir contigo en ella.

Zarah sonrió, encantada, estrechando con más fuerza su mano.

—A mí también me habría encantado vivirla contigo, Allan.

—Será mejor que regresemos al palacio —le dijo Allan, dedicándole una mirada llena de cariño.

Zarah asintió y estrechando la mano que Allan le ofrecía, se adelantó para tomar el camino de vuelta al salón de la fiesta.

—Espera, Zarah... —Allan hizo un ademán extraño, inclinándose sobre el césped antes de perder el equilibrio.

Zarah vio cómo —a través de los ojos de otra persona, pues no podía ser real lo que sucedía ante ella—, a Allan, por primera vez en su vida, —o al menos eso era lo que Zarah suponía—, se tropezaba. Antes de que cayera, Zarah, en un acto reflejo raro en ella se adelantó a sujetarlo y lo detuvo con su propio cuerpo, pero con tan mala suerte que se les enredaron las piernas y ambos terminaron en el piso.

Allan alcanzó a rodar para amortiguar el golpe, pero aun así ambos cayeron sobre el césped húmedo. Zarah sintió una fría humedad en el trasero y la espalda, y lo comprendió todo; Allan había intentado evitar que se ensuciara el vestido con un charco de lodo, y en su intento, ahora los dos estaban sucios y embarrados acostados sobre el césped.

—¿Estás bien? ¿Te hiciste daño? —le preguntó Allan preocupado al ver que ella tenía el rostro oculto entre sus manos, sus hombros subían y bajaban frenéticamente, sollozando.

Zarah levantó la vista y entonces él notó que se estaba riendo a carcajadas,

y se relajó al instante.

—Dios mío, pensé que eras perfecto, pero al parecer hasta los ángeles tropiezan —le dijo ella entre risas.

Allan rio también, ayudándola a incorporarse. Los dos estaban cubiertos de lodo, pero no podían dejar de reír al mirarse.

—Tu madre me va a matar. Me dio este vestido al salir del lago para reemplazar al mojado, dudo mucho que se alegre de saber que también lo he estropeado.

—No lo estropeaste, para comenzar el primero debía mojarse, lo hacen para eso. Y en segunda, un poco de lodo se quita con facilidad, y si me preguntas a mí, luces magnífica con tierra o sin ella sobre el cuerpo.

—Eres tan dulce... —Zarah sonrió, posando una mano por su rostro en una dulce caricia—. ¿Estás seguro que no te lastimaste? —le preguntó Zarah, quitándole un montón de tierra del brazo—. Te diste un golpe tremendo.

—¿Lastimarme? —bufó, abrazándola—. Es una buena manera de conquistar chicas, ¿no te parece?

—¿Chicas?

—Chica —se corrigió él, uniendo sus labios a los de ella para besarla.

—Además, ¿quién dijo que tropecé? Tal vez es así precisamente como quería estar contigo —Él arqueó las cejas pícaramente, envolviéndola en un abrazo más íntimo.

Las mejillas de Zarah se encendieron al tiempo que la sonrisa se borraba de su rostro. Bajo la luz de la luna, Allan lucía magnífico. Sus grandes ojos negros brillaban de una manera singular mientras la miraba, reflejando un cariño tal que por un momento Zarah podría haber jurado sentirse el ser más amado del planeta.

De pronto Allan se enderezó y se alejó de ella, y antes de poder preguntar nada Zarah supo el motivo: Alberto se acercaba por el trayecto contrario al palacio.

Zarah supuso que no los buscaba, fue obvio que se sorprendió de encontrarlos allí, aunque sus ojos reflejaron alivio al ver a Allan.

—Sobrina... —le dijo a Zarah a manera de saludo, dedicándole una mirada de arriba abajo—. ¿Te ha sucedido algo? ¿Los han atacado?

—Solo un charco —bromeó Zarah, pero Alberto no rio.

—Alberto, desapareciste después de la iniciación de Zarah, no te presentaste al Consejo, ¿sucede algo? —le preguntó Allan.

Alberto miró en derredor, como si dudara en si contestar o no, finalmente miró a Allan y le dijo en un murmullo bajo.

—No deberían estar solos en este lugar. Podría ser arriesgado.

—¿En Tierra de Libertad? —inquirió Zarah, tomando por absurdas sus palabras. Si una cosa le había quedado clara del enorme conjunto de información que le habían soltado en ese tiempo, era que estaba segura en esa isla.

Sin embargo, Allan se tensó y le dedicó a Alberto una mirada intensa.

—¿Qué sucede?

Alberto miró a Zarah se reajo y negó con la cabeza.

—Encuéntrame en el lugar de siempre en quince minutos. Necesito hallar a mi padre y a Tanek.

—Yo buscaré a Tanek, tú busca a Ahren.

—Bien —Alberto se dirigió a su sobrina—. Zyanya... disculpa, Zarah. La fuerza de la costumbre... —dijo con voz cansina, llevándose una mano a las sienes. Zarah notó que tenía una herida abierta en el brazo y se sobresaltó.

—¿Qué fue lo que te sucedió?

—No es nada de importancia —Le dedicó una sonrisa para calmarla, y Zarah no pudo menos que sentirse como una niña pequeña a la que le ocultan la verdad—. Zarah, debes regresar al salón y no salgas de allí. Los otros guardianes te protegerán hasta que Allan regrese.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué no me dicen nada? Allan... —se dirigió a su novio, pero una sola mirada de él le dejó en claro que no sacaría ninguna información de su parte—. Bien —contestó airada—. No me digan nada. Para variar.

—Zarah...

—Déjalo, yo puedo llegar sola —le contestó molesta, encaminándose de regreso a la fiesta.

—Ve con ella —le dijo Alberto a Allan, haciendo un gesto vago con la cabeza para indicarle que la siguiera—. Nunca dejes marcharse a una mujer enojada.

Allan sonrió ligeramente antes de seguir a Zarah de regreso al palacio.

—Zarah, espera —le dijo, poniéndosele enfrente.

Zarah abrió los ojos como platos, mirando asombrada hacia atrás y luego nuevamente al frente, donde se encontraba Allan, como si intentara cerciorarse de que no estaba alucinando. Había corrido para alejarse de él, estaba a varios metros de él, y de la nada, lo tenía enfrente.

—Los Kinam somos rápidos —le dijo él, encogiéndose de hombros.

—Si Marijó estuviera aquí, te diría que eres un maldito vampiro —espetó ella, cruzándose de brazos y dirigiéndole una mirada molesta—. ¿Qué quieres?

—Te acompañaré al palacio.

—No hace falta. Además, no quiero que nos vean juntos.

El rostro de Allan se contrajo y Zarah no pudo evitar sentirse miserable por haber provocado ese dolor en su mirada. Con un suspiró, añadió:

—Sabes que no debemos levantar sospechas, no quiero que te vean entrando conmigo o podrían atar cabos. Lo mejor será que regrese sola.

—Soy tu guardián, es mi deber estar contigo.

—¿En el jardín a mitad de la noche?

—Especialmente en el jardín a mitad de la noche —asintió él vivamente—. Zarah, no sabes los peligros que se ciernen en la oscuridad. Tierra de Libertad es un sitio seguro, pero nada es infalible. No puedo arriesgarme a que te suceda algo...

—¿Es eso entonces? —Ella frunció el ceño—. ¿Ha sucedido algo aquí y no me lo quieren decir?

—Zarah, no puedo...

—¡Allan, ¿cómo pretendes que me defienda de los que supuestamente quieren matarme, si no me dicen nada?! ¡Si todo es un maldito secreto en este lugar!

—Las cosas son así para protegerte, Zarah. Y no te preocupes por eso, yo estoy aquí para defenderte.

—Soy un Alma Azul, ¿no es así? —espetó ella, poniendo los brazos en jarra—. Soy más poderosa que tú.

Por segunda vez en menos de cinco minutos se arrepintió de sus palabras en cuanto hubieron salido de su boca al notar una nueva vacilación en la dureza del rostro imperturbable de Allan; esta vez había herido su orgullo.

—Eres un Alma Azul, pero no tienes entrenamiento y no sabes utilizar tus poderes. Eres un blanco tan débil como lo sería cualquier humano —le dijo él

con firmeza—. En cuanto a que eres más poderosa que yo, puede ser que lo llegues a ser, algún día, pero no ahora. Y soy yo quien está a cargo de tu protección y da las órdenes, y la orden que te doy es que debes regresar al palacio y quedarte allí a buen resguardo hasta que yo regrese a buscarte.

Zarah apretó los labios, pero supo que se estaba portando como una niña mimada y decidió no decir nada más. Rodeó a Allan para continuar su camino, pero al hacerlo, él la tomó por la muñeca, impidiéndole marcharse.

—Zarah, esto solo lo hago por tu bien, ¿lo sabes, no es verdad?

Zarah no lo miró pero asintió con la cabeza. Solo entonces él la soltó y pudo continuar su camino.

—¡Alberto! —Allan corrió al encuentro de Alberto en el preciso momento en el que este se derrumbaba sobre el césped.

—¿Cómo está? —le preguntó Tanek, inclinándose para mirar al hombre al que Allan acababa de dejar sobre el césped y ahora examinaba.

Allan se puso tenso, Alberto sudaba copiosamente y estaba muy pálido, su pulso era acelerado y la respiración entrecortada. Al mover el brazo notó la herida que Zarah había visto además de otra en su antebrazo, el brazalete de oro que la cubría la hacía casi imperceptible, el metal apenas se había roto en un diminuto resquicio.

—Es veneno de Kinam —le informó Allan, tomando el brazalete de oro con sus manos para arrancárselo. Se escuchó un siseo como el de la carne al ser puesta en el asador, pero Allan no demostró ni un asomo de dolor en su imperturbable rostro, concentrado en salvar la vida de su amigo. Quitó el brazalete y lo lanzó lejos. Al volverse, Tanek notó sus palmas abiertas en carne viva.

—Ahí está la herida por la que entró el veneno —le dijo Allan, examinando el brazo sin tocarlo, consciente de que la sangre de Kinam era venenosa para los seres humanos y los Capadocia—. Será mejor que tú lo inyectes con el antídoto —le dijo Allan, rompiendo un trozo de tela de su capa para cubrir las heridas de sus manos.

Tanek, en lugar de buscar en su cinturón el arsenal de defensa y antídoto para veneno de Kinam, tomó el brazo de Alberto y le encajó los colmillos.

—¿Pero qué demonios haces?! —bramó Allan, enfureciéndose.

—Soy un Kinam, tengo el antídoto en mis colmillos. Al igual que tú —le espetó Tanek, soltando el brazo de Alberto.

El hombre comenzó a respirar con regularidad casi de inmediato, al tiempo que el color reavivaba el tono pálido de su piel.

—Sabes que no es... educado que uses los métodos de un Kinam aquí. Podrían confundirte —replicó Allan.

—Soy lo que soy, y no me avergüenzo de eso.

—Yo tampoco, pero actuar como un Kinam en el mundo Capadocia no te conducirá a ninguna parte. ¿Sabes lo que Ahren pensaría si te encontrara encajándole los colmillos a su hijo?

—Se requería rapidez, usar el antídoto de mis colmillos no solo es más rápido que buscar el antídoto en mi cinturón, sino que más efectivo. Sabes que el antídoto está en mejor estado siendo fresco, y su efecto es más rápido.

—Sí, y seguramente Ahren te permitirá dar toda esa explicación antes de confundirte con un Kinam cualquiera y que termines atravesado por su espada de oro sólido.

—Al menos yo no terminé con las manos en carne viva —Tanek le dedicó una mirada mordaz a las vendas en sus palmas—, ¿qué pretendías con eso? ¿Hacerte el héroe delante del hijo de Ahren para que te permita libre acceso a la princesa?

—Por supuesto que no —Los ojos de Allan brillaron por la furia—, debía actuar con rapidez, Alberto no me dijo nada de que había sido atacado por los Kinam, debía actuar rápido, sabes que el veneno Kinam es letal en minutos y...

—Dejen de discutir de una vez, me aburren —escucharon la voz seca de Alberto—. ¿Alguien va a darme una mano para ayudarme a levantarme o

tendré que permanecer acostado aquí oyéndolos pelear toda la noche?

Allan sonrió y le tendió una mano, Alberto la aceptó sin tardanza y se puso de pie de un salto, contento como un niño pequeño al que se le acaba de levantar el castigo.

—Siento no haberte dicho nada, no quería asustar a mi sobrina... Por cierto, ¿ella está a salvo ya?

—Por supuesto, se quedó en el salón del palacio.

—Bien, no quiero que escuche nada de lo que vine a decirles —Alberto frunció el ceño, mirando en derredor —, ¿y mi padre? ¿No ha venido?

—No —Tanek tomó la palabra—. Creo que es mejor así, si es que has venido por el motivo que me imagino... ¿no es así?

—Así es —Alberto asintió y sus ojos se oscurecieron con una dura mirada.

—Allan, puedes irte ya —le dijo Tanek, antes de darle la oportunidad a Alberto de hablar.

—Espera —Alberto intervino, antes de darle tiempo a Allan de replicar —, esto también le interesa.

—A él no le interesa en absoluto...

—Él es el guardián principal de la princesa, debe estar informado —lo contradijo Alberto, sin darle la oportunidad a Tanek de terminar lo que decía.

—Bien —convino Tanek después de una larga pausa—. Pero sé breve y rápido.

—Podrías comenzar diciendo de qué trata todo este misterio entre ustedes dos —Allan le dedicó una mirada mordaz a Tanek.

—Es sobre Zarah, Allan... —Los ojos de Alberto se llenaron de preocupación—. Creo haber encontrado una pista de sus atacantes... En

realidad, Tanek lo hizo —se giró hacia el hombre parado delante de él—. Yo solo la seguí. Y sí, Tanek, tenías razón.

—¿Los que quisieron atacarla en la fiesta de los Homos? —Los ojos de Allan estaban fijos sobre Tanek, buscando respuestas.

—Me temo que sí —contestó Tanek, secamente.

—No es solo eso —continuó Alberto, antes de que Tanek pudiera impedir que dijera nada más—. Seguí una pista, basándome en la teoría de Tanek y lo que encontré fue exactamente lo que él pensaba.

—¿Y eso qué es? —preguntó Allan, antes de que Tanek pudiera callar a Alberto.

—¡Los que atacaron a Zarah son los mismos que mataron a Elizabeth e intentaron matarla a ella también!

Allan palideció y le dedicó a Tanek una mirada furiosa.

—¿Tú sabías eso y no me lo dijiste? —bramó, abalanzándose sobre él.

—Era una teoría —le contestó Tanek, esquivando apenas a Allan.

—¡Basta ya, Allan! —Alberto lo sujetó por los hombros, impidiendo que pudiera acercarse a Tanek.

—¿Sabes el peligro que corre Zarah si sus atacantes son los mismo que atacaron y asesinaron a su madre? —continuó gritando Allan, furioso—. ¡Elizabeth era una guerrera legendaria, una Capadocia Mentalista, y la asesinaron!

—¡Lo sé! —bramó Tanek—. Pero no tengo pruebas, es esa la razón por la que le dije a Alberto lo que pensaba.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mí? —replicó Allan, dolido en el orgullo—. No solo se supone que eres mi amigo, sino que estamos juntos en esta misión para proteger a Zarah, ¿y me ocultas una información tan importante?

—Por supuesto que te la oculto, de no hacerlo habrías salido de caza tras ellos sin que otra cosa te importara, igual como hiciste con los asesinos de Madeleine.

—¿Y me culpas por ello? ¡Madeleine era mi mujer, era mi obligación vengar su muerte!

—No. No te culpo —Tanek le dedicó una mirada singular, que no podía ocultar el orgullo que sus palabras le provocaron—. Pero ahora tu obligación es quedarte al lado de Zarah y protegerla. Déjame esos tipos a mí.

Allan frunció el ceño, sintiéndose incapaz de obedecer.

—Allan, si esos tipos son tan poderosos como tú y yo imaginamos, no podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar a que aparezcan a terminar lo que comenzaron —intentó razonar con él.

—Lo sé, y precisamente por ello debemos informar al rey. Hay un equipo encargado de buscarlos, podemos contribuir con ellos.

—Solo estorbarían. Creo que hemos compartido demasiadas misiones personales juntos tú y yo como para que dudes de mi capacidad.

—De eso no tengo duda, eres mucho más capaz que cien Capadocias o Kinam juntos. Pero no te entiendo, si el rey se entera que no le has avisado...

—Deja a Ahren a mí, no te preocupes por eso —Tanek posó una mano sobre su hombro—. Tu única preocupación debe ser proteger a Zarah y a Aidan ¿me has entendido? Si ellos llegan a venir, debes estar tú para defenderlos.

—¿Aidan? Aidan es un Alma de Oro, es capaz de defenderse solo perfectamente. Es Zarah la que nos preocupa...

—Son los dos —replicó Tanek, subiendo el tono de voz—. Recuerda que cuando mataron a Elizabeth, intentaron matar a los dos niños con ella. Yo salvé a Aidan, pero no pude... No pude salvar a Zarah... —su voz se quebró.

Allan lo miró con desconcierto. Tanek levantó los ojos, brillantes a causa de las lágrimas y lo miró de frente—. Debes prometerme que velarás por ambos con tu vida hasta que yo regrese.

Allan asintió sin decir una palabra. Nunca, ni siquiera después de la muerte de Madeleine había visto a Tanek tan alterado.

Y de pronto ató cabos...

El tiempo que Tanek estuvo desaparecido, justo después de su reinsertión a La Capadocia, su afecto por Zarah, su antigua hermana, y por Aidan...

—Zarah es tu hija —le dijo al fin, mirándolo directamente a los ojos.

Tanek le sostuvo la mirada y finalmente asintió.

—Sí, al igual que Aidan —suspiró, pasándose una mano por el cabello en un gesto cansino lleno de dolor—. Elizabeth era mi esposa.

—¿Pero cómo puede ser? El príncipe Mathew...

—Yo soy el príncipe Mathew —lo interrumpió Tanek—. Sabes lo sencillo que nos es adoptar otras formas a los Kinam. Ahren no quería que el pueblo supiera mi verdadero nombre, temía que si alguien conocía la verdad, que yo era un Kinam, la monarquía del reino Blanco pudiera tambalearse. Así pues, para evitarle una pena a mi esposa, y también porque quería dejar atrás mi pasado, adopté otra apariencia y otro nombre. Que después de la muerte de Elizabeth, abandoné para dedicarme a la búsqueda de los asesinos de mi mujer.

—Es esa la razón por la que el príncipe, el padre de Zarah, desapareció sin dejar rastro—Alberto se encogió de hombros, concluyendo la explicación.

—¿Cómo pudiste? —Allan lo censuró—. Zarah y Aidan te necesitaban.

—Aidan sabe que yo soy su padre, también Ahren y Alberto conocen el secreto, por supuesto.

—¿Y qué hay de Zarah? —espetó Allan—. ¿No crees que saber que su padre vive le ayudaría bastante para sentirse más cómoda en su nueva vida?

—Nunca he abandonado a Zarah, Allan.

Allan frunció el ceño.

—La he cuidado cada noche de su vida.

—¿Cómo es posible? ¿Sabías donde ella estaba? ¿Siempre lo supiste? — Sus ojos se encendieron por la furia.

—Si vas a recriminarme una vez más por no haberte dicho dónde estaba mi hermana Madeleine, ahora *mi hija* —recalcó esas palabras con énfasis—, así es, no te molestes, lo volvería a hacer. Una cosa es verte casado con mi hermana, Allan, pero otra muy distinta ver que te acerques a mi hija con motivos amorosos. Fui tu cuñado, pero no seré tu suegro.

—Ella es mi mujer, tengo todo el derecho de...

—Ella *fue* tu mujer —volvió a poner énfasis en esas palabras—. Ahora es una persona distinta, y es mi hija. Puede que tú seas mi amigo, pero te partiré el cuello si intentas acercártele con motivos más serios que una amistad, ¿me has entendido?

—Pues pártemelo de una vez, porque...

—Ya basta —bramó Alberto, interponiéndose entre ellos—. Esta guerra entre ustedes dos no puede seguir, por el bien de Zarah y de Aidan, ambos deben buscar una manera de conciliar la paz y unirse en un frente común. Los dos quieren lo mismo, que Zarah esté protegida, y también Aidan —añadió mirando a Tanek—. Concéntrese en eso. Luego retomaremos el tema de Madeliene y Allan.

—Zarah —corrigieron ambos al unísono, y con ello solo lograron hacer sonreír a Alberto.

—Alberto tiene razón —dijo finalmente Tanek, después de una larga pausa en la que se mantuvo pensativo y en silencio—. Debemos proteger a Zarah y Aidan, y tú debes quedarte aquí a defenderlos, Allan.

—No, iré contigo, si vamos juntos los encontraremos antes.

—No, tú debes quedarte aquí —replicó Tanek—. Si me llega a pasar algo...

—Eres mi amigo, y el padre de Zarah. No puedo permitir que nada te pase.

—No, lo que no puedes permitir es que mi hija muera —Tanek le dedicó una mirada llena de dolor—. No podría soportar que ella muera, Allan... —su voz se quebró—. Elizabeth era mi mujer, Allan, mi amada esposa... Solo tú puedes comprender la tortura en la que he vivido estos últimos años, sin haber logrado vengar a sus asesinos. Tengo a dos hijos a los que cuidar, Aidan iba conmigo ese día, y pude protegerlo del ataque, pero llegué tarde para salvar a Elizabeth y a Zyanya... —su voz se quebró una vez más, y Allan esperó pacientemente a que se recuperara para continuar—. Elizabeth era inteligente, muy inteligente, siempre lo fue. Tenía sospechas de que algo así podía llegar a ocurrir, y le enseñó a Zarah un método de huida en el caso de que tuviera que escapar. Además, preparó su mente para que llegado el momento, de ser necesario, ella pudiera cerrarla y su rastro se perdiera de la faz de la tierra, y así jamás pudieran localizarla.

—Es decir... —Allan abrió los ojos al máximo—. ¿Quieres decir que fue Elizabeth la que bloqueó la mente de Zarah, haciéndole olvidar su pasado? —Allan miró a su vez a Alberto, quien asentía en silencio—. ¿No fueron los Kinam?

—Mi hermana era una mujer sumamente inteligente, solía pensar en todo para impedir que pudieran seguirle el rastro —asintió Alberto.

—¿Hizo lo mismo con Aidan? —quiso saber Allan.

—Sí, los preparó a ambos, pero solo fue en Zarah en quien se desarrolló

el plan de Elizabeth, y su mente se cerró, para poder escapar. Se suponía que yo debía encontrar a mi hija en un lugar específico escondido en el mundo Homo, una cabaña en ruinas en medio de la nada, el sitio que Elizabeth, después de un largo estudio, asumió sería el mejor para que Zarah apareciera. Pero cuando llegué, Zarah ya no se encontraba allí... —Tanek le dirigió una mirada colmada de dolor—. Le fallé, Allan. Fallé dos veces a mi hija; primero como mi hermana, cuando no pude evitar que la mataran, y luego como mi hija, cuando no la pude salvar de ese ataque...

—No fue culpa tuya.

Tanek desvió la vista, fijándola en el horizonte.

—Cuando finalmente di con ella, se encontraba en el seno de una familia cariñosa, lejos de todo peligro. Ella no recordaba nada de su pasado, y comprendí que haría mejor dejándola allí. La cuidé cada noche de su vida, adoptando la forma de un búho, me ocultaba fuera de su ventana y le daba las buenas noches a mi pequeña hija, viéndola crecer de lejos, viendo cómo eran otros los que le daban el cariño y los abrazos que debía de darle yo, su padre. Pero era lo mejor, por más dolor que me causara tener que ver a mi hija crecer lejos, sabía que era lo mejor para ella. Me sumergí en la busca de los asesinos de Elizabeth, y no podía distraerme con asuntos del gobierno, intentando ser un príncipe para el reino. Aidan lo comprende, lo he cuidado y amado como mi hijo, sin que nadie más conozca nuestro secreto, pero a Zarah debí verla crecer en la distancia... Debía protegerla, hacer que el sacrificio de Elizabeth al dar su vida por ella, valiera la pena —le dedicó una mirada fuerte, llena de emoción—. Y ahora, que después de tantos años he conseguido finalmente dar con un rastro verdadero de los que podrían ser sus asesinos, no puedo dejarlos escapar. Allan, prométeme, júrame que te quedarás a su lado y que no permitirás que nada les suceda a mis hijos.

Allan asintió sin dudar.

—Por supuesto. Los defenderé con mi vida, Tanek.

Tanek esbozó una ligera sonrisa levantando el brazo doblado por el codo delante de él. Allan levantó también el suyo y ambos chocaron los antebrazos, produciendo un sonido metálico al impacto de los brazaletes azules de cada uno.

El saludo de guerra Kinam.

—Buena suerte, amigo —le dijo Allan.

—Buena suerte, amigo mío —repitió Tanek, antes de perderse en la oscuridad, acompañado por Alberto.

Allan se sentía conmocionado, la revelación de Tanek lo había dejado sumido en una especie de sopor que dominaba su mente.

Tanek siempre había sido un misterio, desde el primer día que lo conoció, tantos, tantos años atrás...

—¿Dices que has pensado en un plan para casarnos? —Allan le preguntó a Madeleine, siguiéndola por el sendero del bosque por el que ella lo llevaba casi a rastras, emocionada—. ¿Cómo es que se te ocurrió de repente? Llevamos meses pensando en un modo de casarnos sin que tu familia se interponga... ¿Y por qué nos has traído a este lugar? —Miró en derredor con reserva. Habían llegado a un claro del bosque en medio de la nada.

Los sentidos de Allan se encendieron al instante, su instinto Kinam lo prevenía del peligro.

—Mady, vámonos de aquí —le ordenó, sujetándola por la cintura en un gesto protector, con la intención de regresar sobre sus pasos.

Apenas lo hubo dicho cuando alguien literalmente apareció delante de ellos. Ahora Madeleine era la que corría peligro, y Allan en un movimiento sumamente ágil, la colocó tras su espalda, listo para defenderla.

—Vaya, mi hermana tenía razón cuando me dijo que eras rápido —le dijo el hombre, sonriendo socarronamente. Antes de que Allan pudiera hacer o decir nada, el recién llegado se abalanzó sobre él y lo sujetó por el cuello, dejándolo inmovilizado contra el suelo—. Aunque me temo, niño, que no eres

tan rápido como para lograr vencerme.

Allan hizo un movimiento para defenderse, pero con ello solo consiguió terminar más embarrado en el lodo del bosque.

—¡No, suéltalo inmediatamente! —intentó intervenir Mady, pero Allan lo impidió.

—¡Madeleine, vete de aquí! ¡No te metas en esto y sálvate! —le ordenó Allan, forcejeando con su atacante hasta lograr liberarse.

El otro arqueó las cejas, sorprendido por su audacia, pero era por lejos más hábil que él, y con un movimiento rápido lo tuvo una vez más bajo control.

—¡Tanek, ya basta! —chilló Mady, abalanzándose sobre el hombre—. ¡Suéltalo ya, ha sido suficiente!

—¿Tanek...? —Allan ensanchó los ojos, dedicándole a su atacante una mirada renovada, en una mezcla de admiración y sorpresa—. ¿Tú eres el hermano de Mady, Tanek?

El hombre sonrió mordazmente y se retiró, tendiéndole una mano a Allan para ayudarlo a levantarse del piso.

—El mismo —le dijo él, orgulloso—. Y tú debes ser el famoso Allan, del que siempre me habla Madeleine en sus cartas. Finalmente te conozco, cuñado —Le palmeó el brazo amistosamente.

Allan apenas pudo sonreír, demasiado pasmado todavía.

—Bueno, pero no me mires así, cualquiera diría que me idolatras — bromeó Tanek, logrando finalmente sonsacarle una sonrisa a Allan.

—En realidad, algo así —contestó Mady por él—. Allan sabe que has viajado por el mundo y entrenado con verdaderos Kinam. Muchas veces ha considerado hacer lo mismo que tú, claro, después de casarnos —añadió,

tomando de la mano a Allan.

—Sería una buena idea, no lo dudo —convino Tanek—. Es cierto que entre los Kinam he aprendido bastante, y tú también podrías hacerlo, Allan, pero no es un lugar donde puedas llevar a mi hermana.

—Lo he pensado también, en realidad esa es idea de Mady, no mía —le dijo Allan, dedicándole a Mady una mirada severa.

Pero ella continuó hablando, pasando su advertencia silenciosa por alto.

—He pensado en ello, Tanek —admitió Mady—, y creo que yo... bueno, podría convertirme en un Kinam también.

—¿Es que estás loca? —bramaron los dos hombres al unísono.

—Solo piénsenlo sin alterarse, ¿de acuerdo? —Mady los miró a los dos a la vez, levantando las palmas en un intento de calmarlos—. Allan y yo hemos buscado por meses la mejor forma de librarnos de la familia para casarnos. Tú sabes cómo son nuestros padres, Tanek, no me dejarán en paz mientras siga siendo una Ruffian. La única manera sería...

—Ser un Kinam para que renieguen de ti, como lo hicieron conmigo —su hermano terminó lo que ella intentaba decir.

—Sí... —admitió ella, bajando la mirada con las mejillas encendidas por la vergüenza de hacerle recordar a su querido hermano el amargo trago que su propia familia le había hecho pasar.

—Madeleine, entiendo tu apuro, pero no es esa la salida. Convertirte en un Kinam es muy arriesgado, sin mencionar que no hay marcha atrás una vez que ocurra, y eso si tienes el gen, sabes que si no lo tienes, morirás inevitablemente —Allan posó una mano sobre su rostro, en una suave caricia—, y no puedo permitir que asumas ese riesgo.

—Pero Tanek tiene el gen, si él lo tiene, yo también, somos hermanos.

—Medios hermanos —la corrigió Tanek, dedicándole a Allan una mirada distinta, con mayor respeto—. Allan tiene razón, Madeleine, es muy arriesgado que lo hagas. Si el gen Kinam provenía de mi madre, que es lo más probable, ya que nuestro padre es un Ruffian, y si de algo se distingue nuestra familia es de la pureza de su linaje —puso los ojos en blanco, como si sus propias palabras le fastidiaran—, lo lógico es que tú no tengas el gen, ya que no compartimos la misma madre.

—Eso no puedes saberlo, tú eres un Ruffian también, no importa quién sea tu madre, bien papá puede poseerlo, nadie sabe —replicó Mady—. Además, ¿y qué hay si mi madre también tiene el gen? ¿No te has detenido a pensar en eso?

—No solo somos hijos del mismo padre, Mady, nos separa más de un siglo de edad. Nunca se sabe cómo pueden cambiar las cosas en tanto tiempo.

—Ese argumento es ridículo, tener el gen no distingue edades ni tiempos.

Tanek le dedicó una mirada llena de cariño a su hermana, negando lentamente con la cabeza.

—Lo sé, pero podría ser un factor de importancia, y no puedes negarlo. Mady, eres mi hermana pequeña, te quiero como a ningún otro miembro de mi familia, y es mi deber protegerte. No permitiré que corras un riesgo como ese.

—Él tiene razón, Madeleine —convino Allan—. Es absurdo que intentes algo así solo para que podamos estar juntos. Ya se nos ocurrirá algo, tranquila. Todo va a estar bien —La abrazó por los hombros y la atrajo hacia sí, para besarla en la frente.

Madeleine se soltó a llorar, negando efusivamente con la cabeza.

—No... ¡Nada va a estar bien! —Se soltó de él, alejándose de ambos dándoles la espalda para ocultar su rostro contorsionado por el dolor y las lágrimas—. Mis padres me han comprometido con Ernesto.

—¿Qué has dicho? —Allan se irguió, frunciendo el ceño, furioso.

—Lo que escuchaste —contestó Mady, hecha un mar de lágrimas—. Mi padre me lo dijo ayer por la noche, quiere que me case con Ernesto el próximo mes... ¡Y no voy a hacerlo! —chilló, cerrando ambas manos en puños—, ¡prefiero morir a casarme con ese... desalmado!

Allan sintió nacer una oleada de furia en su interior. Así eran los Ruffian, una familia importante, de gran clase, linaje y nobleza entre La Capadocia, pero de corazón frío y severo. Seguramente el padre de Madeleine preferiría verla muerta, tal como ella decía, que casada con alguien como él, un simple soldado sin categoría ni linaje, y para colmo, un Kinam...

Por años los Ruffian habían intentado por todos los medios separarlos sin éxito. Si Madeleine no tenía gran destreza física en combate, poseía un carácter firme y fuerte, tanto como noble y bueno era su corazón. Sabía lo mucho que debió haber luchado por defenderlo a él y su amor ante su familia durante esos años.

De nada servía, lo sabían bien. Para los Ruffian un amor verdadero no era distinto a una estúpida obstinación de una niña encaprichada, y esta era la última jugarreta que le tendían para cortar de una vez por todas el lazo que la unía con Allan y separarlos definitivamente.

—Padre no puede obligarte a casarte contra tu voluntad —argumentó Tanek.

Mady le dedicó una mirada severa, dejando en claro que ni siquiera él podía creer en sus propias palabras.

—Papá ha sido claro —le dijo finalmente Mady, secándose el rostro con el dorso de la mano—, tengo veintiún años, el año siguiente estaré vieja para contraer matrimonio. O me caso con Ernesto, o me enviará a un convento Homo a pasar el resto de mi vida.

—¡Pues que te envíe! —bramó Allan, furioso—. Te sacaré de allí

enseguida y nos iremos lejos.

—¿Y a dónde, Allan? —Mady lo miró con gesto suplicante, invadida por la desesperación—. ¿Qué lugar en este mundo es ajeno a La Capadocia o a la severa mano de mi padre? Solo el mundo Kinam bajo el agua escapa de su ojo vigilante, ¡solo entre ellos podremos ser libres!

Libres al fin para vivir nuestra propia vida...

Tanek suspiró, asintiendo con la cabeza.

—Si lo pones así, me temo que tienes razón...

—¡No! —bramó Allan—. No te pondré en riesgo, Madeleine. Dame un día para pensar, lograré llegar a una solución, pero no esta —Se acercó y la tomó por los hombros—. No te arriesgaré, Madeleine.

—Allan, tienes que entender...

—¡No, tú entiéndeme a mí! —insistió él, dedicándole una mirada llena de fervor—. No podría perderte, Mady, no podría... Nada tendría sentido sin ti. Tú eres mi mundo, tú eres mi vida entera... ¿No lo ves? —Su voz se quebró y debió ocultar la mirada, para evitar que ella viera que los ojos se le habían humedecido.

—Allan, no sufras así por nada —Mady se le colgó del cuello, en un abrazo intenso, lleno de amor—. Yo no soy nada, nada en absoluto para hacerte pasar por esta tortura que sé que vives cada día.

—No digas eso, tú eres mi vida, Mady. Si tú no eres nada, yo tampoco lo soy —le dijo Allan en un murmullo bajo, estrechándola con fuerza.

—Creo que ya está bien, par de donnadies —intervino Tanek con voz socarrona, a pesar de que les dedicaba a ambos una mirada de cariño—. Les ayudaré.

—¿Lo harás? —Los ojos de Mady se iluminaron, llenos de ilusión.

—De no haber tenido esa intención desde un principio, no habría acudido a tu llamada desesperada, hermanita —bromeó Tanek—. Puede que ustedes dos sean jóvenes e inexpertos en muchas cosas, pero es obvio que se quieren sinceramente. Papá no tiene idea del daño que te hará obligándote a casarte con ese patán de Ernesto. Sin mencionar que hacer rabiar a nuestro padre ayudándote a escapar con Allan, me ayudará a sentir una enorme satisfacción de gozo.

Mady notó que Allan fruncía el ceño, sabía que le dolía en el orgullo ser un Capadocia sin linaje, en estricta categoría de menor linaje que ella, y le molestó que su hermano bromeara con ello, pero no se atrevió a decir nada para contradecir a Tanek.

—Creo que podré idear algo, hermanita —Tanek continuó hablando—. Me pondré en contacto con ustedes antes de mañana al atardecer. Yo les recomendaría que mantengan sus cosas empacadas y dispuestas para salir en cualquier momento.

—¿Tienes alguna idea, querido hermano? —le preguntó Mady, con ilusión.

—Hay unas montañas lejos de aquí, muy lejos, donde La Capadocia casi no tiene intervención. Es tierra de Homos y Kinam. Allí podrán vivir en paz, sin que los molesten.

—¡Oh, Tanek, sabía que podrías ayudarnos! —gritó Mady, corriendo a abrazar a su hermano.

—Ya sabes, soy magnífico. De hecho, deberían cambiarme el nombre de Tanek por Magnífico, ¿no te parece?

Mady rio vivamente, mirando encantada a Allan y a su hermano con los ojos humedecidos por las lágrimas, esta vez de alegría.

—Te lo agradezco, hermano.

—No me agradezcas nada. Si no puedo ayudar a mi hermanita favorita,

entonces de nada serviría como hermano mayor —Tanek sonrió, besándola en la mejilla—. Y tú, más te vale mejorar tu técnica —añadió dirigiéndose a Allan—. No aceptaré que mi hermana despose a un Capadocia que no le brinde la protección y seguridad que ella se merece.

—Por supuesto —contestó Allan con la barbilla erguida.

—No seas duro con él, Tanek. Allan es muy hábil.

—Quizá para luchar contra los Capadocia, pero no contra los Kinam. Debe mejorar, y yo me encargaré de eso —Le dio un golpe cariñoso a Allan en el hombro—. Será una especie de regalo de bodas de mi parte para mi dulce hermanita. Convertiré a su esposo en un gran guerrero, digno de ella y capaz de protegerla de cualquier peligro. Te enseñaré a luchar como todo un Kinam, Allan. Son los mejores guerreros que pueden existir, y tú tienes el honor de pertenecer a su linaje.

Mady miró a Allan con aprensión, temiendo que las palabras de su hermano lo hubieran ofendido. Pero en sus ojos no vio enojo, por el contrario, encontró...

—Será un placer y un honor aprender de ti, Tanek —contestó Allan, quitándole las palabras de la mente a Mady.

Allan levantó la mano para estrechar la de Tanek por el codo, conforme al saludo Capadocia. Pero Tanek le hizo levantar el antebrazo y que ambos brazaletes chocaran entre sí, produciendo un ruido metálico.

—Fuerza Kinam —bramó Tanek—. Este es el saludo Kinam, el saludo con el que deberás saludarme siempre que nos encontremos. Yo soy un Kinam ahora, el mundo Capadocia solo forma parte de mi pasado... Y ahora, del de ustedes.

—Fuerza Kinam —repitió Allan con orgullo, provocando que la sonrisa de Tanek se acentuara.

De pronto ambos hombres se tensaron y desviaron la mirada en dirección a la espesura del bosque. Mady buscó con los ojos en la misma dirección que ellos seguían, sin encontrar nada.

—Te están llamando —le dijo Tanek. Ambos, gracias a sus agudos oídos de Kinam, lograban escuchar algo que era imperceptible para Mady—, será mejor que te vayas. Y no digas una palabra de lo que ha sucedido aquí, ni que me has visto.

—No tienes que decírmelo, ya lo sé —espetó Allan, sonriendo todavía—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —repitió Tanek, observándolo marcharse.

—¿Puedes adelantarte? —Mady le pidió a Allan cuando él le tendió la mano, para que lo acompañara—. Me gustaría quedarme unos minutos más con Tanek, si no te molesta.

Allan le dirigió una mirada interrogante a Tanek, que él supo interpretar correctamente.

—Ve tranquilo, yo me aseguraré de dejarla en su casa.

—Bien, te lo agradezco —Allan miró a Mady con cariño—. Nos vemos esta noche en tu casa, como siempre —se despidió con un rápido beso, antes de partir corriendo por la espesura del bosque.

—¿Esta noche en tu casa? —repitió Tanek una vez que se quedaron a solas, provocando que las mejillas de Mady se encendieran al máximo.

—No pienses lo que no es, Allan es muy respetuoso y jamás ha intentado propasarse conmigo —salió a la defensiva—. Solo nos vemos a escondidas por papá, y...

—¿Qué es lo que querías decirme? —la cortó Tanek, cruzándose de brazos ante ella.

Mady suspiró y le dedicó una mirada nerviosa.

—A ti nunca puedo esconderte nada, ¿no es así? —Mady intentó bromear en vano, pues la mirada de Tanek continuaba siendo imperturbable.

—Te conozco hermanita, si te quedaste conmigo es porque quieres decirme algo. Y lo mejor será que lo sueltes de una vez, antes de que el sol se ponga y tenga que llevarte a casa.

Mady volvió a suspirar y lo miró a los ojos, armándose de valor.

—Sobre lo del gen Kinam... —comenzó a decir, pero debió desviar la mirada para evitar que los ojos intensos y firmes de su hermano le hicieran flaquear el valor que con tanto esfuerzo había reunido para enfrentarse a él—. Es en serio, Tanek. Si he de hacerlo, lo haré. Haría todo por estar con Allan sin que los Ruffian nos molesten, y si tú no me ayudas, buscaré el modo de...

—Está bien —la cortó él secamente.

—¿En serio? —Mady lo miró con los ojos abiertos al máximo, incrédula de su propia buena suerte.

—Claro que es en serio, o te ayudo a cambiar o te irás a buscar al primer Kinam que se te ponga al paso, ¿no es ese tu plan?

—Sí... —admitió ella, bajando el rostro—. Pero no me juzgues, Tanek, no lo haría de no ser necesario.

—Estás loca, ¿sabes? ¿No se te ha ocurrido que un Kinam te inyectará un veneno, a lo mucho dos, el de dolor y el letal, pero no el antídoto? ¿Y qué harás entonces?

—Tenemos el antídoto.

—Eso no es lo mismo, no tiene un efecto igual, sin mencionar que estarás medio muerta por el dolor y el veneno que te habrá paralizado la mayor parte de los músculos. Morirás en minutos en medio de una tormenta de dolor sin

que puedas hacer nada para evitarlo. Y si de casualidad llegas a sobrevivir, ¿piensas pasar sola los siete meses que tarda el cambio?

—Si es necesario, sí —contestó ella con la voz ahogada, pero con determinación.

Tanek suspiró y terminó finalmente por asentir con la cabeza.

—Está bien. Te ayudaré... —espetó fríamente—, pero con una condición —Le puso un dedo rígido sobre el rostro—: Buscaré un Alma de Cristal que sea de fiar y que pueda ver en ti si tienes el gen Kinam. Solo te cambiaré si lo tienes, y si no es así, olvidarás toda esa absurda idea.

—¿Un Alma de Cristal? —repitió Mady, asombrada —. ¿Ellas pueden saber eso?

—Sí, por lo que he descubierto, ellas pueden ver si un Capadocia o un Homo lleva en su sangre el gen Kinam.

—¡Tanek eso es magnífico! —Mady saltó de alegría—. Si lo tengo, no correremos ningún riesgo. Allan no podrá negarse que me ayudes a cambiarme.

—Me importa un bledo lo que él piense, solo quiero que tú aceptes mis condiciones; si no tienes el gen, no habrá cambio, Madeleine, ¿me has entendido? ¡Y dejarás atrás esa tonta idea de cambiarte a Kinam!

—Por supuesto que sí —sonrió ella, aliviada—. No soy tonta, si no tengo el gen, moriría. Y no puedo morir, ya escuchaste a Allan.

—Sí, ese pobre tipo te quiere tanto que bien se moriría sin ti.

—Lo sé... —Mady suspiró, dirigiendo la vista a la espesura, en la misma dirección por la que Allan se había marchado, minutos atrás—. Lo sé... Y eso no puedo permitirlo. Él debe vivir, Tanek. No importa lo que pase conmigo, Allan debe vivir. Y haré lo que sea para que él siga con vida...

Zarah entró en el salón de la fiesta por la puerta de la terraza justo en el momento en el que Aidan se asomaba por ella.

—Nuestro abuelo te está buscando —le espetó su hermano de mala gana, dedicándole una mirada gélida.

—Está bien, ya voy —contestó Zarah sin mejor humor que él.

—¿Qué te dijo Tanek? —le preguntó su hermano, después de una pausa. Zarah lo miró a los ojos, extrañada de su comportamiento, por la expresión molesta con la que la miraba, era claro que había tenido que tragarse el orgullo para preguntarle eso.

—¿Tanek? —repitió Zarah, confundida—. No vi a Tanek.

—Dijo que iba a buscarte al jardín.

—Lo siento, Aidan, no lo vi... ¿Ocurre algo?

—No, nada —espetó Aidan, clavando la mirada en los jardines—. Vete ya, el abuelo te está esperando, y no sé cómo sean las cosas en tu mundo Homo, pero en el mundo civilizado de La Capadocia, es decir, aquí, es de mala educación hacer esperar al rey, aunque sea tu abuelo.

Zarah frunció el ceño, pero no contestó, estaba demasiado cansada y abrumada para discutir con su hermano.

—Zyanya, allí estás —escuchó a su espalda la voz de su abuelo—. Finalmente te encuentro.

Zarah se volvió para encarar a su abuelo con una sonrisa forzada, intentando pasar por alto la gélida mirada que aún su hermano mantenía fija en ella.

—Hola, abuelo... —Zarah se quedó con la mitad del saludo en la boca al notar que el hombre no llegaba solo.

Lo acompañaban cuatro personas, dos hombres y dos mujeres. No sabía qué, pero algo había en ellos que le provocó calosfríos.

—Zyanya, hija mía —le dijo su abuelo, girándose hacia los cuatro invitados—. Permíteme presentarte a Valdemar, Kamilah, Kasim y Kameko, los príncipes representantes de los otros cuatro reinos: los Rojos, los Pardos, los Negros y los Amarillos. Son príncipes herederos al trono, al igual que tú, y han venido especialmente a conocerte.

Zarah arqueó las cejas, nunca se habría esperado escuchar esas palabras. Los observó con mayor detenimiento: como en todos los Capadocia, era imposible dictaminar su edad. Se veían jóvenes, apuestos y hábiles. De ser humanos habría jurado que se encontraban bordeando los treinta años, con excepción de Valdemar, que lucía de unos veinte. Era bastante guapo, alto, moreno, de pelo muy corto de color castaño y ojos de color plateado.

Él, al saberse observado por ella, le sonrió, mostrando una actitud alivianada, distinta a la de los otros, mientras también la veía de arriba abajo con un brillo singular en esos ojos de plata.

—Es un placer conocerte al fin, princesa Zyanya de los Blancos —le dijo una mujer, adelantándose a ella. Era muy hermosa, delgada, de cabello rubio oscuro y grandes ojos marrones de forma almendrada—. Ansiábamos conocerte. Los cuatro reyes te envían sus saludos.

Zarah se volvió hacia su abuelo, esperando una explicación.

—Los príncipes fueron enviados por los cuatro reyes, sus padres, y el Consejo de la Estrella.

—Excepto yo, que fui enviado por mi abuelo, Verril, rey de los Rojos —lo interrumpió Valdemar.

—¿Tu abuelo es también el rey? —Zarah sonrió, no sabía por qué, pero le agradaba saber que no era la única en esa situación de nieta-princesa.

—Tenemos mucho en común, princesa. Sería bueno sentarnos a conversar un buen rato.

—Por supuesto.

—A todos nos gustaría conversar contigo, princesa Zyanya de los Blancos —continuó hablando la mujer—. Mi nombre es Kamilah, hija de Sabirah, reina de los Pardos.

La mujer realizó el saludo Capadocia, dejando a Zarah con la mano extendida.

—Lo siento, aún está acostumbrada a las costumbres de los Homo —se disculpó su abuelo por ella, bajándole la mano.

—Entiendo —La mujer le dedicó una delicada sonrisa y se limitó a hacer una inclinación de cabeza que Zarah no tuvo problema en imitar.

—Yo soy Kasim, príncipe heredero del trono de los Negros. Mi madre, la reina Odina de los Negros, le envía sus más cordiales saludos, princesa —se presentó el tercero, un hombre alto de porte sumamente elegante. Tenía la piel morena, el cabello cortado a rape, dejando al descubierto la perfecta curva de su cráneo, y ojos de un color verde pardo.

Zarah inclinó la cabeza a modo de saludo y él le correspondió de la misma manera.

—Creo que ha llegado mi turno de presentarme —dijo la otra mujer, una chica de aspecto menudo y suave, que se movía con una gracilidad y elegancia exorbitante en un solo pestañeo. Tenía los ojos rasgados y el cabello suelto

sobre la espalda en una hermosa melena negra, perfecta, sin un solo cabello fuera de su lugar, de un color negro intenso y brillante que despedía fragancia a rosas y jazmines al caminar.

Una verdadera princesa, pensó Zarah con una mezcla de asombro y tristeza por ella misma, que estaba muy, pero muy lejos de parecersele en gracia, belleza y elegancia.

—Mi nombre es Kameko —continuó hablando la mujer, haciendo una reverencia. Zarah la imitó, y entonces ella continuó: — Soy hija de Aki, rey de los Amarillos. Todos los respetos de mi reino para ti, princesa Zyanya de los Blancos.

—Gracias, también para ustedes —contestó Zarah con timidez.

—Es un placer tenerlos a todos aquí, príncipes, tanto para mi nieta Zyanya como para mí.

—Por supuesto —dijo Zarah cuando todos se quedaron callados con la mirada fija en ella, obviamente aguardando para que dijera algo.

—Buen discurso. Quizá te ganes un premio por tu elocuencia —la molestó Aidan, determinado en hacerla enojar.

Zarah se sintió enojada y avergonzada a la vez, nunca había sido buena para hablar en público ni para conocer a gente nueva, y ahora estaba en un lugar distinto, donde todos eran personas desconocidas y tenía que actuar de una manera que no le agradaba, para todavía tener que soportar los reproches de un hermano menor molesto al que no conocía lo suficiente como para tener la confianza de darle un buen puntapié en la espinilla como habría hecho con sus otros hermanos.

La música volvió a sonar, alegrando el ambiente de la fiesta.

—Me permite esta pieza, ¿señorita? —le preguntó su abuelo, tendiéndole una mano.

Zarah asintió con una sonrisa, agradecida por el obvio gesto de su abuelo para sacarla del apuro, y tomando la mano de Ahren se encaminó a la pista de baile con él. La gente les abrió camino y comenzaron a bailar un vals muy hermoso. Zarah se sentía como una verdadera princesa, la gente la observaba pero por primera vez no le importaba.

Varias parejas se unieron al baile. Alguien le tocó el hombro y Zarah se volvió para ver que se trataba de Zack.

—¿Me permite? —le preguntó al rey, no a ella.

Zarah sintió náuseas, al tiempo que todo el malestar anterior regresaba a su cuerpo. ¿No podría escapar de la pista y regresar al lado de su hermano para continuar escuchando sus insultos?

—Adelante —contestó Ahren, cediendo la mano de su nieta.

Zarah suspiró cansinamente, hubiera deseado con todo el corazón que se tratara de Allan.

Zack comenzó a moverse con bastante elegancia, tenía que admitir que sabía hacerlo bien, aunque algo había en él que continuaba desagradándole.

Zack se forzó en entablar conversación con ella, pero Zarah se limitó a ignorarlo de lleno, provocando que él se tensara, molesto. De pronto él se tensó más, y al levantar la mirada, Zarah supo el motivo: Allan se le había acercado para pedirle que bailara con él.

—¡Sí! —exclamó Zarah, saltando de los brazos de Zack para caer en los de Allan, y todo fue magia a partir de ese momento.

Él le sonrió de esa manera tan encantadora que tenía y juntos se movieron en la pista. Zarah aún recordaba el maravilloso momento vivido en la fiesta de quince años de Maricarmen, pero esta vez se superó, no sabía si era porque ahora se tenían confianza, pero el baile fue estupendo en todas las maneras posibles; la música cambió para adoptar una melodía lenta que solo se podía

bailar abrazados, Allan la estrechó contra él con suma ternura y Zarah le rodeó el cuello con los brazos, apoyando la cabeza en su pecho, mientras se movían al son de la música. Era maravilloso sentirlo tan cercano a ella, percibir el calor de su cuerpo, escuchar el fuerte latir de su corazón al compás con el suyo...

No supo cómo, pero al abrir los ojos nuevamente se encontraban en la terraza. Allan los había llevado sin que ella ni siquiera se diera cuenta.

—Tengo algo para ti —le dijo él cuando ella levantó la cabeza—. Es una tradición dar un regalo en este día, el día de tu iniciación.

—¿Qué es? —preguntó Zarah, sin poder evitar sonreír. Debía de verse como una boba enamorada, pero qué hacer, era así como se sentía, era así como estaba, ¡loca de remate por Allan!

Él le dio la media vuelta con un último y ágil giro de baile, dejándola de espaldas a él, y la estrechó contra su pecho.

—Cierra los ojos —le pidió, susurrándole al oído.

Zarah no dudó en obedecer, perdida en ese momento como si se dejara llevar flotando entre las nubes.

Allan apartó por un par de segundos las manos de ella. Zarah sintió algo frío en el cuello, acompañado por el calor tan familiar de sus manos. La joven agachó la vista y se quedó sorprendida al encontrar colgando sobre su pecho una hermosa cadena plateada con un dije de ave de larga cola con alas de fuego formadas por piedras preciosas.

—Allan, es muy hermoso... —musitó Zarah, sorprendida por el regalo.

—Es un fénix —le dijo él, abrazándola nuevamente por la espalda y depositando un suave beso sobre su cuello—. Es el ave que nunca muere, renace de las cenizas..., al igual que tú.

Zarah se giró conmovida, y al hacerlo su rostro se encontró de frente con

el de Allan. Se unieron en un beso tan cálido que Zarah bien pudo morir en ese mismo momento, feliz sabiéndose entre los fuertes brazos de Allan.

—Será mejor que regresemos a la fiesta —le dijo él, después de un momento.

—Es cierto —musitó Zarah, suspirando tristemente por el sueño anhelado que llegaba a su fin—. Podría salir alguien a buscarte y encontrarnos juntos.

—Creo que a quien buscarían sería a ti —bromeó Allan—, tú eres la princesa, y a quien celebramos hoy. A mí solo me buscarían para rebanarme el cuello por tener la osadía de besarte.

La sonrisa de Zarah se torció.

—No te pongas triste, era solo una broma.

—Lo sé... —suspiró, desviando la mirada.

—Zarah, ¿qué sucede? —insistió Allan, tomando su mano para incitarla a hablar—. No me van a hacer nada, perdona si te molestó lo que te dije.

Zarah lo miró a los ojos, reacia a hablar.

—Allan... si te contara algo, ¿me guardarías el secreto?

—Por supuesto —contestó él, irguiéndose en toda su estatura—. Puedes confiar plenamente en mí, Zarah, lo sabes.

—Lo sé —Ella sonrió ligeramente, pero su sonrisa se esfumó tan rápido como apareció—. No es que ponga en tela de juicio tu confianza, es solo que no me gustaría decir algo que pudiera herirte o molestarte...

El ceño de Allan se frunció, al tiempo que un temor nacía en su corazón. El temor que tantas veces lo había dejado sin dormir desde aquel momento en el que Raquel debió pronunciar aquellas trágicas palabras: los jóvenes se aburren rápido... ¿Se habría ella aburrido ya de él?

No... Mady nunca se había aburrido de él. Sabía que de haber seguido con

vida, habrían continuado juntos hasta entonces. Y Zarah era Mady, en alguna parte de ella, en su corazón, vivía la antigua Madeleine, su único y verdadero amor, y ella nunca, jamás, lo abandonaría o cambiaría por otro...

¿O sí...?

—¿Qué sucede, Zarah? —le urgió a hablar, más por sí mismo que por ella.

Zarah lo miró angustiada y exhaló una bocanada de aire, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

—Odio esto.

El corazón de Allan se paralizó.

—¿Disculpa...?

—Odio todo esto... Sé que suena infantil, que debo encarar mi destino y mi vida como todo el mundo espera, como mi abuelo desea, pero no puedo...

—¿Tu abuelo? —repitió él, perdido en el tema en el que ya daba por sentado que ella estaba terminando con él.

—Sí, mi abuelo. Tú sabes cuánto desea que yo me quede aquí y me convierta en la princesa que se supone que debo ser, pero no puedo... —su voz se quebró—. Esto, todo esto... —señaló al salón de la fiesta—, no es para mí. Yo no soy así, Allan. De haber sido Maricarmen la elegida estaría haciendo un papel monumental, ella tiene un porte de princesa natural, es hermosa y elegante, igual a esas otras princesas que están allá dentro, a las que seguramente todos esperan que yo me parezca, pero yo no soy así. Yo tengo zapatos bajos, no de tacones, uso *jeans* y no vestidos caros, y me siento en el último banco para nunca tener que hablar frente a toda la clase, y se supone que ahora debo dar discursos perfectos frente a decenas de desconocidos que me miran tan fijamente como si esperasen que en cualquier momento fuera a tropezar y caer, comenzando por mi hermano. Todo cuanto deseo es regresar a casa, con mi verdadera familia, a mi vida donde tú y yo podíamos estar juntos

sin tener que escondernos a riesgo de que te cortaran la cabeza y donde la mayor preocupación de mi vida era pasar Física y no que al cruzar una esquina saliera un monstruo con la intención de asesinarme... —Se soltó a llorar y Allan no pudo evitar abrazarla, a riesgo de que cualquier persona pudiera aparecer en ese momento y verlos. Pero no le importó, no podía dejarla sufrir sin consuelo... Más que nada, no podía dejar de abrazarla ahora que sabía que ella lo continuaba queriendo, y no iba a terminar con él.

—¡No quiero ser una princesa, Allan! —gimió Zarah, aferrándose con más fuerza de él—. Todas las niñas sueñas con ser princesas, pero yo no, nunca lo quise... ¿¿Por qué me pasa esto...?!

—Seguramente si todas esas chicas que sueñan en convertirse en princesas vivieran lo que tú has tenido que vivir y supieran lo que es realmente esta realidad, todas renunciarían a su sueño, tal como deseas hacerlo tú.

—Pero yo no puedo hacerlo, ¿no es verdad? Si lo hago, me separarán para siempre de mi familia, los harán olvidarme y nunca más volveré a verlos.

Allan suspiró, estrechándola con más fuerza contra él. Le habría gustado decirle que no sería así, pero la verdad era que no podía prometerlo. La Capadocia era así, si ellos consideraban necesario hacer olvidar a su familia, lo harían sin tener el menor remordimiento de las consecuencias que su acto pudiera tener sobre Zarah o su propia familia.

Él sabía bien que, a pesar de hacer olvidar a las personas, una parte de ellas continuaba recordando. Podían hacer olvidar a la mente, pero el corazón recordaba...

La prueba estaba en la misma Zarah, que a pesar de todo, del enorme poder y capacidad de Elizabeth, una Ámbar mentalista con una enorme destreza en la manipulación de la mente, Zarah no olvidó todo su pasado, aunque fuera en sueños, ella continuó recordando a su madre y el terrible momento vivido a su lado, tantos años atrás...

—¿Qué vamos a hacer, Allan? —le preguntó Zarah, una vez que estuvo un poco más calmada, levantando los ojos para mirarlo a la cara—. ¿Qué vamos a hacer para estar juntos sin que mi abuelo nos separe?

Un terrible dolor se apoderó del corazón de Allan, un temor renacido del mismo que había sentido tantos siglos atrás, cuando Madeleine le hizo exactamente la misma pregunta...

—Estar juntos y esperar, Zarah —le contestó con la mayor firmeza en la voz que consiguió—. Ten fe, algo se nos ocurrirá. Ten fe, Zarah. Estaremos juntos, sin importar lo que pase...

Repitió las mismas palabras que tantos siglos atrás le contestó a Mady...

Al tiempo que en su interior rezaba un juramento... Esta vez nada ni nadie evitaría que él estuviera junto a ella, aunque tuviera que acompañarla en la muerte, no volvería a separarse de ella.

Esa noche terminó antes de lo que ninguno de los dos habría deseado. Después de regresar al salón de la fiesta, donde convivieron con los invitados un par de horas más, Allan acompañó a Zarah a su habitación y la dejó en la puerta con un fugaz beso de despedida en los labios.

En cuanto hubo cerrado la puerta a sus espaldas, Zarah se desprendió de los zapatos y el tocado, que estaban matándola. Bien podía ser una princesa para el mundo Capadocia, pero en su habitación tenía derecho de portarse como la chica de dieciséis años agotada que era en realidad, y todo cuanto deseaba era sentirse cómoda con un pijama y acostarse a dormir doce horas seguidas. Sin embargo, mientras se quitaba el vestido, notó el atisbo de su propio reflejo en un espejo cercano, y se vio a sí misma sonriendo de oreja a oreja a pesar de la molestia que la embargaba. Es más, si hubiera participado en una obra de teatro de *Alicia en el País de las Maravillas*, ella habría podido interpretar el papel del gato sonriente sin el menor problema. Lejos de molestarle, esa imagen le provocó una sensación de felicidad aún mayor. Se sentía vivir en las nubes cada vez que Allan la besaba, y de ser por ella habría permanecido en ese paraíso sobre el cielo por el resto de su vida.

Se acostó en la cama, sin dejar de sonreír, soñando despierta con toda clase de ideas que le venían a la cabeza sobre ella y Allan; si se casarían, lo que harían al día siguiente, si a él le gustaría que ella lo invitara a cenar a su casa con su familia; claro, un día en el que Javier estuviera en la universidad. Aún no se olvidaba de las viejas rencillas que tensaban la relación entre su hermano mayor y Allan, y deseaba que todo fuera perfecto...

A pesar de que se sentía muy cansada, se encontró dando vueltas en la cama, sin poder pegar los ojos. Había olvidado el tema entre Allan y Javier, Allan y su padre, Allan y el mundo real al que ella pertenecía... Una cosa era luchar en ese mundo por su amor, hacer entender a su abuelo y los demás que no tenían motivos para interponerse en su relación, pero todavía estaba su vida cotidiana, tener que sobrellevar a un padre celoso, un hermano todavía más celoso, y dos hermanas muy chismosas. Claro, que si comparaba a su familia con los Capadocia, esos problemas eran asunto de nada.

No obstante, una hora después se dio cuenta que esas ideas no iban a salir de su cabeza esa noche, y Zarah se decidió a salir a la terraza a dar vueltas, en lugar de seguir haciéndolo en la cama. Al menos sería mucho más agradable esperar el amanecer con la vista del océano frente a ella, que la del dosel de su cama.

Se colocó la bata y salió. El aire estaba helado, mezclado con la humedad de la lluvia que comenzaba a caer. Le vino de maravilla, despejándole los sentidos como ninguna otra cosa habría logrado hacerlo. Zarah avanzó hasta el barandal de hierro forjado, y se acomodó sobre él, aguardando el amanecer.

—¿Sientes que cargas el mundo sobre tus hombros? —le preguntó una voz a su lado, sobresaltándola.

—¿Aidan? —Entornó los ojos, intentando reconocer su silueta en la oscuridad.

—Supuse que no podrías dormir, yo no lo haría.

—¿A qué te refieres?

—Si no lo sabes tú, es porque eres peor de lo que creía. No tienes conciencia alguna.

—¿De qué estás hablando?

—De ti, y tu teatrillo de niña indefensa que necesita ser el centro de

atención de todo el mundo. No has cambiado en nada, Zyanya.

—¿Yo no he cambiado...?

—Tú siempre tenías que ser el centro de atención, siempre la mejor, siempre la que ganaba las competencias. Te metías entre nuestra madre y yo para evitar que ella me hiciera caso, ni siquiera mi padre me quería cuando tú estabas aquí, ¡pero eso no va a volver a ser igual! Ahora yo soy más grande y más hábil que tú, y tú te marcharás para siempre....

—¿Qué? Aidan... No tengo idea de qué estás hablando...

—El abuelo siempre me prefirió a mí, Zyanya, aun cuando tú me superabas, él me quería más, y él me seguirá prefiriendo, no importa que seas un Alma Azul.

—Aidan, te lo juro, no tengo idea de lo que estás hablando...

—¡De cuando tú vivías aquí!

Zarah frunció el ceño, comprendiendo al fin.

—Creía que no recordabas nada de eso.

Aidan retrocedió, frunciendo los labios, molesto.

—No todos tenemos la fortuna de que nos hicieran olvidar nuestro pasado. Ojalá yo pudiera olvidar el mío a tu lado, Zyanya. No existió jamás hermana más pendenciera y altanera que tú. Pero una cosa sí me enseñaste: a ser fuerte, a ser competitivo —Se acercó tanto que Zarah pudo ver con claridad el brillo de sus ojos grises—, y a ser siempre, siempre, el mejor.

Zarah tragó saliva, alejándose un paso de él.

—Como sea, no he venido a hablar de nuestro pasado —continuó él, alejándose también—, he venido a hacerte una advertencia.

Zarah no dijo nada, aguardando a que él continuara.

—Tanek está desaparecido. Y es por tu culpa.

—¿Cómo va a ser por mi culpa...?

—Desapareció esta noche, después de ir en tu búsqueda. Él, al igual que todos los locos de esta isla, se está desviviendo por protegerte. Pero claro, tú ni cuenta te has dado. Es esa la razón por la que he venido a hacer de conciencia contigo, a informarte y dejarte muy claro, que si algo le sucede a Tanek, será por tu culpa y solo por tu culpa... —siseó, dedicándole una mirada llena de rabia.

—Te dije que no lo vi, Aidan. No sé dónde puede estar.

—Ni tú ni nadie, pero claro, eso a ti no te importa. Que la gente que te rodea e intenta cuidarte, se preocupe por ti, es algo que tú no valoras, algo que no te mereces... Pero una cosa te advierto, hermana —La cogió con fuerza por los brazos, encarándola con esos ojos tan grises y brillantes, llenos de rabia y preocupación—, si algo le sucedió a Tanek por tu culpa, te lo haré pagar muy caro, ¿me has escuchado?

—Suéltame Aidan...

—Por tu culpa murió nuestra madre, por protegerte a ti. Tú, la pequeña princesa indefensa a la que todos adoran, por la que todos están fascinados. Pero tú no eres nada para mí, yo veo en ti lo que realmente eres, una tonta intrusa que no merece llamarse princesa, ¡ojalá te hubieras muerto tú en lugar de nuestra madre...!

—¡Suéltala, Aidan!

Ambos se volvieron al escuchar la voz de Allan caminando directo hacia ellos desde la playa.

Aidan retrocedió un paso, aunque parecía más enojado que antes.

—¡Vete de aquí, híbrido! Esto no es de tu incumbencia.

—¡Aidan! —Zarah le dedicó una mirada más enfadada que con la que lo había mirado hacía un minuto, cuando el insulto iba hacia ella.

—Déjalo, Zarah, no me importa cómo me llame —intervino Allan, llegando a su lado, y dirigiéndose a su hermano, continuó—. Aidan, vete a dormir, es tarde y tienes que levantarte temprano —Le habló igual que a un niño pequeño que está haciendo berrinches.

—¡Tú no me das órdenes, soy el príncipe her...!

—No, ya no lo eres, y aunque todavía fueras el heredero seguirías siendo un niño, Aidan. Y a los niños que se portan mal se les castiga.

—¡Cállate! —Aidan furioso le lanzó un rayo dorado que armó una cuerda de oro puro alrededor de su brazo.

Se escuchó el siseo de la piel al contacto del sitio donde la tela se había rasgado...

Aidan sonrió de gusto, sabiendo que le había ocasionado daño, a pesar que Allan ni siquiera hizo una mueca de dolor al arrancarse la cuerda de oro del brazo.

—¡¿Aidan, qué fue lo que le hiciste?! —bramó Zarah, asestándole una bofetada a su hermano menor.

Enseguida supo que había sido un error; Aidan, furioso, levantó ambas manos dispuesto a atacarla con ese rayo dorado que era su poder. Allan, más rápido, se interpuso entre ellos dispuesto a proteger a Zarah con su propio cuerpo.

Todo sucedió en una fracción de segundo, sin embargo Zarah tuvo tiempo para medir claramente las consecuencias del acto de su hermano: si una simple cuerda le había provocado una herida en el brazo a Allan, ¿ese enorme rayo qué haría con él...?

—¡No! —gritó Zarah al ver que su hermano despedía ese rayo dorado

contra Allan.

Y algo increíble sucedió...

Del centro mismo de su cuerpo surgió una luz azul que emanó de ella a una velocidad sorprendente, mucho más rápida que el rayo dorado, y los envolvió a ambos con su luz azulada. El rayo dorado rebotó contra ella, sin producirle el menor daño, y salió disparado en la dirección contraria.

—¿Qué pasó? —Zarah retrocedió, asustada.

—¡Hiciste un campo de fuerza, Zarah! —Allan la felicitó—. ¡Fue estupendo!

—¡Suéltente! —Aidan se encontró envuelto en una red de oro puro, y en medio del forcejeo al intentar liberarse, terminó en el suelo.

Allan rio sonoramente, haciendo aparecer su espada.

—¡Allan, no!

Pero Allan no la escuchó, levantó al vilo la espada y... liberó a su hermano con ella.

—Qué susto... Pensé que ibas a lastimarlo —suspiró Zarah.

—¿Lastimarme? —bufó Aidan—. ¡No tiene los pantalones para lastimar a un príncipe!

—En realidad, no lastimo a niños —le dijo Allan, volviendo a reducir la espada al tamaño minúsculo de su muñequera—. Cuando madures nos enfrentaremos el día que quieras, Aidan. Hasta entonces solo mantente alejado de tu hermana —le siseó en un tono bajo, mirándolo con unos ojos brillantes que no denotaban emoción alguna.

Sin embargo Aidan pareció captar muy bien el mensaje de advertencia que iba en ellos, porque no contestó y, enojado, se dio la media vuelta para alejarse del lugar a rápidas zancadas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zarah a Allan, al notar que la herida en su brazo comenzaba a sangrar.

—Sí, no te preocupes, es solo un rasguño.

—¿Por qué no entras? Te limpiaré eso...

—En realidad no importa, los Kinam somos invulnerables a las infecciones, ¿sabes?

—¿En serio? —Zarah abrió los ojos al máximo.

—Claro, por eso son prácticamente inmortales. Son tan longevos como nosotros, sino más. Su sistema inmunológico es perfecto, no existe nada en el mundo que los afecte o los enferme. Es otra ventaja de que ese monstruo me atacase cuando era niño.

—De todas maneras, no me gusta verte sangrando. Podría... —Tendió una mano para palpar la herida pero él la sujetó por la muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—¡No! —le gritó tan fuerte que ella se asustó y retrocedió, asustada.

—Lo siento, no quería gritarte... —le dijo en un tono de voz más calmado, soltándole la muñeca—. Zarah, nunca, ni aunque me esté desangrando a muerte, vayas a tocar mis heridas, ¿entiendes? ¡Nunca!

—Está bien...

—Zarah, la sangre de los Kinam es venenosa para los humanos y los Capadocia. Una sola gota podría causarte la muerte en minutos.

Zarah arqueó las cejas, comprendiendo su modo de reaccionar.

—Soy veneno vivo, Zarah. Los Kinam somos veneno puro en cada partícula de nuestro cuerpo. No solo lo supuramos de nuestras púas y colmillos, también lo llevamos en nuestra sangre, es por eso que si llegas a tocar una minúscula gota morirás... Y no quiero que mueras.

—Entiendo —Zarah sonrió, estrechando su mano—. Tranquilo, prometo no acercarme a tu sangre.

—Es que no lo entiendes, si llego a ponerte en peligro, Zarah...

Zarah tomó su rostro entre sus manos y lo acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

—Entiendo —repitió, posando un par de dedos sobre sus labios para hacerlo callar—. Tranquilo.

Allan sonrió, agachando la cabeza. Sabía que actuaba como un completo exagerado, al menos a sus ojos así debía verse, pero no podía evitarlo... El hecho de poder perderla era una tortura viva... No podía perderla, no a ella, no otra vez...

—De cualquier manera, creo que deberías entrar a limpiarte la herida, está manchando tu ropa, te será difícil quitar esa mancha después. Además, si Aidan sigue por aquí cerca puede que quiera tomar revancha.

—Es un niño de quince años demasiado inmaduro todavía... —Allan se calló al notar la mirada de Zarah—. Lo siento, no me refiero a todos los jóvenes, no todos son inmaduros, tú eres muy madura para tu edad...

Zarah sonrió, posando una mano sobre su antebrazo para calmarlo.

—Entiendo, debes verme como a una niña. Yo también lo haría si tuviera tu edad.

—Y yo si tuviera la tuya me vería a mí mismo como un anciano, prácticamente como una momia.

Zarah soltó una carcajada.

—¡Nunca podría verte así! ¡Eres demasiado guapo para parecer una momia...! Es decir... —Enrojeció al máximo—. Bueno, ya sabes...

Allan sonrió, extendiendo los brazos para abrazarla, pero se detuvo a

medio camino.

—Creo que será mejor limpiar esto, como tú dices. No quiero mancharte en un descuido.

—Por supuesto, ven conmigo —Zarah se adelantó para entrar a la habitación. Tomó un par de toallas del baño para regresar con ellas, pero Allan ya la había alcanzado en el baño.

—No quiero echar a perder tus cosas, solo necesito un poco de agua... ¿me permites?

—Por supuesto —sonrió Zarah, ¡cómo le encantaba lo bien educado que podía ser él!

Allan abrió el agua y acercó el antebrazo al chorro. Zarah debió parpadear porque no podía creer que fuera real lo que veía: la herida se cerró en cuestión de segundos bajo el chorro del agua.

—¿Eso... fue magia?

—El agua le da fuerza a los Kinam —le explicó Allan—. Sanamos más rápido, y un rasguño como este sana al instante al contacto con el agua.

—¿Y por qué el agua les da fuerza?

—Somos criaturas acuáticas, ¿no lo sabías?

—No.

—Ahora lo sabes —sonrió él, tirando de la manga para arrancar la tela que había sido manchada con la sangre.

—Es estupendo...

—En realidad no es gran cosa para un Kinam. Somos criaturas muy fuertes, nuestra piel es prácticamente impenetrable, solo las garras o las púas de otro Kinam pueden herirla, y el oro, claro.

—Olvidaba lo del oro... ¿Es esa la razón por la que tu coraza es distinta a la de los otros Capadocia?

—Sí. Es una aleación de acero con otros metales, sin el oro que recubre a la de los demás Capadocia.

—Creía que eran de oro puro.

—No, claro que no. El oro es un material sumamente maleable, no tiene dureza, cualquier cosa lo atravesaría. Los yelmos, corazas, espadas, brazaletes, todo el equipo de un Capadocia, está hecho de una aleación especial, muy dura y prácticamente impenetrable, además muy ligera, y recubierta de oro para dar la protección clave necesaria para defendernos de los Kinam. En mi caso, Gustavo, mi hermano menor, que trabaja con metales y químicos, me creó una aleación especial con platino, resulta bastante útil.

—¿Es esa la razón por la que los yelmos y toda su armadura es dorada? —Zarah se sorprendió—. No tenía idea.

—Sí, es por eso. También las espadas están recubiertas de una aleación especial de oro, de esa manera resulta mortal para los Kinam.

—Increíble...

—En realidad tiene mucha lógica, ¿por qué crees que el oro es tan apreciado desde la antigüedad? Los reyes y la gente se cubrían con él para tener una defensa contra los Kinam, que antes llegaron a dominar al mundo.

—No lo sabía... Todo eso cuanto dices, nunca lo supuse...

—Recién estás aprendiendo de nuestro mundo, no te sientas mal. Lo aprenderás todo más adelante, con tiempo.

—¿Y Aidan...? ¿Cómo fue que él te dañó? ¿De dónde sacó la cuerda de oro?

—Aidan es un Alma Dorada, Zarah —le explicó él—. O de oro, como

preferas llamarla.

—¿No se supone que esa un alma muy poderosa?

—Sí, está justo por debajo del Alma Azul. Aidan era el ser con mayor jerarquía aquí, hasta que tú llegaste. Por eso está celoso de ti.

—¿Celoso?

—¿Por qué creías si no que se portó de esa manera tan grosera contigo?

—Es ridículo, él es muy poderoso, y yo ni siquiera sé usar mis poderes.

—Zarah, lo que hiciste hoy, ese campo de fuerza... ¡eso es usar tus poderes!

—Pero fue una coincidencia, no sabía lo que hacía...

—Créeme, eso él lo sabe, y es lo que más rabia le provoca; su hermana no solo es más poderosa que él, sino que puede ganarle sin siquiera saber usar sus poderes.

—Pero yo no quería molestarlo... No era mi intención.

—Está bien, ya se le pasará. Además, está bien que pienses así, Aidan podrá ser caprichoso, pero es muy poderoso. Tener a tu lado un Alma Dorada te traerá buena fortuna, en especial si estás cerca de mí.

—¿A qué te refieres?

—Un Alma Dorada no solo tiene la capacidad de crear oro de la nada o convertir en oro todo cuanto toque... Sí, la leyenda de la mano que convierte todo cuanto toca en oro viene de ellos —Hizo una pausa al adivinar lo que Zarah iba a preguntarle—. Los Alma Dorada también tienen la capacidad de curar en segundos el veneno del Kinam, mucho más rápido que un Alma Amarilla, las almas dotadas con el poder de curar.

—¿Es en serio? ¿Y cómo lo hacen?

—Eso lo aprenderás en tu entrenamiento, no solo aprendemos a usar nuestros propios talentos, sino el uso de los de nuestros compañeros. Como equipo, Los Capadocia trabajamos en conjunto, de manera individual jamás venceríamos a los Kinam, son demasiado poderosos. Trabajando en equipo formamos una fuerza mayor, mucho más poderosa que atacando de manera individual, y para lograrlo debemos conocer las dotes de cada individuo para poder usarlos en conjunto. Pero eso te lo explicaré mejor mañana.

—¿Por qué mañana?

—Mañana será tu primer día de entrenamiento, ¿no lo sabías?

—¡No! —Zarah se alarmó, y palideció al máximo.

—Tranquila, lo harás bien. Yo te estaré cuidando, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —musitó Zarah, todavía muy pálida, manteniendo la vista fija en su brazo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Allan al notar que ella se había quedado pensativa.

—Nada... Es solo que todo esto, toda esta magia... Aún me parece imposible poder acostumbrarme a todo esto.

—Zarah, aun como humana, tú has vivido rodeada de magia cada día de tu vida.

—¿Qué...? ¿Cómo? —preguntó, suponiendo que él se refería a una presentación de magos de fiesta de cumpleaños o algo parecido.

—El mundo está lleno de magia, ¿por qué crees que la tierra es el único planeta del sistema solar con vida?

—Bueno... yo... No tengo idea —aceptó tras una pausa, rendida.

—Hay magia en cada parte de este planeta, es eso lo que nos hace especiales, lo que nos mantiene con vida. Y no somos los únicos seres que la

poseemos...

Zarah arqueó las cejas.

—¿Lo dices en serio? ¿Hay más Capadocias entonces?

—Es una conversación que deberemos posponer para después. Debes dormir, mañana será un día bastante duro... —Se acercó y la besó en la frente.

Zarah sonrió y sus ojos se desviaron a su brazo, el cual había quedado al descubierto sin la manga... y en un extraño tatuaje de una llama que tenía dibujado en él.

—¿Tienes un tatuaje? —le preguntó—. Nunca lo había notado.

Allan pareció sorprenderse, e instintivamente se llevó una mano al sitio donde se encontraba el símbolo de la llama de fuego.

—Sí... bueno... Los Kinam podemos mimetizarnos y puedo disimular su apariencia para que no se vea... —le dijo, cubriéndose el brazo con la capa.

—¿Qué es el dibujo? Nunca lo había visto...

Allan se acercó y la besó en los labios.

—Nos vemos mañana, Zarah —le dijo antes de apurarse a correr a la terraza y salir volando por la ventana.

Zarah lo miró desconcertada, ¿por qué había cambiado de tema tan bruscamente?

Ese dibujo... Por un segundo, en alguna parte de su memoria, le pareció familiar...

La repentina imagen de ella en una especie de bosque, Allan muy cerca, vestido con ropas totalmente diferentes, él enseñándole el tatuaje en su brazo, orgulloso y sonriente...

Zarah debió llevarse una mano a las sienes, sintiéndose repentinamente

mareada, al tiempo que de sus labios brotaba una palabra que nunca antes había escuchado en su vida:

—*Extremus*.

Allan no podía quitarse de la cabeza la pregunta de Zarah... ¿Qué haría si ella quería saber más al respecto? No podía contarle la verdad, cualquier mención de su pasado, podía desencadenar que ella recordara su anterior vida, y si ella lo sabía...

Allan suspiró, dejando caer el rostro sobre sus manos.

No podía permitir que ella se enterase de la verdad, no podía. Tendría que ser más cuidadoso en adelante, Zarah no debía volver a ver su tatuaje ni ninguna otra cosa que pudiera hacer que su mente se fuera atrás en el tiempo. O todo podría terminar en desastre...

—Allan.

Allan se enderezó al escuchar esa voz.

—Rey Ahren —saludó al hombre que llegaba a su lado en ese momento—, ¿puedo servirle en algo?

Ahren se situó a su lado y tomó una larga inspiración antes de hablar. Por las facciones tensas y cansadas de su rostro, Allan supo que estaba preocupado.

—Me temo que tengo noticias —le dijo en tono bajo pero firme, provocando que Allan también se tensara... ¿Habría averiguado algo de lo que ocurría entre él y Zarah?

Ahren volvió a tomar una bocanada de aire y lo miró a los ojos, y Allan notó de manera abierta que era angustia lo que reflejaban sus ojos.

—Se trata de Kudrow —soltó finalmente el rey, como si pronunciar esas palabras le hubieran requerido un enorme esfuerzo.

Ahora el ceño de Allan se frunció de manera tan severa como la del rey.

—¿Kudrow? —repitió alterado—. ¿Dónde?

Kudrow era por lejos el más grande enemigo de La Capadocia, un ser cuya fama ponía a temblar a los habitantes sobre tierra y bajo mar, un híbrido como él, mitad Kinam, mitad Capadocia, con un poder tan grande como inalcanzable y que, a diferencia de él, usaba en su propia guerra contra el mundo.

Kudrow era el mayor asesino conocido en la tierra. Se corría el rumor de que en realidad era un Alma Negra, un Alma Azul convertida al mal, con un poder infinito...

Hasta ahora, no existía un ser capaz de enfrentarse a Kudrow y salir con vida.

Los seguidores de Kudrow, los rebeldes, como eran llamados tanto por Capadocias como por los Kinam, quienes por primera vez encontraban un factor común en este implacable enemigo, se sumaban en miles, algunos rumores decían que millones de Kinam y Capadocias que se habían levantado en armas contra el sistema, ocultos como seres comunes que continuaban habitando entre su gente bajo una máscara de cordialidad, en cuyo interior radicaba lo que eran realidad: traidores.

Allan lo sabía bien.

Él había sido uno de sus seguidores. Aunque en ese tiempo, Kudrow no lideraba a los rebeldes, sino a los *Extremus*...

—No lo sabemos con certeza —contestó Ahren—, pero no es eso lo que me preocupa... —suspiró, agachando la mirada—. Tengo el presentimiento de que Tanek averiguó algo sobre esto antes que nosotros y fue tras él.

Allan se quedó callado, no podía mentir al rey, pero tampoco podía

traicionar a su amigo confesando la verdad.

Por suerte para él, no fue necesario, el rey continuó hablando, y Allan se dio cuenta de que lo que buscaba Ahren era más una conversación para desahogar su preocupación, y no buscar respuestas.

—Me preocupa Tanek, Allan. Le tengo aprecio a ese hombre, y si llegara a sucederle algo...

—Tanek es un excelente guerrero, no tiene que preocuparse por él.

—Sé que es un excelente guerrero, poderoso y diestro, pero también lo es Kudrow —levantó la vista, fijándola sobre las olas del océano delante de ellos—. Él mató a Elizabeth, Allan.

Allan ensanchó los ojos. Se corría el rumor de que Kudrow pudo ser el culpable de la muerte de la princesa, la madre de Zarah, pero nunca nadie había dado información para confirmarlo o negarlo. El que Ahren lo confesara hablaba del gran peso que cargaba sobre sus hombros. Y Allan conocía la razón...

Como el padre de Aidan y de Zarah, Ahren debía temer que si algo malo le sucedía a Tanek, sus nietos quedarían huérfanos, y para colmo, por el mismo monstruo. Porque era así como se debía llamar a Kudrow, un monstruo. Él era un monstruo real.

Allan fijó también la vista en el océano, suponiendo qué era lo que debía pensar el rey.

—¿Crees que él esté buscando ayuda de los Kinam? —le preguntó Ahren, revelando lo que pasaba por su mente, sin desviar la vista del océano.

—Sería lo que yo haría —contestó Allan, sinceramente—. Son poderosos, guerreros sumamente... —se interrumpió, suponiendo que sus palabras podrían molestar al rey, un Capadocia consumado.

—Continúa, no me ofendes de ninguna manera reconociendo la valía de tu

otra raza —le dedicó una ligera sonrisa—, aunque confieso que no necesito que me comentes esas cualidades. Seré un rey viejo, pero he estado en cientos de batallas, muchas incluso antes de que tú nacieras. Sé en carne propia lo poderosos y fuertes que pueden ser los Kinam.

Allan asintió, volviendo a fijar la vista en el océano.

—En ese caso, tal vez debería hablarle de las cualidades que no podría conocer estando del lado contrario de un campo de batalla, como su lealtad. Un Kinam al que le ha salvado la vida, jura eternamente cuidar de su benefactor hasta haber pagado la deuda, y aun después de eso, queda un lazo de amistad irrompible. Tanek y el príncipe Caddaric comparten ese lazo.

—¿El príncipe Caddaric? —Ahren arqueó las cejas, demostrando su sorpresa—. ¿El príncipe de los Ammit-Massalia?

Allan asintió, comprendiendo la sorpresa del rey. Los Ammit-Massalia eran uno de los seis reinos bajo mar, y uno de los dos más poderosos. La ayuda de Caddaric, representaría una ayuda tan grande como si dos de los cinco reinos Capadocia se unieran para ayudar a un Kinam.

Así era el grado de lealtad de los Kinam.

—En ese caso, lo mejor sería no preocuparme tanto —El rey intentó sonreír, dedicándole a Allan una mirada más relajada—. Supongo que debo ir a la cama, un anciano como yo duerme poco, pero necesito dormir.

—Vaya tranquilo, su majestad.

—¿Tú no duermes, Allan? —le preguntó antes de marcharse—. Te he visto rondando por aquí día y noche, ¿no se supone que debes dormir un poco de vez en cuando? —bromeó, palmeándole el hombro.

—Dormiré cuando hayamos encontrado a los atacantes de la princesa, su majestad. Por ahora, mi lugar está aquí. Además, el agua me da fuerza, estando dentro del mar puedo reponer energías sin necesidad de dormir

profundamente, y mis sentidos de Kinam se extienden con las moléculas del agua, permitiéndome abarcar mayor terreno durante mi vigilancia. No hay nada ni nadie que pase por el palacio sin ser detectado por mí.

Ahren sonrió, palmeándole el hombro una vez más, esta vez de manera más cariñosa.

—Eres un gran soldado, Allan. Sigue así, y un día de estos te ganarás el honor de estar dentro del Círculo de la Estrella.

Allan lo observó alejarse, manteniendo una ligera sonrisa en los labios.

—Eso espero, su majestad.

Zarah durmió feliz como un bebé recién nacido, estrechando con fuerza una almohada. En su sueño se encontraba bailando con Allan, flotando abrazada a él mientras se movían entre nubes con la música que parecía provenir de las mismas estrellas.

De pronto sintió un cosquilleo en la nariz y se sacudió el rostro con una mano, pero el cosquilleo continuó, obligándola a volver a la realidad y abrir los ojos. Le costó un par de segundos darse cuenta de lo que sucedía, dónde se encontraba, y qué estaba haciendo. Vio a Allan sentado al lado de su cama, manteniendo una flor sostenida sobre su rostro.

Le tomó otro par de segundos unir las piezas y comprenderlo todo.

—¡Allan! —Se despertó de golpe, sentándose en la cama.

—Buenos días, princesa.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?
—Se cubrió con la sábana, como si inconscientemente intentara esconderse de él. Debía de verse sumamente ridícula dormida abrazada a la almohada, soñando con él... ¡Oh, Dios, que no hubiera hablado en sueños! Ojalá que al

menos no hubiera estado babeando...

—Solo un par de minutos —contestó él con una sonrisa, pasándole una mano por el cabello para quitarle una pluma que se había desprendido de la almohada—. Perdona si te molesta, venía a hablar contigo y te encontré dormida... Te ves muy hermosa cuando duermes, ¿lo sabías?

—¿En serio? —Zarah arqueó las cejas, ¡por todos los cielos, que no la haya visto roncando! Marijó juraba que lo hacía seguido...

Él se acercó para besarla, pero Zarah retrocedió espantada, llevándose una mano a la boca y Allan se topó besando a la almohada.

—Lo siento... Tengo que ir a lavarme los dientes —le dijo ella, poniéndose de pie a la carrera.

Allan rio a viva voz y la atajó por la cintura para plantarle un apasionado beso en los labios.

—¿Sabes cuánto tiempo esperé para poder hacer esto? —le preguntó él sin separarse apenas de ella—. Me encanta como eres Zarah, así, toda tú eres perfecta —La volvió a besar al tiempo que sus manos descendían por su espalda.

Zarah se separó abruptamente con las mejillas encendidas al máximo.

—Lo siento... —sonrió él, mirándola con los ojos encendidos por el fervor—. Yo... creo que será mejor que te espere afuera en lo que te vistes.

—Por favor —Zarah sonrió, sintiendo que el corazón le latía a toda velocidad.

Allan se acercó una vez más y la besó fugazmente en los labios.

—Solo una cosa más, amor mío —le dijo antes de salir por la puerta de la terraza.

—¿Qué cosa?

Allan la miró de arriba abajo y sonrió.

—¿De casualidad te diste cuenta de que vivimos en una isla tropical y el uniforme de invierno para ir a acampar al Himalaya viene sobrando?

Zarah se miró el pijama compuesto por una vieja sudadera, un pantalón de gimnasia viejo y unos calcetines a rayas de lana.

Era lo usual que usaba para dormir.

—¡Oye...!

Allan rio y salió volando por la ventana, sin darle tiempo de replicar.

Cuando hubo terminado de vestirse escuchó un nuevo golpeteo en la ventana. Allan entró por ella, llevando en una mano un ramo de hermosas flores azules.

—Para el Alma Azul más hermosa —le dijo, entregándole las flores.

Zarah no pudo menos que sonreír, lanzándose a sus brazos para besarlo esta vez sin nada que la hiciera desistir.

—¿Estás lista?

—Sí, claro.

—Bien, te veré abajo.

—¿Abajo?

—Tu abuelo te espera para desayunar —Se acercó y la besó fugazmente en los labios antes de salir nuevamente por la ventana.

La puerta sonó en ese momento y por ella entró Flérída.

—Buenos días, linda —la saludó con singular alegría entrando en la habitación para darle un abrazo—. Tu abuelo me ha pedido que viniera a verte, ya sabes cómo son los hombres, temen toparse con algo desagradable en la habitación de una chica, como si fueran alérgicos al perfume a flores como

los Kinam al oro —rio alegremente—. He venido a ver que todo esté bien contigo, ¿se te ofrece algo? Veo que estás lista.

—Sí, eso creo... —Zarah se giró esperando que Allan hubiera tenido tiempo de marcharse, pero no se veía ni rastro de él.

—Tu abuelo me ha pedido que viniera a buscarte. Te espera en el comedor. ¿Estás lista?

—Sí, vamos.

Juntas bajaron la enorme escalera y llegaron a una hermosa terraza cercana al comedor principal donde su abuelo, sentado a la cabecera de una rústica mesa de metal, tomaba una taza de café mientras charlaba con Aidan.

—Buenos días, Zyanya —la saludó Ahren, poniéndose de pie para recibirla.

—Buenos días, abuelo.

—Toma asiento por favor... —Guardó silencio al ver que alguien llegaba, y al volverse una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en el rostro de Zarah al ver que se trataba de Allan.

—Buenos días —Allan saludó con una inclinación de cabeza—. Espero no haber llegado muy temprano.

—Por supuesto que no —contestaron Zarah y Ahren al unísono.

—Zarah, como sabes, Allan es tu guarda personal y el capitán del equipo que te ayudará a entrenar para desarrollar tus poderes durante tu estancia aquí —le explicó su abuelo—. Le he pedido que viniera esta mañana para darte una vuelta por la isla para que la conozcas y te presente a los miembros del equipo que él ha elegido para ayudarte en tu entrenamiento.

—¿De verdad? —Se giró hacia él—. Muchas gracias, capitán.

Allan le regresó el favor con una inclinación de cabeza.

—No seas tan formal con él, son buenos amigos —comentó Flérida.

—Es cierto, y no quiero hacer esperar a mi amigo —Zarah se puso de pie.

—¿No vas a comer algo antes de irte, linda? —le preguntó Flérida, bastante preocupada.

—No tengo hambre...

—Yo la llevaré a comer en el camino —añadió Allan—. ¿Nos vamos princesa?

—Por supuesto. Gracias, capitán —sonrió Zarah, avanzando por el camino.

Cuando se encontraron fuera del alcance de la vista de su abuelo, Allan la tomó de la mano y la llevó a la carrera con él.

Ambos salieron corriendo del palacio aguantándose la risa, y una vez que se supieron lejos de todo alcance, Allan la tomó por la cintura y la elevó con él por los aires.

—Te extrañé —le dijo Zarah, abrazándolo por el cuello.

—Pero si nos vimos hace cinco minutos.

—Cinco minutos muy largos —rio Zarah, olvidándose por primera vez de la altura.

Allan rio también y chifló. Un chillido se escuchó en el aire y esta vez Zarah supo de qué se trataba. La enorme águila apareció surcando los cielos y descendió hasta ubicarse cerca de ellos dos. Allan voló hasta posarse sobre su lomo y ambos se acomodaron entre las plumas.

—Vamos a dar un paseo, Spirit.

El águila negra chilló como respuesta, ascendiendo más en el cielo.

Zarah se aferró a las plumas, era cierto que se sentía a salvo entre los

brazos de Allan, pero no podía dejar de tener miedo a las alturas.

—Ven conmigo —le pidió Allan, tendiéndole la mano—. Te enseñaré a dirigirla.

—No, gracias.

—Vamos, no tengas miedo.

—No tengo miedo.

—Entonces no seas floja.

—¡No soy floja! —gritó, frunciendo el ceño—. Solo no quiero moverme de aquí, ¿de acuerdo?

—Tendrás que aprender a manejar tu miedo, Zarah. Los Capadocia montamos animales alados todo el tiempo, y tú también deberás hacerlo.

—¿Que no existe alguna especie de carruaje en el que pueda ir sentada como una princesa? —preguntó ella, en tono de mofa.

Allan rio, poniéndose de pie como si el lomo del ave fuera una alfombra voladora.

—Vamos, Zarah, no te pasará nada —le dijo, tendiéndole una mano—. Confía en mí.

Zarah suspiró y terminó por aceptar la mano que él le tendía. Los brazos y las piernas le temblaron al ponerse de pie como él, pero Allan, anteponiéndose a su sentir, la estrechó entre sus brazos, confortándola con su abrazo.

—Nunca dejaré que nada malo te pase, Zarah —le dijo con voz baja y ronca, mirándola a los ojos—. Tú eres mi vida.

Zarah se sintió morir allí mismo de alegría, y sin más lo abrazó por el cuello y lo besó.

—Y tú eres la mía —le dijo también en voz baja, fundiéndose en un abrazo más apasionado.

El ave dio un brinco y ambos perdieron el equilibrio y cayeron de lado sobre el lomo del ave. En otra ocasión Zarah habría soltado un grito de terror, pero ahora todo cuanto hizo fue reír alegremente entre los brazos de Allan.

—Tú sabes cómo animar a una chica, ¿te lo habían dicho?

—Sí, en un par de ocasiones —contestó él en un falso tono altanero.

—¡Eres un...! —Zarah le dio un golpe juguetón en el brazo, intentando soltarse de él, pero Allan, riendo a viva voz, la sujetó con más fuerza, sin permitirle apartarse.

—Era una broma, era una broma... —le repitió hasta que ella dejó de luchar—. Sabes que tú eres la única mujer para mí.

Zarah hizo de los ojos dos rendijas.

—Vamos, no tienes que ser tan mentiroso para hacerme sentir bien.

—¿Mentiroso? —Él rio, pero se sentó, interesado por sus palabras—. ¿Por qué crees que miento?

—Vamos, te conocí en la escuela, siempre estabas rodeado de chicas.

—Amigas —le aclaró, sin dejar de sonreír.

—Sí, claro, amigas. Amigas como Raquel que se ponen celosas cada vez que te ven con otra...

—¿Acaso estás celosa? —le preguntó con una risita divertida.

Zarah lo miró a los ojos, tomando una larga bocanada de aire al tiempo que se cruzaba de brazos. Él se estaba divirtiendo de lo lindo al verla así.

—No, no estoy celosa. Solo digo la verdad.

—Pues la verdad, princesita, es que solo existe una mujer para mí —Se

acercó y la besó suavemente en los labios—: tú.

Zarah no pudo evitar sonreír. No podía resistirse a él, lo amaba demasiado...

—¿Te gustaría ir a comer algo? —le preguntó Allan de repente, volviendo a ponerse de pie—. Te llevaré a un lugar genial.

Zarah lo miró con cierto recelo, no sabía por qué, pero sospechaba que él le ocultaba algo...

—Vamos, tú guiarás a Spirit en el descenso.

—Creía que el descenso era lo más difícil del vuelo —le dijo Zarah, aceptando la mano que él le ofrecía.

—En un avión tal vez, pero no estás en un avión. Todo el trabajo lo hará Spirit, tú solo tienes que disfrutar del camino. Además —la rodeó por detrás y la besó en el oído—, estás conmigo.

—Y nada malo me pasará mientras esté a tu lado —repitió ella con una sonrisa.

—Exactamente —Allan sonrió también, posando sus manos sobre las de ella. Zarah sintió la instantánea carga de energía al contacto con su piel, pero lo pasó por alto. El semblante de Allan se había tornado serio y ahora le enseñaba a guiar las manos por el plumaje del ave para darle a conocer lo que debía hacer.

—¿Lo ves? Es sencillo.

—Sí... —Zarah apenas pudo responder. Tenerlo tan cerca de ella, su cuerpo pegado al suyo y él hablándole al oído la hacía sentir literalmente en las nubes, olvidando que se encontraba sentada sobre el lomo de un ave gigante.

Descendieron con rapidez entre las nubes y Zarah notó que se encontraban sobre el océano. El águila giró hacia su izquierda y en pocos minutos alcanzaron la playa. Aterrizaron sobre la arena, y en cuanto hubieron puesto los pies en el suelo el águila volvió a emprender el vuelo.

—Vamos, es por aquí —le dijo Allan, llevándola de la mano entre la vegetación.

Zarah no entendía qué podía haber allí que resultara interesante, pero Allan parecía dispuesto a que debían averiguarlo. De pronto las hojas y ramas terminaron y ante ellos quedó a la vista el panorama completo de la ciudad. La enorme pirámide dorada se veía pequeña y muy, muy lejos, allá abajo donde se extendía la plaza principal.

—Aquí nadie nos reconocerá —le dijo Allan, girándose hacia ella—. Ahora respira tranquila, esto no te va a doler.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo voy a cambiar tu imagen —Posó las manos sobre su rostro y las quitó un par de segundos después.

—¿Eso fue todo?

—¿Por qué no lo averiguas por ti misma?

Zarah se giró para mirarse en un charquito de agua y retrocedió un paso, asustada. Se veía al menos cuarenta años mayor, tenía el cabello rubio y muy rizado y los ojos de un negro intenso.

—¿Qué me hiciste? —le preguntó casi sin voz, regresando al charco para verse mejor.

—Es un hechizo simple, para que nadie nos reconozca —le explicó él.

—¿Y tenías que ponerme tantas arrugas? —le preguntó molesta, girándose nuevamente hacia él—. ¡Ah! —Retrocedió asustada al encontrar frente a ella a un hombre de unos sesenta años. Tenía el cabello cano y los ojos de un color celeste claro.

Allan sonrió tras esa apariencia y la abrazó.

—¿Te molesta que me vea un poco mayor?

Zarah sonrió y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, tontito —se acercó y lo besó en los labios. Ahora que no era tan alto le resultaba mucho más sencillo—. Pero me encantan tus ojos negros, ¿no podrías volver a adoptar tu tono normal?

Allan sonrió al tiempo que sus ojos volvían a adoptar el color negro intenso.

—Es un alivio que lo único que no cambia con los años sean los ojos —
rio él, volviendo a besarla.

Zarah se sintió perder en ese beso hasta que una humedad extraña invadió
su talón. Había caído en el charco.

—Permíteme —le dijo Allan, extendiendo la mano. Al segundo siguiente
su pantalón estaba seco nuevamente.

—Ahora veo cómo fue que secaste tan rápido esa peluca —le dijo ella.

—Secarla fue sencillo, volver a peinarla fue lo difícil. Gracias al cielo
que Raquel aprendió bastante bien el peinar los rizos de las pelucas en el siglo
XVIII como para recordar cómo se hacía.

La sonrisa en el rostro de Zarah se borró.

—¿Dije algo malo? —le pregunto Allan, observándola sinceramente
preocupado.

—¿Podrías no hablar de Raquel durante nuestro paseo? No es que tenga
muchas ganas de traerla a la conversación ahora que la estamos pasando tan
bien.

—¿Estás celosa de nuevo? —le preguntó él, rodeándola por los hombros.

—No estoy celosa.

—Admítelo, estás celosa.

—Está bien, lo estoy —se volvió hacia él con los ojos entornados—. Pero
tú niégame que ella no está enamorada de ti.

Ahora fue la sonrisa de Allan la que se esfumó.

—De acuerdo. Es cierto.

—¡Lo sabía!

—Pero que ella sienta algo por mí no quiere decir que yo comparta ese

sentir. Ella es mi amiga, pero nada más.

—De todas maneras esa chica no se dará por vencida. Se le ve en el rostro que no te dejará ir así nada más.

—Zarah, sigamos tu consejo y no hablemos de ella, ¿quieres? —La tomó de las manos y la aproximó a él, rodeándola por la cintura para besarla en los labios—. Tenemos una hora todavía para disfrutar a solas, y pretendo que sea estupenda, ¿te parece bien, esposa mía?

—¿Esposa? —repitió Zarah, mirándolo con un brillo singular en los ojos. Un brillo lleno de ilusión.

Allan palideció, pero enseguida volvió adoptar la misma sonrisa encantadora, por lo que Zarah no se percató del apuro por el que pasaba.

—Ese es el plan durante la siguiente hora. Tú serás la señora Verahierro, y yo seré el señor Verahierro, esposo y esposa —le explicó él, hablando de manera apresurada.

—Muy bien, señor Verahierro —sonrió Zarah, arreglándose los rizos del cabello—, ¿pero no tiene nombre? No me gustaría llamar a mi marido por su apellido.

—¿Se te ocurre alguno? ¿Qué tal Romeo y Julieta?

—No, ellos terminaron mal. Yo diría mejor... Edward y Vivian.

—¿En qué libro salen ellos?

—En una película, *Mujer Bonita*, donde ella es una prostituta y él un rico empresario que se enamora de ella. Una historia de Cenicienta moderna.

—¡No quiero que tú seas una prostituta!

—Es imaginación, Edward.

—¡No te llamaré Vivian!

—Hazlo, no me cambiaré el nombre —rio ella, besándolo en la mejilla—. Vamos, no seas exagerado, es solo una película.

—¿Y qué quieres que diga? ¿Mi esposa es una prostituta?

—Fue, querido, fue. Ella lo dejó después de conocerlo a él.

—No me gusta —repitió Allan, taimado.

—¿Por qué no? Es algo de la vida real, como en *Los Miserables* Fantine fue rescatada por Jean Valjean, aunque la pobre murió. Al menos la película tiene un final feliz.

Allan suspiró, y se encogió de hombros.

—Bien, si eso te hace feliz... Pero no le diré a nadie que eres una prostituta.

—Allan, es un juego, no soy prostituta. Ni lo fui, que es el caso. Solo son nombres, así que deja de exagerar y vámonos —Lo tomó de la mano para comenzar a caminar—. Pareces un viejito.

—Soy un viejito.

—¡No es cierto!

—Tengo mil años.

Zarah se volvió y lo miró a los ojos, esos ojos negros que tanto amaba.

—Podrías tener la edad de la tierra misma, y aun así siempre serías el hombre más guapo que he visto en mi vida. El hombre que amo.

Allan se acercó y le acarició el rostro con el cariño que solo él podía transmitirle, esa caricia llena de calidez y amor que Zarah habría podido reconocer en cualquier rincón del mundo.

—Y tú siempre serás la única mujer que yo ame —le dijo en un susurro colmado de emoción, antes de aproximarse más ella y besarla en los labios.

Esa mañana fue estupenda, Allan la llevó a comer a un sitio cercano al mercado donde la había llevado la primera vez y entre ambos compartieron toda clase de platillos. Nadie se fijó en ellos, su apariencia los disfrazaba a la perfección haciéndolos irreconocibles, y pasaron inadvertidos como una pareja de esposos que pasean libremente por el bazar de la plaza principal.

Pero como todo lo bueno en esta vida, el tiempo pasó demasiado aprisa y pronto debieron regresar al palacio. Antes de llegar, Allan cambió la apariencia de ambos y juntos entraron en el palacio manteniendo una distancia prudente y hablando de temas acerca de la isla y La Capadocia.

—Me alegra que se estén entendiendo bien —les dijo Ahren, apareciendo por una puerta cercana.

—Por supuesto abuelo, Allan es un Capadocia muy sabio y me está enseñando muchas cosas —se adelantó en contestar Zarah—. Hoy visitamos varios lugares de la isla que no conocía.

—Allan es un ejemplo para todos nosotros, es esa la razón por la que el consejo lo eligió para dirigir la misión de cuidarte y regresarte a nuestro mundo —asintió Ahren—. Es un orgullo para mí que seas la introducción de Zyanya en nuestro mundo.

—Se lo agradezco, alteza —Allan hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Dime, ¿ya has elegido a los integrantes del equipo?

—Por supuesto. Ellos deben estar esperándonos ya en el salón de entrenamiento principal.

—Nada de eso —Ahren negó con la cabeza—. Zyanya es parte de la familia, y como miembro real usará el salón de los Blancos para entrenar. Aidan los guiará.

Zarah no tenía ni idea de qué era de lo que hablaban, pero al ver la

sorpresa en el rostro de Allan dedujo que se trataba de algo importante.

—Es un honor alteza. Se lo agradezco.

—No, Allan, soy yo quien te agradece a ti —Ahren posó una mano sobre el hombro de Allan—. Mi nieta tiene a un gran maestro en ti.

—¡Allan! —Patrick apareció por la puerta que daba al jardín, acompañado por los otros integrantes del equipo—. Oh, disculpe su alteza. Capitán, rey Ahren, princesa —los saludó a todos, acompañado por inclinaciones de cabeza de los demás miembros del equipo—. Rey Ahren, tengo entendido de que nos mandó llamar.

—Así es —Ahren miró hacia atrás. Aidan apareció por una puerta que comunicaba con una habitación aledaña, tan malhumorado como siempre.

—Aidan, hijo, acompaña a Allan y a tu hermana, tal como acordamos esta mañana.

—Sí abuelo —contestó el joven. No lo hizo de manera molesta o brusca, pero tampoco alegre, y por supuesto, que de ningún modo complacido.

—Ten un buen primer día, hija —Ahren se despidió de ella con la misma ternura que una madre le dedicaría a su hijo al dejarlo frente a la puerta del colegio en su primer día.

Aidan, a su lado, frunció tanto el ceño que incluso para los otros resultó obvio lo mucho que le molestaron las palabras de su abuelo, y sin decir nada, inició la caminata al que sería el primer día de entrenamiento de Zarah.

Entraron en una espesa arboleda donde, para su mala suerte, los esperaban jaguares alados.

—Oh, no... —musitó Zarah, adivinando lo que vendría después. Odiaba las alturas.

—Es parte del entrenamiento —le dijo Allan, quien se había situado a su lado sin que lo notara—. Debes aprender a montar uno de estos, todos lo hacemos.

—Tú llevas un águila —lo corrigió Zarah.

—Solo los maestros montan águilas —le dijo Raquel en tono déspota—, y tú no eres ni siquiera una iniciada.

—Ya basta, Raquel —la reprendió Allan, sin ánimo para aguantar más conflictos—. Aidan, te seguimos.

El muchacho se limitó a asentir, subiendo sobre uno de los jaguares. Los demás lo imitaron, así como Allan, quien después de subir al lomo de un felino le tendió una mano a Zarah para que subiera tras él. Allan acarició la oreja del jaguar y el felino extendió las alas, dando un suave brinco hacia delante. Al segundo siguiente se encontraron volando sobre los aires, acompañados por varios de esos otros jaguares negros que formaban una visión hermosa y contrastante contra el azul claro del cielo.

Zarah esta vez disfrutó a lo grande el paseo, miró en derredor encantada: los árboles, las montañas, el océano a lo lejos... De pronto notó que

descendían con rapidez, alejándose de los otros, y se aferró con más fuerza a la cintura de Allan, temiendo caer. Como si él sintiera su temor, aminoró la velocidad y en pocos segundos se encontraron planeando sobre un apacible lago para aterrizar en un claro.

Unos minutos más tarde aterrizaban junto a una arboleda donde caía una estruendosa cascada.

Aidan ya se encontraban allí, los demás no tardaron en aparecer por el cielo.

—Luces como si te hubiera caído un rayo encima —musitó Aidan al verla—. La próxima vez, recuerda atar tu cabello si no quieres terminar luciendo como una escoba usada.

Zarah frunció el ceño, aunque debía admitir que no se veía muy linda ese día. No le gustaban las alturas, no era su culpa.

—Zarah, no le hagas caso —intervino Allan—. Este es un momento muy especial. No entrenarás en una base como suelen hacerlo la mayoría de los chicos Capadocia. Tú eres una princesa, y como tal entrenarás en el salón privado de los Blancos, reservados solo para los miembros de la realeza y del Círculo de la Estrella. En este lugar han entrenado los miembros de tu familia por generaciones; tu abuelo, tu madre, tu hermano, y ahora lo harás tú.

—¿Lo dices en serio...? —Zarah se giró para mirarlo a los ojos—. ¿Mi madre entrenó en este lugar?

—Por supuesto —contestó Aidan—. Y ahora tendremos compañía que no se ha ganado el honor de entrar aquí solo porque «tú los necesitas».

—Aidan, no seas grosero con tu hermana. Es una orden del rey...

—No me hables como si fueras mi padre —bramó Aidan—. Y no digo más que la verdad. De no ser por ti, Zarah, nunca estos intrusos de baja categoría habrían entrado en nuestro recinto personal. Tú has mancillado lo sagrado.

—Aidan, continúa hablando así y te daré una patada —lo hizo callar Raquel.

—Ella tiene razón —convino Allan—. Aidan, serás un príncipe, pero debes mostrar respeto por aquellos que son más avanzados que tú en nivel.

Aidan masculló algo por lo bajo pero Zarah no se detuvo a prestarle atención, quería saber más, más sobre ese lugar en el que su madre había entrenado, igual que iba a hacerlo ahora ella...

—Sígueme, es tras esa cascada —les informó el muchacho, comenzando a avanzar a través de un camino de rocas oculto bajo la superficie del agua.

Allan dio un paso hacia delante, llevando a Zarah con él, pero Raquel se les adelantó.

—¿Me permites, Allan? No tengo ganas de mojarme el cabello hoy.

—Adelante —Allan sonrió—. Presta atención, Zarah.

Zarah así lo hizo, no de muy buena gana debía admitir, y observó a la joven que se encaminaba a paso decidido hacia el agua... ¡y para su sorpresa, el agua se abrió ante ella!

Zarah no pudo evitar quedarse con la boca abierta, y la o en sus labios se agrandó al ver que la caída de la cascada se dividía en dos, como si una inmensa cuchilla gigante la separara, permitiéndoles pasar libremente sin mojarse.

—Raquel es un Alma Turquesa —le explicó Allan—. Su talento es controlar el agua.

Zarah asintió, sin palabras, y continuó caminando. No le gustaba admitir que Raquel la impresionaba, pero lo había hecho.

—Ven aquí, Zarah —la llamó Aidan cuando hubieron llegado ante una pared de roca—. Solo los miembros de nuestra sangre pueden abrir este muro.

Y ahora será tu honor.

Zarah le dedicó una mirada de extrañeza, pero obedeció. Aidan tomó su mano y la posó sobre la roca, al hacerlo el muro se abrió en dos, igual que debió suceder en el cuento de Alí Babá, dejando ante ellos la vista de una escalera que descendía hacia el interior de la tierra.

Zarah hizo una mueca de disgusto, la escalera era tan larga que estando de pie ante ella se sentía como en la orilla de un precipicio.

—Quién lo diría, realmente eres de la familia —bufó Aidan, pasando a su lado para tomar la delantera. Al hacerlo la pasó a llevar, y Zarah trastabilló, aterrada ante la visión de las empinadas escaleras delante de ella.

Pero como siempre una mano la sujetó firmemente por la cintura.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Allan.

Zarah se giró, y al hacerlo quedó a menos de un palmo de su rostro. Estaban tan cerca que podía sentir la tibieza de su aliento sobre sus labios...

De pronto un tremendo chorro de agua les cayó encima.

Ambos se separaron, secándose los ojos y la cara, empapados de pies a cabeza.

—Ay, cuánto lo siento —les dijo Raquel en un falso tono de preocupación—. Creo que se me resbaló...

—¡Lo hiciste a propósito! —rugió Zarah.

—Chicos, calma por favor —intervino Alessandra—. Raquel, ya basta. Si el rey se entera de esto, te va a ir muy mal. Princesa —continuó, dirigiéndose a Zarah—, por favor, continúa tu camino, tu hermano te está esperando.

Allan le sonrió y bajó con ella por la escalera, tomándola por el brazo para ayudarla.

Al final de las escaleras se encontraron con un lugar que parecía de otro

mundo. Un lago cristalino formaba el centro de una enorme caverna decorada con toda clase de armas del pasado y del presente, algunas de ellas Zarah nunca antes las había visto en su vida.

—Bienvenida al salón de entrenamiento de la familia real de los Blancos —exclamó Aidan, abriendo los brazos para dar magnificencia a su gesto.

Zarah sonrió y miró en derredor, intentando imaginar cómo debió ser ver a su madre entrenar en ese mismo lugar...

—Comencemos —declaró Allan, adelantándose al frente—. Patrick, por favor —Le hizo una seña para que lo acompañara.

Allan se puso de pie frente a todos, teniendo a Aidan y a Patrick a cada lado. Los demás adoptaron expresiones serias al instante, y solo entonces Zarah cayó en la cuenta de la fuerte presencia que poseía Allan.

—Es nuestra misión enseñar y proteger a la princesa —comenzó a decir Allan—. Para protegerla tenemos la labor de asegurarnos que ella alcance el potencial para poder defenderse por sí misma como una Capadocia, pero nada lograremos si Zarah no tiene conocimiento de lo que es nuestra orden desde sus mismas bases —los negros ojos de Allan se fijaron sobre el rostro de Zarah—. Princesa, por favor ven aquí.

Zarah caminó hacia él intentando hacerlo con paso firme y no temblando como se sentía al saberse el centro de atención de todos los demás.

—Zarah —le dijo directamente Allan—, como te expliqué anteriormente, La Capadocia se divide en Jerarquías y Niveles.

—Los Niveles son los que se aprenden, las Jerarquías con las que naces —le dijo Zarah.

Allan sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Ahora te vamos a enseñar algunas de las Jerarquías de La Capadocia.

—De acuerdo.

—La base de La Capadocia está formada por militantes, los soldados sin mayor poder. Para entrar a nuestra orden, los miembros son seleccionados entre una gran cantidad de postulantes, es el lema de La Capadocia que solo la integren «los elegidos de los elegidos», es decir, lo mejor de lo mejor.

—Entiendo.

—Le siguen los Anillos de Cristal y los Antiguos; Flérída, a quien ya conociste, es una Antigua, posee el don de ver el alma de un Capadocia y hablar con los espíritus, además de ver el pasado, entre otras cosas. Los Anillo de Cristal son similares, aunque su habilidad radica mayormente en ver el futuro y saber si un humano posee el gen Kinam.

—¿El gen Kinam?

—El gen que portan algunos seres humanos...

—O su mayoría —añadió Patrick.

—O su mayoría —convino Allan—, y que al inyectarle los tres venenos te convierte en un Kinam también.

—Comprendo... —Zarah asintió, sin dejar de observarlo.

—Es importante saberlo para conocer a los potenciales enemigos —le explicó Patrick.

—Como no tenemos ningún Anillo de Cristal ni Antiguo presentes hoy, pasaremos al siguiente grupo —lo interrumpió Allan—. Hablaremos de los Iris —le explicó, dando un paso a un lado para hacerle espacio a Patrick.

Patrick hizo el saludo Capadocia con los dos dedos anulares e índice sobre la palma de la mano izquierda levantada horizontalmente. El saludo de respeto a un superior. Y fue hecho en honor a Zarah.

La joven se sonrojó ante el honor y respondió con una inclinación de

cabeza. Aún no aprendía a hacer ese extraño saludo.

—Patrick es un Alma Rosa —le explicó Allan.

—Y un amanerado —añadió Raquel.

—¡Ven aquí y te demuestro qué tan amanerado puedo ser!

—¡En tus sueños!

—Será en los tuyos... Es decir... Lo siento —Patrick se calló al notar la mirada airada de Allan.

—Tú y Raquel se quedarán al final de la sesión a hablar conmigo —les ordenó sin levantar el tono de voz pero de una manera que a ambos les produjo una palidez total.

—Sí, capitán —contestaron los dos al unísono, agachando la cabeza.

—Como decía, Patrick es un Alma Rosa —continuó Allan—. Su talento radica en poder hablar con los animales y manipular su mente para hacer que lo obedezcan.

Zarah arqueó las cejas.

—Increíble...

—Pues créelo. Tu perra me ayudó mucho para obtener información de tu familia y de ti el día que estuve allí —le dijo Patrick sonriendo ligeramente.

—¿Es por eso que cambias de forma?

—El cambio de forma es una habilidad adquirida, no naces con ella —le explicó Allan—. Pertenece al Nivel de Instructor, al cual Patrick pertenece. Aunque solo podemos cambiar a un animal, el elegido como nuestro tótem.

—Entiendo —Zarah lo miró con intriga, preguntándose cuánto sabría él sobre ella y su familia. Ciertamente sintió deseos de darle un buen patadón, igual que Marijó.

—Ahora Raquel, Rebecca —Las dos jóvenes se pusieron de pie se situaron a su lado. Rebecca sonriéndole afablemente a Zarah, Raquel prácticamente lanzándole veneno con la mirada.

—Raquel y Rebecca son Iris también —comenzó a explicar Allan—, Raquel es un Alma Turquesa, tiene la habilidad de controlar el agua, y Rebecca es un Alma Malva con la habilidad de manipular el viento. Juntas son un elemento sumamente fuerte para La Capadocia, como te expliqué, la fuerza radica en el equipo. Chicas, ¿podrían hacer una demostración?

—Por supuesto, capitán —contestaron las dos; Rebecca en un tono firme, Raquel en uno ronco que a Zarah le provocó deseos de saltarle encima como una leona furiosa.

Las dos se alejaron en dirección al lago y se detuvieron delante del agua. Raquel levantó las manos y de pronto un chorro de agua emergió del lago y la rodeó. Rebecca se situó a su lado y provocó una fuerte ventolera que lo congeló al instante.

El grueso bloque de hielo cayó al piso y se rompió en mil pedazos.

Zarah observó aquello boquiabierto, nunca había visto nada tan grandioso.

—Ahora, Alessandra —La joven se puso de pie y se situó frente a Zarah—. Por favor, explica tu talento.

Alessandra asintió con la cabeza y le sonrió a Zarah.

—Yo soy una Iris también, soy un Alma Marrón y poseo la habilidad de controlar la tierra. Verás... —Levantó una mano y la tierra tembló bajo sus pies. Zarah se movió, asustada, pero el temblor terminó tan rápido como había comenzado—, puedo crear terremotos, hacer muros, crear rocas, es tan variado como yo quiera.

—Te felicito, es magnífico —le dijo Zarah, sinceramente asombrada.

—Y finalmente, Jaqueline —La joven tímida se puso de pie y ocupó el

lugar donde Alessandra se ubicó en un principio.

—Yo soy una Iris, un Alma Fucsia, y mi talento radica en manipular a mi antojo la vegetación —le dijo con rapidez, como si quisiera terminar rápido con todo eso, pero no por enojo, como Raquel, sino por timidez. Zarah conocía bien esa sensación, y la reconoció al instante.

La joven extendió una mano y de la nada brotaron unas flores que fueron alargándose hasta rodearla de pies a cabeza.

—Es muy hermoso —le dijo Zarah—. Me gustaría poder hacer eso también.

Se giró para ver a Allan y se sorprendió de encontrar una mirada singular en sus ojos, como si sus palabras lo llenaran de gusto.

Aidan carraspeó, regresándolos a la realidad.

—Bien, gracias Jaque —le dijo Allan.

Jaqueline volvió a tomar asiento en su lugar y Allan pasó a ocupar su lugar enfrente de todos.

—Ahora comenzaremos con la Jerarquía más alta. Aunque, como te expliqué, no tiene que ver con que unos sean más poderosos que otros, solo es una manera que tiene La Capadocia de ordenar a sus integrantes.

—Sí, cómo no... —musitó Raquel, y enseguida se llevó ambas manos a la boca.

Allan la ignoró y continuó hablando.

—La Jerarquía de las Almas de Fuego tienen un orden referido con respecto a una llama. Antiguamente La Capadocia solía llamarse Guerreros de Fuego, y es porque los primeros Capadocia fueron todos Almas de Fuego.

Se giró y se alejó hasta el sitio donde se encontraba un pizarrón. Allí pasó la mano sobre la superficie y el esquema de una flama apareció ante sus ojos.

—A simple viste se ve como fuego común, pero los colores de una flama son siete —le explicó Allan al tiempo que los colores se dividían en el esquema—: La primera flama, o la última, es el Alma Plateada.

—Como Zack —dijo Aidan.

Allan asintió y continuó hablando.

—Las Almas Plateadas tienen la capacidad de crear plata de la nada, entre otras habilidades. La siguiente es el Alma Roja.

—Como tú —Zarah sonrió y estuvo cerca de aplaudir por la emoción.

—Sí, como yo —Allan asintió con una sonrisa—. Y como sabes, puedo crear y controlar el fuego, así como producir un fuego tan intenso capaz de quemar a los Kinam, cuya fuerte piel los convierte en seres prácticamente indestructibles... ¿No necesito hacerte una demostración, o sí?

—No, está bien —Zarah se apuró en contestar.

—Bien, continuemos. Después del Alma Roja sigue el Alma Naranja, la única que tiene una división aparte para los Ámbar, como era tu madre.

Zarah asintió y agachó la cabeza, recordando las imágenes que tenía de su madre, aún confusas en su mente y solo traídas al presente a través de los sueños.

—Los Alma Naranja son telépatas, y sus habilidades radican en toda la amplia variedad que este poderoso don puede otorgarles: leer mentes, hipnosis, crear alucinaciones...

Zarah sintió un ligero mareo cuando un fugaz recuerdo llegó a su mente. En él vio a su madre... Y sus ojos brillaban de manera singular...

—Los Ámbar no solo poseen habilidades más potentes de este mismo don, sino que también tienen la capacidad de «controlar el tiempo».

—¿Cómo es eso posible?

—Realmente el tiempo no se detiene, pero ellos pueden prolongar el tiempo-espacio por un periodo indefinido, y podría decirse que detienen el tiempo.

—Increíble... —Zarah se llevó una mano a las sienes, sintiéndose mareada. Era mucha información, ¿o no lo era?

¿Qué le estaba sucediendo?

La imagen de su madre se volvió más intensa, el puente roto, el río bajo sus pies...

—¿Te encuentras bien? —Allan se acercó a ella, preocupado.

—Sí, sí... —mintió Zarah, quitándose esas imágenes de la mente con una sacudida de la cabeza—. Continúa, por favor.

Allan la observó por un par de segundos, estaba preocupado, pero teniendo a Aidan tan cerca sabía que no podía hacer nada que no pareciera «normal» y continuó hablando.

—La cuarta son los Alma Amarilla, con la habilidad de curar —Allan desvió la mirada, y por alguna razón que Zarah no pudo comprender, se tensó—. También pueden realizar la operación contraria; quitar energía, absorberla de su oponente hasta conducirlo a la muerte. Como ves, son seres sumamente poderosos.

Zarah asintió, sin comprender el porqué del nerviosismo de Allan mientras hablaba de los Alma Amarilla.

—Le siguen las Almas de Oro o también llamadas Doradas —cambió de tema con rapidez—. Aidan, tu turno.

El hermano de Zarah se colocó en el centro.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó a Allan de mala gana—. Puedo matarte, si quieres.

Allan frunció el ceño.

—Lo que Aidan quiere decir, Zarah —Alessandra tomó la palabra, en un intento de hacer de mediadora—, es que los Alma Dorada están en la cima de la jerarquía por su habilidad de crear oro de la nada. Los Kinam son alérgicos al oro, lo que convierte a los Alma Dorada en el peor y más poderoso enemigo de los Kinam, los peores rivales de La Capadocia.

Zarah frunció el ceño y miró a Allan, recordando con repulsión el siseo de su piel cuando Aidan lo atacó.

—También tienen la habilidad de curar del veneno del Kinam, entre muchas otras cosas —concluyó Allan—. Ahora príncipe, puedes tomar asiento.

—Espera, no he hecho nada —Aidan levantó una mano e hizo aparecer de la nada una delgadísima cuerda dorada. Zarah se tensó, suponiendo que atacaría a Allan, pero Aidan no se movió. Enrolló la cuerda sobre sí misma hasta trenzarla en un óvalo y se lo entregó.

Era un brazalete de oro puro.

Zarah lo tomó con cierto temor, temiendo que en cualquier momento fuera a explotar o hacer algo peor, pero no estaba ni siquiera caliente. La joven lo miró con cuidado, detenidamente. Estaba delicadamente trenzado, formando una joya fina y muy hermosa.

—No todo lo que hago es malo —le dijo su hermano en tono ofendido antes de darse la media vuelta y marcharse.

Zarah lo miró sorprendida, era el primer gesto amable que tenía hacia ella.

—Siguen las Almas Azules —continuó hablando Allan—, pero como hemos recibido órdenes de no entrenarte como una, sino como a un Alma Celeste, solo abarcaremos una parte de tus cualidades, la del campo de fuerza.

—De acuerdo —contestó Zarah, fijando una vez más la atención sobre

Allan.

—Las Almas Azules tienen la capacidad de controlar cada uno de los elementos existentes, cada molécula, cada partícula de energía. Es ahí donde radica la naturaleza de su poder y su fuerza, en pocas palabras, pueden hacerlo todo...

—O casi todo —lo corrigió Aidan—. Realmente son muy fuertes, pero sus habilidades no abarcan todos los campos. Los únicos con esa capacidad son las Almas Blancas, las más poderosas de todas. Pero esas...

—No existen —Zarah terminó la frase.

—Lo que te convierte a ti, Zarah, en el Alma más poderosa de todas —concluyó Patrick con orgullo, provocando que todos se volvieran a mirar a Zarah.

Zarah sintió que el rostro le ardía mientras se ponía de pie al igual que los otros y avanzaba hacia el centro del lugar, para reencontrarse con Allan.

—Entonces, comencemos con lo bueno —dijo Patrick, sobándose las manos—. ¿Qué campo abarcaremos primero, Allan?

—Creo que el científico —contestó Allan—. Zarah es bastante buena en Ciencias, y poseer algunos conocimientos al respecto ayudarán bastante a nuestra princesa.

—Una estrategia inteligente, capitán —convino Raquel—, si esta moza es tan buena con la espada como lo es con las pelotas de básquetbol, terminará con la cabeza rebanada antes de que diga en guardia.

—Que yo recuerde, te hizo morder el césped con un balón —replicó Patrick.

—¡A mí no fue!

—¿No? Será que puse tu cabeza en esa imagen en mi mente, es más

placentero cuando lo recuerdo de ese modo.

—Llévame en tu mente cuanto quieras, Patrick, es lo más lejos que llegarás a tenerme jamás —bufó Raquel, dedicándole una sonrisa mordaz.

—¡Ustedes dos ya basta! —bramó Allan—. Esta situación es seria, si no pueden comportarse a la altura, será mejor que se larguen de una vez.

—Lo sentimos, señor —contestaron los dos al unísono, bajando las cabezas.

—Aidan, ¿podrías conducirnos al salón de laboratorio —pidió Allan, dándole de lleno la espalda a sus dos amigos, y Zarah notó que una ligera sonrisa se asomaba por sus ojos y no quería que ellos lo notaran. Solo entonces Zarah pudo quitarse la mano de la boca para dejar de reprimir la risa que esos dos le ocasionaban, al menos sus peleas servían para relajar el ambiente, de por sí ya tenso.

—Sígueme —contestó Aidan, encaminándose a una puerta en la pared de la derecha que conducía a otro salón tan grande como el primero, solo que este parecía un laboratorio salido de una película de *Frankenstein*.

Estaba compuesto por varias mesas con distintos aparatos en ellas, algunos de vidrio, otros de metal. Las paredes se encontraban recubiertas de estantes colmados de frascos con toda clase de sustancias y objetos en su interior, y claro, calderos, muchísimos calderos colgados sobre modernos mecheros gigantes, una mezcla de pasado y presente que continuaba formando un contraste que dejaba a Zarah boquiabierta.

Aidan caminó directamente hacia otra puerta ubicada en la pared contraria por donde ellos habían entrado, los siguieron sin detenerse y al asomarse Zarah por poco se va hacia atrás; el sitio era enorme, tan alto como una torre y tan vasto como los dos salones anteriores juntos, y por todos los rincones de piso a techo, estaba abarrotado de estantes con libros y pergaminos, algunos tan viejos que habían sido colocados bajo vidrieras. Y para formar el

contraste una vez más, una computadora futurista en el centro de la habitación.

Aidan se acercó a ella y una imagen a cuerpo completo de una elegante mujer fue proyectada, de tal manera que quedaba como si estuvieran hablando con una persona real delante de ellos.

—Buenos días, príncipe Aidan —lo saludó la mujer, reconociendo al joven.

—Buenos días —contestó Aidan—. Reconoce a tu nueva lectora, la princesa Zyanya, o como ella prefiere ser nombrada, Zarah.

—Buenos días, princesa Zarah —saludó la mujer, y Zarah se quedó paralizada, sin saber qué contestar o si debía hacerlo.

—Buenos días —musitó, estudiando los rostros de todos, sin saber si actuaba bien o no contestando a un aparato.

—¿Te gusta la imagen de la mujer o prefieres otra? Hay una de un gatito que cargué, hice un estudio en el que decía que a las chicas Homo les gustaba mucho ese gatito... —Aidan se calló abruptamente al notar que Zarah lo miraba fijamente con la boca abierta—. Es decir, si quieres. Si no, no importa —añadió, volviendo a adoptar su postura huraña.

—El gatito está muy bien, gracias —contestó Zarah, encantada con la idea de que su hermano realmente se hubiera interesado en investigar algo de los humanos para ella... ¿Sería que esa postura de malo solo era una faceta suya para ocultar la bondad que llevaba dentro? Porque un gesto como ese no podría haber sido hecho por nadie que fuera malo, y seguro, que nadie a quien ella no le importara...

Aidan hizo aparecer el gatito y Zarah sonrió con ternura, era un gatito de *Hello Kitty*, nunca le había llamado la atención esa caricatura, pero por el gesto de su hermano en definitiva se convertiría en su gato favorito desde ese día en adelante si así se ganaba el cariño de Aidan.

—Muy bien, comencemos —terció Allan, también animado por el repentino gesto amable de Aidan.

El muchacho, como si de repente se sintiera abrumado por las caras amables que lo observaban, se retiró a un lugar más apartado y esperó a que Allan continuara con las presentaciones.

—En estos libros están escritos siglos de magia de La Capadocia —le explicó Allan—, puedes buscar en los documentos uno a uno, o más rápidamente, buscar los mismos textos en la base de la computadora usando a... el gatito —terminó la frase, mirando con una ceja arqueada la imagen de *Hello Kitty* que les sonreía como una gigante caricatura de pie ante ellos.

Zarah no pudo evitar sonreír, mordiéndose el labio para no soltar una carcajada, no quería que su hermano fuera a tomarse su risa como una burla.

—No todos los textos están en la base —añadió Aidan, incapaz de dejar esa información en el aire sin ser dicha—. Algunos hechizos son un secreto de nuestra familia y solo pueden ser conocidos por nosotros. A riesgo de que la información pueda filtrarse, se conservan únicamente en documentos en papel que deberás consultar en los archivos.

—De acuerdo —asintió Zarah, sonriéndole a su hermano, quien de inmediato volvió a fruncir el ceño y a quedarse atrás, esperando a que Allan recuperase la palabra.

—Varios de estos hechizos y pociones te servirán en gran medida como autodefensa —le explicó Allan—, comenzaremos con el estudio de algunos de ellos y esta noche memorizarás algunos conjuros protectores que puedas pronunciar en caso de saberte en peligro. Te ayudarán a salir del apuro en lo que nosotros llegamos a socorrerte.

Zarah abrió mucho los ojos cuando Aidan tomó un texto de uno de los estantes tan grande como la mitad de la altura del muchacho, y se lo entregó a Allan, quien a su vez lo colocó sobre una mesa. Las páginas corrieron hasta

detenerse en un sitio donde rezaba el título «conjuros protectores» con símbolos, palabras y dibujos extraños.

—¿Lista para memorizar, hermanita? —le preguntó Aidan con una sonrisa, que Zarah no pudo distinguir si era auténtica o no, se sentía demasiado mortificada con para pensar...

Unas cuatro horas más tarde, Zarah sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle. Los hechizos no solo eran complicados, sino que algunos ni siquiera estaban escritos en español, y pronunciarlos resultaba todo un trabalenguas. Sin mencionar que tener la mirada de todos sus «guardianes» fija en ella no ayudaba en absoluto a lograr concentrarse.

Cuando Allan sugirió tomarse un descanso para comer y luego continuar, faltó poco para no saltarle a los brazos y besarlo para agradecerle.

—¿Y qué te ha parecido hasta ahora? —le preguntó de camino al palacio, durante el primer minuto a solas que tenían desde su partida del mismo lugar, esa mañana.

—Definitivamente no soy Hermione Granger —bromeó ella, sin poder disimular un suspiro de frustración.

—¿Quién?

—¿No sabes quién es Hermione...?

—Es la chica genio de *Harry Potter* —contestó por ella Raquel, acercándose por el camino acompañada de su gemela—. Y no, no lo eres.

—¿Tú sabes quién es ella? —le preguntó Allan, sorprendido.

—¿Conocerla? Se sabe la historia completa de memoria —ironizó Rebecca—. Tiene todos los libros escondidos bajo su cama para que nadie los vea y poder leerlos a escondidas cuando cree que nadie la ve.

—¡Rebecca, cállate! —le gritó Raquel, roja por el enojo —. ¡Al menos yo no hice cola toda la noche para ver la nueva película de *Crepúsculo*!

Ahora la que enrojeció hasta la coronilla fue Rebecca.

—¡Dijiste que jamás lo contarías!

—¡Y tú te portas como una chismosa de barrio contando lo que a nadie le importa!

—Raquel, ¿te gusta hacer estas escenas en público o es solo tu manera de caerle bien a Zarah? —interrumpió Allan, callando a las dos hermanas.

Raquel apretó los dientes, callándose su respuesta y miró a Zarah directamente al hablar.

—Tu abuelo, el rey, a quien debo obedecer, te ha mandado llamar, Zarah. O mejor dicho, nos ha enviado a buscarte. Lo que deja muy claro para lo que he venido.

Zarah, todavía tragándose la risa para no carcajearse en su cara, solo pudo asentir como respuesta.

—También te busca a ti, Allan —añadió Raquel con voz seca, antes de darse la media vuelta para alejarse.

—Herманas —Rebecca se encogió de hombros—. Ya las conoces.

—Sí, muy bien —contestó Zarah, soltándose a reír con ella.

—Nos vemos en el entrenamiento, Zarah —se despidió Rebecca, alejándose por el mismo camino que su hermana.

—Si el rey te ha llamado ha debido ser para algo importante —le dijo Allan con voz grave. Solo hasta entonces Zarah notó el cambio en la expresión de su rostro. Se había puesto muy serio, a pesar de que intentaba disimularlo con una sonrisa.

—¿Crees que se ha enterado de algo de lo nuestro?

Allan la miró y le sonrió ligeramente, negando con la cabeza.

—Esperemos que no.

Llegaron a la terraza principal del palacio, donde se encontraba Ahren y Aidan disfrutando de la comida mientras charlaban.

—...me alegra que hayas seguido mi consejo, hijo. Abrirte puede ser difícil a veces, pero cuando lo haces y consigues lo que tu corazón busca, por la alegría conseguida como recompensa, bien vale la pena el riesgo.

—Me alegra a mí también haber hecho lo que me aconsejaste, abuelo. Si dejas de lado todas esas costumbres Homos, ella no es tan mala como pensaba...

—¿Tan mala? —repitió Ahren con una sonrisa.

Aidan se encogió de hombros.

—Está bien, no es mala —admitió el joven con una sonrisa vacilante—. Tú y Tanek tenían razón con respecto a mi hermana, ¿contento?

—Conforme a lo que me han dicho Tanek y Allan, ella ha cambiado mucho a la persona que recordábamos... ¡Zarah, Allan! —El rey cambió abruptamente de conversación al verlos acercarse por la puerta del palacio—. Pasen por favor, los estábamos esperando.

—Se lo agradezco, alteza —Allan hizo una inclinación de cabeza—. Me informaron que deseaba hablar conmigo.

—Así es, por favor acompáñame a mi despacho...

—No te pongas de pie, abuelo —Aidan lo interrumpió, parándose antes que él de su lugar—. Llevaré a mi hermana a los jardines botánicos del palacio, quiero enseñarle las hierbas que utilizaremos en su lección de pociones.

—Me parece una idea excelente, Aidan —Ahren sonrió con satisfacción.

—Aidan es uno de los Iniciados más diestros en pociones —le explicó Allan a Zarah—. Tu abuelo le ha encomendado enseñarte el arte de ese conocimiento.

—Gracias, Aidan —Zarah le dedicó una sonrisa radiante, que provocó que las mejillas de su hermano ardieran.

—Solo lo hago porque me lo dice mi abuelo —contestó él, encogiéndose de hombros, a pesar de que una sonrisa se asomó por la comisura de sus labios—. Vamos, date prisa. Podrás comer después —Le dio un ligero empujón para llevarla con él.

Zarah le dedicó una sonrisa a Allan como despedida y siguió su hermano por uno de los senderos, encantada con la idea de llevarse bien con él, por fin.

La sonrisa en el rostro de Allan se borró al instante en el que Zarah se alejó con su hermano, y sus ojos se clavaron sobre Ahren, cuya seriedad también había embargado su rostro.

—Siéntate Allan, por favor.

—Si lo prefiere, alteza, podemos ir a su despacho. Imagino que lo que ha de decirme es un asunto importante.

—Lo es, Allan, pero creo que aquí nadie nos molestará. Por favor, siéntate.

Allan obedeció y tomó lugar junto al rey, cuyos ojos grises permanecían fijos sobre él.

—Allan, lo que voy a decirte no es sencillo para mí, y ha de permanecer en el más estricto secreto.

—Por supuesto, su majestad.

—Allan... Me temo que Alberto y Tanek han desaparecido.

El rostro de Allan palideció, a pesar de que ninguna expresión se reflejó

en él.

—He enviado un equipo de búsqueda y rescate tras ellos, mas me temo que encontrarlos no será sencillo... —Ahren guardó silencio por un par de segundos, como si lo que decía le costara un enorme trabajo—. Si alguien ha derrotado a un guerrero del grado de Tanek, me temo que se trata de un gran guerrero, un enemigo cuyo nombre no podría ser otro que Kudrow... —El rey suspiró —, en cuyo caso, de ser cierto, lo más probable sea que Tanek y mi hijo ya estén muertos.

El rostro de Allan se ensombreció.

—Lo siento mucho, su alteza.

Ahren asintió, ocultando el rostro tras una mano.

—Yo también debo decirte lo mismo, sé que les tenías un gran aprecio a ambos, en especial a Tanek, con quien habéis convivido durante siglos en hermandad, desde tu boda con su hermana Madeleine.

El rostro de Allan se tensó.

—Así es, alteza. Aunque debo confesar que me sorprende que usted esté tan al corriente de mi pasado.

—Sé más cosas de las que imaginas, Allan —El rey le dedicó una mirada severa—. Y sé que también tú sabes más cosas de las que dices.

Allan lo miró a los ojos, sin notar que los músculos de la mandíbula se le tensaban.

—He de suponer que el cariño que profesas a mi nieta no es un simple trato de cordialidad por su título de princesa o el puesto de guardián que os he conferido.

—Por supuesto que no, alteza.

—Eso suponía, y eso confirma mis sospechas —Los ojos de Ahren

brillaban al fijarse sobre el rostro de Allan.

Mil pensamientos le pasaron a Allan por la cabeza, ¿sería que el rey estaba jugando con él, como el gato y el ratón, buscando el mejor modo de acorralar a su presa para darle caza? Si era así, ¿qué debía hacer? ¿Admitirlo...? No lo negaría, eso era claro. No se portaría como un cobarde. Admitiría todo, no negaría su amor por Zarah...

Y que pasara lo que tuviera que pasar.

Siempre y cuando las consecuencias no la implicaran a ella. Y no lo harían, Zarah era una princesa, y Ahren nunca había sido un rey sanguinario. Zarah estaría a salvo de su mano, y el castigo recaería directamente sobre él, como debía ser.

—Allan, te haré una pregunta y quiero que me contestes con la verdad, ¿está entendido?

Allan asintió, mirándolo tan fijo a los ojos como el rey lo hacía con él.

—Allan... ¿Tanek te contó la verdadera relación que tiene con mi nieta?

Allan sintió como si le hubieran quitado el mundo de encima y no pudo evitar sonreír antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Sí, su alteza. Lo hizo —contestó sin vacilación.

Ahren asintió con la cabeza, estudiando las facciones de su rostro.

—Eso imaginé —confesó el rey, sin dejar de observarlo—. Allan, Aidan y Zyanya son todo mi mundo ahora que mi hijo ha... desaparecido —Tomó una larga bocanada de aire antes de continuar—. Eres tú el único hombre a quien puedo recurrir ahora para que ellos dos estén a salvo. Tanek es tu mejor amigo, prácticamente tu hermano. Ahora que sabes que a quienes proteges en realidad son a sus hijos, espero que tú... que tú...

—Alteza, le juro que daré mi vida por proteger a Zarah y Aidan. No debe

decir nada para alentar aquello que ya siento como mi total decisión, mi lealtad es absoluta, y no necesito saber de quiénes son hijos los príncipes para demostrarlo, es mi deber hacerlo, y así lo cumpliré.

Ahren sonrió ligeramente y asintió con la cabeza.

—Te lo agradezco, hijo —Posó una mano sobre su hombro—. Por favor, te lo suplico... Cuida de ellos. Cuida de mis nietos... Es todo cuanto me queda en el mundo.

Zarah y Aidan caminaban por los jardines del gigantesco jardín botánico, colmado de plantas por doquier. Aidan no dejaba de hablar, explicándole los usos de cada ser vivo existente en ese lugar, ya fuera vegetal, hongo y hasta animal, contándole cómo los grandes magos más experimentados eran capaces de hacer las pociones más raras y prácticamente imposibles para otros, en especial para ellos, que recién estaban aprendiendo, y de cómo los Alquimistas podían manipular los elementos por sí mismos para crear las pociones más puras del mundo, y por lo tanto, las más efectivas.

—Imagínalo, hermana. Una poción lleva cientos de ingredientes, a veces miles, pero por cada sustancia introducida en esta flor, por ejemplo —le explicó mientras tomaba una hermosa flor de color rojo—, estarás introduciendo también otras veinte sustancias que contaminarán la poción y por lo tanto, el resultado de la misma, y su potencialidad. Manejar los elementos puros te proporciona la capacidad de crear pociones totalmente efectivas, sin efectos secundarios, y mucho más potentes. Y tú eres un Alma Azul, hermana, tú tienes la capacidad de lograr eso —concluyó, mirándola con sentido orgullo.

Zarah le sonrió agradecida, se sentía saltar de dicha por llevarse bien con su hermano. Él sonrió también, pero enseguida su sonrisa se convirtió en una mueca y continuó con su explicación, demasiado tímido para demostrar

abiertamente sus sentimientos.

—Mientras aprendes a manejar tus poderes, tendrás que hacer pociones como todos los demás —le dijo él, entregándole la flor para continuar caminando—. Sé que Allan quiere que aprendas conjuros tanto como pociones, pero yo creo que las pociones te serán de mayor utilidad.

—¿Y eso por qué lo piensas? —preguntó Zarah, interesada en continuar la conversación para no perder el interés de su hermano que por realmente querer saber del tema.

—Un conjuro tardas en decirlo, segundos, pero tardas, mientras que una poción defensiva solo debes lanzarla sobre tu enemigo. Estamos hablando de una diferencia de fracción de segundos, pero en una batalla puede significar la diferencia entre la vida y la muerte...

Zarah lo miró fijamente, su hermano se había quedado callado mientras observaba un extraño pajarillo de plumaje verde.

—Mamá... a mamá le gustaban los conjuros —dijo después de una larga pausa, como hablando al aire—. Ella sola escribió toda una sección de la biblioteca.

Zarah no pudo evitar sentir que el corazón le dolía al ver el dolor reflejado en el rostro de su hermano. Se acercó a él y posó una mano sobre su hombro, en un intento de consolarlo. Por un momento temió que él la rechazara, pero no lo hizo, se mantuvo en la misma pose, con la vista fija sobre el ave.

—A veces pienso que de haber compartido mi gusto por las pociones, mi madre... nuestra madre, tal vez habría tenido una mejor oportunidad para sobrevivir... y ahora estaría viva.

—Lo siento, Aidan.

Él asintió, sin volverse a verla. Se pasó el dorso de la mano por los ojos,

secándose un par de lágrimas que habían corrido por sus mejillas, esquivas.

—¿Tú lo recuerdas, hermana? —Se giró a mirarla—. ¿Recuerdas el día del ataque...? ¿Lo que sucedió?

Zarah tragó saliva. Recordaba tan poco... y lo que recordaba, habría deseado no hacerlo.

—No —mintió, desviando los ojos. Ese dolor no debía compartirlo con su pobre hermano, él ya había sufrido bastante, no merecía saber que los últimos minutos de la vida de su madre estuvieron llenos de angustia y dolor...

—Eso supuse... —Él agachó la mirada y sacó algo de su bolsillo que puso en la mano de Zarah.

Zarah arqueó una ceja al sentir algo frío y duro, una botellita de vidrio, en la palma de su mano, antes de que Aidan le cerrara los dedos en torno al objeto.

—Es para ti —le dijo en un susurro bajo, desviando la mirada—. Me quedé hasta tarde anoche preparándotela... Te protegerá en caso de que alguien te ataque.

—Aidan...

—Sé que Allan te cuida, no la necesitarás seguramente, pero por si acaso, llévala contigo, ¿quieres? —le pidió, sin verla a los ojos—. Promételo... promete que la llevaras. Promete que te... que te cuidarás, hermana.

—Lo prometo —le dijo Zarah con la voz colmada de emoción, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Aidan la miró a los ojos y asintió, para enseguida volverse y continuar por el camino.

—Date prisa, no tenemos todo el día. Debes memorizar las funciones de las ortigas antes de tener que volver a la biblioteca.

Zarah sonrió, comprendiendo el cambio de humor en su hermano. Aidan de cierta manera intentaba mantener una imagen cerrada, un caparazón duro que en realidad no existía, y solo era una máscara para él, para defender ese gran corazón que llevaba oculto dentro de él, ese corazón que había sido tan intensamente herido en el pasado...

Y no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla mientras corría a alcanzar a su hermano, quien, de manera que ella no lo notara, se mantenía vigilándola por el rabillo del ojo, cuidándola.

—Corta las hojas con precisión, no importa que te tardes —le indicó Aidan, vigilándola mientras Zarah movía una hoja tan afilada y delgada como un bisturí sobre una de las hojas de las hierbas que habían recogido esa tarde—. Debes extraer la pulpa lo más pura posible.

—Esto es difícil.

—Ya te acostumbrarás, es igual a ser cirujano, necesitas práctica.

—Vaya ejemplo sencillo has puesto —bromeó Zarah, terminando de cortar la hoja—. Ya está, ¿qué hago ahora con ella?

—No la toques —la detuvo antes de que ella la levantara con la mano y le tendió unas pinzas—. También en los dedos tienes partículas que contaminarían la sustancia de la hoja. Recuerda, debe estar lo más pura posible. Tómala con esto y ponla en el caldero.

Zarah hizo lo que su hermano le indicaba e introdujo la hoja en la mezcla del caldero, que comenzaba a humear.

—Muy bien, ahora verifica la temperatura con el termómetro —le ordenó su hermano, revolviendo con cuidado el contenido humeante.

Zarah tomó el termómetro que había dejado a un lado de la mesa hacía un momento y lo introdujo en el brebaje.

—Setenta y seis —informó, quitando de nuevo el termómetro para dejarlo cuidadosamente sobre la mesa después de limpiarlo con un paño, tal como Aidan le había enseñado debía hacer después de tomar cada medida, o de lo

contrario el termómetro se contaminaría y podría contaminar una nueva sustancia.

—Bien, es el momento de introducir los pétalos de rosa.

Zarah tomó una bandeja que ellos habían dejado preparada hacía un momento y los echó en el interior de la olla. Aidan revolvió cuidadosamente y un vapor rosado comenzó a emerger de la mezcla.

—Huele muy bien —comentó ella, fascinada con el brebaje dorado que giraba en el caldero.

—Espera a que le pongamos los ojos de sapo —sonrió Aidan, pero al notar que la sonrisa en el rostro de su hermana se desvanecía, añadió—. Olerá mejor, ya lo verás.

—¿Con ojos de sapo? —preguntó Zarah, haciendo una mueca de asco.

—Sí, son deliciosos y huelen muy bien... Fíjate, comienza a cambiar de color la mezcla —le dijo, haciéndose a un lado para que Zarah notara que el color dorado se desvanecía para dar paso a uno verduzco—. Ahora, pon los ojos.

—¿Yo...?

—Sí, no puedo dejar de revolver o la mezcla se estropearía.

Zarah miró hacia atrás, las pequeñas esferas que había asumido eran perlas, debían de ser los ojos. Los tomó con la fuente —no iba a tocarlos— y se acercó con ellos al caldero.

—Solo necesitamos dos.

—¿Y las pinzas?

—Tómalos con la mano, no hay tiempo.

—Pero dijiste...

—No contaminarás más los ojos, ya tienen bastante materia orgánica, tómalos con la mano —Aidan la miró a los ojos—. Date prisa, o la fórmula se estropeará.

Zarah apretó los labios para evitar las náuseas y tomó dos de esas pequeñas perlas. Estaban frías y babosas al tacto, y las soltó enseguida sobre el caldero.

—Excelente, ven hermana, acércate —La atrajo Aidan por el brazo—, ahora es el momento de pronunciar las palabras.

—¿Te refieres a las palabras mágicas? —Zarah arqueó las cejas.

Aidan la miró con cierta confusión, pero asintió.

—Sí... creo que así es como los Homo las llaman. Debes pronunciar las palabras del hechizo para que la poción se active, de lo contrario será solo una sopa aromática con mal gusto.

—¿Qué debo decir?

—No es gran ciencia, no es un conjuro, solo debes decir exactamente lo que deseas, en la menor cantidad de palabras posibles.

—¿En español?

—Sí, el latín y las otras lenguas antiguas solo lo usamos para ocasiones especiales, cuando no queremos que los Homo entiendan lo que decimos. En esencia es lo mismo, lo importante es que sientas lo que dices, de esa manera la magia emanará de ti, que eres la fuente, y la poción se activará.

—Bien... lo intentaré —Zarah inspiró hondo—. Es una poción para cambiar el color de la piel, así que supongo que debo decir algo como... ¿cambia el color de la piel?

Aidan sonrió, reprimiendo una carcajada.

—No te rías de mí, es mi primera vez, hermano —le reclamó ella,

sonriendo también.

—Quita las preposiciones, si lo deseas solo murmura, la poción no tiene oídos, no te escucha, usamos las palabras solo para expresar correctamente lo que deseamos. Los Capadocia más avanzados no usan palabras, no las necesitan, con su pensamiento, los más altos en nivel, únicamente con el deseo de lo que buscan, hacen magia, sin ni siquiera movimiento de manos. Pero cuando eres Iniciado, como nosotros, los pensamientos suelen ser un caos, y si no recitas lo que buscas, bien podrías estar pensando que los ojos de rana que acabas de tocar eran asquerosos y que podrían sacarte verrugas en las manos, y termines creando una poción que saque verrugas en lugar de hacerte cambiar la piel de color.

—No quiero eso —rio Zarah.

—Eso supuse, por lo que solo tienes que desear lo que quieres, pedirle a la sustancia que haga aquello que estás buscando con los ingredientes, química y energía juntas, y las palabras son tu conductor para añadir el pensamiento correcto que las guiará en la fórmula deseada y correcta.

—¿Podrías hacerlo tú? —le pidió Zarah—. Nunca lo he visto, quizá si lo veo una vez, me sea más fácil la próxima vez.

Aidan la miró y asintió. Enseguida extendió una mano sobre el caldero y murmuró unas palabras, Zarah no entendió casi nada, solo distinguió color y piel de la oración. De inmediato la poción comenzó a burbujear y cambió de color, adoptando un verde intenso.

—¡Funcionó! —exclamó ella, extasiada.

—Por supuesto —sonrió Aidan, contento. Tomó uno de los frasquitos que tenían almacenados en un gabinete y con una cuchara lo rellenó con la fórmula.

—Guárdalo, puede que te sirva en alguna ocasión —le dijo con orgullo, entregándole el frasquito.

Zarah sonrió, agradecida, y lo guardó en su bolsillo.

—¿Te gustaría intentar otra fórmula? —le preguntó su hermano, quitando el caldero del fuego.

—Sí, me encantaría —contestó emocionada, impaciente por intentar ella hacer magia por sí misma—. ¿Qué podremos hacer...?

—Zarah —Allan apareció en la puerta del laboratorio. Lucía tan serio que la sonrisa en el rostro de Zarah se borró al instante.

—¿Sucede algo? —preguntó, preocupada, acercándose a él.

—Debemos volver al palacio, ya es tarde. Continuarás mañana con el entrenamiento.

—Bien... —Zarah suspiró con tristeza, le habría gustado continuar aprendiendo.

—Tú también debes regresar, Aidan. Te acompañaré a tus aposentos.

—Puedo regresar solo, gracias —contestó toscamente el muchacho, guardando el resto de la fórmula en una botella grande.

—No te lo estoy preguntando, Aidan. Tu abuelo me ha ordenado cuidar de ti también, es mi deber acompañarte a casa.

Aidan lo miró con enojo, pero no replicó. Puso un corcho en la botella y se quitó la bata, antes de aproximarse a ellos con la intención de acompañarlos.

El camino de regreso al palacio fue bastante silencioso. Ni Allan ni ninguno de los otros miembros del equipo abrieron la boca en todo el trayecto, con excepción de Alessandra, quien como siempre, intentaba amenizar las cosas diciendo cosas agradables, como lo bella que lucía la noche, y lo bien que había enseñado Aidan a su hermana durante su primera clase.

Al entrar por las puertas principales del palacio, los demás se dispersaron, y Allan quedó a solas con Aidan y Zarah.

—Mi abuelo está en sus aposentos, supongo —se dirigió a Allan sin mirarlo de frente—. Iré a saludarlo, no tienes que acompañarme.

Zarah lo miró con curiosidad alejarse, de no ser porque se suponía que él no sabía nada de lo que había entre ella y Allan, habría jurado que intentaba darles tiempo para estar a solas.

—Zarah, necesito hablar contigo —le dijo Allan cuando se quedaron solos—. Vamos a tu habitación.

Zarah asintió, sintiéndose perturbada por la expresión seria en el rostro de Allan.

Al entrar en su recámara, Allan cerró con cuidado tras ellos y se dirigió a los ventanales para cerrar también las cortinas, de manera que nadie pudiera verlos. Solo entonces se giró hacia Zarah para mirarla de frente, aunque por su expresión, Zarah adivinó que no estaba aguardando con impaciencia ese momento.

—Allan, por favor, no me hagas esperar más —le pidió ella, aproximándose a él—. Dime, ¿qué sucede?

—Zarah, lo siento mucho —la miró a los ojos, tan negros e intensos que le provocaron calosfríos—. No podrás ir mañana a ver a tu familia.

—¿Qué...? —Zarah se puso pálida, sintiendo que el alma se le iba a los pies. Había esperado ver a su familia toda la semana, había sido fuerte únicamente sabiendo que pronto los vería y con ellos recobraría las fuerzas que tanto le hacían falta. No verlos significaba una pérdida enorme, una pérdida que no podía suceder—. Allan, me prometiste que los iría a ver. Mi abuelo lo dijo...

—Lo siento, Zarah. Ya está decidido.

—¡Pero el trato era que yo iría a verlos todos los fines de semana! —replicó, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. No puedo

quedarme aquí, ellos me están esperando. Mamá preparó mi platillo favorito, esta mañana apenas pudimos charlar porque ella estaba cocinando, disponiendo todo con antelación para mi llegada, y mis hermanos...

—Lo siento, Zarah —repitió Allan, impasible—. No irás.

—Pero...

—Está decidido.

—¡No puedes hacerme esto! Yo tengo que verlos, Allan, ¡tengo que verlos! —chilló, sintiéndose más impotente que nunca—. Si no me llevas tú, otro lo hará... o iré yo sola, no me importa, ¡pero yo tengo que ver a mi familia!

—Es una orden del rey, Zarah. Es por tu seguridad, no saldrás de la isla.

—¡No! ¡Ese no era el trato! —bramó, comenzando a sentir que perdía los estribos—. ¿Qué no lo entienden? Mi familia se preocupará si no me ve... y yo también necesito verlos... ¡Hablaré con mi abuelo, él tendrá que entender!

—Hazlo si lo deseas, pero como te dije, es una orden que viene directamente de tu abuelo. Pedirle que la cambie será contrariarlo directamente, y eso podría molestarlo. Sin mencionar que no lograrás nada, lo que buscamos es tu seguridad, y por más que te enojas, no te pondremos en riesgo solo para llevarte un fin de semana a casa de tu familia.

—En ese caso, pueden llevarme definitivamente, porque no pienso quedarme aquí... Por favor, Allan, tienes que ayudarme —Se aproximó a él y lo tomó por las manos—. Llévame a casa, tú puedes...

Allan suspiró, negando lentamente con la cabeza.

—Está decidido, Zarah. Siento mucho si esto te provoca tanto dolor, pero no haré nada que pueda ponerte en riesgo. Yo fui quien sugirió dejarte aquí, no te mentaré. Es por tu bien, por tu seguridad, y todos acordaron conmigo que era lo mejor para asegurar tu protección.

—¿Tú...? ¡¿Cómo pudiste, Allan?! —Zarah se alejó, mirándolo con profundo enojo—. Sabes lo importante que es para mí mi familia, lo mucho que deseaba verlos... ¡¿Cómo pudiste hacerme esto?!

—Porque es mi deber protegerte, Zarah —le dijo, mirándola a los ojos con una intensidad que le hizo saltar el corazón—, y he de protegerte de todo y de todos, incluso de ti misma. Aunque me odies, Zarah, te protegeré. No voy a perderte.

—Si sigues actuando así, podrías hacerlo —amenazó ella al aire, demasiado enojada como para tomar en serio sus propias palabras, o notar lo mucho que había herido a Allan con ellas.

Él la miró por el rabillo del ojo antes de alejarse en dirección a la puerta.

—Buenas noches, princesa —se despidió antes de cerrar tras él.

Zarah apenas pudo pegar un ojo esa noche, se sentía fatal por la manera en la que había tratado a Allan. Quería levantarse y disculparse con él cuanto antes, claro, después de llamar a su casa y verificar una vez más que se encontraran bien, y no continuaran tan tristes como los había dejado al colgar la noche anterior. Lo más difícil de hablar a través de una imagen casi tan real como tener a la persona delante de ti, es ocultar tus emociones. Con el teléfono puedes tapar la bocina para disimular que estornudas o bostezas, pero en vivo ¿cómo disimular las lágrimas cuando la aflicción te llena el corazón?

Y por lo que vio en los ojos de sus padres, ellos intentaban lo mismo en vano. Finalmente el dolor de ambos lados afloró, y tanto Zarah como sus padres y hermanos terminaron llorando a lágrima viva por la cancelación de su visita, claro que ellos jamás pusieron en tela de duda su seguridad, y la instaron a obedecer las órdenes de Allan, pues como Miranda le dijo, si él creía necesario tener que mantenerla en la isla para asegurar que estuviera a salvo, debía cumplir con su mandato.

Se visitó y preparó lo más rápido posible. Desayunó en el comedor con Aidan y su abuelo, el ambiente estuvo bastante más relajado de parte de su hermano, era una lástima que ella se sintiera tan deprimida. Ni siquiera la llegada de Allan logró animarla, y en esta ocasión pretender que él no era nada más que su capitán fue mucho más sencillo.

Allan, sumamente serio, volvió a liderar al equipo que la entrenaría ese día. Antes de que pudiera seguir a Aidan rumbo al laboratorio, Allan la detuvo

por el brazo.

—Este día entrenarás conmigo —le indicó, anunciando su orden al mismo tiempo a Aidan y los otros—. Te enseñaré a usar la espada.

Zarah no pudo sentir menos terror si le hubieran dicho que en ese momento iba a tener que enfrentarse a un dragón.

—¿La espada? —repitió, ofuscada—. ¿Te has vuelto loco?

Lo dijo sin pensar, demasiado aterrorizada como para medir sus palabras. Aidan se llevó una mano a los labios, para reprimir una risita, al tiempo que Raquel le dedicaba una mirada llena de odio.

—Hablo muy en serio, Zarah —le dijo Allan, sin inmutarse—. Eres una Capadocia, y debes defenderte como tal. Somos guerreros, la magia es parte de nosotros, pero no es nuestra única arma. Somos guerreros completos, usamos la espada y nuestro talento para defendernos y atacar. Y tú, Zarah, princesa de los blancos, lo harás también.

Zarah miró en derredor buscando apoyo, pero fuera de la mirada, mezcla compasiva, mezcla de burla de Aidan —Ese niño aún tenía mucho que aprender sobre el ser un buen hermano—, no encontró empatía en ninguno de los otros chicos. Ni siquiera Alessandra, por lo general alegre y dulce, parecía dispuesta a ayudarla a salir de esa.

Allan la llevó consigo al enorme salón de las armas, sin pronunciar más que las palabras de cortesía al entrenamiento. El resto del equipo, al notar el estado de ánimo de su capitán, se portó sumamente serio y grave, siguiendo los ánimos de Allan.

Allan tomó varias cosas de las paredes y estantes y se acercó nuevamente a ella. Llevaba guantes para no quemarse con el oro. Le dio un yelmo dorado, una pechera y una espada. Zarah los tomó sorprendida, ¿esperaba que ella los utilizara?

—Póntelos, también esto —Le entregó unos brazaletes para las manos y las piernas—. Te espero en el centro de entrenamiento.

Zarah apenas pudo seguirlo con los ojos, demasiado embobada en la visión de las cosas que él había puesto sobre sus brazos. El yelmo, la espada y la pechera eran grandes y sumamente resistentes, aunque, para su sorpresa, no resultaban ser excesivamente pesados.

Se dirigió a los vestidores, donde Alessandra la acompañó para entregarle uno de esos trajes azules. Se cambió y se colocó encima esas cosas de apariencia medieval: antiguo y moderno, parecía ser la marca distintiva de La Capadocia.

Salió sintiéndose como una especie de tanque humano, y de no ser porque Allan llevaba puesto el mismo traje, se habría sentido ridícula.

—Al menos sirve para disimular la panza —bromeó ella, acariciando la pechera dorada.

Allan le dirigió una sonrisa ladeada, pero no contestó, e hizo aparecer su espada de la muñequera.

Zarah llevaba una espada normal, como las que ella conocía de las películas de guerra medieval, y debió desenfundarla para tomarla por el puño. Supuso que en el mundo de esos seres extraños, empezar con esa cosa tosca y pesada, aunque hermosa, espada, debía ser como iniciarse a entrenar con una espada de madera.

—Te enseñaré las posiciones de defensa iniciales —le explicó Allan—. La que llevas es una armadura provisional, la tuya aún no está terminada, nos la entregarán mañana. Te sentirás mucho más cómoda con ella, está hecha a tu medida. También te darán tu espada, aunque no será la definitiva.

—La espada definitiva se obtiene como un símbolo de honor —le explicó Aidan, al notar que Allan no iba a añadir nada más—. Debes ganarte el honor de recibir la tuya.

—¿Y eso cuándo será? —inquirió Zarah, mirando a su hermano con expectación.

—No nos preocupemos de eso por ahora —intervino Allan—. Lo importa es que aprendas a defenderte, tendrás tu espada para que puedas tener un arma a mano en caso de necesidad, no importa si ha sido entregada en ceremonia o no, solo que te defienda en el momento justo. Ahora, adopta esta posición — Cambió bruscamente de tema, irguiendo la espada delante de él.

Raquel se adelantó a su lado con la espada erguida, Zarah temió que por un momento ella fuera a intentar decapitarla, pero todo cuanto hizo fue situarse a su lado para que Zarah pudiera ver con claridad la posición que debía practicar. Del otro lado, Rebecca adoptó la misma posición, provocando una imagen similar a la de un espejo que le resultó de cierta forma divertida.

—Concéntrate, Zarah —le ordenó Allan, provocando que ella enmudeciera.

Intentó imitar la pose de las chicas, pero debió hacerlo muy mal, porque Allan enseguida comenzó a corregirla.

—Sube el brazo, arquea la muñeca, mantén firme la espalda...

Zarah notó los labios de Raquel curverse en una mueca burlona, pero resistió el impulso de usar la espada contra ella y hacer lo que Allan le pedía.

Alessandra y Jaqueline se unieron a la maniobra en un intento de ayudarla, dejando a Aidan y Patrick como espectadores, pero con ello solo consiguieron que Zarah se sintiera más intimidada.

A medida que Allan le iba enseñando nuevas posiciones sus ánimos comenzaron a decaer.

¿Cómo podía ella ser la más poderosa? No, no podía ser ella... Ella nunca había podido ganar una cuenta deportiva, a duras penas había logrado participar en ellas, ¿cómo podía ser que ahora fuera una persona diestra en

algo que implicaba ejercicio físico? Nunca lograría vencer en un combate de espadas. Sin ninguna duda, moriría en el intento, ya fuera por cansancio o por una de las tonterías que solían ocurrirle. Definitivamente o caería al suelo y moriría empalada con su propia espada, o un Kinam la rebanaría en dos antes de darle la oportunidad de siquiera desenvainar su arma.

Gracias al cielo que ahí no había pelotas que la persiguieran, o su tortura sería mayor.

—¿Lo has entendido? —le preguntó Allan, regresándola a la realidad.

Zarah se puso tensa, se había ido en sus pensamientos sin prestar atención. Allan la miraba fijamente, también los otros... Y lo único que pudo hacer, fue asentir con la cabeza.

—Bien. Tengamos un combate de prueba —anunció Allan.

Zarah palideció como el papel.

—Raquel, adelante —ordenó Allan, y definitivamente el suelo se movió bajo los pies de Zarah y la habitación comenzó a dar vueltas en torno de ella.

Raquel, con una sonrisa mordaz, se acercó con su espada desenfundada y la extendió delante de Zarah, aguardando al primer ataque.

Zarah tragó saliva, no tenía ni idea de lo que debía hacer, y se mantuvo estática, con la espada torpemente sujeta con la mano.

—Levanta la espada en la primera posición, Zarah —le indicó Allan—. Nunca recibas a tu oponente sin estar preparada.

¿Preparada? —pensó Zarah, angustiada—. ¡Nunca iba a estar preparada para que la rebanaran como a un jamón viviente! Y por la mirada que le dirigió Raquel, sabía que era eso precisamente lo que ella deseaba hacerle...

Zarah adoptó la primera posición, la única que recordaba, y Raquel se lanzó al ataque. Apenas tuvo tiempo de esquivar el primer golpe cuando vino

otro y otro. Allan le gritaba órdenes y ella intentaba defenderse, pero era claro que no era diestra en ese campo. De no ser por la pechera y los brazaletes se habría visto en serias dificultades.

Raquel le dio un puntapié en la espinilla a propósito, provocando que ella se arqueara de dolor, ocasión que Raquel aprovechó para tumbarla contra el piso. Zarah apenas tuvo tiempo de esquivar otra estocada, pero nadie detenía el combate. Comenzó a molestarse en medio de esa situación que no parecía real, ¡eso debía de ser una pesadilla! Rodó para esquivar una nueva estocada y levantó la espada para asestarle un golpe a Raquel, pero era muy lenta y la mujer muy hábil. Raquel, con un ágil golpe, hizo volar su espada de las manos y antes de darse cuenta tenía la punta afilada del arma de su rival apuntando directamente contra su yugular.

—¿Te rindes, princesa? —le preguntó ella con voz aterciopelada, dedicándole una mirada gozosa de triunfo.

Zarah ardió de rabia y humillación, apretando los dientes mientras asentía con la cabeza.

—Finaliza el combate —anunció Patrick, con un tono de voz un tanto apagado—. Raquel es la vencedora.

La mujer se enderezó, sonriendo victoriosa, y volvió a encoger su espada mientras se quitaba el yelmo para dejar suelta su plateada cabellera.

Zarah, todavía demasiado apabullada por lo ocurrido, se levantó temblorosa del piso. Una mano la sujetó por los brazos y la alzó con rapidez, casi con furia.

—No me escuchaste —le dijo Allan en un siseo bajo—. No prestaste atención a las instrucciones que te di.

Zarah lo miró con enojo, pero no negó la verdad.

—Zarah, tienes que tomar esto en serio. No puedes quedarte sin hacer nada

y esperar a que tus atacantes lleguen y te lleven sin pelear, eres una Capadocia, es tu deber aprender a defenderte.

—Ya lo sé, Allan.

—No, no lo sabes. Si lo supieras, hubieras puesto el mínimo de atención. Raquel te atacó con lo básico, de haber seguido mis instrucciones, habrías podido detener cada uno de sus golpes, pero no hiciste nada, te quedaste allí parada como...

—¿Cómo qué? —siseó ella, con los dientes apretados por la furia.

—Solo pon atención, Zarah —bramó Allan—. Comencemos de nuevo.

—¡No!

Allan le dirigió una mirada airada.

—Soy tu capitán, debes obedecerme.

Se hizo un silencio general en derredor.

—Soy la princesa, no tengo que obedecerte.

—Eres una Iniciada, yo soy tu maestro, debes obedecerme.

—¿Y qué si no lo hago? —preguntó en forma retadora.

Allan se puso rígido, por la mirada de los otros, era obvio que nadie se habría atrevido a enfrentarlo.

—Te castigaré, Zarah. No me detendré a tener consideraciones especiales, solo porque seas la princesa.

—Hermana, él tiene razón —intervino Aidan—. Un maestro está por encima de ti.

Zarah le dedicó a Allan una mirada asesina, pero tomó su espada.

Allan inspiró hondo, y bajó la suya, haciendo un gesto a los demás para que se alejaran.

—Zarah, por favor, no quiero pelear contigo —le dijo en voz baja, una vez que se quedaron a solas—. Debes entender que es necesario que aprendas a defenderte.

—No necesito aprender a usar la espada, con las pociones...

—Zarah, tienes que escucharme, confiar en mí. Necesitas aprender todas las artes Capadocia, no solo algunas. Los Kinam son peligrosos, y tus atacantes no serán cualquier persona, serán diestros, capaces, te atacarán sin consideración...

—Y entonces me matarán, y el que sepa o no mover una espada no me ayudará en absoluto. ¿No me has visto, Allan? ¡No sirvo para esto! Siempre he sido mala para los deportes, y en esto soy pésima. No cambiarás un hecho que ha venido conmigo toda mi vida en un par de días solo porque quieras salvarme.

—No voy a permitir que te maten, Zarah —gritó, enojado—. ¡Vas a aprender a defenderte te guste o no, Mady!

—¿Mady? —repitió Zarah, arqueando las cejas.

Allan palideció, retrocediendo un par de pasos.

—Zarah, dije Zarah.

—No, no es cierto, dijiste Mady —Lo miró con ojos escrutadores—. ¿Quién es Mady?

—Continuaremos luego, Zarah —Allan se dio la media vuelta y se marchó, dejándola sola.

—¿Mady...? —repitió Zarah al aire, sintiéndose totalmente confundida.

—¿Mady? —escuchó una voz aterciopelada tras ella.

Zarah se giró bruscamente para encontrarse de frente con Raquel, quien venía acercándose lentamente, todavía con aire victorioso en su andar.

—Nunca creí que él fuera a hablarte de ella —le dijo con una sonrisa, jugueteando con su cabello distraídamente—. Debo confesar que me sorprende.

—¿Quién es Mady? —preguntó Zarah con voz seca, sin dejar de mirarla.

—Mady... Madeleine —Se encogió de hombros, como si deseara quitarle importancia a algo que obviamente la tenía, o no disfrutaría de ese modo al decirlo—, era mi prima... y la esposa de Allan.

—¿Esposa...? —repitió Zarah casi sin voz, demasiado turbada como para comprender realmente el peso que esa palabra traía consigo.

—Allan tiene más de mil años, niña. No ibas a esperar que tú fueras la única mujer de su vida —espetó Raquel, dedicándole una sonrisa gélida—. Vamos... ¿Realmente lo esperabas? Zarah, eres más ingenua de lo que creía —Soltó una carcajada que provocó que la sangre que se le había helado a Zarah se calentara en un santiamén.

Zarah la miró con odio... ¡No podía ser cierto! Ella era la única mujer a la que Allan amaba, él se lo había dicho, se lo había repetido en varias ocasiones... ¿Cómo podía ser que ahora tuviera una esposa?

—No es cierto... —musitó, más para sí misma que para Raquel—. No puede ser cierto...

—Es la verdad —zanjó Raquel, dejando de reír para hablar con la mayor firmeza que le había escuchado jamás—. Madeleine es la esposa de Allan. Es a ella a quien ama más que a nadie en el mundo, y a quien siempre juró amar hasta la muerte. Nunca ha querido a otra que no sea ella, y nunca querrá a otra, y eso te incluye a ti, princesita.

—¡Eres una mentirosa! —Zarah tembló de furia, sintiendo que algo en su interior se encendía—. Allan no tiene una esposa, ¡él nunca me haría eso!

—¿Hacerte? —Raquel arqueó las cejas, fingiendo confusión—. ¿Qué es lo que no podría hacerte? Porque, por lo que sé, y por lo que todo el mundo sabe,

él es tu capitán y tu guardián. El que esté casado o no, no modifica en nada su condición para contigo, ¿no es verdad? ¿O me equivoco?

Zarah no pudo contestar, era claro que Raquel sabía lo que existía entre ellos, pero si lo confesaba se pondría en evidencia ante ella, y no habría nada que detuviera a Raquel de revelar su secreto ante su abuelo y los otros. Lo mejor era callar... Por más rabia que le provocase tener que hacerlo.

—¿A dónde vas? —le preguntó en tono mandón, cuando Zarah se dio la media vuelta para alejarse de ella—. No puedes marcharte, la práctica todavía no ha terminado.

—Terminó por hoy —espetó la joven, sin girarse a verla. Arrojó la espada lejos, el sonido del metal al chocar contra el suelo de roca hizo eco en las paredes, amortiguando las pisadas de Raquel, quien la sorprendió sujetándola por el brazo y jalándola hacia atrás antes de que Zarah pudiera darse cuenta.

—¡He dicho que la práctica no ha terminado!

—¡Suéltame! —bramó Zarah, tirando de su brazo para liberarse. Raquel, con una fuerza superior a la que Zarah supuso ella podía tener —o cualquier ser humano— apretó los dedos en derredor de su brazo, lastimándola a propósito.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Fuera!

—No puedes, debes ser custodiada todo el tiempo, ¿recuerdas, princesita?

—Solo voy afuera, es el palacio, se supone que es seguro, ¿no es así? —preguntó, irónica—. ¡Ahora suéltame!

—Te tienes que quedar aquí —replicó Raquel, sin soltarla—. Es una orden.

—¡Tú no me das órdenes!

—Podrás ser la princesa, pero te guste o no, estás bajo nuestro cuidado, y eso significa que debes obedecernos. ¡Y te vas a quedar aquí te guste o no! — La arrojó con fuerza contra el piso, provocando que Zarah se golpeará la cabeza contra el suelo.

—¡Hermana! —gritó Aidan, apareciendo en ese momento, atraído por los gritos.

Aidan corrió al lado de su hermana y la abrazó, tratando de ayudarla. Zarah, aturdida, intentó levantarse. Sintió algo húmedo y tibio resbalando por su frente, y al palparlo un dolor instantáneo le taladró la cabeza.

—¡La has lastimado! —Aidan se giró hacia Raquel, furioso—. ¿Cómo pudiste? ¡Mi abuelo se enterará de esto!

Zarah se giró hacia Raquel, todavía algo atontada por el golpe. Ella estaba muy pálida, en su rostro se reflejaba el temor y la preocupación, a pesar de que intentaba mantenerse firme, impassible.

Se escucharon más pasos, Rebecca, Jaqueline, Alessandra y Patrick hicieron aparición en el lugar, uno más asombrado que el otro por la escena que encontraron delante de ellos al momento de llegar

—Raquel, ¿qué has hecho? —Zarah escuchó la voz de Rebecca, pero Aidan había vuelto a girarse sobre ella para intentar ayudarla a levantarse, y lo único que pudo ver fue el torso de su hermano.

Una luz se encendió de manera repentina en el cuello de Aidan, una luz verde que provocó que algo se encendiera también dentro de Zarah...

El mundo a su alrededor comenzó a tornarse borroso, el sonido se volvió vago, los recuerdos comenzaron a agolpar su mente como una ola gigantesca que amenazaba con inundar su cerebro de información. Tanta, que resultaba dolorosamente incomprensible.

Vio a Raquel una vez más, solo que ya no estaban en ese salón repleto de

armas, sino en otro lugar, un lugar extraño que no había visto jamás, y al mismo tiempo le resultaba extrañamente familiar... Una escena bastante similar a la que estaban viviendo hacía un momento se desenvolvía delante de ella, solo que ahora se encontraba en una especie de arena medieval, y sus ropas eran muy distintas, aunque las armaduras y espada que llevaba sujeta en la mano resultaban bastante similares. Raquel se adelantaba hacia ella con una espada en una mano y el yelmo bajo el brazo contrario. De alguna manera, Zarah se vio haciendo lo mismo, solo que al caminar, sus pasos no eran seguros como los de Raquel, sino temblorosos.

Ambas se giraron en dirección a una tribuna, el sitio completo, abarrotado de gente, gritaba ovaciones. Al parecer, la disputa que se suscitaba dentro de pocos minutos delante de ese bullicioso público era una de las más esperadas por la concurrencia, dos de los miembros de la familia Ruffian encarados frente a frente. Sin duda se avecinaba un gran espectáculo.

Cinco tronos delante de ellas, en lo más alto de la tarima, eran el sitio de honor del lugar y el festejo, aquel torneo donde estaban unidos los cinco reinos en busca del campeón universal. Las competencias habían iniciado hacía poco, y su enfrentamiento era el más esperado del torneo hasta ese momento, el primero que contenía una emoción verdadera.

Ambas saludaron con un gesto de la espada colocada frente al rostro. Los cinco reyes les contestaron con la mano, dando al mismo tiempo su consentimiento para el inicio del encuentro.

Los ojos de Zarah se posaron sobre un hombre sentado en un sitio de honor, cercano al trono de los Negros. Su abuelo.

Raquel también mantenía la mirada fija sobre el hombre, en su rostro se reflejaba la confianza y la determinación.

Zarah no poseía ninguna de las dos.

Se encaminó en la dirección opuesta del terreno, donde debería aguardar a

que comenzara el enfrentamiento. Fue el momento en el que sus ojos se toparon con los suyos... Allan. Aguardando entre la multitud, oculto bajo una capucha para no ser reconocido, la miraba fijamente, transmitiéndole con esos grandes ojos negros todo su amor, todo su apoyo...

Y por primera vez, una sonrisa se dibujó en sus labios, al tiempo que alzaba la espada delante de ella, lista para comenzar el combate.

—¿Preparada para morder el polvo otra vez, Madeleine? —espetó Raquel, colocándose el yelmo.

—Esta vez, seré yo quien consiga la victoria, Raquel. Y nuestro abuelo sabrá que soy una Ruffian digna, tanto como tú.

—Si vas a fantasear, te hubieras quedado en tu camita soñando, Madeleine. Esta es la vida real, y no tendré la menor piedad contigo, aunque seas mi prima.

Madeleine sujetó con más fuerza la espada y se colocó en la posición de inicio.

—Lo mismo va para ti, querida prima.

La imagen se tornó borrosa. Zarah se encontraba en otro lugar, era ella, pero ya no era ella...

A su alrededor las cosas eran distintas, su ropa era más suave y cómoda, familiar. Y delante de ella se encontraba una mujer sumamente hermosa, de grandes y expresivos ojos verdes, que le sonreía con dulzura mientras la abrazaba, dando giros y giros en el aire.

De pronto se escuchó el llanto de un niño pequeño y se detuvieron. Zarah miró con enojo a un niño con grandes ojos azules que se aproximaba a ella, tendiéndole los brazos a la mujer que hasta entonces la había estado sosteniendo. La mujer la dejó en el suelo sin dudarlo y corrió a alzar al pequeño, quien se acunó en sus brazos, en busca de consuelo.

Zarah se sintió triste, pero sabía que era lo correcto. Ella era mayor, y su hermano apenas un pequeño niño que necesitaba mucho más que ella a su madre...

—Lo quiere más que a ti —escuchó la voz de ese impertinente al que tanto odiaba.

Zarah alzó la vista, aunque no hubiera necesitado hacerlo para reconocerlo. Zack.

Su ceño se frunció en una clara señal de disgusto. Odiaba a ese tipo, siempre estaba metido en el palacio, aunque era un don nadie. No entendía cómo su abuelo permitía su presencia entre los Blancos, él no era originario de su reino, y tampoco pertenecía al Círculo de la Estrella. Ese hombre era un aprovechado, como solía llamarlo muchas veces su padre, y lo único que había que hacer con él era lanzarlo a la calle, pero su abuelo era demasiado bondadoso como para hacerlo. Aunque si hubiera sido por sus padres, lo habrían hecho hacía años. Y por su parte, también ella.

Podía ser una niña pequeña, pero hasta ella sabía que un adulto no debía molestar a los niños.

Ese tipo era un desalmado en toda la expresión de la palabra.

—Eres una tontorrón —continuó él, riendo de manera burlona—. Dejas que tu hermano te quite tu lugar sin poner resistencia. Yo, si fuera tú, me preocuparía. Tus padres lo amarán más a él porque es más pequeño y bonito que tú, además es hombre, y los hombres son mejores que las mujeres. Estando con él, nunca llegarás a ser princesa.

—¡Cállate, tonto!

—¿Tonto? —rio más el otro—. ¿Es todo cuanto puedes decirme? ¿Tonto? —rio más fuerte—. Niña, estás perdida. Serás relegada a la servidumbre en cuestión de nada. No me extrañaría que terminaras durmiendo entre los vagos de los puentes de los Homo...

Zack se quedó callado de repente.

Zarah no entendía la razón, ni le importaba. Sentía rabia, mucha rabia... Y de alguna manera, sabía que esa rabia estaba manando de ella...

—¿Zyanya...? —Escuchó la voz de su madre. Zack se apuró en esconderse entre la maleza para desaparecer de la escena antes de ser atrapado, como siempre.

Zarah se giró, todavía demasiado molesta como para pensar con claridad. Quizá fue esa la razón por la que no notó la expresión de sorpresa y temor que se reflejaba en los ojos de su madre al verla...

—¿Zarah? ¡¿Zarah?! —Escuchó una voz de mujer, volviéndola a la realidad.

Zarah intentó espabilarse, aunque las emociones todavía la embargaban, emociones mezcladas con tantas imágenes incomprensibles para ella...

—¡¿Zarah, estás bien?!

—Déjala, Alessandra, es una cobarde y le ha pillado de los mil demonios que alguien le diera una lección y la pusiera en su lugar —espetó Raquel—. No es más que una tonta.

—¿Tonta...? —repitió Zarah, sintiendo que el fuego en su interior renacía.

—¡No le llares así! —gritó Aidan, encarándose con Raquel—. ¡Es tu princesa y le debes respeto!

—El respeto que me merece esa llorona es el que le demuestro —replicó Raquel, acercándose a Zarah con paso decidido—. ¡Y tú levántate de una vez y no hagas tanto drama por nada...! —Se quedó con la palabra en la boca cuando Zarah hizo precisamente eso, quedando frente a frente con ella. En sus ojos ya no se reflejaba el color verde de siempre, sino una luz azul, una intensa luz azul que le provocó calosfríos e hizo temblar a todos en la sala.

—¿Zarah...? —preguntó Alessandra con voz trémula, retrocediendo un paso inconscientemente.

—Dios mío, el Alma Azul... —musitó Jaqueline, totalmente blanca—. Has despertado al Alma Azul...

—No seas ridícula... —la voz de Raquel tembló—. No puede haberla despertado... Es imposible. Todos sabemos que es imposible...

—¿Qué hacemos? —preguntó Patrick, mirando a Rebecca y Raquel, las más antiguas y de alto rango del grupo.

—No lo sé —musitó Rebecca—. Nunca antes había estado en presencia de un Alma Azul...

—Patrick, ve a buscar a Allan —le pidió Alessandra—. ¡Date prisa!

—No sean exagerados, no es nada, no alarmes a Allan por una cosa de nada —replicó Raquel, aproximándose otro paso a Zarah—. Solo estás armando un teatrillo tonto, niña —Le dio con la punta del dedo en la frente, en un gesto altanero—. Si ese truquito te lo enseñó tu hermano, más te vale dejar la broma a un lado y concentrarte en serio a lo que debes...

—No me toques —siseó Zarah, encendiéndose en una llama azul que la cubrió por completo. Se sintió como una explosión. Todos los presentes cayeron al suelo por la fuerza de la energía despedida. Raquel salió expulsada lejos de ella y chocó contra el muro de roca y cayó al piso, inconsciente.

Las luces se apagaron por la fuerza del impacto, y algunos bloques de piedra cayeron del techo. Alessandra evitó que fueran aplastados por un enorme pedazo de techo en el momento preciso que caía sobre sus cabezas, al tiempo que otro más grande se desintegraba con solo tocar la flama azul de Zarah, la única fuente de luz en aquella terrible oscuridad.

—¡Santo Dios, ¿qué hacemos?! —preguntó Alessandra, aterrada.

—Razonar con ella —dijo Aidan, poniéndose de pie para aproximarse a

su hermana, pero Patrick lo atajó por un brazo, impidiéndoselo.

—¿Estás loco? Es un Alma Azul, te matará si la molestas ahora —Patrick miró a la joven, todavía encendida en la llama—. Allan me había advertido de esto, él temía que algo así pudiera pasar —comentó mientras apretaba un botón en su Kanan, el aparato en su brazo.

Se escuchó la voz de Allan del otro lado, se oía bastante apagada.

—Allan, ven aquí enseguida —le pidió Patrick. Un ruido sordo al caer una nueva porción de techo cortó la comunicación.

—Voy para allá —contestó Allan, sin necesitar mayor explicación.

Zarah se encendía cada vez con mayor fuerza, a medida que su enojo se iba liberando.

Aidan forcejeó con Patrick, intentando llegar al lado de su hermana.

—¡Quédate quieto, Aidan! Ya viene Allan para acá, él sabrá qué hacer.

—¡Suéltame, idiota! ¿No ves que se está sobrecargando de energía? ¡Si no la detienen ahora, podría morir, igual que la vez anterior cuando ustedes la encontraron!

—La vez anterior Allan supo cómo manejar la situación, ahora también sabrá hacerlo. Además, la vez anterior ella se puso mal por no expulsar hacia afuera la energía, ahora lo está haciendo, y tan bien que somos nosotros los que corremos peligro.

—Eres un cobarde —espetó Aidan, empujándolo con todas sus fuerzas para librarse de él—. Si tú quieres salvar tu cochino pellejo, hazlo, pero yo ayudaré a mi hermana, tal como juré hacerlo ante el rey.

Patrick puso una mueca de enojo, pero no lo soltó.

—Es a ti también a quien juramos proteger, Aidan, no solo a tu hermana. Será mejor que esperes a Allan y...

—¡Estoy aquí! —escucharon la apurada voz de Allan, bajando como un rayo por las escaleras—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Algo que no debió suceder si tú hubieras estado cumpliendo con tu

obligación! —le recriminó Aidan, liberando su furia ahora contra él—. ¡Ayuda a mi hermana antes de que sea tarde!

Allan no contestó. Se había quedado petrificado ante la imagen de Zarah, envuelta en esa flama azul, tan poderosa como brillante.

—Allan, mi hermana... —musitó Rebecca, señalando hacia el otro extremo de la habitación, donde se encontraba tirada Raquel, todavía inconsciente.

—Sácala de aquí, Rebecca. Patrick, ayúdala. Y ustedes también salgan de aquí —les ordenó a los otros con un gesto apresurado de la mano.

—No dejaré a mi hermana —replicó Aidan.

—Aidan, obedéceme enseguida —ordenó Allan—. Alessandra, Jaqueline, sáquenlo de aquí aunque sea a rastras.

—¡No! ¡No me alejaré de ella...!

—Aidan, te prometo que cuidaré de Zarah, pero no puedo hacerlo si tengo que estar cuidando de ti. Por favor, sal y déjame trabajar.

Aidan pareció calmarse al fin. Miró a su hermana fijamente antes de asentir con la cabeza y marcharse de allí por su propio pie. Alessandra y Jaqueline lo siguieron, abriéndole paso a Patrick que corría tras ellas llevando a Raquel a cuestas.

—Allan, me quedo contigo —le dijo Rebecca, deteniéndose a su lado.

—No, vete. Necesito estar a solas con ella.

—Allan, Zarah podría matarte. Es un Alma Azul, incluso tú estás en peligro a su lado.

—No repliques, Rebecca y vete —zanjó Allan.

Rebecca suspiró y se alejó por el mismo camino por el que habían salido los otros, justo antes de que un inmenso bloque de techo cayera

estrepitosamente, cubriendo la salida.

El lugar estaba completamente a oscuras, provocando que la llama de Zarah reluciera más en medio de la negrura que la rodeaba. Allan se aproximó a ella un par de pasos, tendiendo una mano en un intento de llegar a ella.

—Zarah, debes calmarte —le dijo con voz firme pero suave, avanzando otro paso hacia ella—. Estamos solos, todo está bien.

Zarah no se movió. En su rostro no se reflejaba ninguna emoción, como si su mente se encontrara muy lejos de allí.

—Zarah, escúchame. Soy yo, Allan.

—Allan... —repitió ella, su voz sonaba con un eco extraño, como si proviniera de un sitio muy lejano.

—Estoy aquí, contigo. Todo va a estar bien, puedes relajarte. No hay nadie aquí que pueda lastimarte.

Los ojos de Zarah se movieron por primera vez y se fijaron sobre el rostro de Allan.

—Allan... ¿Dónde estás, Allan? —gimió, adoptando una voz que no era la suya, una voz que provocó que la sangre de Allan se helara—. ¿Dónde estás? No puedo verte... ¡Allan!

—Aquí estoy, enfrente de ti...

El rostro de Zarah, compungido por el miedo, se fijó finalmente en el suyo. Sus ojos sondearon repetidamente cada parte de su cara, como si le costara trabajo reconocer en él a la persona que tenía enfrente.

—Allan... Allan ¿de veras eres tú? —preguntó ella, alzando una mano en su búsqueda.

Allan asintió, levantando una mano trémula para estrechar los dedos de la joven. La llama azul le quemó la piel, de no ser un Kinam se la habría

abrasado, pero no le importó. Nada le importaba ahora, se habría consumido completo en esas llamas sin poner peros; ese era el momento que había esperado por más de mil años.

—Sí, soy yo... Madeleine.

Allan apenas podía creer que realmente estaba sucediendo. Había escuchado esa teoría hacía tantos siglos atrás, que apenas su memoria recordaba ese momento...

Había ocurrido no mucho después de la muerte de Madeleine. Él había vivido al borde del abismo entre la vida y la muerte, buscando a propósito la muerte para reunirse nuevamente con su amor, al tiempo que pasaba cada día de su vida viajado por los confines del mundo, intentando en vano encontrar un modo de traerla de vuelta a la vida. Fue cuando llegó a esa remota isla en el Caribe, cercana a la tierra que varios años después sería llamada, México.

Y allí encontró aquello que había buscado por tanto tiempo: consuelo.

Se lo otorgó una mujer sumamente poderosa, una Antigua como nunca había conocido a otra antes. Una mujer perteneciente a los primeros descendientes de Hada, y que llevaba consigo guardados los conocimientos de la tierra misma, del universo entero.

Ella le otorgó a Allan el consuelo que no fue capaz de hallar en ningún otro lado. Su talento era sumamente poderoso, fue capaz de contactar con el espíritu de Madeleine y rectificar lo que ella le había jurado antes de morir: que volvería a él.

Y él debería esperarla. No podía morir, o ella regresaría en vano a la vida.

Fue el momento en el que Allan juró vivir, no por él, sino por ella.

La Antigua le indicó que mientras mantuviera la esperanza viva de

reencontrarse con su verdadero amor una vez más en la tierra, Allan y Madeleine se volverían a ver algún día. Pero le dejó también una advertencia:

«Ella volverá a ti, pero ya no será ella. Será su mismo espíritu, pero estará en un cuerpo distinto. Tú tendrás la capacidad de reconocerla en cuanto la veas, y tendrás que amarla tal como sea, porque habiendo vivido otra vida, tu amada ya no será ella misma, será ella, pero no ella. Será mucho más que ella misma...»

Allan no había comprendido sus palabras hasta el momento en el que conoció a Zarah. Fue entonces, mientras la iba conociendo, que entendió a lo que la Antigua se refería; Madeleine era Zarah, pero Zarah no era Madeleine. Zarah era una joven alegre y cariñosa, una joven con carácter y personalidad propios que se fue ganando su corazón poco a poco. Allan sabía que en su interior se encontraba la Madeleine que él había conocido y amado, solo que ahora era también otra joven, con una vida distinta y experiencias diferentes. Ahora era mucho más que la Madeleine que él había amado, era un conjunto de dos personas distintas y la misma a la vez, dos personas que eran una al fin y al cabo; la mujer que él amaba.

No obstante, no fue hasta ese mismo instante que comprendió hasta la última palabra de la Antigua:

«Has de saber, que el corazón de tu amada siempre latirá dentro de su nuevo cuerpo, aunque ella no recuerde su pasado, su corazón lo recordará por ella. Es de esa manera que ella también te reconocerá, aunque no te conozca.

El pasado del Alma se lleva guardado en el corazón, no en la mente. Solo si logras abrir una ventana directa a su corazón, el pasado de su existir se revelará, y la antigua Madeleine se asomará por él para saludarte. Si ese momento llega a suceder, aprovéchalo, hijo mío. No dudará mucho. Las brechas como ésta suelen ser escasas y breves, sumamente breves, y muy pocos son capaces de experimentar una».

Y ahora, delante de él, ante sus propios ojos, esa posibilidad casi inexistente estaba ocurriendo.

Madeleine, la verdadera Madeleine que él había amado, se encontraba delante de él...

Allan se aproximó a ella, el aura azul de Zarah le quemaba la piel, pero a él no le importaba, necesitaba abrazarla, tenerla cerca. Ella de alguna manera comprendió que le hacía daño, retrocedió un paso y agachó la cabeza y las manos, consumiendo el fuego que la rodeaba.

—¡No! —gritó Allan, alcanzándola por los hombros en un intento de detenerla—. ¡No lo hagas! Si dejas la energía en tu interior, morirás.

Zarah alzó la cabeza y lo miró a los ojos, sonriendo ligeramente. Era el rostro de Zarah, pero esa sonrisa Allan habría podido reconocerla en cualquier parte.

—Mady, por favor...

—Allan —musitó ella, con una voz profunda, espiritual—. Mi Allan... — Posó una mano sobre su rostro, en una dulce caricia—. Al fin estamos juntos una vez más.

Allan atrapó la mano con la que ella secaba una lágrima de su mejilla y la besó en la palma.

—Gracias... Gracias por volver a mí, mi amor.

—Te juré que regresaría, Allan —sonrió abiertamente, abrazándolo—. No podía fallarte. Sabía que tú me esperarías hasta el último de los días.

—Lo he hecho, y lo haría por siempre, Mady. Por siempre... —Allan la estrechó contra su cuerpo, y juntos se unieron un beso suave y profundo, un beso lleno de amor.

La luz de Zarah se apagó por completo y la joven se desvaneció en los

brazos de Allan.

—¡Mady! —gritó él, cargándola en brazos—. ¡Mady, ¿estás bien?! ¡Mady, contéstame!

Zarah abrió los ojos con lentitud, pero no logró ver nada en derredor. Todo el lugar estaba sumido en la más completa oscuridad.

Se escucharon pasos y gritos en ese mismo momento provenientes de la escalera, cubierta todavía por la roca. El suelo se movió y el inmenso bloque de lo que había sido hacía unos minutos el techo salió despedido lejos, dejando ante ellos la imagen de Alessandra, quien con su talento movía los trozos de tierra y piedras para despejar el camino.

Enseguida se le unieron otras personas, entre las que Zarah pudo distinguir a su abuelo y a su hermano Aidan, además de Patrick y Jacqueline.

—¿Estás bien? —le preguntó Patrick a Allan, corriendo a su lado.

—Estamos bien. Ya ha pasado todo —dijo Allan en voz alta, intentando calmar al grupo.

—Gracias a Dios —musitó Ahren, abriendo los brazos para sujetar a su nieta—. Vamos, Zyanya. Debes reposar, necesitas un buen descanso después de este sobresalto.

Aidan, sin decir palabra, tomó su mano y la estrechó con fuerza, caminando a su lado mientras subían por la escalera.

—Debo ir con ella —le dijo Allan a Patrick—. Pero antes dime, ¿cómo sigue Raquel?

Patrick le dedicó una mirada turbada, bastante más preocupada de lo que Allan hubiera esperado.

—Está bien. Tiene unos huesos rotos, pero se repondrá. Gracias al cielo Ahren mantiene siempre un Alma Amarilla de cabecera para casos de

emergencia que pudo tratarla a tiempo...

Allan asintió, sabiendo a qué se refería su amigo. Posiblemente, de no haber tenido la ayuda del Alma Amarilla, Raquel habría muerto.

Tal era el poder de un Alma Azul que podía matar sin siquiera proponérselo...

—Allan, Zarah es peligrosa —le dijo Patrick en voz baja—. Si la noticia de lo sucedido se extiende, no habrá nada que salve a Zarah. La explosión se ha escuchado por los alrededores, la gente hará preguntas, y la farsa de que la princesa es un Alma Calipso ya no convencerá a nadie. Si el consejo de entera... El Círculo de la Estrella la alejará de aquí.

—No lo permitiré.

—¿Y qué podrías hacer tú para evitarlo? —le preguntó Patrick, bajando más la voz cuando Alessandra y Jacqueline se aproximaban a ellos.

—No lo sé, pero tendré que pensar en algo —le dijo terminantemente, dirigiéndose a las escaleras y dejando a Patrick solo con las dos chicas.

Allan se apuró en llegar hasta los aposentos de Zarah. La encontró recostada en su cama, con su abuelo y su hermano todavía acompañándola.

Debió esperar a lo que le pareció una eternidad para que ellos se marcharan y poder entrar para hablar a solas con ella, y cuando lo hizo la encontró dormida, de espaldas a la ventana.

—No te marches —escuchó que ella le decía justo cuando se daba la media vuelta para irse.

Se giró sobre los tobillos, sinceramente sorprendido de que ella hubiera notado su presencia. Zarah se sentó en la cama y le dedicó una mirada seria, totalmente fría. Era claro que lo había estado esperando.

—Al menos no todavía —continuó diciéndole, al tiempo que se levantaba

de la cama—. Quiero hablar contigo.

Allan asintió y se aproximó a ella, presintiendo que esa conversación no iría muy bien para él.

—Quiero saber qué fue lo que sucedió.

—No hay mucho que explicar, de alguna manera tu poder emergió de ti cuando tuviste un momento de necesidad —Allan se relajó y le dedicó una mirada cariñosa, en un intento de tranquilizarla—. Eres un Alma Azul, encierras mucho poder. Por un momento temí que estuvieras una vez más en peligro de sobrecargarte de energía, pero de alguna manera supiste controlarla muy bien...

—No me interesa qué pasó con el Alma Azul, Allan —lo cortó tajantemente, acercándose hasta quedar a un par de pasos enfrente de él—. Quiero saber por qué me has llamado Mady.

Allan palideció, había supuesto que ella no recordaría ese lapsus, pero por la mirada airada que le dirigía, comprendió que recordaba mucho más de lo que él esperaba.

—¿Por qué no me contestas, Allan? —lo retó, acercándose otro paso más, furiosa—. ¿Por qué no eres sincero conmigo por una vez en tu vida y me dices la verdad?

—Zarah... No puedo.

—Ah, ¿es que ahora sí recuerdas mi nombre? —bufó ella, irónica—. ¿En verdad no puedes o no quieres decirme? En ese caso tal vez debería hacerte las preguntas directamente, Allan, y quiero que me contestes con la verdad. ¿Quién es Madeleine?

Allan la miró a los ojos, pero no parecía dispuesto a abrir la boca.

—Allan, habla de una vez o te juro que lo nuestro se termina esta misma noche —amenazó Zarah, intentando mantenerse firme a pesar de que las

lágrimas agolpaban sus ojos—. ¿Es ella tu esposa? ¿Raquel decía la verdad, y estás casado con su prima?

—Zarah, no es lo que tú piensas...

—¿Qué es lo que debería pensar, Allan? Me juras que me amas, que soy la única mujer a la que has amado, y ahora resulta que no solo amas a otra, sino que estás casado.

—Madeleine murió, Zarah.

Zarah se quedó muda.

—Ella murió hace muchos años atrás...

—Lo siento —logró musitar, las palabras no lograban salir con fluidez de sus labios.

—Es mejor que me vaya...

—¿Aún la amas?

—¿Qué...?

—¿Aún la amas? —repitió la pregunta, sin despegar los ojos de su rostro—. Raquel dijo que era a ella a la única mujer que has amado, la única mujer que amarías...

—Tengo mil años, Zarah. Tengo un pasado, como todos.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Es verdad, Zarah —contestó él tras una larga pausa—. Amé a Madeleine, y siempre la amaré. Ella formará parte de mí toda mi vida.

Zarah asintió lentamente con la cabeza, incapaz de seguir mirándolo a los ojos.

—¿Y por qué... por qué me has dicho que me amabas, si no era verdad?

—Es la verdad, Zarah. Te amo.

—¡No es cierto! —exclamó, soltándose a llorar sin poder evitarlo—. Si me amaras no me llamarías como a otra mujer, no tendrías el nombre de tu esposa muerta en tu mente cuando me ves a mí...

—Zarah, esto va más allá de lo que puedo explicarte... No lo entenderías.

—No, ya lo entiendo muy bien. Para ti soy solo una niña incapaz de comprender nada, de sentir nada. Me dijiste que guardara el secreto de nuestra relación para mantenernos a salvo, pero la verdad es que solo querías jugar conmigo, ¿no es así?

—¡No, Zarah...!

—No soy tonta, Allan. Sé de los hombres como tú, Javier me lo advirtió muchas veces, hombres que solo buscan mujeres con quienes pasar un rato, con quienes buscar consuelo y desahogar sus penas, y luego las dejan para continuar con sus vidas. ¿Fue eso lo que le hiciste a Raquel? ¿Por eso está ella tan encaprichada contigo y me odia tanto?

—Zarah, estás armando una película en tu cabeza, y nada de lo que piensas es cierto. Te estás amargando por nada.

—Puede ser, pero por primera vez dudo estar lejos de conocer la verdad. Tú me has llamado dos veces este día por el nombre de otra mujer, y eso aquí y en China no es algo bueno, Allan —Se pasó una mano por la mejilla, secándose las lágrimas—. Lo mejor será que terminemos de una vez, y cada quién siga su camino por su lado.

—Zarah, por favor no hagas esto...

—¿Que no haga qué cosa, Allan? —espetó irónicamente, desviando la vista, incapaz de seguir mirándolo a los ojos—. La verdad es que no sientes nada por mí, o de lo contrario no habrías actuado como lo hiciste, siempre a hurtadillas, siempre escondiéndote, llamándome por el nombre de otra mujer... No sé qué pretendías, pero no te permitiré que juegues conmigo. Quiero que te vayas y no vuelvas a entrar aquí, o llamaré a mi abuelo y le

pediré que te eche de la isla.

Allan la miró a los ojos, brillantes por la emoción.

—Si es lo que deseas.

—Sí.

—Así será —Allan inclinó respetuosamente la cabeza—. Buenas noches, princesa —se despidió antes de alejarse por la misma puerta por la que había entrado.

Zarah lo observó partir rígida como una tabla, y cuando finalmente se encontró a solas se derrumbó sobre la cama y se soltó a llorar como pocas veces en su vida lo había hecho.

Allan caminaba lentamente en dirección a la casa de Raquel. Sentía una pesadez en el pecho similar a traer una roca en su interior impidiéndole hacer cualquier cosa; no podía respirar, no podía caminar, no podía vivir...

Zarah había terminado con él.

Sabía que era un idiota, nunca debió llamarla por su nombre anterior, pero no se podía cambiar el pasado. Lo había hecho, y ya nada se podía hacer para remediarlo. Solo existía una salida: revelarle la verdad. Y no lo haría.

Hacerlo constituiría un peligro para ella. Su mente estaba cerrada, bloqueada por algún encantamiento que Elizabeth le había realizado en su niñez. De revelarle la verdad, no solo la alteraría, podría hacerla recordar su pasado y destapar una caja de Pandora con terrores desconocidos con los que no quería toparse, al menos por ahora. Si ella llegaba a sobrecargarse de energía una vez más, podría morir. Y no iba a perderla otra vez...

Antes prefería vivir sin ella.

—Allan, me alegra verte aquí —escuchó la voz de Flérida. Allan levantó la vista, había llegado al hogar de Raquel tan perdido en sus pensamientos que no se había dado cuenta—. ¿Has venido a ver a mi hija? —le preguntó con una sonrisa en los labios, saliendo a la calle para recibirlo.

Allan suspiró, tragándose el dolor que se sentía como un nudo en la garganta y asintió con la cabeza.

—Quería ver cómo seguía, solo tengo un par de minutos, debo regresar a

mi puesto.

—Por supuesto, tú siempre tan cumplidor, Allan —sonrió Flérída, palmeando cariñosamente su brazo—. Es lo que siempre le digo a tu madre, tu hijo es el mejor capitán que podría tener el rey Ahren.

Allan sonrió, aunque no sinceramente.

—¿Puedo ver a Raquel?

—Por supuesto, ha estado preguntando por ti toda la tarde, segura de que vendrías a verla —Se hizo a un lado para permitirle pasar.

—Después de ti, Flérída.

—Gracias, hijo, pero yo me dirijo al palacio. Ahora mismo iba a pasar a buscar a tu madre para que me acompañara, el rey nos ha mandado llamar urgentemente.

—En ese caso, debería acompañarte...

—¡No! —Flérída prácticamente lo empujó hacia la puerta—. Si lo haces, mi hija me aniquilará después. Te ha estado esperando toda la tarde, te lo dije. No la decepciones, y mucho menos por mi culpa. Además, el rey ha solicitado mi presencia y la de tu madre, no la tuya. Seguramente debe necesitar atender algún asunto urgente con motivo de una fiesta, y no se decide si usar manteles rojos o de color vino.

Allan rio por la broma, a pesar de que no sentía deseos de hacerlo. Flérída siempre había sido muy buena con él, y no quería mostrarse grosero o cortante con ella.

—Anda, hijo, entra de una vez a la casa y no te preocupes por nada. Luego podrás ponerte al tanto del color de los manteles que tu madre y yo elijamos —se despidió, corriendo al lateral de la casa donde se encontraba estacionado su vehículo.

La sonrisa de Allan se borró al instante, aunque al darse la media vuelta volvió a nacer de manera inconsciente al encontrarse a Amy de pie en el umbral, esperando por él.

—¿Te sientes triste, Allan? —le preguntó la pequeña niña, tendiéndole los brazos para que la cargara.

—Un poquito, Amy —admitió, no valía la pena mentir con ella. Amy era la niña más intuitiva que conocía.

—Ven conmigo, te llevaré hasta la habitación donde se encuentra mi hermana —Saltó al suelo y lo tomó de una mano para llevarlo con ella.

Allan se dejó guiar por la pequeña niña, a pesar de que sabía perfectamente dónde se encontraba la habitación de Raquel. Había estado en esa casa cientos de veces, no en vano Raquel era su mejor amiga. Desde que su madre había enviudado por segunda vez, del padre de Amy, Raquel y Rebecca habían decidido mudarse nuevamente con ella para ayudarla a salir adelante, tras la terrible depresión que sufrió Flérida. Ahora, tres años después del incidente, se encontraba mucho mejor, pero tanto Raquel como Rebecca continuaban viviendo con ella salvo, claro, el tiempo que no pasaban en tierra para cumplir sus misiones.

Allan entró en la habitación de Raquel sin necesidad de tocar la puerta, pues la encontró abierta y a su amiga tendida sobre la cama, discutiendo con su hermana.

—Te digo que no necesito más almohadas.

—Te sentirás mejor si mantienes la pierna en alto.

—El hueso ya está soldado, no necesito nada.

—Debes descansar, escuchaste al médico. Y aunque esté curado, el hueso de tu pierna necesita reposo, y debes mantenerlo en una posición cómoda hasta que...

—¡Allan está aquí! —anunció Amy a voz en grito, interrumpiendo los gritos.

Raquel se giró hacia la puerta, dedicándole a Allan una sonrisa de oreja a oreja. La ligera marca de un moretón todavía alcanzaba a apreciarse en su ojo izquierdo. Apenas una magulladura nada comparable con el daño real que había sufrido...

Raquel lo observó escrutadoramente, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Estuviste llorando? —le preguntó a Allan, cuando él iba entrando en la habitación después de que Rebecca y Amy salieran apresuradamente, cerrando la puerta tras ellas.

—¡No!

Raquel sonrió, le encantaba hacer enojar a Allan, y lo conocía lo suficientemente bien como para saber que cuando contestaba de manera tan apurada como en ese momento, era porque quería ocultarle algo.

—No me puedes mentir a mí, ¿estuviste llorando? —sonrió ligeramente—. ¿Te has preocupado en exceso por mi salud o se debe a tu muñequita de diez años?

—No le llames así.

—Así que es por ella —adivinó, riendo burlonamente—. Déjame adivinar, está llorando porque le quitaron el chupete, ¿o quiere el biberón?

—Ya Raquel, no estoy de humor.

Raquel dejó de sonreír, entendiendo que algo grave sucedía.

—¿Qué pasó? ¿Volvió a sobrecargarse de energía? —pregunto con voz grave, totalmente diferente.

—No. Ella está bien.

—¿Entonces qué es?

Allan frunció el ceño, pero no contestó.

—¿Cómo te sientes? —cambió de tema. Raquel suspiró, sabiendo que no le sacaría nada más de continuar por ese mismo camino.

—Bien, considerando que tu adorada casi me mata —le dijo en tono sarcástico, haciendo un gesto con la mano para que él se acercara y tomara asiento a su lado—. ¿Cómo está ella?

—Bien, considerando que por poco te mata y a todo el equipo, que derrumbó el lugar casi por completo y terminó conmigo.

—¿Que ella hizo qué...? —Raquel no pudo evitar que una sonrisa surgiera en sus labios.

—¿Te importaría disimular un poco? —bufó Allan, pasándose los brazos tras la cabeza y dejándose caer en la cama, a su lado—. Me siento fatal.

—Me imagino. Esperas mil años por volver a ver al amor de tu vida, y ella te da cortón al primer obstáculo.

—La llamé por el nombre de «otra mujer». Entiendo perfectamente que esté molesta.

—Una cosa es estar molesta, otra muy distinta que termine contigo.

—Ya se le pasará... —Allan se sentó, llevándose las manos al rostro en un gesto cansado—. Así es Mady, se enoja un par de días y luego lo olvida todo. Siempre me perdonó todo cuanto le hice.

—Solo que ella no es Mady, es Zarah. O mejor dicho, Zyanya, la princesa prohibida, ¿recuerdas? —Raquel también se enderezó y se sentó a su lado para mirarlo a la cara mientras hablaban—. He estado investigando un poco sobre ella, Allan. Al parecer, tu adorada y santa Zarah, solía ser una pequeña indomable, ególatra, caprichosa y consentida princesita, «la terrible Zyanya» la apodaban. Me han dicho que solía ser sumamente mezquina y pesada, muy poderosa desde pequeña, eso sí, solo que su poder lo usaba para cumplir sus

caprichos y someter a sus contrincantes. Nadie amaba más los enfrentamientos que ella.

—Se dicen muchas cosas de la gente, Raquel. No sé ni por qué te sorprende.

—No me sorprende... En realidad sí, un poco, considerando que antes de atacarme, prácticamente salió huyendo como un perro acobardado con el rabo entre las piernas. Pero cuando hizo emerger el Alma Azul, fue distinta, muy distinta, y no dudó en atacarme y a todos los demás. Y sabes muy bien lo que eso significa; ella es mala, Allan.

—No puedes decir eso solo por una vez que...

—Te estás queriendo cegar, Allan, y no ves lo que tienes enfrente. La Madeleine que conocimos no es la misma mujer que conoces ahora, ni siquiera es la misma Zarah. ¿Qué hay si su propia madre descubrió su verdadera naturaleza maligna, y por ello encerró su mente, con el fin de evitar que se desarrollara su verdadero carácter?

—No puede ser...

—Puede ser, y lo sabes. Elizabeth era famosa por su inteligencia, seguramente debió ver qué Alma sería su hijita, debió ver su corazón turbio, listo para convertirse en malo. Su hija sería un Alma Negra, y el Consejo jamás permitiría que ella se desarrollara. Nada impediría que la mataran, ni siquiera que Zyanya fuera una princesa.

Allan la miró a los ojos y Raquel no necesitó más. Llevaban demasiados años compartiendo juntos como para no reconocer esa mirada.

—Lo sabías, ¿no es así? —adivinó ella, dedicándole una mirada mezcla de enojo y compasión.

—Lo sospechaba —admitió Allan—. Desde que me enteré de que fue Elizabeth la que bloqueó su mente, me he puesto a meditar sobre el motivo...

—Y por eso me lo contaste, para ver si yo por mí misma llegaba a la misma conclusión.

Allan asintió, y la observó a los ojos.

—Siempre has tenido un talento sorprendente para sacar conclusiones, Raquel —intentó sonreír, a pesar de que el dolor y la preocupación eran claros en su rostro.

—Allan, si Zarah, si la princesa Zyanya, —se corrigió—, es mala, será condenada por el Consejo. El Círculo de la Estrella jamás permitirá que un Alma Azul con el corazón turbio se desarrolle. Ni siquiera le darán la oportunidad de entrenarse en el ambiente que ellos han concebido para las Almas Azules, es muy mayor, la darán por un caso perdido.

—No, Raquel, tú misma lo has dicho, no es Zarah la mala, es Zyanya. Zarah es buena, tú la conociste, tenía el corazón noble.

—Sí, pero a medida que vaya recordando su verdadero ser, recuperará su verdadero carácter. Tú la viste hoy, fue solo una muestra de su verdadero carácter.

—Solo hasta que la verdadera Madeleine surgió. Entonces ella fue capaz de controlar su propio poder, y no me hizo ningún daño, por el contrario...

—¿Madeleine? —Raquel arqueó las cejas—. ¿Estás diciendo que hablaste con Madeleine?

—Sí... Te lo contaré luego —Allan la tomó por los hombros, poniendo énfasis en sus palabras—. Mady sigue viva en ella, Raquel. Zarah es Mady, y Zyanya es Mady. La verdadera naturaleza de Zarah es buena, no importa cómo haya sido en su vida como princesa, su verdadero ser es bueno. Sabemos que se nace con un carácter, pero la personalidad se desarrolla. Algo debió enturbiar en el pasado el corazón de Zyanya para que se volviera mala, pero su corazón siguió siendo puro, o de lo contrario Zarah también habría sido mala, y ella es buena, es muy buena. El carácter de Zarah siempre ha sido

bueno. Tenemos que fiarnos de eso para librarla de la condena.

—Más te vale, porque si sigue así y el Consejo se entera, tu adorada estará más condenada que tú si el rey se llega a enterar de que has tenido algo que ver con su nieta —suspiró Raquel, volviéndose a dejar caer sobre la cama—. ¿Y cómo vas a hacer para recuperarla? Porque supongo que vas a intentar recuperarla, ¿no es así?

—Claro. Aunque me sorprende que lo digas de esa forma, esperaba que te opusieras un poco.

—Allan, has esperado a esa mujer por más de mil años, no soy tonta como para pensar que a la primera vas a olvidarla y venir corriendo a mis brazos. Además, te conozco, y sé que mientras ella esté en peligro, no te separarás de su lado. Mucho menos ahora que corre el peligro de convertirse en un Alma Negra. Ni aunque ella intente matarte en el intento —Arrugó la nariz en una mueca de enojo—. Ahora, si vas a llorar, hazlo de una vez. No quiero verte lloriqueando por cualquier rincón. Arruinaría tu imagen.

—¡Te dije que no estuve llorando! —bramó Allan, poniéndose de pie listo para marcharse.

Raquel soltó una carcajada, y él también rio, a pesar de que la tristeza era aún tangible en su rostro.

—Vete ya con ella —le ordenó Raquel, volviendo a recostarse sobre las almohadas—. Sé que te mueres de ganas por estar cerca de ella, aunque no lo merezca.

—¿Estarás bien? —le preguntó Allan, mirándola preocupado.

—Hace falta mucho más que un berrinche de tu princesita para terminar conmigo. Hierba mala nunca muere, ¿no es así?

Una sonrisa de complicidad se cruzó en el rostro de ambos.

—Nos vemos luego, Raquel.

—Más te vale —contestó ella, dándose la vuelta para darle la espalda.

Allan abandonó la habitación sintiéndose más tranquilo, sabiéndola a salvo. En el momento en el que escuchó que la puerta se cerraba, fue cuando finalmente pudo dejar de sonreír y demostrar lo que su corazón realmente sentía. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, sin consuelo. Al tiempo que el enojo y la envidia que esa mujer le provocaba se acrecentaban.

Zarah despertó esa mañana sintiéndose sumamente cansada. No había pegado ojo en toda la noche, pero sabía que esa no era la razón de su cansancio.

Sentía vacío el corazón sin Allan...

Habría deseado quedarse en la cama ese día, el resto de la semana, si no el año completo, o bien toda la vida. Ahora que había terminado con Allan, ya nada parecía tener sentido, el mundo era un lugar vacío, sin luz, sin felicidad, sin vida...

Pero debía continuar viviendo, lo sabía. Y Noelia llegó temprano esa mañana, como todas las mañanas, a recordárselo. La ayudó a prepararse, igual que siempre. Alessandra también se presentó, aunque esta vez se encontraba un tanto más reservada. Zarah no se sintió animada en absoluto, por el contrario, verlas fue un mal recordatorio de los eventos sucedidos el día anterior, y lo mal que se sentía a raíz de eso...

—Antes de ir a desayunar, tu abuelo desea hablar contigo, querida —le informó Noelia amablemente antes de salir de la habitación, una vez terminado su trabajo.

Zarah suspiró, su abuelo le había advertido la noche anterior que tendrían que hablar de lo sucedido en la cámara. Y por lo acontecido, sabía que se afrontaba a un largo día...

Al bajar al Gran Salón, donde le dijeron estaría esperándola su abuelo, se

encontró de frente con Allan. No pudo evitar que el corazón le diera un vuelco, a pesar de todos sus intentos por disimular el sobresalto. Él la miró fijamente, y ella desvió la mirada. Sabía que si lo veía a los ojos, no habría nada, ni siquiera la presencia de su abuelo, delante de ella, que pudiera evitar que se soltara a llorar como una niña pequeña.

—Zyanya, me alegra que estés aquí —le dijo su abuelo, tendiendo una mano para pedirle que se acercara a él—. Esta mañana tenemos un invitado especial, y quiero que lo atiendas personalmente.

—¿Invitado? —La puerta lateral del salón se abrió en ese momento, y por ella entró Aidan, acompañado por el príncipe Valdemar.

Zarah se tensó al verlo, advirtiéndole que su presencia allí no podía augurar nada bueno. De haberse girado a ver a Allan, habría advertido que su tensión no era ni la mitad de la que demostró él, dedicándole al joven una mirada asesina mientras se aproximaba campante a la princesa.

—Es una alegría enorme volver a verte, Zyanya —la saludó Valdemar, besándole la mano prolongadamente—. Contaba los días para la llegada de este día.

—¿Disculpa...?

—Valdemar se ha ofrecido amablemente a participar activamente en tu entrenamiento, hija mía —le contó su abuelo—. Y dadas las presentes circunstancias, creo que su llegada nos viene a caer como regalo del cielo.

—Pensé que solo los elegidos de Allan podían participar en mi entrenamiento —contestó Zarah, demasiado alterada para notar que se estaba portando un tanto grosera con el recién llegado.

—Se lo dije, ella no estaría de acuerdo —escuchó una voz que bien pudo retorcerle las entrañas.

—Zack... —musitó Zarah, apretando con fuerza los dientes.

—Debido al inconveniente de ayer, no podremos usar el salón de entrenamiento familiar por un tiempo. Tendrás que acudir a la base de Tierra de Libertad, como los demás ciudadanos de nuestro pueblo, y por lo tanto, necesitarás mayor protección, querida mía —le explicó su abuelo—. Zack ha reunido un nuevo grupo dispuesto a resguardarte día y noche.

—¿Zack? —repitió Zarah, dedicándole al joven una mirada furiosa—. ¿Y qué hay de Allan?

—El capitán Cortaza ha sido relevado de su puesto desde este mismo momento.

—¡No! —Zarah se giró hacia Allan, sin detenerse a pensar que al hacerlo quedaría nuevamente vulnerable a su mirada, a esos grandes ojos negros que tanto amaba...

Y no pudo evitar que las lágrimas llenaran sus ojos.

Él la observó también. El dolor era claro en cada parte de su ser, y ella sabía que no era a causa de la decisión de su abuelo...

Y se sintió miserable por ello.

—No puedes hacer esto, abuelo —rugió Zarah, girándose nuevamente para encararlo—. Allan ha sido mi guardián desde antes de que él supiera quién era yo en realidad. Él me salvó la vida, y él merece seguir en su puesto. Lo de anoche fue mi error, no lo culpes a él por algo que yo hice.

—Es muy considerado de tu parte defender su causa, hija mía. Un acto digno de una princesa —la felicitó el rey—, pero la decisión está tomada. El capitán será asignado a una nueva misión, y tú quedarás al cuidado de Zack.

—¡Él me venderá al primer Kinam que se le pase por enfrente! —bramó Zarah, encendiéndose al máximo.

El rostro de Zack se enrojeció por la furia, animado por la contenida risa de Aidan, quien no disimulaba la burla en su rostro.

—Zack es miembro honorífico del Círculo de la Estrella. Te recuerdo que fue él quien salvó a Aidan, tu hermano, el día en el que tu madre murió y te creímos a ti perdida. Confío plenamente en él, y él será quien te cuide —puntualizó Ahren.

—Disculpa si hablo sin derecho a la palabra, pero no puedo quedarme sin decir que yo también objeto tu decisión, abuelo —intervino Aidan, dirigiéndose al rey con sumo respeto. Zarah tragó saliva, ella no le había hablado ni con la mitad de sensatez de la que hacía gala su hermano, y eso que ella era la mayor. Sin duda se ganaría una buena reprimenda más tarde, pero ni el más grande castigo le haría sentir más mal de lo que ya se sentía. No era en ninguna forma una buena princesa.

—¿Por qué dices eso, Aidan? —preguntó su abuelo, concediéndole así la palabra a su nieto.

—No fue Zack quien me salvó, sino Tanek. Él solo llegó más tarde y se adjudicó la gloria.

Los ojos de Zack refulgían por la furia.

—¡Eso no es cierto! —bramó—. ¿Además, cómo puedes saberlo? Solo eras un niño pequeño, abandonado y confundido.

—Lo sé, eso es todo —contestó Aidan, retándolo con la mirada—. Como sé que dejar a mi hermana al cuidado de este imbécil, hará que la maten. No puedes hacerlo, abuelo. Con todo respeto te lo suplico, cambia tu decisión y deja a Allan a su cuidado. Es como Tanek lo quería.

—Tanek no tiene vela en este entierro, ni tú tampoco, Aidan —gruñó Zack.

Zarah le dedicó una mirada airada, sabía, por los temblores de su cuerpo, que hacía todo lo posible por mantener su furia a raya para no terminar saltando sobre su hermano para hacerle pagar su ofensa.

Todo lo contrario a Allan, quien observaba en silencio la escena,

aparentemente impasible, pero Zarah lo conocía demasiado bien como para saber que dentro de su cabeza mil pensamientos pasaban en ese mismo momento, seguramente urdiendo una trama con la que salir de esa...

—¡Suficiente! —la voz del rey se hizo oír por sobre la de los demás.

Zack calló al instante, adoptando un gesto de falsa sumisión que hizo enojar a Zarah más que antes.

—Las palabras de Aidan muestran bastante razón —anunció el rey, tras un breve lapso de tiempo.

Sus ojos se posaron sobre Allan.

Sabía que Aidan tenía razón, Tanek había dejado a Allan al cuidado de sus hijos. «Solo él», le había dicho, «*solo confío en él*».

Pero había sido al cuidado de Allan que el accidente de anoche había ocurrido. De haber resultado alguien herido, Aidan, o la propia Zyanya... Nunca se lo habría perdonado. No, no podía volver a dejar a sus niños, a sus más grandes tesoros, su única familia, a su resguardo. No si podía existir cualquier riesgo...

—Me temo que tendré que cambiar mi decisión —anunció, dejando a todos expectantes—. Zyanya, te quedarás en casa hasta que el salón esté reparado, y entonces seré yo quien te entrene.

Zarah frunció el ceño, dispuesta a replicar, pero su hermano se le adelantó. Aunque fue otro el tema que parecía preocuparle a él...

—¿Por qué no esperar a que regrese Tanek para que él mismo lo haga, abuelo? —preguntó Aidan, dirigiéndole a su abuelo una mirada escrutadora—. Ambos sabemos que era su deseo hacerlo.

La voz desapareció de la garganta del rey, al tiempo que su piel adquiría un blanco sepulcral. Sin embargo, su palidez no fue nada con la que adquirió Aidan, adivinando la noticia que hasta entonces se le había ocultado...

—Estoy seguro de que el rey pretende eso mismo, Aidan —intervino Allan—, esta es solo una decisión temporal, debemos darle prioridad al entrenamiento de la princesa por su seguridad. En cuanto Tanek regrese, él tomará el mando del curso del entrenamiento, como había sido previsto.

Los ojos de Aidan se habían llenado de lágrimas, pero asintió, dedicándole a Allan una mirada de agradecimiento.

Zarah se sintió turbada, ¿por qué Aidan estaba llorando? Seguramente algo pasaba, y nadie se lo decía... ¿Estaría Tanek en problemas? Antes los había observado juntos, Tanek y su hermano parecían estar muy unidos, seguramente si algo llegase a ocurrirle al guerrero, su hermano se sentiría muy perturbado...

—Si me permite intervenir, alteza —dijo Valdemar, quien se había quedado aparte para no entrometerse en la discusión—, me gustaría ofrecerme como guarda personal para la princesa, y escoltarla a la base. Ya que estoy aquí de visita, y mi intención era visitar precisamente a la princesa, encuentro un modo de darle una utilidad a mi presencia aquí.

Ahren sonrió tanto como el ceño de Allan se frunció.

—Me parece una idea excelente, Valdemar —convino el rey—. Lo último que queremos es que Zyanya se atrase en su entrenamiento.

Zarah le dedicó una mirada adusta a su abuelo. Algo le decía que el entrenamiento no era precisamente lo que lo conducía a tomar esa decisión.

—Sea pues esta nuestra decisión —concluyó Ahren—. Valdemar, tú acompañarás a mi nieta. Aidan, ve con ellos, hijo. Protege a tu hermana.

—Sí, abuelo —contestó secamente el joven, y esta vez Zarah estuvo segura que la sequedad de su voz nada tenía que ver con ella.

—Y Allan... —La mirada de todos se fijó sobre el hombre, que había permanecido observando en silencio a Valdemar, tan fijamente que este

comenzó a sentirse incómodo—, trae a tu equipo. Ellos estarán al mando de Valdemar el día de hoy.

Los ojos de Allan centelleaban, pero no hizo ningún gesto que dejara al descubierto su enojo.

—Como usted ordene, Alteza —contestó gravemente. Hizo una venia con la cabeza y abandonó el salón.

Zarah lo observó en silencio, amargada por la mala fortuna que parecía cernirse sobre ellos, cubriendo los días de felicidad igual que una tormenta cubre el sol, dejando atrás los maravillosos días de verano para traer consigo el frío del invierno...

Zarah se sintió aliviada cuando finalmente pudo quedarse a solas con Aidan.

Estaba muy poco animada desde su ruptura con Allan, y ahora, sin él ni siquiera para los entrenamientos, francamente sentía como si el mundo se hubiera desmoronado a su alrededor, sin que ella pudiera evitarlo...

—No te sientas mal, es habitual para un capitán como él cambiar de puesto. Se adaptará, siempre lo hace —le dijo Aidan, intentando consolarla mientras él comenzaba a sacar varios ingredientes de las alacenas del laboratorio que habían dejado para el uso de ellos dos.

Zarah suspiró, pendiente de Valdemar de pie junto a la puerta, acompañado por Patrick, quien no disimulaba en absoluto la poca simpatía que sentía por el príncipe.

—Además, dudo mucho que se aleje de ti. Tanek le hizo prometer que te cuidaría, y entre los Kinam las promesas son sagradas. Cosa de vida o muerte, o algo así —Se encogió de hombros—. Allan no romperá su promesa, te protegerá con su vida, aunque para hacerlo tenga que desobedecer a nuestro abuelo.

—Creía que no te agradaba Allan —comentó ella, tomando un frasco que su hermano le tendía.

—No importa si me agrada o no, es amigo de Tanek, y por eso lo respeto.

—Tanek y tú están muy unidos, ¿no es así? ¿Son grandes amigos, o él es tu

maestro...?

El rostro de Aidan se ensombreció, sin decir palabra se giró hacia el caldero y pronunció unas palabras. Enseguida el fuego comenzó a arder bajo la olla negra.

—Comienza a picar las hojas —le pidió en un tono de voz muy distinto—. Deben chamuscarse directamente en la llama antes de utilizarlas.

—Aidan, si dije algo inadecuado...

Aidan se giró, su rostro era una máscara infranqueable. Zarah temió que el acercamiento que habían tenido se rompiera a causa de su curiosidad.

—No dijiste nada malo. Tanek es mi amigo, también mi maestro, pero más que nada, es... es como si fuera mi padre —Aidan agachó la vista, pero eso no evitó que Zarah notara sus ojos humedecidos—. Estoy preocupado por él, es todo. Sin él me sentiré muy solo.

Zarah posó una mano sobre su hombro, dedicándole una sonrisa cariñosa.

—No estás solo, tienes al abuelo, y ahora me tienes a mí también.

Aidan asintió con la cabeza, sin verla.

—Sí, te tengo, ¿pero por cuánto tiempo...? Te escuché hablando con tus hermanas, te irás en cuanto estés a salvo, y yo volveré a quedarme solo.

—No te quedarás solo, Aidan. Siempre seré tu hermana, y bien aquí o en mi otra casa, podemos estar juntos... ¿No te gustaría ir a visitarme a mi hogar?

Aidan frunció el ceño.

—¿Ir al mundo Homo?

—¿Por qué no? Es agradable, allí he vivido toda mi vida.

—No lo creo... Además, tú tendrás que quedarte aquí hasta que estés a salvo —cambió de tema tajantemente—. Debes aprender a defenderte.

Zarah suspiró, comenzando a picar las hojas.

—Pues espero resultar ser mejor en pociones que lo que fui con la espada. En ese campo soy un completo fracaso.

—No lo eres. De pequeña eras una excelente guerrera, solo tenías cinco años y le rompiste el orgullo a varios guerreros que te doblaban o triplicaban la edad. El abuelo estaba orgulloso de ti, y yo también... aunque debo admitir que eras una espina en el trasero en ese tiempo.

Zarah soltó una carcajada, y Aidan también rio, comenzando a verter los primeros ingredientes en el caldero.

—Te agradezco que quieras animarme, pero no te creo una palabra. Por excepción de la espina en el trasero, dudo mucho que lo otro haya sido real. Soy la persona menos hábil que puede haber pisado este planeta.

—No debes tener tan poca fe en ti misma. Eres una Alma Azul, tienes más poder del que cualquier Capadocia podría desear... incluido yo —Le dio un codazo cariñoso, que a Zarah le sacó una sonrisa—. Deberías intentarlo de nuevo. De niña solías ser muy buena con la espada, lo recuerdo bien.

Zarah notó cierta amargura en esa última frase, pero prefirió no preguntar. No quería volver a perturbar a su hermano.

—No puedo creerlo, siempre he sido así de torpe, pésima para los deportes y cualquier cosa que requiera habilidad física. Papá debió comprarme un automóvil automático, porque jamás aprendí a utilizar los pedales y la caja de cambios.

—¿Caja de cambios? —Aidan le dedicó una mirada confusa.

—Es la parte del automóvil que cambia las velocidades... Olvídalo, no tiene importancia —Se encogió de hombros, entregándole las hojas que acababa de terminar de picar—. Lo que intento decir, es que siempre he sido muy torpe, y eso no te ayuda a tener mucha confianza, ¿sabes...? —admitió

con cierto embarazo—. De pequeña, solían compararme con Maricarmen, siempre fue mucho más hábil e inteligente que yo, a pesar de ser un año menor. Y eso me hacía sentir mucho peor, con menos confianza.

—¿Lo dices en serio? —Aidan parecía no salir de su asombro, y manteniendo todavía las hojas al fuego, debió ser Zarah quien le removiera la mano antes de que el pobre chico se encendiera en llamas, alcanzado por el fuego.

—Sí, por supuesto. Papá es el que siempre se preocupó más por tratar de convencerme de que debía confiar en mí misma, y mis habilidades físicas. Recuerdo que de pequeña, se ponía a ver los programas infantiles conmigo y contestaba mal todas las preguntas que el protagonista hacía a los niños, con tal de que yo me sintiera inteligente contestando correctamente —Zarah soltó una risita, rememorando esos momentos.

—Él no es tu padre, Zyanya —Aidan se había puesto muy serio—. Ninguno de ellos es realmente tu familia. Lo somos nosotros, el abuelo, yo y... Nosotros. Nosotros somos tu familia.

—Todos lo son, Aidan. Ellos, tú y el abuelo, nuestros padres, donde sea que se encuentren, todos son mi familia —Posó una mano sobre su hombro—. No por querer a unos voy a dejar de querer a otros.

—Pero lo hiciste. Dejaste de quererme por querer a tus nuevos hermanos...

—No, Aidan, es distinto... Tú sabes que lo es. Yo no te recordaba, pero en el fondo, siempre te he llevado en mi corazón. Y de alguna manera siempre te recordé.

—Solo lo dices para hacerme sentir bien.

—No, claro que no. Te digo la verdad. Y creo que si tú los conocieras, también te agradarían. ¿Por qué no vienes conmigo la siguiente vez que vaya a casa? Vamos, no le temas al mundo Homo...

—Yo no le temo a nada —la interrumpió, molesto—. Y ya te dije que no.

—Podrás conocer a mis hermanos, te caerán muy bien. Maricarmen tiene tu edad, podrían hacerse amigos.

Aidan dejó de revolver el contenido de la olla, como si lo que acababa de escuchar le resultara por primera vez interesante.

—Tus hermanas... no son mis hermanas, ¿no es verdad?

Zarah sonrió, notando el rubor encendido en las mejillas de su hermano.

—No, claro que no. No son mis hermanas de sangre, y por lo tanto tampoco tuyas.

Aidan dio un par de vueltas más el contenido con la cuchara antes de volver a centrar su atención en los ingredientes.

—Bien, supongo que podría ir alguna vez contigo —dijo como si tal cosa no le resultara muy importante—, si tanto insistes en que te acompañe.

—Sí, me importa muchísimo —Zarah sonrió, agachando la cabeza para ocultar la sonrisa que se dibujaba en sus labios—. Le avisaré a mamá que vendrás conmigo para que te prepare una de sus cenas especiales.

—Está bien —Se encogió de hombros—. Lo que prepare estará bien, no tiene que hacer nada excepcional por mí. De todas maneras no creo que sea pronto cuando vayamos, hasta que no aparezca Tanek y sepamos algo de los que intentaron matarte, nos quedaremos encerrados en esta isla, sin movernos de aquí.

Zarah notó que las manos de su hermano temblaban al moverse entre distintos frascos con pociones de colores, buscando dar con el adecuado. Su rostro había vuelto a ensombrecerse a causa de la preocupación.

—No temas Aidan, estoy segura de que Tanek estará bien.

—Lo sé —contestó él con voz firme, a pesar de que seguía temblando—.

Tanek es un gran guerrero, es un Ruffian después de todo.

—¿Un qué?

—Un Ruffian. Una de las familias más antiguas y poderosas.

Zarah soltó una risita.

—Por un momento creí que estabas diciendo que era una mala persona.

Aidan rio también, negando con la cabeza.

—Es un apellido... Aunque podría ser que el significado actual de la palabra provenga de esa familia. No es la más querida entre los Capadocia. O el resto del mundo.

Zarah rio, pero la sonrisa se le congeló en el rostro al levantar la vista y encontrar de pie junto a la puerta a Allan.

Él la miró por un par de segundos antes de fijar los ojos sobre Aidan, acercándose a él a paso vivo.

—¿Me llamó, alteza?

Aidan levantó por primera vez la vista de lo que estaba haciendo, sorprendido de encontrarse con Allan allí.

—Sí, así es —contestó de manera apurada, echando un vistazo en derredor—. Por favor, ven conmigo. Zyanya, cuida la pócima. No debe burbujear hasta haber obtenido una coloración púrpura, ¿de acuerdo?

Zarah asintió, con los ojos fijos sobre Allan, quien ahora ni siquiera parecía dignarse a verla.

Desaparecieron tras una puerta lateral, cuidaron de cerrar tras ellos, por lo que Zarah no pudo saber qué hacían o de qué estaban hablando. Suspiró mientras removía el contenido de la olla, deseando ser un Alma de lo que fuera que poseyera superoído, y escuchar lo que esos dos se estaban diciendo.

Unos minutos más tarde la puerta volvió a abrirse y ambos salieron una vez más al salón donde ella se encontraba.

—Hermana, ahora vengo —le dijo Aidan, dirigiéndose directamente a la salida.

Cruzó unas palabras con Valdemar y Patrick, y juntos desaparecieron por un pasillo.

Zarah miró de reojo a Allan, de pie junto a la mesa.

—¿Qué estás preparando? —le preguntó él, más por intentar hacer conversación que por sincero interés.

—No tengo idea —contestó ella, sinceramente.

—Aidan dijo que no debía burbujear, y tu poción está a punto de hervir.

Zarah palideció, era cierto, la pócima no solo burbujeara, pronto sería solo vapor.

—¿Y ahora qué hago?!

—¿Qué te parece alejarla del fuego? —le preguntó Allan, con una sonrisa irónica, levantando un dedo. La llama, como si obedeciera sus órdenes, desapareció al instante, absorbida por su dedo como si se tratase de una manguera, y el caldero no tardó en dejar de burbujear.

—Gracias... —musitó Zarah, aún molesta, mirando con desgano los restos de la pócima.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió Allan, sin perder de vista sus movimientos—. ¿Tirlarla a la basura?

—La he estropeado. Ya no sirve de nada.

—No lo creo, podrías arreglarla —Allan se acercó a ella y comenzó a buscar entre los distintos frasquitos. Zarah se estremeció, se sentía tan bien estar tan próxima a él, y a la vez tan mal... ¿Por qué era tan tonta? Ella había

tomado la decisión de terminar, y ahora no podía dejar de sentir que el corazón se le salía del pecho solo por su proximidad. ¡Dios, ¿cómo iba a lograr sobrevivir sin él, si ni siquiera podía estar a dos pasos de Allan sin ponerse a temblar como una hoja?!

—Puedes agregar un poco de esto. La flor de azucena suele revertir los efectos en algunas pociones, incluida la de espinas múltiples, que es la que estaban haciendo tú y Aidan, si estoy en lo correcto.

Zarah levantó la mano para coger la botellita que le tendía, al hacerlo sus dedos se tocaron y la inmediata descarga eléctrica la recorrió, aunque en esta ocasión, la sintió más fuerte que nunca.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Allan, preocupado, tomándola por la cintura, como si temiera que ella fuera a desvanecerse en cualquier momento.

Zarah se sintió estremecer al saberse una vez más entre sus brazos. Allan la sujetaba con una fuerza y una suavidad inconfundible, era como su marca personal, y por Dios que la extrañaba. Cómo lo extrañaba, cómo lo amaba...

Sus ojos se fijaron sobre su pecho, no podía mirarlo a la cara o estaría perdida sin remedio. Ella había tomado una decisión y debía mantenerse firme. Allan quería a otra mujer, la había llamado por el nombre de su esposa muerta, y hasta que ese asunto se aclarase y ella supiese que él la amaba a ella, no podía dar marcha atrás. Por más que le doliese...

Sus ojos se fijaron en la brillante esfera verde que colgaba del cuello de Allan.

La había visto antes, pero por alguna razón, ahora le llamaba la atención. Como si en ella hubiera algo en lo que debía fijarse, como un secreto oculto que la incitara a descubrirlo...

Se escucharon las voces de Aidan, Patrick y Valdemar aproximándose por el pasillo y ambos se separaron con rapidez. Allan le dedicó una última mirada antes de dirigirse en dirección a la puerta, por donde venía entrando

Aidan en ese preciso momento.

—Gracias por cuidar a mi hermana, Allan. Necesitaba un tiempo a solas, y quería asegurarme de que ella estuviera a buen resguardo.

Allan sonrió ligeramente y asintió.

—Cuando quieras otro favor, solo llámame, príncipe. Estoy a tu servicio día y noche.

Zarah no pudo evitar sonreír al entender el plan que había urdido Aidan, aunque sabía que ahora su corazón tardaría más en sanar; tener a Allan cerca era una adicción. Y cualquiera sabe que la única forma de arrancarse de las entrañas una adicción es quitarla completamente del sistema.

Aunque hacerlo era como arrancarse una parte de su mismo corazón...

—¿Estás bien? —le preguntó Aidan, dedicándole una sonrisa fraternal que logró sacarle una sonrisa a Zarah—. Terminaremos después esto, ven, vamos a comer algo. Muero de hambre.

Zarah asintió, agradecida por el gesto, realmente necesitaba un descanso...

Salió al patio en compañía de su hermano. Se encaminaron hasta un pequeño jardín, donde se encontraban varias mesas dispersas en derredor a una pequeña cafetería. Un muchacho pelirrojo y pecoso los miró con nerviosismo antes de correr a atenderlos, repitiendo mucho las palabras «príncipe» y «princesa», mientras les tomaba la orden.

—Espero que hayas comido bien, princesa Zyanya —escucharon una voz aproximándose hacia ellos—, porque necesitarás bastantes energías esta tarde. Pienso mantenerte muy ocupada.

Zarah levantó la cabeza del plato de fideos que tenía enfrente para toparse con Valdemar.

—¿Has terminado ya de comer? No podemos perder tiempo.

Zarah intercambió una mirada con su hermano, Aidan hizo una mueca casi imperceptible, la manera fraternal en la que expresaba su disgusto, pero que le dejaba en claro que debía partir.

—Vamos, princesa. No voy a comerte —bromeó Valdemar—. Lo que te enseñe hoy, será mucho más divertido que mezclar hojas en un trasto. Sin ofender —añadió, dirigiéndole a Aidan una sonrisa sardónica.

Aidan ni se inmutó, dedicándole a Valdemar una mirada gélida de las que era tan experto.

Zarah, con un suspiro lastimero que no notó, se puso de pie y comenzó a recorrer el trayecto hacia uno de los edificios de la base. Valdemar, a su lado, no paraba de hablar, rozando de vez en cuando su brazo o su hombro con sutiles caricias que no le pasaron desapercibidas a los agudos ojos de Aidan.

Y por el sonido atronador que escuchó no lejos de allí, tampoco a otra persona...

Con un gesto de fastidio en el rostro, Aidan se puso de pie y caminó hasta llegar a un vado del camino donde se hallaba una pequeña casa utilizada para guardar equipo deportivo. Como sospechó, Allan se encontraba allí, y con él, una lata de refresco en su mano, reventada. El origen del sonido.

—No tienes de qué preocuparte, a ella no le interesa otro que no seas tú —le dijo Aidan en un tono monocorde, cruzándose de brazos sobre el pecho—. A sus ojos, Valdemar no te llega ni a los talones.

—Valdemar es un príncipe.

—También ella —Se encogió de hombros—. ¿Que no sabes que a las mujeres no les interesa lo que sea igual a ellas? Tienes mil años, Allan, deberías saber más sobre mujeres.

—¿Y a ti quién te nombró experto en el tema? —Allan lo miró entre divertido y enojado, cruzándose también de brazos, todavía con la lata rota en la mano.

—Nadie. Pero he leído bastante revistas para informarme sobre las chicas Homo, y según un artículo... —Se calló al notar la clara sonrisa en el rostro de Allan—. Lo sé, es todo —replicó, adoptando una vez más su gesto huraño.

—¿Acaso te interesa alguna chica Homo, Aidan? —lo interrogó Allan, escrutando su rostro.

Aidan frunció los labios, molesto, y dándose la media vuelta para marcharse, musitó entre dientes.

—Limpia tu traje antes de que te coman vivo las hormigas. Dudo mucho que le sigas gustando a mi hermana si te ve convertido en un hormiguero humano.

Zarah siguió a Valdemar hasta llegar a un prado despejado, rodeado de varios edificios. En derredor, su guardia personal —Valdemar, como ella, siempre estaba custodiado y protegido por otros Capadocia—, se ubicó en torno a ellos, formando un grupo circular ajeno al entrenamiento.

—Será agradable cambiar un poco de aires —explicó él ante su muda pregunta—. Después de todo, has estado toda la mañana encerrada entre cuatro paredes.

Zarah intentó sonreír como respuesta, pero solo consiguió esbozar una mueca ladeada. Se sentía sumamente cansada, y aunque no intentaba mostrarse pesada con Valdemar, no tenía deseos de practicar nuevamente con armas, que era lo que seguramente él debía estar pensando.

—¿Estás lista, princesa? —le preguntó Valdemar, tomando una maleta rectangular que le trajo uno de sus guardias personales.

Zarah asintió, a pesar de no sentirse para nada lista ni deseosa de comenzar otra disputa que terminara en desastre.

Valdemar abrió la maleta, seguramente para sacar el armamento necesario, razón por la cual Zarah se sorprendió bastante cuando él, en lugar de extraer una espada, sacó una diminuta cajita de piedra.

—¿Te gusta? —le preguntó él, sonriendo al notar que había logrado lo que se había propuesto: llamar la atención de Zarah.

—¿Qué es?

Valdemar se situó delante de ella, abrió la tapa de la caja y extrajo una pizca de una especie de polvo plateado guardado en su interior. Antes de darle tiempo de preguntar, lo puso en la palma de su mano, y cerró en puño los dedos de Zarah.

—¿Te han explicado lo que hacen los Alma Naranja?

Zarah se estremeció. Claro que lo sabía, su madre fue un Alma Naranja, un Ámbar, para ser más precisos.

—Tienen poder sobre la mente —contestó ella, secamente.

—Más que poder sobre la mente, son sumamente poderosos, pueden entrar en tu mente, crear alucinaciones dentro de ti, volverte loco con ellas y terminar desquiciándote de por vida. Pueden leer tus pensamientos, tus más grandes temores, y utilizarlos en tu contra. Y también pueden hipnotizarte... Una habilidad que comparten con los Kinam.

Zarah se tensó, sin comprender a dónde quería él ir a parar con todo eso.

—Los Capadocia debemos estar preparados para defendernos de los Kinam, atacarlos con sus mismas armas, pero no todos somos Almas Naranja, no todos podemos leer las mentes... al menos sin esto —Señaló el polvo en la mano de Zarah.

—¿Cómo dices?

—Este polvo, querida princesa, es la puerta que te salvará de encontrarte en un apuro. Con él y un adecuado conjuro, podrás abrir la mente de quien quieras para espiar dentro de ella.

Zarah arqueó las cejas, sorprendida, observando el polvo en su mano.

—¿Quieres decir que con esto puedo tener la habilidad de un Alma Naranja?

—No, no es lo mismo. No es tan potente, y solo dura unos minutos. Pero te

ayudará bastante —sonrió, sacando él mismo un puñado de su cajita—. Es una mezcla de polvos de veneno de Kinam con varios ingredientes secretos. Lo inventó mi abuela, solo lo tenemos en mi reino, pero dado a que este es un caso especial, lo he traído especialmente para ti, princesa. Espero que aprendas a utilizarlos y te sirva para defenderte. En caso de necesidad, conocer los pensamientos de tu enemigo puede ser muy útil.

—Gracias... —Zarah miró con cierto recelo el polvo blanco en su mano.

Valdemar sopló el polvo sobre el rostro de Zarah y pronunció unas palabras. Zarah tosió, sin comprender lo que él hacía.

—Así que piensas que esto es completamente inútil en tu misión.

Zarah enrojeció al máximo.

—¿Has leído mi mente?

—Pues claro.

—¡No tenías derecho!

—Sí, si lo que intento es demostrarte el uso de lo que te estoy dando. Y si tienes dudas al respecto, lo mejor será que me las digas. No te las calles, como si fueras una Homo cualquiera, impresionada por estar ante la realeza.

Zarah frunció el ceño, molesta.

—No estoy impresionada, y si me callo es por no cometer una descortesía. Y tienes razón, pensaba precisamente que no entiendo cómo podría ayudarme el poder leer la mente de mis enemigos, si su plan es matarme. ¿En qué me va a servir? ¿A saber si me rebanarán la cabeza en lugar de enterrarme la espada en el estómago?

Valdemar soltó una carcajada.

—Quizá no, princesita. Pero bien podrías hacer otras cosas, por ejemplo, enterarte de lo que trama la gente que te rodea.

Zarah frunció el ceño, y él continuó hablando, sin darle tiempo para replicar.

—Debes aprender a defenderte de los Kisinkan y los Kinam, sin embargo, estoy seguro de que tu anterior guardián jamás te explicó nada de ellos.

—Te equivocas, Allan siempre me mantuvo al corriente de todo.

—¿De verdad? —preguntó mordazmente—. En ese caso, tal vez deberías preguntarle una vez más. Y en esta ocasión, utilizando estos polvos.

—No voy a leer la mente de Allan.

—¿No te has puesto a pensar que los traidores son por lo general tus verdaderos enemigos? Y los traidores suelen ser la gente más cercana que tienes a ti, aquellos que pueden ver los puntos vulnerables en ti, aquellos que saben dónde, cuándo y cómo atacar, y lo peor, no fallar.

Zarah apretó el puño, dispuesta a lanzarle los malditos polvos en la cara cuando escuchó la voz de Patrick a sus espaldas. Dio un salto descomunal y los polvos volaron, rociándola de la cabeza a los pies.

Valdemar soltó una carcajada monumental mientras Zarah se limpiaba el rostro, completamente plateado. Incluso Patrick parecía aguantarse la risa mientras le intentaba explicar algo por tercera vez, pues Zarah, furiosa, no tenía oídos para nada.

—¿Qué quieres? —bramó cuando Patrick, sin poder soportarlo más, se soltó a reír abiertamente.

—Él te explicaba de mi presencia aquí —salió Flérída tras la espalda de Patrick, donde se había mantenido oculta para sorprenderla—. Me he ofrecido para ayudar en tu entrenamiento, ya que mi hija Raquel... bueno, se encuentra indispuesta —Cambió la frase, y agachó la mirada, apenada—. Yo quería... es decir... Princesa, lo siento mucho. Lo sucedido con mi hija... —Miró a Valdemar con cierto recelo antes de agachar la mirada una vez más—.

Princesa, ¿le importaría otorgarme unos minutos a solas para hablar conmigo?

Zarah sintió compasión por Flérida, a pesar de la actitud ácida de Raquel, la mujer siempre había sido muy amable con ella, así como el resto de su familia. Amy era una ternura de niña, y la apreciaba bastante, y Rebecca era amable, muy distinta a su hermana gemela.

—Por supuesto —contestó de inmediato—. Después de todo, tengo que limpiarme la cara... —Le dedicó una mirada asesina a Patrick, quien seguía riendo. De alguna forma, comenzaba a entender por qué Raquel solía molestarlo tanto, y por primera vez extrañó su presencia allí.

Se alejaron unos pasos hasta llegar a una zona de descanso, un lugar muy hermoso de amplio césped bordeado por un bosque selvático. Un lago artificial era el centro de atención del lugar, algunas estatuas de distintas formas humanas y animales —tanto conocidas como no— decoraban los alrededores, de sus manos, bocas o cántaros lanzaban agua directamente al lago, el sonido del agua cayendo resultaba relajante, y algo embriagante. Zarah se fijó en los cisnes negros nadando entre sus aguas, eran sumamente bellos, y sus plumas brillaban de una manera peculiar, lanzando destellos tornasolados a la luz. Varios jóvenes Capadocia reposaban recostados o sentados sobre el césped, muchos con libros abiertos entre las manos, otros solo charlando y riendo en grupos, unos cuantos practicando entre ellos con espadas de madera y otras armas que Zarah no conocía.

Se aproximaron hasta una zona despejada rodeada de árboles. Iba a tomar asiento en una banca hecha de un tronco caído, cuando, para su sorpresa, Flérida se arrodilló ante ella y hundió la cabeza en el césped, comenzando a llorar, llena de congoja.

—Por favor, disculpa a mi hija, princesa... —gimió la mujer antes de que Zarah pudiera reaccionar para evitar tal muestra de humillación innecesaria—. Ella no tenía intención de lastimarte, te lo aseguro. Es una buena mujer, de verdad que lo es. Yo... lo siento tanto, princesa. Te suplico tu perdón —Se

soltó a llorar amargamente.

—Flérida, por favor, no llores... —Zarah se sintió mal por ella y se arrodilló también, intentando calmarla.

—Por favor, princesa. Permíteme compensar la falta de mi hija, me pongo a tu servicio para lo que quieras. Yo puedo limpiar los pisos, barreré los patios... Haré lo que sea para compensar su falta.

—No es necesario nada de eso, Flérida. No haré nada en contra de Raquel, ¿de dónde sacas esa idea?

—Mi hija te ofendió, princesa...

—Nada de eso, Flérida. Por favor, levántate.

La mujer obedeció, aunque seguía llorando amargamente.

—Lo que sea, princesa. Haré lo que sea...

Zarah la miró con compasión, la pobre mujer lucía realmente atormentada. Ella no tenía control sobre sus profesores en su entrenamiento, sin embargo, no podía quedarse sin ayudarla, no viéndola sufrir de esa manera...

—Eres una Antigua, de todas las Almas, es la tuya la que más me intriga, ¿te gustaría enseñarme?

Los ojos de Flérida se llenaron de luz.

—¿Yo...?

—Por supuesto —Zara sonrió, intentando ayudarla a sentirse mejor—. Eres una mujer muy sabia, me gustaría mucho que me ayudaras a entrenar. ¿Harías eso por mí, Flérida?

—¿Formar parte de tu equipo?

—Sí, por favor.

La expresión del rostro de la mujer mudó completamente para mostrar una

abierta sonrisa.

—Por supuesto que sí, princesa. Me encantaría enseñarte y formar parte de tu equipo.

Zarah sonrió, posando una mano sobre su hombro.

—Comenzaremos mañana, entonces. Y llámame Zarah, por favor. No me acostumbro todavía a que me llamen princesa, podrías hablarme y no me daría ni por enterada —Ambas rieron como amigas, y Zarah continuó—. Antes debo comunicar mi decisión a mi abuelo, pero dudo que tenga alguna objeción. Él te respeta muchísimo —le sonrió gentilmente, entregándole un pañuelo para que se secase el rostro.

—Gracias, princesa. Gracias... —La sonrisa se le congeló en el rostro, al ver aproximarse a Valdemar hacia ellos—. Ahora debo irme ya. No quiero interrumpir tu entrenamiento —Hizo una venia y se alejó, diciendo a modo de despedida—. Nos veremos en casa a tu regreso, ordenaré preparar un gran pastel para la cena. Te mereces lo mejor, princesa. Es decir, Zarah.

Zarah sonrió, despidiéndola con la mano mientras la mujer se alejaba por el sendero, ahora mucho más calmada.

—Pobrecilla. Es la madre de la mujer que te atacó, ¿no es así? —adivinó Valdemar—. Te muestras bastante compasiva permitiendo que se queden en la isla, y todavía aceptando que ella forme parte de tu equipo de entrenamiento.

—Las cosas no fueron como piensas, Valdemar. No fue su hija la que me atacó, sino yo a ella —Agachó la cabeza, avergonzada—. Debería ser a mí a quien expulsaran de la isla. O mínimo, ser yo quien le pidiera disculpas a esa mujer de rodillas por casi matar a su hija.

—Dices tonterías, tú no tienes la culpa de nada, eres un Alma Azul, tu poder te sobrepasa —Posó una mano en su hombro, dedicándole una mirada amistosa que logró hacer sentir mejor a Zarah—. Además, con todo lo que has debido vivir, me sorprende que no hayas matado a nadie todavía. Tener un

poder tan grande encerrado, es similar a un volcán a punto de hacer erupción al que se pretende controlar con una roca sellando la abertura. En algún momento, el volcán explotará, y la erupción será una explosión mucho peor a que si se le hubiesen permitido desde un principio continuar su curso normal.

—¿De qué estás hablando? —Zarah frunció el ceño, mirándolo desconcertada.

—Al motivo que tuvo tu madre para bloquear tu mente. Ella temía por el alcance de tu poder. Fue ese el motivo por el que bloqueó tu mente, para protegerlos a todos, y a ti. Si llegabas a matar a alguien en un descuido, te enviarían lejos, si no es que los miembros del consejo habrían ordenado tu ejecución por considerarte peligrosa —Negó con la cabeza, mostrándose por primera vez molesto.

—¿Qué yo qué...? —Zarah arqueó las cejas al máximo—. ¿Quieres decir que mi madre me hizo esto a propósito?

—Sí. Todo el mundo lo sabe... ¿cómo es que tú no? —Valdemar le dirigió una mirada inquisitiva, borrando la sonrisa de su rostro—. ¿Es que nunca te lo dijeron?

La palabra se le atragantó a Zarah en la boca, y solo pudo negar con la cabeza.

—Zyanya, yo... No lo sabía —Por primera vez la preocupación se reflejó en el rostro de Valdemar—. Discúlpame, no tenía idea de que no te habían dicho nada... No lo entiendo, dijiste que Allan te había mantenido al tanto de todo...

—Lo hizo... O eso creía —Zarah agachó la cabeza, comenzando a sentir que el aire le faltaba. Se sentía decepcionada, profundamente decepcionada... ¿Cómo es que su propia madre pudo hacerle eso? Darle una vida sin recuerdos, sin el control que ella merecía tener de su propio cuerpo, arrebatándole aquello que pudo otorgarle la seguridad que nunca tuvo, aquello

que pudo darle un rumbo completamente diferente a su existencia...

Y Allan lo sabía. ¡El muy maldito lo sabía! Y nunca le dijo nada.

—Ya, tranquila. No es nada, olvida lo que te he dicho —Valdemar la abrazó por los hombros, intentando consolarla—. No es tan grave como parece, lo mejor será que olvides esta conversación, ¿de acuerdo? Oh, no... No llores.

Zarah no se había dado cuenta de que comenzaba a llorar. Valdemar la abrazó con más fuerza, y las lágrimas fluyeron con facilidad. Hundió la cabeza en su pecho, demasiado acongojada para pensar en lo que estaba haciendo.

—Ven, salgamos de aquí. Vamos a dar una vuelta y a despejarnos la cabeza un rato —Valdemar le sonrió, secando sus lágrimas con su manga—. Necesitas serenarte, y continuar entre estos muros no ayudará a quitarte esas ideas de la cabeza. Vamos, conozco un lugar estupendo donde...

—En realidad no tengo ganas de hacer nada, Valdemar —Zarah suspiró, alejándose y secándose el rostro con el dorso de la mano—. Solo quiero ir a casa.

—Te llevaré a casa, entonces. Lo que sea por hacerte sentir mejor después de hacerte llorar. ¿O te gustaría darme una bofetada? Eso parece haber ayudado a varias chicas a sentirse mejor después de que he metido la pata con ellas.

Zarah sonrió ligeramente, negando con la cabeza.

—Solo deseo ir a casa, y... tal vez otra cosa.

—Lo que sea. Pídeme lo que sea y será tuyo.

—Quiero un poco más de ese polvo —La sonrisa se borró de su rostro mientras fijaba la vista sobre la caja de piedra, a unos pasos de ellos.

Valdemar le dedicó una mueca un tanto curiosa, pero no hizo ninguna

pregunta. Se acercó a la caja y la levantó, y con un gesto suave la colocó entre sus manos.

—Es toda tuya, princesa. Úsala con las peores intenciones, si así lo deseas —bromeó, pellizcándole la punta de la nariz—. Puede que tu madre te bloqueara la mente por temor a tus poderes y el rumbo que parecías querer darles, pero en cuanto a mí, creo que eras perfecta. Un poco malvada, pero perfecta.

—¿Tú...? ¿Tú me conocías de mi anterior vida aquí? —Zarah lo miró a los ojos de manera renovada.

—¿Conocerte? —bufó el otro, cruzándose de brazos—. No te me despegabas de los talones... Está bien, está bien. Tal vez yo no me despegaba de ti —se corrigió, riendo entre dientes—. Eras mi mejor amiga.

—¿Lo dices en serio? —Zarah no podía creer lo que escuchaba—. ¿Por qué nunca me dijeron nada? El abuelo, Aidan...

—Zyanya, ¿cuánto te han dicho realmente sobre tu vida pasada? —contestó el otro, apoyándose con la espalda en el tronco de un árbol cercano, y cruzándose de brazos sobre el pecho—. ¿No me acabas de decir que no tenías ni idea del enorme control que tenías sobre tu poder?

—Pero nadie podía saber en aquel entonces que yo era un Alma Azul, ¿no se supone que es hasta...?

—No tienes que saber qué tipo de Alma tienes para tener poderes. Eres una Capadocia, hija de una gran Capadocia —hizo énfasis en esas palabras—. Tu madre, la princesa Elizabeth, era famosa en los cinco reinos por su enorme poder. Y tú eras su viva estampa, Zyanya. En todo... —Ladeó la cabeza, escrutándola con la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, un tanto incómoda—. ¿Qué estás haciendo?

—Te pareces mucho a tu madre.

—No es cierto... —Zarah agachó la cabeza. Había visto un retrato de su madre en el palacio, Elizabeth era preciosa, ella ni se le acercaba a los talones...

—Zyanya, puedes usar los polvos conmigo si así lo quieres —Hizo un gesto con los ojos hacia la caja—. Pero no te miento. Te juro que eres una mujer preciosa.

Zarah sintió que el rubor se encendía en su rostro, pero se forzó por mantenerse tranquila. Había algo en Valdemar que le resultaba vagamente conocido, aunque no podría haber dicho qué era.

—Se me ocurre una idea. Esta noche debo regresar a mi reino, tengo algunos asuntos que atender en casa, pero en cuanto termine puedo venir a visitarte y planearemos algo divertido que hacer juntos. En otro tiempo solías divertirme de lo lindo cuando estabas conmigo —bromeó él, abrazándola por los hombros.

—Si tú lo dices... —Zarah lo miró a los ojos—. Me cuesta tanto creer todo lo que me cuentas, no puedo recordar nada.

—En ese caso, tal vez debas fiarte de mi palabra... O usar los polvos —bromeó nuevamente, aunque se inclinó para permitirle lanzarle lo que deseara a su libre deseo.

—No usaré los polvos en ti, Valdemar —rio Zarah, obligándolo a levantarse—. Y dime, ¿qué más hacíamos cuando éramos niños? ¿Jugábamos a algo...?

—Si lo que deseas saber es si nos sentábamos por las tardes a tomar el té con tus muñecas, puede que te decepciones —Zarah soltó una risita, y él continuó—. Eras una guerrera estupenda, Zyanya. Desde que tuviste la fuerza de levantar una espada, no dejaste de buscar la manera de combatir. Eso era lo que hacíamos. Eras una pequeña niña de bucles rizados y grandes ojos verdes enfundada en una armadura demasiado grande para tu edad e irguiendo tu

espada al primero que se te ponía enfrente. Así fue como nos conocimos, yo acepté tu reto... Y tú me ganaste —confesó de mala gana, provocando que Zarah riera de nuevo—. Desde entonces nunca dejamos de practicar. Nuestras familias, por ser reales, se conocían, y coincidimos en varios eventos. Recuerdo una ocasión, en uno de los torneos de los cinco reinos, yo te enseñé unos cuantos trucos nuevos que había aprendido en el tiempo que no nos habíamos visto, los cuales tú perfeccionaste enseguida. Y tú me enseñaste otros tantos..., que tardé un poco más en aprender —confesó, encogiéndose de hombros—. Eras genial, Zyanya, te admiraba mucho... Es decir, te admiro. Es por esa razón que vine hasta aquí a verte, sé que no recuerdas nada, pero no sé... —Se encogió de hombros nuevamente—. Tal vez podríamos reanudar algo de nuestra antigua amistad, ahora que has vuelto.

—Creo que eso me gustaría —confesó ella, sonriendo abiertamente.

—Zyanya, es hora de irnos —Zarah se giró al escuchar la voz de Aidan, aproximándose por el camino. A su lado, erguido en toda su estatura, caminaba Allan, sus ojos brillantes clavados en la figura de Valdemar.

—Enseguida voy —Zarah se estremeció ante la imponente mirada de Allan, pero no podía permitir que su amigo se sintiera intimidado. Después de todo, era su invitado, y sabía muy bien lo que se sentía estar en un lugar donde no eres bien recibido—. Valdemar, ¿tú vendrás al palacio con nosotros?

—Me temo que aquí nos despedimos, princesa —le dijo él con una afable sonrisa, estirando la mano para estrecharla con la de ella —. Ha sido un placer y un honor compartir este día a tu lado.

—Igualmente —sonrió también ella—. Espero verte pronto una vez más, Valdemar. Y que continuemos esta conversación.

—Me encantaría. Y antes de irme, un consejo, princesa... —se inclinó y le dijo al oído—: Sé que comenzarás a hacer preguntas. He aquí un regalo más de tu viejo amigo, si realmente deseas saber algo de importancia sobre tu

pasado, haz la pregunta correcta; averigua sobre Kudrow y los Rayas.

—Zarah, es momento de irnos —rugió Allan, quien seguramente había escuchado cada palabra.

Valdemar le dedicó una sonrisa mordaz, y sin prestarle atención, como si aquello significase rebajarse a sí mismo, continuó:

—Hazlo, confía en mí, es la llave que estás buscando —Le guiñó un ojo antes de alejarse, diciendo en voz alta, sin importarle quién más lo escuchara —. Pero si yo fuera tú, no le preguntaría a él. A menos que uses el pequeño regalito que te di.

El transcurso de esa semana fue bastante monótono, también de la siguiente, similar a los primeros días vividos de su entrenamiento, con la excepción de que Zarah vio poco o nada a Allan.

Por la mirada que él le dedicó durante su encuentro con Valdemar, sabía que estaba molesto. No había vuelto a hablar con él hasta entonces, y Dios sabía que deseaba hacerlo, él podía darle muchas respuestas que tanto su hermano como su abuelo parecían reacios a otorgarle, pero, sobre todo, podía darle paz...

Su corazón afligido lloraba en silencio mientras se mantenía alejada de él, no saber nada de Allan la mataba lentamente, lo extrañaba con cada molécula de su cuerpo, Allan vivía en cada uno de sus pensamientos, en cada uno de los latidos de su corazón, no tenerlo era una tortura en vida, él era el aire de sus pulmones, y su ausencia, una agonía eterna y sin fin...

Después de dar varias vueltas en la cama, se levantó y se dirigió a la ventana, sin cuidar de ponerse una bata, en esos días el tiempo era tan caluroso, que de haber podido, se habría quitado hasta el camisón de dormir. Debía ser ya de madrugada, la madrugada del viernes. Su abuelo le había abierto la posibilidad de ir a visitar a su familia, y, aunque la noticia del

posible suceso le había alegrado, la verdad era que su corazón continuaba llorando en silencio, y nada, ni siquiera volver a ver a sus padres y hermanos, parecía conseguir subirle el ánimo.

Decidida a que no iba a volver a pegar ojo en la noche se asomó al balcón y atisbó en los alrededores en busca de Allan. Aidan le había dicho que él siempre se encontraba cerca, aunque ella no pudiera verlo.

Si lo estaba esa noche, no lo sabría... Ella, a diferencia de él, no podía ver en la oscuridad.

Si tan solo consiguiese que él le revelara la verdad de sus sentimientos, si la amaba como ella a él, si realmente la quería a ella, no a la mujer que una vez fue su esposa...

Un rayo de luz despejó su mente, al tiempo que se giraba sobre los talones para dirigirse a la carrera de regreso a su habitación. Abrió el cajón superior de su buró y extrajo la pequeña caja de piedra con los polvos que le había dado Valdemar.

Desde el primer instante una idea había pasado por su mente cuando se las pidió; conocer la verdad de los sentimientos de Allan.

Sabía que debía preocuparse de su seguridad, muchos estaban sufriendo a costa suya, intentando protegerla del peligro. Valdemar le había advertido que intentara averiguar sobre Kudrow y los Raya, pero por muy buenos que fueran los polvos, no se había atrevido a utilizarlos con su abuelo ni su hermano; el primero era demasiado hábil para engañarlo, en cuanto al segundo, no deseaba perder el cariño y la confianza que se había ganado de su hermano.

Así pues, solo quedaba Allan.

Él la había metido en eso. Él le había mentado, o al menos, ocultado la verdad. Debía ser él quien se la revelase...

Aunque la única pregunta que deseaba formular para él era la que la había

estado atormentando todo ese tiempo: ¿realmente él la amaba?

Y esa noche, por todos los cielos que lo averiguaría...

Estaba nublado, por lo que la luz de la luna no iluminaba en absoluto, pero no le importó, recordaba el sitio donde se encontraba el sendero que conducía a la playa y le fue fácil hallarlo para seguirlo.

Las olas del océano se escuchaban cerca, lo único visible de ellas era la espuma saltando al estrellarse contra la arena y las rocas. El lugar estaba oscuro como boca de lobo, pero le pareció, por alguna razón, acogedor, como si el ambiente mismo irradiara tranquilidad.

Caminó descalza por la arena, había olvidado llevar sandalias, «¡y mejor!», pensó, disfrutando del roce de la arena entre los dedos.

De pronto notó una silueta apareciendo por el agua y se quedó en su lugar, en espera de lograr distinguir algo más.

—¿Qué estás haciendo aquí, Zarah?

El corazón de Zarah se desbocó, agitado al oír su voz.

Sabía que lo encontraría allí, él siempre la estaba vigilando, lo sabía, no necesitaba que Aidan se lo hubiera dicho, de alguna forma, lo sabía. Como sabía que si se ponía a sí misma en riesgo, él no tardaría en aparecer...

Allan, mojado de pies a cabeza, salía del agua sin nada puesto más que un par de pantaloncillos. El rostro de Zarah se encendió y debió agachar la mirada. Apretó el puño, fijo en su costado, cuidando de no perder los polvos que se había llevado con ella. Hubiera llevado la cajita para mantenerlos seguros, pero hacerlo solo habría despertado la sospecha de Allan. Tenía que

sorprenderlo y tomarlo infraganti al momento en el que lo rociara con ellos.

—¿Te encuentras bien, Zarah? —insistió él, aproximándose otro paso hacia ella.

La luna salió en ese momento, iluminando la noche. Allan quedó al descubierto como nunca antes lo había visto, o al menos, no tan fijamente, no tan largamente...

—Zarah, ¿te sientes mal? —le preguntó él preocupado, tomándola por los hombros.

Zarah arqueó las cejas, sin saber qué hacer o decir. Si Allan era guapo, ¡ahora se veía guapísimo! Su piel mojada brillaba como si poseyera luz propia, remarcando los músculos perfectamente definidos de su cuerpo.

Zarah se sorprendió alzando una mano para palpar ese abdomen perfecto... cuando reaccionó y se dio cuenta de que no soñaba, y que realmente estaba a punto de tocarlo descaradamente.

—Lo siento... —se disculpó apresuradamente, agradeciendo que fuera de noche y él no pudiera notar sus mejillas sonrosadas por la vergüenza.

—¿Zarah, qué ocurre? —le preguntó él, acariciando su rostro. El tacto de su mano fue encantador, su piel estaba húmeda y helada, a causa del agua, y aun así prácticamente le quemó al tacto.

—Nada... No podía dormir —le dijo en un susurro que sonó demasiado ronco, retrocediendo un paso para alejarse de él. Tenía que alejarse o terminaría haciendo algo fuera de lugar, como hacía un momento.

Allan borró la sonrisa de su rostro, dolido por el gesto. Zarah se sintió morir, pero no podía evitarlo, no podía dejarse caer entre sus brazos tan fácilmente...

—¿Te molesta que te toque?

—¡No! No... No —Se mordió el labio, obligándose a guardar silencio. Allan sonrió y se acercó a ella, tomando una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué sucede, Zarah? Puedes contarme lo que sea.

Zarah lo miró a los ojos, sintiéndose abrumada por el fulgor de esos grandes ojos negros, esos ojos que tanto amaba...

—Allan... —Zarah suspiró, dándose valor para continuar. No quería lanzarle los polvos, sentía que sería como una traición, pero tenía que conocer la verdad. Si tan solo él se la dijera libremente...

Tal vez resultara. Sintió que un peso enorme se desvanecía de sus hombros, si él le decía la verdad, no tendría que usar los polvos en su contra.

—Allan, hay algo que me dijo Valdemar que me mantiene preocupada.

El rostro de Allan se tensó, pero se obligó a mantenerse en su lugar, sin moverse.

—¿Ah, sí? —masculló él, notablemente molesto a pesar su forzado intento por disimularlo—. ¿Y qué fue lo que te dijo?

—Creo que sabes lo que él me dijo —Zarah se irguió, mirándolo firmemente a la cara, recordando el momento de la despedida con Valdemar—. ¿Acaso no escuchaste en esa ocasión lo que él me susurró al oído?

Esta vez Allan la soltó, dándose la media vuelta para quedar de frente hacia el océano.

—No hay nada importante en el tema de Kudrow y los Raya, Zarah. Nada que a ti te interese conocer.

—Él asegura que no es así. Que tú y todos los demás me han ocultado información importante...

—Y yo te digo que no hay nada importante que debas saber sobre ellos —replicó él, sin verla.

Zarah lo observó de espaldas, su pecho se expandía y contraía con fiereza, mientras él respiraba agitadamente, bastante enojado.

—Lo siento, Allan, pero no te creo.

Allan se giró y le dedicó una mirada adusta, entre sorprendida y molesta.

—¿Por qué no habrías de creerme? Puede que ya no salgamos juntos, pero aún somos amigos. Me conoces, Zarah, sabes que no haría nada que pudiera dañarte. Y a Valdemar apenas lo conoces...

—Él me contó que fuimos amigos —Allan arqueó las cejas.

—¿Amigos?

—Sí, durante mi anterior vida aquí, cuando éramos niños. Él era mi amigo, dijo que solíamos ser mejores amigos... y yo le creo, Allan. Como creo que él desea lo mejor para mí.

Allan giró el rostro, ocultando el enojo y el dolor que sus palabras le provocaron.

—No sé qué desea él para ti, no lo conozco —La voz de Allan sonó grave, casi como un gruñido —.No sé nada de él más que es joven y un príncipe, bastante mimado por lo que he escuchado, y dudo mucho que sepa o entienda lo que es mejor para ti.

—Yo también soy joven y princesa, mimada si quieres verlo de ese modo. Pero no por ello tengo menos fidelidad en mis palabras. Valdemar me ha dicho que me ocultas la verdad. Me has mentado, Allan.

—No te he mentado ni te he ocultado la verdad, Zarah. Solo intentaba protegerte de algo que bien no podría significar nada. Kudrow es un antiguo enemigo de La Capadocia, y posiblemente el más grande enemigo de nuestra orden. Es el líder de los Raya, un movimiento de rebeldes que busca destruir el Círculo de la Estrella, y todo cuanto conocemos de nuestro mundo, Kinam, Capadocia o humano, y así poseer el poder absoluto.

Zarah abrió grande los ojos, sorprendida de sus palabras.

—¿Por qué nunca antes me hablaste de...?

—Como te dije, bien no podría significar nada. Tenemos varios asuntos que resolver ahora mismo, Zarah —Se giró hacia ella y la miró de frente, poniendo énfasis en sus palabras—, asuntos de urgencia que te competen a ti directamente, mantenerte con vida para comenzar. Tienes una carga muy pesada sobre los hombros para añadir las preocupaciones que Kudrow y los Raya pueden ocasionarnos a La Capadocia.

—Debiste decírmelo, si ellos están implicados...

—¿Crees que no lo hemos supuesto? Eso ya está pensado desde el principio, Zarah, pero todo cuanto compete ahora es mantenerte a salvo y viva. Una preocupación más, bajo todo el estrés que ya tienes, no es conveniente para ti. ¿Debo recordarte una vez más que por poco mueres cuando te enteraste de que eras una de nosotros? Preocúpate por mantenerte a salvo, y no por Kudrow o los Raya. Ellos son asuntos de La Capadocia, de Tanek, mío... Déjanos a nosotros resolver eso, y tú preocúpate de lo importante, que es mantenerte con vida.

Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas. Allan se aproximó a ella y la abrazó, sin importarle su reticencia.

—Siento si soy demasiado duro contigo, Zarah, pero debes entenderlo... No te mantengo al margen por un capricho, jamás haría nada para dañarte. Confía en mí, deja estos asuntos en las manos de quienes corresponden y tú preocúpate por tu parte —Rozó su rostro en una suave caricia que le estremeció el alma—. Mantener la cabeza ocupada en el asunto de los Raya es tanto como mantenerte preocupada por el asunto de la paz mundial. No puedes hacer nada para resolverlo, al menos no tú sola. Pero si cumples con tu parte, si haces lo que te corresponde para alcanzar tu meta, forjarás el eslabón necesario para formar la cadena que todos intentamos crear.

—No veo cómo el mantenerme a salvo podría ayudar en algo a nadie más que a mí —espetó ella, envuelta aún entre sus brazos—. En mi opinión, es una misión bastante egoísta.

—Ayudarás, porque mientras tú estés a salvo, ellos no vencerán, Zarah. Ninguno de sus planes contra ti se hará realidad, y habrás entorpecido su camino, y quién sabe, en un futuro podrías cambiar con ese, en apariencia, simple hecho, el rumbo del destino de los Raya, tal vez del mundo entero. Se dice que «el simple aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo».

Zarah negó con la cabeza, ocultando el rostro contra su pecho para que él no pudiera verla llorar. Enseguida se arrepintió de ese acto, había actuado en un reflejo y ahora estaba abrazada a él, pegada cuerpo a cuerpo, su rostro contra su torso desnudo, tan cálido como el fuego mismo, abrazada a él sin nada más que el ligero camión de dormir para actuar como barrera entre sus cuerpos.

Allan pareció sentir lo mismo porque, sin decir nada, la estrechó con más fuerza contra él, llevando las manos hacia su rostro en una suave caricia, atrayéndola hacia él. Zarah sintió la tibieza de su aliento sobre sus labios, esa sensación tan embriagadora que la hacía perder el control de cada uno de sus sentidos.

—Mantente a salvo, Zarah. Tu único deber es mantenerte a salvo... —musitó él, acercándose todavía más a ella. Rozó sus labios con los suyos, el suave toque de una pluma que la hizo estremecer tanto como si hubiera sido el más apasionado de los besos—. Mantente a salvo... —repitió antes de besarla nuevamente, ahora con mayor fuerza—. Mantente a salvo... —Ahora la besó larga, apasionadamente, y todo el mundo se puso de cabeza. Zarah se perdió en ese beso, ese momento que había anhelado con cada partícula de su ser desde el mismo instante en el que se separó de él.

Le rodeó el cuello con los brazos, sumiéndose en esa ensoñación viviente que era Allan, mientras él la acogía con una ternura infinita e un dulce abrazo.

No supo cómo, pero se encontró tendida de espaldas sobre la arena, el cuerpo tibio de Allan sobre ella, llevándola al cielo con sus caricias.

Zarah sentía el corazón desbocado, no podía pensar, solo sentir, sentir ese momento maravilloso de unión con el hombre al que adoraba. En algún momento abrió la mano donde llevaba empuñado los polvos y los derramó sobre Allan. Vio caer la suave arenilla por su nuca y se sobresaltó, pero Allan, demasiado absorto en la pasión que lo embargaba, ni siquiera lo notó, asumiendo que se trataba de simple arena de la playa.

Zarah no pudo evitar tensarse. Ahora solo harían falta unas insignificantes palabras y la mente de Allan quedaría abierta para ella, la verdad que ella tanto deseaba conocer...

Allan se detuvo, notando al fin que ella se había quedado quieta, pensativa.

—¿Zarah...? —musitó Allan, alejándose de su rostro unos pocos centímetros para verla a los ojos, hablando en voz baja, todavía con la respiración agitada.

Zarah también lo miró, indecisa de lo que debía hacer. Podía actuar como si nada hubiera pasado y regresar a ese momento maravilloso, o conocer la verdad por la que se había mantenido en vela esas últimas noches...

—Allan... ¿me amas?

El rostro de Allan se relajó, adoptó una ligera sonrisa al tiempo que sus ojos se llenaban de luz.

—Te amo, Zarah —le dijo con toda la seguridad del mundo en la voz, acariciando delicadamente su mejilla—. Te amo con toda mi alma.

El corazón de Zarah dio un brinco, colmado de alegría. Allan se acercó a ella y la besó una vez más, dispuesto a reanudar de donde lo habían dejado.

Zarah estuvo tentada a ceder, pero no era suficiente. No todavía, no sin

conocer toda la verdad...

—¿Me amas a mí, más que a ella? —preguntó con una voz que no parecía suya, colmada de miedo.

Allan frunció el ceño y se apartó ligeramente, mirándola confundido.

—¿A quién te refieres?

Zarah tragó saliva y contestó.

—A tu esposa... Mady.

Ahora el rostro de Allan mudó completamente la expresión, al tiempo que cada parte de su cuerpo se tensaba. De un ágil movimiento se separó de ella y se sentó sobre la arena, a su lado.

Zarah sintió el frío aire nocturno colarse sobre su piel, a pesar de la tela del camisón que la cubría. Era como si el mismo invierno se hubiera alojado en ella, un invierno provocado por su distanciamiento, por la fría expresión que le dedicó, el frío de sus ojos que de un solo vistazo heló su corazón hasta literalmente hacerla temblar.

—Será mejor que regreses a tu cuarto, Zarah —le dijo él sin volverse a verla—. Es tarde y debes descansar.

—No lo haré —Ella frunció el ceño—. No hasta que me cuentes toda la verdad.

—No —inspiró hondo.

—¿Por qué...?

—¡No lo entenderías! —Se levantó de un salto y le tendió una mano para ayudarla a hacer lo mismo—. Es más complicado de lo que piensas, Zarah. No te lo puedo explicar ahora, no me hagas más preguntas sobre mi pasado. Te lo contaré cuando estés lista. No hoy. No ahora.

Zarah frunció el ceño, sintiendo que un volcán nacía en su interior. No era

justo, él decía amarla, pero se negaba a revelarle la verdad... ¿Qué problema había con decirle si la amaba más que a su esposa muerta o no? ¿Sería que realmente continuaba amando a su esposa, que la amaba más que a ella...?

Algo se encendió en el interior de Zarah, una parte de ella que había permanecido dormida la mayor parte de su vida, una parte que la impulsaba a actuar y dejar de pensar...

Y fue precisamente lo que hizo.

—Revela la verdad —murmuró tan bajo que ella misma no se escuchó, pero Allan, todavía frente a ella, sí lo hizo.

—¿Que revele...? —El polvo se encendió en una ligera luz tan fugaz que, de haber parpadeado, no la habría visto. El hechizo se había activado.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Allan, aunque por la expresión de su rostro, una mezcla de decepción y furia, entendió que él ya lo sabía.

No había marcha atrás. Disculparse ahora no llevaría a nada, y aunque lo hubiera hecho, una parte de ella, una parte oculta y desconocida que llevaba mucho tiempo oculta en su interior, salió para apoderarse de su lengua y hablar en su nombre.

—No te hice nada, solo quiero conocer la verdad... ¿Me amas sí o no?

Allan le dedicó una mirada llena de enojo que le atravesó el corazón. No fue necesario leer su mente, él se mantuvo firme, y mirándola directo a los ojos, contestó:

—Sí, Zarah. Te amo.

Zarah no pudo evitar el sentimiento de alegría que la invadió, a pesar de que deseó morir en ese instante, al notar el desprecio que iban adquiriendo los ojos de Allan.

Quizá hubiera sido lo mejor desistir... Pero no, no podía echarse para

atrás ahora que había llegado tan lejos. La parte desconocida de ella que continuaba luchando por emerger vibró, llena de furia, y atacó con una nueva pregunta.

—¿Me amas más que a tu esposa fallecida?

Esta vez Allan no contestó, su mente era un torbellino de pensamientos e imágenes que él se obstinaba en mantener ocultas para ella, anteponiendo cualquier pensamiento; helados, cachorros, guerras del pasado, cualquier cosa sin sentido que actuara como una cubierta que le ocultara la verdad.

Era un experto en esas tácticas de guerra, y ella solo una novata.

No podía vencerlo...

Zarah se sintió derrumbada, no podía conocer la verdad, ni siquiera con los polvos de Valdemar. Allan era demasiado listo, demasiado fuerte, demasiado todo...

Y ella había sido una tonta por intentar burlarlo. Ahora lo sabía.

Y había actuado como una completa patética al intentar engañarlo. Ahora, con dificultad él continuaría dirigiéndole la palabra...

—Ve a tu cama, Zarah —le dijo Allan con una voz forzosamente tranquila.

Era claro que estaba furioso con ella, furioso porque había intentado burlarlo... Y tenía toda la razón.

—Lo siento... —se disculpó Zarah, su voz salió quebrada, ni siquiera se dio cuenta de que había empezado a llorar.

Se dio la media vuelta, lista para alejarse a la carrera de él. Pero no había dado ni dos pasos cuando Allan la retuvo por un brazo, y obligándola a darse la media vuelta, la besó una vez más, con una pasión tal que cualquier otro pensamiento o emoción que no estuviera directamente relacionado con ese beso, se borró de la mente de Zarah.

«Nadie te amará como yo te amo».

—¿Qué has dicho? —preguntó Zarah en un murmullo, sintiendo todavía las lágrimas caer por su mejilla.

—No dije nada.

—Pero yo te escuché... —Se quedó callada. Él no había hablado, la había estado besando, era imposible... Ella había leído su mente.

Y conocido la verdad. Una verdad que le satisfacía y la llenaba de gozo...

—Ve a dormir, Zarah —le dijo él, hablando con voz baja y grave, todavía algo resentido por lo ocurrido—. En otro momento continuaremos esta conversación.

—Allan...

Él la miró a los ojos, esos dos pozos oscuros llenos de amor que tanto adoraba.

—Te amo.

Él sonrió ligeramente, una mueca ladeada, esa mueca que tan bien conocía, y que todavía, como si fuera la primera vez, podía hacerle saltar el corazón de emoción.

—Y yo a ti, Zarah —apoyó suavemente una mano en su mejilla, en una caricia tan cálida que bien pudo abrasarle la piel—. Te amo con toda mi alma... Ahora. Hoy. Esta noche, y para siempre... A ti, solo a ti. Te amo.

Zarah sintió que el llanto se apoderaba de ella, algo ridículo, siempre había odiado a las mujeres lloronas, a esas mujeres de las telenovelas que no dejaban de llorar, «cebollita picada», como solía burlarse su abuela, refiriéndose a que debían de picar cebolla durante todo el programa para que la protagonista pudiera llorar de esa manera.

Pero ahora, en la vida real, allí estaba ella, hecha un mar de lágrimas,

porque Allan, el hombre al que amaba con toda su alma, finalmente vencía sus dudas y le revelaba la verdad: que la amaba.

Y realmente, ¿qué importaba el pasado? La amaba ahora, hoy, en ese momento y para siempre, como él le había dicho.

Nada más importaba...

Allan acarició su rostro con suma ternura, secando cada lágrima con devoción. Zarah no pudo más, cruzó todas las barreras que la habían mantenido marginada y se abalanzó sobre él, rodeándole el cuello con los brazos para estamparle un beso en los labios. Allan no retrocedió, respondió a su beso con pasión, abrazándola con fuerza contra su cuerpo.

Y el mundo volvió a tomar forma, volvió a tomar sentido y color.

Todo volvía a ser como tenía que ser.

Zarah se obligó a alejarse de sus brazos o esa noche podrían pasar más cosas de las que habría imaginado... Allan suspiró, pero no se negó —aunque notó cierta reticencia en sus manos antes de dejarla ir —, y con un suave beso de despedida en su mejilla, Zarah se alejó de vuelta a su habitación, sintiendo en cada paso dado, a su corazón, vibrante de alegría. La misma alegría que vio reflejada en los ojos de Allan, mientras la despedía a la distancia con la mirada.

Ahora todo iría bien. Lo sabía.

Allan caminó sin rumbo por la arena de la playa, los recuerdos lo atormentaban, la vida anterior vivida al lado de Mady, la felicidad compartida con la mujer amada, y que ahora, después de tantos años en su búsqueda, el destino parecía dispuesto a arrebatársela una vez más...

Zarah continuaría preguntando acerca de su anterior vida, lo sabía, y él no podría darle respuestas.

Al menos no hasta que estuviera clara la situación en la que vivían, que se hubiera asegurado que ella lo resistiría...

La vida da giros y giros, una y otra vez. Dicen que los mismos eventos se repiten interminablemente, y de alguna manera, él estaba seguro de que eso era verdad... Y era precisamente eso lo que más terror le ocasionaba.

Recordó el día, ese día tan lejano, cuando su vida comenzó a tomar rumbo.

Al menos, es lo que ellos habían creído...

—Tanek ha dicho que nos ayudará, confía en él —le suplicó Mady, tomando sus manos entre las suyas en un gesto cariñoso—. Me ha prometido que nos daría una respuesta, de ser posible esta misma semana.

Allan la abrazó, ocultando el rostro en su cabello. Conocía a Mady prácticamente de toda la vida, ella sabía leer cada gesto, cada expresión en su rostro, lo leía como a un libro abierto, y todo cuanto deseaba en ese momento era transmitirle confianza y seguridad, una confianza y seguridad que no

sentía...

—Allan, dime la verdad —le pidió Mady, sin separarse de él.

Allan suspiró. A pesar de todos sus intentos por ocultar sus sentimientos, ella de igual manera podía adivinarlos. Así de bien lo conocía...

—¿Estás preocupado, no es así? —insistió ella, acariciando dulcemente la espalda de Allan, manteniéndose abrazada a él—. ¿Es que no confías en Tanek? ¿Crees que él no cumplirá con su palabra?

—Confío en él, es el único Ruffian, además de ti, en quien podría confiar —Allan pensó detenidamente las palabras, no quería hablar de más, no dar más esperanzas, no mostrarse demasiado pesimista... Transmitir justamente lo que sentía, ni más ni menos—. Sin embargo, no tenemos mucho tiempo, Mady. He escuchado que se han corrido rumores entre la gente del pueblo acerca de lo nuestro, si tu padre se entera, te mandará lejos, y entonces estar juntos será...

—¿Imposible?

—Difícil —corrigió él—. Debemos darnos prisa —concluyó abruptamente, separándose de ella para mirarla a los ojos—. Partiré esta noche. Me encontraré con Tanek en la costa, dentro del mar será más fácil localizarlo.

—Sí, como a cualquier otro Kinam —Mady se sobresaltó, sus ojos se llenaron de lágrimas al tiempo que se aferraba a sus manos en un intento desesperado por mantenerlo a su lado—. Por favor, no vayas, Allan. Podrían matarte... No podría vivir si algo malo te llegara a pasar. Por favor, no lo hagas...

Allan tomó su rostro entre sus manos en un cálido gesto lleno de amor, se acercó a ella y con suavidad la besó en el rostro, allí donde las lágrimas corrían, y finalmente la besó en los labios largamente, como si deseara que ese beso nunca terminase.

—Volveré... —le dijo en voz baja, apartándose de ella solo lo suficiente como para verla a los ojos—. Volveré por ti, Mady. Te lo juro.

Madeleine no logró contenerse más, lo abrazó por el cuello y se soltó a llorar sobre su pecho.

—Mady, confía en mí... Por favor, no llores amor mío —Allan sintió un nudo en la garganta, la abrazó con fuerza contra él, intentando transmitirle una calma que no sentía—. Volveré por ti. Te lo juro por mi vida...

—Es demasiado arriesgado... —Mady se separó de él y lo miró a los ojos. Su rostro brillaba bajo la luz de la luna, iluminado por las lágrimas—. Estás arriesgando tu vida por mí, ¿es una tontería! Si yo fuera otra, cualquier otra, no tendrías que hacer esto. Incluso Raquel tiene un padre mucho más benevolente que el mío, él jamás le pondría reparos por intentar casarte con ella...

—Pero yo no la quiero a ella, te quiero a ti.

—¡Pero yo no te quiero muerto...! No por mi culpa... —La voz de Mady estaba llena de dolor—. No quiero que mueras por mi culpa, Allan. No vale la pena...

—La vale, si es para estar contigo.

—¡No! No... No —chilló ella de tres maneras diferentes. Allan adoraba cuando ella hacía eso, estuvo a punto de sonreír, como siempre le ocurría cuando ella solía pronunciar la misma palabra en tres tonos completamente distintos, pero esta vez no podía. No si tenía a Madeleine delante de él, a punto de romperse en pedazos a causa del dolor—. ¿No lo entiendes Allan? Te amo... Te amo demasiado para vivir sin ti... —Lo miró a los ojos, adoptando un gesto severo, a pesar del dolor que continuaba embargándola—. Antes prefiero perderte, verte en los brazos de otra, que vivas feliz al lado de otra mujer, a saberte muerto y por mi culpa...

El rostro de Allan se tensó, podía ser que sus palabras hubieran sido pronunciadas de forma entrecortada, pero Allan conocía a Mady tanto como ella a él, y sabía que cuando ella le dedicaba esa mirada, esa mirada llena de decisión, no había marcha atrás...

—¡No! —rugió él, tomándola por los hombros y zarandeándola, como si intentara hacerla entrar en razón—. Si no viviré a tu lado, no tendrá ningún sentido continuar vivo. Eres tú la que no entiende, Madeleine. Si no es contigo, no quiero estar al lado de nadie, no habrá más amor ni felicidad, porque eres tú, y solo tú, la única que lleva el significado de esas palabras escrito en su ser. Sin ti no tengo nada, y sin ti no me interesa vivir.

—Oh, Allan, no digas eso... —Los ojos de Mady, llenos de lágrimas, le dedicaron la más dulce de las miradas.

—Lo digo porque es cierto, y nada de lo que digas o hagas podrá cambiarlo. Ahora, o bien podemos continuar las cosas como las hemos llevado hasta ahora, o bien podremos intentar cambiarlas a nuestro favor... Y dado que tu padre tiene la firme intención de casarte con Ernesto, creo que lo mejor que podemos hacer es intentar cambiarlas, ¿no te parece?

Mady agachó la mirada y asintió.

—Creo que es lo mejor —murmuró, todavía con la voz entrecortada—. Pero yo iré contigo.

—No, Mady. Es muy peligroso...

—No me importa. Si no estás a mi lado, no tiene sentido quedarme en este lugar. Nada me retiene aquí, Allan. Si has de partir a buscar un lugar donde los dos podamos vivir en paz, ¿no es lógico que partamos los dos juntos en su búsqueda? ¿A qué he de quedarme yo aquí? ¿A esperar a que mi padre se aburra de darme largas y me haga una boda forzada con Ernesto? ¡Antes prefiero estar muerta! Tomaré la primera espada que encuentre y me la atravesaré...

—No digas eso, Mady. No lo digas ni en broma —Allan la tomó por los hombros con fuerza, mirándola directo a los ojos—. Si tú mueres, esta vida no tendrá ningún sentido, ¿me entiendes? Espera por mí, casada o no, regresaré por ti y te llevaré conmigo.

—Llévame contigo ahora...

—¡No!

—No me quedaré aquí.

—Mady, entiende que...

—¡No, Allan! No me quedaré aquí a esperarte tranquilamente, mientras tú pones tu vida en riesgo por los dos. Puede que no sea una gran guerrera, pero soy un Alma Amarilla, puedo curarte y salvarte la vida de ser necesario.

—Mady, es muy arriesgado... Si nos descubren, el castigo será la muerte.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

—¡No! Ese riesgo lo llevaré yo solo, tú... ¡tú no puedes morir, Madeleine!

—La voz de Allan se quebró y debió darse la media vuelta para que ella no notara que sus ojos se habían humedecido.

Mady se aproximó lentamente a él, posó una mano en su hombro y lo obligó a darse la media vuelta. Quedaron de frente una vez más, Mady se acercó a él y depositó un suave beso sobre sus labios al tiempo que pasaba una mano por su cabello, en la más tierna caricia, como si Allan fuese un niño pequeño al que tuviera que consolar con sumo cariño y esmero.

—Yo volveré a ti...

—¿Qué...? —Allan se alejó, mirándola con las cejas arqueadas, sin comprender.

—Volveré a ti —repitió ella, con una seguridad en la voz que nunca antes le había escuchado —. Hablé de ello con mi tía Flérída. Me explicó que, si lo

deseas con fuerza, tu alma puede volver a la tierra... Reencarnarse.

Los ojos de Allan se abrieron, sorprendidos. Había escuchado eso unas pocas veces, la reencarnación, la capacidad que tenían algunas almas de regresar a la vida terrenal en un nuevo comienzo de vida humana, pudiendo caer en la descendencia de cualquier familia, en cualquier tiempo y en cualquier persona...

—¿Cómo harías eso?

—Lo haré. No importa cómo, lo haré —Apoyó una mano sobre su mejilla, en una caricia tan cálida que abrasó la piel de Allan—, te lo juro. No importa cómo, no importa cuándo, yo regresaré a ti. Te lo juro, Allan.

—¿Y...? ¿Pero...? ¿Y yo...?

—Tendrás que esperarme —sonrió ella, enternecida de encontrar tanto desconcierto en su respuesta. Sabía que eran pocas las ocasiones en las que Allan reaccionaba con sincera sorpresa, cientos de veces había soñado verlo sorprendido de esa manera cuando le anunciara por primera vez que esperaba un hijo suyo, cuando por fin ese día tan anhelado, el día en el que se convirtiera en su esposa y pasaran el resto de sus vidas juntos, viviendo felices sin que nadie los molestara ni se interpusiera entre ellos, llegara al fin...—. No sé cómo será, ni cuánto tiempo tardaré... Pero yo regresaré a ti, Allan. Te lo juro.

Allan la abrazó y hundió la cabeza en su hombro, y con la emoción que lo embargaba, le susurró al oído:

—Y yo te esperaré hasta que ese día llegue, Madeleine. Te lo juro.

—Espero no interrumpir nada...

Mady y Allan se separaron al escuchar esa voz, el llanto se transformó en alegría en el rostro de Mady mientras se volvía hacia la oscura figura que se aproximaba a ellos desde el bosque y corría a abrazar a su hermano.

—¡Tanek! —exclamó llorando, ahora de alegría, mientras le echaba los brazos al cuello a su hermano.

—Pequeña Mady —contestó el otro, levantándola en un abrazo de oso que a ella le sacó el aire de los pulmones—, ¿cómo te encuentras? Además de hecha un mar de lágrimas, ¿acaso te ha hecho llorar este pedazo de animal? —preguntó en tono de broma, tendiéndole una mano a Allan para saludarlo.

Él la estrechó por el codo a modo de saludo y le sonrió, sinceramente agradecido por su presencia.

—Solo me hará llorar si me deja atrás —contestó Mady, dirigiéndole a Allan la más dulce de las sonrisas.

—De eso ni hablar, entonces —contestó Tanek—. No puedo permitir que hagan llorar a mi hermanita, vendrás con nosotros.

—Tanek...

—No repliques, Allan —intervino Mady, sonriendo como nunca—, ya lo decidimos y no hay marcha atrás. Nos iremos juntos. Esta misma noche de ser posible.

—Mady... ¿Estás segura de que realmente quieres esto? —Allan intentó razonar con ella—. Es peligroso, y no sabemos qué encontraremos...

—Ya está decidido —afirmó ella, sin dejar de sonreír, y girándose hacia Tanek, añadió—. Dime, mi querido hermano, ¿podemos marcharnos ya?

—Cuando usted quiera, mi princesa —le dijo él en un tono humilde a modo de broma—. He dejado una barca oculta al otro extremo del bosque. Si lo desean, partiremos esta misma noche.

Allan parecía preocupado, pero al ver los anhelantes ojos de Mady, no pudo hacer menos que asentir.

—Está bien —terminó diciendo—. Mady, te acompañaré a tu casa para

que recojas tus cosas y...

—No —sentenció ella, negando firmemente con la cabeza—. Es arriesgado, podrían descubrirnos y todo el plan se nos vendría abajo. No voy a desperdiciar esta oportunidad, vámonos ya de una buena vez, antes de que comiencen a extrañarnos y salgan en nuestra búsqueda.

—Pero...

—No hay nada que desee de esa casa —le aseguró ella, adivinando lo que iba a decir—. Es más, no hay nada que continúe queriendo de los Ruffian... —añadió, prácticamente arrancándose el brazaletes de los Ruffian de la muñeca para lanzarlo lejos.

Allan sonrió y la tomó de la mano.

—Todo cuanto necesites, te lo daré yo en adelante. No tienes que preocuparte de que te haga falta nada.

—Allan, si estoy contigo no necesitaré nada más...

—Ya, ya, ya, son demasiado melosos y no me gusta lo dulce —bromeó Tanek, abrazando por los hombros a cada uno en un gesto intencionado para separarlos—. Vámonos ya, no quiero esperar, y mucho menos esperar observando cómo se derriten mutuamente por el otro. Ya tendrán tiempo de eso cuando estén en su propia casa siendo marido y mujer.

Mady sonrió con las mejillas enrojecidas al máximo y agachó la cabeza.

—Y en cuanto a ti —añadió Tanek, mirando a Allan con el ceño fruncido—. Más te vale hacer feliz a mi hermanita, porque si me entero de que le ha sucedido algo, cualquier cosa, te juro que te asesinaré.

—¡Tanek!

—Está bien, Mady —Allan sonrió afablemente—. Él tiene razón, y si tú fueras mi hermana, diría lo mismo. Y en cuanto a ti —añadió, dirigiéndole a

Tanek una mirada tan severa como la que él le había dado primero—, más te vale cumplir tu promesa, porque si algo le sucede a ella, no me interesa seguir viviendo.

—¡Allan! —Mady ahora sí explotó, y agarrando a cada uno por una oreja, como si se trataran de niños pequeños, los llevó con ella en dirección al bosque—. Ustedes dos van a dejar de amenazarse mutuamente a la primera oportunidad y comenzar a comportarse como hermanos y buenos amigos, porque de este día en adelante, es lo que serán, y por mí corre que si no lo cumplen, haré sus vidas tan miserables que no permitiré que vuelvan a tener ganas de formular una nueva broma en su vida.

—Más te vale que le hagas caso, es pequeña, pero decidida —dijo Tanek mirando a Allan por el rabillo del ojo—. Pensándolo bien, creo que sobró la amenaza. Debí darte mis condolencias... ¡Ay! —gritó cuando el tirón de Mady aumentó—. Está bien, está bien, ya entendí. No más bromas.

Los tres rieron alegremente, y en un conjunto de abrazos colmados de alegría, continuaron el camino por el bosque.

El corazón de Mady vibraba, lleno de felicidad y anhelante de la dicha que tendría en adelante. Por fin su sueño se estaba realizando, se convertiría en la esposa de Allan y vivirían juntos el resto de sus vidas, sin que nada ni nadie pudiera interponerse entre ellos.

Ahora todo iría bien. Lo sabía.

Zarah despertó esa mañana con una sensación extraña en el pecho, aunque no pudo definir de qué era, si felicidad, un buen augurio o sencillamente sentirse diferente, pero en definitiva, sabía que algo sucedería ese día. ¿Qué podría ser? Ni idea, aunque esperaba que estuviera relacionado con Allan y la increíble reconciliación tenida la noche anterior...

Recordó vívidamente el momento, cada caricia, cada beso... Un escalofrío electrizante le recorrió la espalda, ¡Dios, cómo lo amaba! No había nada mejor en el mundo que estar con Allan, habría dejado todo atrás sin parpadear para poder con estar a su lado...

Se levantó de un salto de la cama y corrió al baño a darse una ducha, se vistió con rapidez, sin notar que canturreaba una vieja canción de amor mientras se hacía una cola de caballo en el pelo, apurada por bajar a desayunar cuanto antes, ansiosa por volver a ver a Allan.

—Estás muy contenta esta mañana —escuchó la voz de Flérída desde la puerta.

Zarah se giró, sorprendida, y al hacerlo la liga de cabello que tenía en la mano salió disparada contra la puerta.

—Siento haberte asustado, toqué pero creo que no me escuchaste —le dijo Flérída con una sonrisa, agachándose para recoger la liga y entregársela en la mano—. ¿Necesitas ayuda para peinarte? Noelia no se siente bien esta mañana, y seré yo la encargada de ayudarte a alistarte.

—Estoy bien, no te preocupes Flérída —Zarah le dedicó una sonrisa, dejándose finalmente el cabello libre sobre los hombros.

—Te ves muy linda de esa manera, deberías dejarte el cabello suelto siempre —La mujer le dedicó una sonrisa maternal, dando unas palmadas aquí y allá para acomodar unos rizos rebeldes, para finalmente apoyar las manos sobre sus hombros, en un gesto cariñoso—. Eres tan bonita, Zarah. Te pareces tanto a tu madre... —suspiró con cierta tristeza, dando una última caricia a su cabello—. Se hace tarde, será mejor que bajas a desayunar, tu abuelo te está esperando, y me parece que te tiene una sorpresa que te resultará de lo más agradable.

—¿Una sorpresa? —Zarah se giró, arqueando las cejas—. ¿Qué sorpresa?

—Ya no sería una sorpresa si te lo dijera —Le guiñó un ojo, y por un momento Zarah sintió que la trataba como si fuera una niña pequeña—. Anda, ve abajo. Yo me quedaré aquí a ordenar un poquitín tus cosas. Y no, no me repliques, es mi trabajo —le dijo antes de darle tiempo a la joven de oponerse.

Zarah asintió y le dio las gracias antes de salir por la puerta y encaminarse al salón comedor, donde seguramente se encontraría su abuelo. Bajó las escaleras de dos en dos, dándose prisa en llegar, por lo que estuvo a dos pasos de darse de bruces con Aidan cuando él, a su vez, iba subiendo por la escalera.

—¡Al fin llegas! —exclamó su hermano, tomándola de la muñeca para llevarla con él sin darle tiempo de reaccionar—. El abuelo está impaciente por verte.

—¿Por qué...? —Zarah sintió que la sangre se le iba a los pies, volviéndolos de plomo, ¿es que su abuelo habría averiguado algo de lo que sucedió anoche entre ella y Allan?

—Es una sorpresa —contestó su hermano.

Zarah frunció el ceño, comenzaba a creer que no le gustaban las sorpresas.

Pero en ese momento, le esperaba otra sorpresa; en lugar de dirigirse al comedor, como esperaba, su hermano se encaminó directamente al despacho de su abuelo.

Zarah solo había estado allí en un par de ocasiones, aunque sabía muy bien que tanto su abuelo como Aidan solían acudir a esa habitación con frecuencia, gracias a un evento ocurrido unos días atrás...

Su abuelo la había mandado llamar para un asunto de suma urgencia. Preocupada de que se tratara de algo grave, corrió a su encuentro en el salón del trono, y uno de los empleados del palacio debió explicarle que su abuelo la esperaba en el despacho, y como no tenía ni idea de dónde se encontraba, debió escoltarla hasta él.

Demasiado preocupada para detenerse a llamar, abrió directamente la puerta y se asomó en el interior.

Para sorpresa de Zarah, la primera vez que entró en esa habitación, le pareció tan normal que por poco creyó que se había equivocado de mundo y había vuelto a su hogar entre la gente Homo. Era un cuarto amplio, pero sencillo, de paredes revestidas de madera y con sillones de cuero ubicados en derredor a una mesita de café donde reposaban algunos libros, de empaste similar a los cientos que se encontraban guardados en las estanterías que conformaban buena parte de los muros de la habitación. Del otro extremo de la habitación, la vista de un imponente escritorio de caoba roja del tamaño del comedor de su casa, contrastaba contra el azul del océano, apreciado por el enorme ventanal de piso a techo tras él.

Sin embargo, en lugar de encontrar a su abuelo sentado en su escritorio, como había supuesto, lo halló acomodado en uno de los sillones de cuero que rodeaban a la mesita de café, y a su lado, en el otro sillón, a su hermano Aidan. Pero no fue eso lo que la sorprendió, sino el hecho de que ambos se

encontraban absortos en una pantalla de televisión que se encontraba delante de ellos.

Nunca antes había visto una televisión en la isla, y la de su abuelo se había encontrado oculta tras un panel de libros que en ese momento yacía a un costado. Supuso que debía ser algo estratégico, una manera de mantenerse informado sobre el mundo Homo y sus acontecimientos más importantes. Y al ver a su abuelo sentado al borde del asiento, los nervios recorriendo cada parte de su cuerpo, y la tensión grabada a fuego en su rostro mientras mantenían la vista fija en la pantalla, lo primero que le pasó por la cabeza a Zarah fue que algo muy grave debía de haber sucedido.

Zarah, con la boca seca a causa del miedo, se aproximó a ellos, sin poder pronunciar una palabra para preguntar qué era lo que sucedía.

Y fue cuando lo vio.

No estaban viendo las noticias, no habían lanzado una bomba nuclear ni había estallado la tercera guerra mundial, lo que veían era a una pareja besándose apasionadamente después de terminar abruptamente una pelea que había dejado la habitación donde se encontraban patas arriba... ¡Estaban viendo una telenovela!

—¿¡Qué están haciendo?! —chilló Zarah, sorprendida, provocando que ambos hombres saltaran en sus asientos.

Aidan le dedicó una mirada ceñuda al tiempo que su abuelo parecía un tanto avergonzado por ser descubierto infraganti. La hizo pasar a toda velocidad a su despacho y cerró la puerta tras ella, después de asomar la cabeza por el pasillo para asegurarse de que nadie la había escuchado.

—¿Por qué están viendo eso? —preguntó Zarah entre risas, mirando ahora a su hermano, que había adoptado un vivo color escarlata en el rostro.

—No lo estamos viendo... Estamos investigando. Es documentación sobre el mundo Homo —le dijo Aidan, mirándola ceñudo, a pesar de que su rostro

continuaba rojo—. Es necesario estar informados sobre los acontecimientos humanos.

—Claro, con telenovelas. No hay mejor estudio antropológico —rió Zarah abiertamente, sonsacando una sonrisita a su hermano.

—Zarah, te hemos llamado aquí para preguntarte acerca de un asunto de suma importancia —había intervenido su abuelo—. Necesitamos saber el concepto de algunos términos que saltan a nuestro conocimiento.

—Bien, pregúntame lo que quieras, con excepción del final de esa telenovela, porque mamá no me dejaba verlas en casa.

Para su sorpresa, el rostro de su abuelo adoptó un gesto de decepción.

—¡No puedo creerlo! —comenzó a reír Zarah una vez más—. ¿Quieres saber el final de la telenovela?

—No el final —argumentó Aidan—. Solo si Vanessa María de los Ángeles se quedó con Ronaldo Mauro Ignacio o con Juan José Miguel.

La carcajada de Zarah fue tal que por poco terminó tirada en el suelo, incapaz de sostenerse en dos piernas.

—Lo siento, lo siento... —intentó disculparse, aferrándose el costado del vientre con una mano mientras reía—. Es que... sencillamente... jamás me hubiera imaginado que ustedes dos... Lo siento... No me río de ustedes... Se lo juro...

La mirada que Aidan y Ahren le dedicaron fue tal que ella se vio obligada a dejar de reír. No sabía si los había ofendido en el orgullo o decepcionado por no poder contestar a sus preguntas, pero ambos permanecieron impasibles y callados, esperando a que ella se tranquilizara.

—Bien... pueden buscarlo en internet —les dijo después de un rato, secándose las lágrimas del rostro con el dorso de la mano—. Seguramente allí vendrá el final de la telenovela. Es muy vieja, seguramente incluso podrían

comprarla...

Por primera vez una luz se encendió en el rostro de Aidan, que compartió una mirada de complicidad con su abuelo.

—Bien, Zyanya, eso era todo. Gracias —le dijo Ahren cortantemente, y Zarah sospechó que no la estaba echando de allí por su ataque de risa, sino por la urgente necesidad de salir de allí para hacer un encargo a la tienda Homo más cercana.

Ese acontecimiento quedó grabado en su memoria de tal manera, que ahora, al encontrarse nuevamente frente al despacho de su abuelo, una sonrisita voló a sus labios, acompañada con un sentimiento de tranquilidad. Si su abuelo la había citado en esa habitación, seguramente no sería para nada malo.

Entraron sin tocar, Ahren se encontraba sentado en uno de los sillones leyendo unas hojas, mientras mantenía otras esparcidas en la mesita de café. Zarah supuso que ese debía ser su lugar favorito, pues el resto de la habitación permanecía inmaculadamente ordenada, la televisión yacía oculta tras el panel de libros y el escritorio pulcro como si fueran a tomarle una foto para un catálogo, otorgando la apariencia de un despacho regio y serio, donde nada más que la lectura y el trabajo ocurría allí.

—Aquí estamos, abuelo —anunció Aidan, deteniéndose delante de él.

Zarah no pudo evitar arquear una ceja al comprender que la sorpresa también debía ir para Aidan, de otra manera no habría parecido tan impaciente por conocerla.

Ahren levantó la vista de los papeles que mantenía delante de él y los observó con una sonrisa, primero a Aidan y luego a Zarah.

—Querida niña mía —comenzó a decirle—, hoy me han llegado excelentes noticias para ti.

Zarah abrió la boca, asombrada y lista para preguntar, pero su abuelo continuó hablando, sin darle oportunidad.

—Me han informado que la situación urgente que te mantenía atada a la isla ha sido neutralizada.

—¿Neutralizada?

—Eres libre —sonrió su abuelo, acercándose a ella para darle un cariñoso abrazo—. Estás fuera de peligro, cariño mío. O al menos, del peligro inminente que nos preocupaba.

Los ojos de Zarah se abrieron de manera desorbitada, al tiempo que una sonrisa de esperanza luchaba por aparecer en sus labios, todavía demasiado temerosa para cantar victoria.

—¿Eso quiere decir que... puedo ir a casa?

—Sí, querida.

—Pero... —Aidan la miró con desconcierto, y Zarah se sintió terrible al leer el desamparo en esos ojos grandes y grises que había comenzado a querer tanto, los ojos de su hermano—. ¿Se va a ir para siempre?

—No... —Zarah posó una mano sobre el hombro de Aidan, antes de darle tiempo a su abuelo de contestar—. Nunca te dejaré, ya te lo dije.

Ahren sonrió, abrazando a sus dos nietos a la vez.

—Zyanya irá solo por el fin de semana. El trato de sus salidas de fines de semana a casa de sus padres ha sido reestablecido, es a eso a lo que me refería. Me alegro de que lo entendieras, hija.

Zarah asintió, aunque cierta amargura llegó a su corazón. Ella realmente esperaba poder marcharse a casa para siempre.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó Aidan, extrañado—. Creía que Zyanya estaba en peligro... ¿Hay noticias sobre Tanek? ¿Es él quien ha pasado la

información?

La sonrisa en el rostro de Ahren fue suficiente respuesta para el muchacho y calentó las pálidas mejillas de su nieto, quien sin decir palabra, lo abrazó, profundamente agradecido por la noticia.

—Ahora ve arriba y recoge tus maletas, hija. Flérida me dijo que empacaría por ti, puedes partir enseguida, si así lo deseas.

—Claro que lo deseo, ¡oh, abuelo, muchas gracias! —Zarah lo abrazó también, sin poder evitar sonreír de gusto.

Aidan, a su lado, se mantuvo serio observándola en silencio, y el remordimiento de partir y dejarlo le atravesó el corazón.

—Aidan, ¿vendrás conmigo, no es así? —Zarah le dirigió una sonrisa fraternal.

Arqueó las cejas, confundido.

—¿Yo?

—Por supuesto, ¿no recuerdas que habíamos acordado que me acompañarías a casa cuando pudiera ir nuevamente?

—Pero...

—Vamos, hermano, ánimo —Zarah le sonrió afablemente, pasando un brazo por su hombro—. Estará toda mi familia, mis hermanos y mis hermanas... —Arqueó las cejas en una sonrisa pícaro, provocando que el color de las mejillas de su hermano se encendiera.

Aidan miró a su abuelo de reojo, quien asintió con la cabeza, animándolo a partir.

—Está bien —contestó él, fingiendo una postura huraña—. Alguien tiene que cuidar de ti, de todos modos.

Zarah rio y lo besó en la mejilla, dejándole a propósito un beso húmedo

que él se limpió con el dorso de la manga.

—Iré a preparar mi equipaje. Nos vemos en la puerta en diez minutos — Aidan finalizó la conversación, saliendo por la puerta a largas y rápidas zancadas que intentaban disimular su emoción.

—Y yo iré a llamar a casa. Muero por ver la expresión en el rostro de mamá cuando se entere de que voy para allá —sonrió Zarah, parándose de puntitas para besar a su abuelo en la mejilla—. ¡Te quiero, abuelo!

—Y yo a ti, pequeña —rio el hombre, observándola salir a la carrera por la puerta.

Zarah no podía esperar para darle la noticia a su familia. Al entrar nuevamente en su habitación, esta se encontraba desierta. La maleta, con sus cosas perfectamente guardadas dentro, reposaba sobre una silla junto a la cama. Zarah sonrió, agradecida con Flérida por el detalle, le hubiera gustado agradecerle en persona, pero no la encontró por los alrededores y había quedado en encontrarse con Aidan en diez minutos en la entrada, no tenía tiempo que perder, así que caminó directo hasta la mesita de noche y con dedos temblorosos a causa de la emoción pulsó el botón de establecer comunicación con su hogar.

De inmediato una imagen apareció suspendida en el aire, y en ella vio claramente a Marijó. Se movía con paso vacilante por la cocina, llevando una taza hasta la cafetera con la intención de llenarla de café. Tenía el cabello despeinado y llevaba puesta un pijama negro con gatitos de *Hello Kitty* rosas y blancos.

—Devuelve a este zombi a la vida, santa cafeína —musitó su hermana, terminando de servirse una taza de café hasta el borde y llevársela a los labios.

—¡Marijó!

Su hermana pegó tal brinco que el café salió volando y le quemó el pecho

y buena parte de la cara.

—¡Zarah! —gritó ella, malhumorada, girándose hacia la pantalla al tiempo que se levantaba la camiseta del pijama para evitar quemarse la piel—. ¡¿Qué crees que estás haciendo asustándome de madrugada?!

—Son casi las nueve de la mañana.

—Ya lo sé, por eso dije madrugada —repitió ella, furiosa—. Son vacaciones, Zarah. Levantarse antes de las doce, es madrugada. ¿No puedes limitarte a llamar a horas decentes? Como las dos o tres de la tarde, ¿o al menos hasta que haya terminado de beber mi café? —bromeó, llevándose nuevamente, manchada por los costados de café, a los labios—. ¡Síiii! Esta es la droga de la vida, ¡cómo te amo, cafeína!

—Solo tú le hablas a las cosas antes de bebértelas —rio Zarah.

—O comérmelas —apuntó Marijó, dejando la taza vacía a un costado—. Ahora sí, estoy lista. ¿Qué quieres, hermanita? —Le dedicó la más falsa y angelical sonrisa.

—Avisar que voy a casa.

La sonrisa en el rostro de Marijó se transformó en una verdadera y de completo entusiasmo.

—¡¿Lo dices en serio?! —Saltó, corriendo hacia el aparato como si intentara abrazarla, consiguiendo que su cabeza apareciera desproporcionada y quedara flotando como un inmenso globo encima de su mesita de noche.

—Lo digo muy en serio —contestó Zarah, llena de alegría—. ¿Está por allí mamá? Me gustaría avisarle que...

—No está —la interrumpió su hermana, demasiado emocionada para callar—. Fue con Maricarmen y los niños a una tienda nueva donde venden material didáctico para niños con autismo. No creo que tarden mucho en regresar, o eso supongo. La verdad antes de tomarme el café no recuerdo ni mi

nombre, y si me dijeron algo, se me borró completamente.

Zarah rio de buena gana, contenta de volver a su familia. ¡Dios, cómo los extrañaba!

—En ese caso, y ya que te has tomado tu café —apuntó, mirando la taza todavía manchada que su hermana había dejado vacía en la encimera de la cocina—, puedes decirle a mamá que voy para allá y que llevo a alguien conmigo de visita.

—¿Allan? —Su hermana le dedicó una sonrisa pícaro.

Zarah abrió los ojos como platos, ¡Allan! Se le había pasado por completo avisarle. ¿Sabría él que se marchaba...?

—¿Zarah? ¡Tierra llamando al planeta donde sea que te hayas largado! ¡Zarahhh!!!

—Sí, lo siento, lo siento —Zarah se obligó a volver a la conversación—. No, no es Allan, es mi hermano, Aidan. Lo invité a pasar el fin de semana con nosotros. Por favor, dile a mamá que prepare una cena especial para él, quiero que se sienta bien entre nosotros.

—Seguro, mamá estará encantada, ya la conoces —Se encogió de hombros de manera despreocupada, mordiéndose la orilla de una de sus uñas pintadas de negro—, adora a los invitados, en especial si pueden hablar para halagar sus platillos de comida típica mexicana.

—Me tengo que ir, me están esperando. Por favor, no te olvides...

—No se me va a olvidar —replicó su hermana, sin dejarle terminar—. Como si vinieras todos los días para que se me olvidara —le dijo con cierto resentimiento.

—Lo siento, de verdad que no ha estado en mis manos...

—Tranquila, ya lo sabemos —Marijó le dedicó una sonrisa, una de esas

sonrisas especiales que venían directo del corazón, y que a tan pocas personas le daba—. Me alegra que vengas, hermana. Date prisa.

—Lo haré —Zarah sonrió y se alejó del aparato—. Nos vemos pronto, Marijó.

—Nos vemos, Zarah.

La comunicación se cortó. Zarah sonrió para sus adentros, contenta de tener la oportunidad de volver a ver a su familia. Aunque, ahora lo más urgente era encontrar a Allan, necesitaba avisarle de alguna manera...

—Hermana, ¿estás lista? —Aidan apareció en la puerta.

—Sí... Yo...

—Bien —dijo él de manera apremiante—. Baja de una vez, yo llevaré tu maleta.

—Sí, enseguida, solo quiero...

—Zyanya, baja ya —Los ojos de Aidan brillaron al verla—. Allan está abajo con el abuelo. Date prisa...

Zarah no necesitó una segunda interpretación a esa mirada, sintiendo que el corazón le latía con fuerza, salió a la carrera rumbo a las escaleras, buscando encontrarse con Allan y su abuelo antes de que algo malo sucediera.

Zarah bajó corriendo tan rápido como le permitieron las piernas. No necesitó buscarlos con la mirada, los encontró de pie cerca de la puerta, las voces la habían conducido directamente hacia ellos, o mejor dicho, la voz de Allan, quien por primera vez parecía alterado delante de su abuelo.

—¡...no es seguro! —terminaba de decir Allan cuando ella llegó a su lado. Sus miradas se encontraron, en lugar del brillo de fervor que había visto la noche anterior, vio sus ojos brillantes de otro sentimiento... aunque no pudo distinguir con claridad cuál, pero se debatió entre temor, furia y desesperación.

—Capitán, le agradezco su interés en la seguridad de mi nieta, pero no tiene ningún derecho de venir aquí a exigir nada —Ahren habló con voz clara y firme, la voz de un rey que ejerce su autoridad—. Usted ya no es su guardián, y por lo tanto...

—Tiene que escucharme —sentenció Allan, volviendo a fijar su atención en el hombre—, no puede permitir que la princesa salga de la isla. Quién sea que la haya atacado sigue allá afuera, esperando la oportunidad para conseguir su objetivo.

—¿Cree usted que expondría a un peligro potencial a mi propia nieta? —bramó Ahren, encendiéndose por primera vez.

Patrick, Alessandra y Jaqueline, a quienes Zarah no había notado hasta ese momento, se estremecieron y se cuadraron en un acto reflejo, desviando la vista de la escena que se suscitaba ante ellos. Incluso Zarah sintió temor ante

la imagen furiosa de su abuelo, se veía tan distinto al hombre apacible y bonachón que había conocido hasta entonces...

Sin embargo, Allan no dio el brazo a torcer.

—Sé que usted no pondría en peligro a Zarah, pero se equivoca si cree que el peligro ha pasado.

—La amenaza directa ha sido neutralizada.

—¡Allá afuera hay cientos de amenazas!

—Sí, y siempre las habrá. Zyanya es una princesa y una Capadocia, tiene cientos de enemigos por el mero hecho de ser quien es, y ni usted ni yo podemos hacer nada para controlar los pensamientos o sentimientos de los demás. Es una realidad con la que debemos vivir desde nuestro mismo nacimiento, toda familia real lo sabe, un precio que hay que pagar por ocupar el puesto que ocupamos ante la gente —Ahren le dedicó una mirada un tanto despectiva—. Quizá usted no lo entienda, Allan, después de todo es un simple plebeyo.

Allan tragó saliva, pero no se amedrentó.

—Tiene razón —dijo con voz grave—. Quizá no entienda lo que es vivir como un rey, pero entiendo lo que es vivir amenazado. Y si hay una amenaza latente para la princesa, lo que debemos hacer es protegerla, mantenerla a resguardo...

—No es modo de actuar de un rey el esconderse, ni tampoco de una princesa. Es esa la razón por la que Zyanya ha entrenado, ella debe aprender a defenderse sola.

—Aún es muy joven y nueva en todo esto.

—Lo sé, y he ahí el hecho de que cuente con una escolta, conformada por miembros que usted mismo eligió, capitán, los mejores de los mejores, conforme a sus propias palabras.

Allan asintió, sin poder debatir eso.

—Zyanya saldrá, no permanecerá oculta para siempre, eso sería cobarde —continuó hablando Ahren—. Y serán sus hombres y sus habilidades las que le darán seguridad. Hoy vencimos una amenaza, pero siempre vendrá otra, Allan. Es la realidad que yo, Aidan y Zyanya, como cualquier miembro real, debemos afrontar día a día. Una realidad dura, sí, pero no por ello trágica, ni nos hará esconder la cabeza bajo la arena. Somos Capadocia, somos valientes y fuertes, nuestra naturaleza es enfrentar el peligro y los males con la cabeza en alto. Y esta ocasión no será la excepción.

Allan miró a Zarah directamente, y ella pudo sentir la desesperación que irradiaba su rostro.

—Permítame ir con ella —le dijo al rey, volviéndose enérgicamente hacia él—. Permítame protegerla.

—Creo que esa parte ya la hemos dejado clara...

—Sabe que soy el mejor guerrero en esta isla, sabe que daría mi vida para defenderla a ella, y también a Aidan...

—Allan, puede ser que usted...

—¡Se lo juré a Tanek! —bramó Allan, sacando su última carta bajo la manga—. Se lo juré, rey Ahren. Y no puedo romper mi juramento.

Ahren pareció dudar por primera vez, mirando a Allan con gesto inquisitivo.

—Él debe ir, abuelo.

Zarah se giró sorprendida al escuchar la voz de Aidan tras ella. Su hermano había bajado por las escaleras y ahora se encontraba a pocos pasos de ella sin que hubiera notado su presencia. Su rostro bastante perturbado por la declaración de Allan.

—Sabes que debe ir, abuelo —insistió Aidan—. Es cuestión de honor. Él no puede romper su promesa a Tanek.

—Bien —contestó Ahren en voz baja tras unos minutos de silencio—. Irá. Pero solo como guardián, no entrará a la casa ni se comunicará con mi nieta, permanecerá en los linderos de la casa de su familia Homo, custodiando como un guardián fantasma, invisible a ojos de todos ¿ha quedado claro?

—Sí, señor —Allan asintió.

—Partan enseguida —musitó Ahren con brusquedad, como si temiera arrepentirse en cualquier momento.

Zarah notó una cierta aflicción en su rostro contra la que su abuelo parecía intentar luchar en vano, como si dos partes de él se dividieran y enfrentaran entre sí, la parte del deber y la parte del corazón.

Y supo que él deseaba tanto como Allan mantenerla sujeta a la protección de la isla.

Pero como él mismo había dicho, una cosa era lo que él deseaba y otra el deber. Igual que una madre no desea dejar a su pequeño hijo llorando en la escuela el primer día de clases, pero sabe que debe hacerlo por su propio bien, su abuelo ahora la dejaba libre para enfrentarse al mundo, aunque al darse la vuelta fuera él quien soltara las lágrimas.

—Abuelo... —Zarah se aproximó a él, sintiéndose mal de encontrarlo tan perturbado.

—Ve, hija mía —Ahren sonrió, y por primera vez Zarah notó el peso de los años en su sonrisa—. Diviértete con tu otra familia y cuida de tu hermano.

—¿No te gustaría venir con nosotros? Te divertirás y...

Ahren la abrazó y la besó en la frente.

—Será en otra ocasión, querida mía. Ahora tengo asuntos que atender de

extrema importancia —Miró a Aidan, quien le dedicaba a su vez una sonrisa expectante—. Espero tenerte buenas noticias a tu regreso, jovencito.

—¿Me avisarás en cuanto lo veas?

—Tenlo por seguro —asintió Ahren, abrazando ahora a su nieto—. Ahora vaya, se hace tarde y deben aprovechar al máximo su tiempo libre, disfrutar y recargar energías. La próxima semana les tocará un duro entrenamiento.

Zarah notó que su abuelo parecía un poco tenso a pesar de la cordialidad con que los despidió, era claro que le ocultaba algo, aunque no tenía idea de qué podía ser.

—Aidan, ¿a quién va a ver el abuelo? —le preguntó a su hermano en voz baja, caminando a su lado mientras él llevaba las maletas.

—A Tanek —contestó Aidan con naturalidad, dirigiéndole una sonrisa—. Ha sido él quien ha dado las noticias sobre la neutralización de tus enemigos, porque ha sido él quien lo ha conseguido. No ha de tardar en volver a Tierra de Libertad, y cuando lo haga haremos una fiesta para celebrar su regreso. ¡Me siento tan feliz, hermana! Y tú también deberías alegrarte...

—Claro, me alegro, es un amigo muy querido para ti y para Allan.

—No me refiero a eso, sino...

—Aidan, ya vamos a partir —lo interrumpió Allan, tomando las maletas de las manos del joven—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Zarah no comprendió qué fue lo que sucedió en ese breve intercambio de miradas que tuvieron Allan y Aidan, pero después de ese par de segundos, ninguno de los dos volvió a decir nada con respecto al tema de Tanek.

El viaje a casa fue bastante tranquilo y silencioso. Aidan se dedicó a dormir como si no lo hubiera hecho durante semanas, mientras Allan y sus demás amigos se dedicaban a dirigir la nave acomodados en la cabina, donde en esta ocasión a Zarah no se le invitó a entrar.

Cuando ya llevaban un par de horas volando, Zarah decidió ponerse de pie y dar una vuelta por los alrededores, y buscar un baño. Había bebido demasiado jugo de naranja.

Mientras salía del baño alcanzó a escuchar una parte de la conversación que Allan estaba manteniendo por videoteléfono con su padre. Por lo poco que pudo entender, Allan le interrogaba por enésima vez, pidiéndole información sobre la seguridad de la zona donde aterrizarían en unas horas, y Aníbal contestaba por enésima vez que había revisado la zona con peine para asegurarle que no había peligro.

Allan le agradeció cortantemente y Aníbal se limitó a responder que no era por él, sino por el rey Ahren, que contestaba a su pregunta después de revisar la zona por enésima vez —la palabra enésima salió varias veces a colación en su molesta despedida—, antes de colgar abruptamente, cortando la comunicación con su hijo.

Allan se giró, dejando caer el aparato en un sillón, como si el mismo teléfono le repudiara, y sus miradas se encontraron. Zarah le sonrió, aunque no supo bien si fue un gesto instintivo para intentar hacerlo sentir mejor o por el simple hecho de que verlo le provocaba sonreír imparablemente.

De todas maneras no importó, el efecto fue el deseado; Allan se aproximó a ella y la abrazó.

—¿Te sientes emocionada de volver a ver a tu familia? —le preguntó al oído, sin separarse de ella.

—Claro que sí, siento como si no los hubiera visto en años. Los extraño tanto...

—¿Qué sucede?

Zarah se separó de él y lo miró a los ojos.

—¿Crees verdaderamente que corro peligro? Dudo mucho que el abuelo

hubiera impedido que me fuera a casa de ser así, y sin embargo, tú sigues temiendo... ¿Sabes algo que yo no sé?

Allan hizo una mueca ladeada que no alcanzó a ser una sonrisa y la volvió a abrazar.

—Temo por ti, eso es todo. Digamos que soy un poco sobreprotector.

Zarah suspiró, no creía que eso fuera completamente sincero, tenía el presentimiento de que Allan le ocultaba algo.

—¿Tiene esto algo que ver con Tanek?

Allan frunció el ceño y la alejó, escrutando su rostro en silencio.

—¿Tú qué sabes sobre Tanek?

—¿Ha sido él quien envió la información de la que habló mi abuelo? ¿Ha sido él quien... neutralizó... —recordó la palabra utilizada por su abuelo— a los que intentaban matarme?

—Zarah, no contestes una pregunta con otra pregunta.

—Y tú no contestes con evasivas. ¿Por qué nunca puedes sencillamente decirme la verdad...?

—Allan —los interrumpió la voz de Patrick—, te necesitamos en la cabina. Ruperto desea hablar contigo por el intercomunicador.

—Allá voy —contestó Allan, separándose de Zarah—. Ve a dormir un rato, Zarah, el viaje aún durará unas horas más. Te avisaré cuando lleguemos.

Zarah frunció el ceño. Comenzaba a molestarle seriamente el que Allan siempre la tratara como a una niña pequeña a la que había que darle órdenes y decirle verdades a medias, como si no fuera capaz de soportar el peso de la abrupta verdad que un adulto entendería, y no ella con su débil y frágil mente infantil.

Con paso rápido, regresó a su lugar y encendió la televisión. Su hermano

continuaba dormido a su lado, no podía hablar con él ni hacerle las preguntas que deseaba. Por lo que se limitó a observar la pantalla y esperar a que las horas pasaran para llegar a casa.

Todo iría mejor cuando estuviera en su casa. Con su gente querida, con las costumbres y los conocimientos a los que estaba habituada, con su vida rutinaria y pacífica... Todo volvería a tomar forma y color, todo volvería a tener sentido, y esa inquietante sensación de encontrarse siempre en peligro remitiría al fin. En su hogar estaría segura, estaría a salvo, y sobre todo, estaría rodeada de las personas que la conocían y la amaban. En pocas palabras, estaría en su hogar.

Bien lo había dicho una niña con zapatos rojos en una ocasión: no hay lugar como el hogar.

El descenso ocurrió sin mayores pormenores. Salieron del aeropuerto mezclándose con la gente, actuando con total naturalidad cargando con sus maletas como si hubieran bajado de cualquier avión convencional.

Se dirigieron al aparcamiento donde aguardaba una camioneta *Cherokee* azul estacionada entre los demás autos normales Homo. Subieron las maletas en la cajuela y se acomodaron en los asientos. Patrick y Allan adelante, y Zarah, Aidan, Jaqueline y Alessandra en la parte trasera.

Justo en el momento en el que Allan iba a meter la llave en el encendido, escucharon una voz que los paralizó.

—¡Allan! ¡Allan! —llegó corriendo hacia ellos Flérida—. ¡Allan, qué bueno que los alcanzo!

El rostro de todos se tensó, asumiendo que algo muy malo debió de suceder para que Flérida se encontrara allí.

—¿Sucede algo? —le preguntó Allan, bajando del auto y acercándose para recibirla. Patrick hizo lo mismo, así como Jaqueline y Alessandra.

Cuando Zarah hizo ademán de querer bajar también, Jaqueline la detuvo con un gesto de la mano y le cerró la puerta prácticamente en las narices.

—Es un mensaje urgente para Allan. Es de Tanek —le dijo Flérida, entregándole a Allan un rollo de papel.

Allan frunció el ceño y lo tomó enseguida, alejándose unos pasos para leerlo en privado.

Aidan, mucho más rápido que Zarah y los otros, bajó de la camioneta y se acercó a Allan. Antes de que ella pudiera correr tras su hermano, Alessandra la había detenido por el brazo y devuelto a su asiento.

—Por favor, princesa, quédate aquí. Es por tu seguridad.

—¿Qué sucede? —preguntó Zarah, alzando la voz para que Allan la escuchara.

—Es Tanek... —contestó Aidan, con voz angustiada—. Está en peligro...

—Creí que estaba bien.

—¡Allan, por favor! —escuchó rogar a su hermano.

—¿Qué pasa? —Zarah esquivó a Alessandra y bajó de la camioneta para acercarse a su hermano.

—¡Hermana, por favor, convéncelo! —le rogó Aidan, regresando hacia ella—. Tanek está en peligro, le pide ayuda a Allan... ¡solo él puede salvarlo, y no va a ir si tú no se lo ordenas!

—¡Aidan, para ya! —rugió Allan.

—¡Morirá si no lo ayudas! —gritó Aidan, desesperado—. ¡Lo sabes bien!

—No puedo hacer nada...

—¡Puedes, no finjas que no es así! —gimió Aidan con voz desesperada—. ¡Te necesita, Allan! Eres su amigo... ¡Por favor!

—Allan, ¿qué ocurre? —Los ojos de Zarah volaban del rostro angustiado de su hermano al de Allan.

Allan pareció dudar, pero finalmente contestó.

—Según este mensaje Tanek está en peligro en una isla que ambos conocemos, una isla Kinam. Me pide que acuda a socorrerle... Al parecer los Kinam lo han apresado por error, y necesita mi presencia para corregir el problema.

—¡Ellos lo conocen, Allan es amigo de su rey! —añadió Aidan, sorprendiendo a Zarah por el conocimiento que tenía de su amigo y de Allan—. ¡Si Allan no acude a intervenir en favor de Tanek, lo matarán al anochecer!

—Entonces ve —Zarah lo miró angustiada—. Tienes que ir.

—No puedo... —La miró angustiado, y ella entendió su dilema.

—¿Qué es lo que te preocupa? Ya hemos llegado, están todos tus amigos para llevarme a casa, desde un principio se suponía que solo irían ellos. Estaremos bien, no te preocupes por nosotros, ve a ayudar a tu amigo.

—Estaremos bien, Allan —convino Patrick—. ¿No te han repetido mil veces por el radio que la zona es segura? No pasará nada si te ausentas unas horas.

—Solo tú puedes salvarlo —insistió Aidan—. Si yo fuera como tú... Si yo fuera un Kinam, iría a rescatar a mi amigo. Pero no puedo... Por favor, Allan. Te lo ruego... —La voz de Aidan se quebró al tiempo que para sorpresa de todos, se arrodillaba delante de Allan—. Salva a Tanek, Allan, ¡te lo suplico!

Los ojos de Zarah se humedecieron, nunca habría imaginado ver a su orgulloso hermano postrarse delante de nadie.

—Allan, es claro que es importante que vayas, tú también lo quieres, lo veo en tus ojos —Zarah lo miró, deseando llegar a él, pero todavía atrapada por el brazo de Alessandra—. Por favor, ve con él. No te preocupes por

nosotros, estaremos bien.

—Si sirve de algo, yo me quedaré con ellos —dijo Flérída, posando una mano sobre el hombro de Allan—. Puedo acompañarlos hasta tu regreso, Allan. Una espada más siempre es de ayuda en el equipo.

—No es que seamos inútiles, Allan. Si Tanek está en problemas, puedes ir a ayudarlo, nosotros nos haremos cargo de llevar a Zarah, ya hicimos lo más peligroso —añadió Patrick.

—Es cierto, los Kinam no atacarán aquí, tú mismo me dijiste que ellos no atacan donde puedan ser expuestos a los Homos, digo la gente —convino Zarah.

—Él es tu amigo, Allan —insistió Flérída—. No querrás llegar tarde en su momento de necesidad, igual que... —se calló, apartando la mirada para dirigirla sobre Zarah.

Allan asintió. Era cierto, no quería aceptarlo, pero era cierto. Tanek había sido su único amigo cuando perdió a Mady, él había estado a su lado sin importar las consecuencias, no podía dejarlo a su suerte. Si realmente los Kinam al mando de Kudrow lo habían apresado, no tenía tiempo que perder, cada segundo significaba la diferencia de hallarlo con vida o sin ella...

Allan suspiró, demasiado apesadumbrado como para contestar. Se inclinó y levantó a Aidan del piso por los hombros y lo miró a los ojos.

—Cuida de tu hermana en mi ausencia —le pidió fervientemente—. No permitas que nada malo le pase.

—Lo prometo.

Allan asintió y le pasó una mano cariñosa por el pelo, como si se tratara de un niño pequeño, a pesar de que Aidan era casi tan alto como él.

—Bien, y yo te prometo a ti que regresaré con Tanek.

Aidan lo abrazó.

La sorpresa fue tan grande como en el momento en el que se arrodilló delante de él.

Sin embargo, Allan se mantuvo tranquilo, y con un gesto suave y cuidadoso, se separó de él y le entregó un pañuelo para secar sus lágrimas.

Sin decir palabra, se giró hacia Zarah y la miró a los ojos, compartiendo cientos de sentimientos con esa sola mirada.

—Ve, Allan —insistió Zarah, posando una mano sobre su brazo—. No te preocupes, solo ve.

A Allan le costó decidirse, pero terminó por hacerlo.

La abrazó por los hombros y le susurró al oído:

—Si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en llamarme, ¿recuerdas?

Zarah asintió con una sonrisa.

—Por supuesto.

—Bien... —suspiró, alejándose por fin de ella—. Estaré de regreso con ustedes lo antes posible. Flérida... —La miró a los ojos—, por favor...

—La cuidaré como si fuera de mi familia —contestó ella, dándole una palmada cariñosa en el brazo—. Ve, y cuídate mucho, hijo.

Allan asintió y miró una vez más a Zarah.

—Volveré —le dijo en voz baja, estrechando su mano.

—Te estaré esperando —contestó Zarah, apretando la mano que la unía a él. ¡Dios, cómo amaba a ese hombre, cómo adoraba el contacto con su piel, esa sensación eléctrica que la recorría cada vez que él la tocaba!

Solo esperaba que regresara bien, sano y salvo que no lo estuviera mandando a su propia tumba...

Si se decía que Tanek era tan buen guerrero, incluso mejor que Allan, ¿qué podría garantizarle que él regresara con bien?

Dios, que todo saliera bien, por favor, por favor...

—Debo irme —Allan se separó de ella y se alejó. Intercambió con Patrick un par de palabras y le dedicó una última mirada antes de partir a paso veloz de regreso al aeropuerto.

—Creo que lo mejor será ponernos en marcha —opinó Patrick, y tanto Jaqueline como Alessandra asintieron. Todos a sus lugares. Tenemos que llevar a la princesa a su destino.

Subieron al automóvil, Flérida se acomodó en el asiento trasero, a la derecha de Zarah, mientras que Jaqueline ocupó su lugar a la izquierda de Aidan. Patrick tomó el lugar tras el volante y Alessandra se sentó en el asiento del copiloto.

Se pusieron en marcha, pero el tráfico pronto los obligó a detenerse y bajar la velocidad. Patrick buscó en derredor la manera de tomar un camino alternativo.

—Bien podrías tomar entre calles —opinó Alessandra.

—Nos saldríamos de la ruta segura.

—Si no llegamos a tiempo, se van a preocupar —opinó Jaqueline.

—Chicos, el viaje será un poco largo, ¿no les gustaría tomar algo refrescante en lo que deciden qué hacer? —les preguntó Flérida, pasando latas de bebida a cada uno—. Me encantan estas bebidas, son de lo más dulce.

—Te lo agradezco, me muero de sed —le dijo Patrick, tomando una al instante. Alessandra también lo hizo. Entonces la mujer le entregó una lata a Aidan y a Jaqueline, a su lado, antes de darle una a Zarah.

—Estoy bien, no tengo sed, gracias.

—Vamos, linda, querrás beber un poco, el viaje es largo.

—Gracias... —contestó ella sin mucho ánimo, dejando la lata sin abrir sobre su regazo, para continuar con la vista fija en la ventana. La verdad es que el saber que Tanek estaba en peligro, le preocupaba de una manera que nunca pensó podría llegar a ser posible, y el hecho de que Allan fuera solo en su búsqueda... Sabía que ella no podía ayudarlo en nada, pero si al menos pudiera haberse llevado a sus amigos con él, en lugar de tener que hacer de chofer para ella, se habría sentido menos inútil. Solo esperaba que, si ella era realmente tan poderosa como ellos decían, aprendiera pronto a usar esos poderes para ayudar a Allan en momentos de dificultad como ese.

—Dime, Zarah, ¿te sientes contenta de volver a ver a tu familia? —le preguntó amablemente Flérida, intentando hacer conversación.

Zarah le sonrió agradecida de poder quitarse por un momento la imagen preocupada de Tanek en problemas y Allan acudiendo en su ayuda.

—Sí, por supuesto. Los he extrañado mucho —contestó, notando que Patrick se decidía por tomar un camino lateral menos transitado, pero largo, que seguramente resultaría más rápido para llegar a su destino que continuar por esa calle atestada.

—Solo han sido unas pocas semanas separada de ellos, pero se te deben de haber hecho eternas, ¿no es así? —continuó hablando la mujer.

—Por supuesto.

—Grandes personas, tus padres. Me cayeron fantásticamente cuando los conocí... —suspiró, con gesto afable—, es por eso que creo que lo mejor será desviarnos antes de llegar. No quisiera que gente tan buena saliera dañada.

—¿Disculpe? —Zarah arqueó una ceja, sin comprender.

De pronto el auto comenzó a zigzaguear, reduciendo la velocidad.

—¿Patrick...? —el terror se escuchó en la voz de Alessandra.

—No me puedo mover —dijo él, intentando hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener las manos en el volante.

—Yo tampoco puedo... —dijo Jaqueline, cayendo en una especie de sopor que le impedía mantener la cabeza erguida.

—¿Qué está pasando? —preguntó Zarah, al notar que Aidan y Alessandra caían en el mismo sopor.

—Debiste tomarte tu bebida como te pedí, Zarah —le dijo Flérida—, así no habrías tenido que enfrentarte a esto tú sola.

Zarah la miró con horror, sin creer lo que ella estaba diciendo. La mujer le dedicó una sonrisa de oreja a oreja justo un momento antes de que, literalmente de la nada, un hombre les saliera al camino y detuviera el automóvil con sus propias manos.

—¡Kinam! —gritó Patrick, al tiempo que el mismo hombre comenzaba a levantarlos por el capó.

—¡Protejan a la princesa! —ordenó Alessandra, golpeando con lo último de sus fuerzas la puerta, pero al hacerlo solo se escuchó el sonido de sus huesos al romperse.

—¡Alessandra! —gritó Patrick, al verla torcer el rostro, de manera adolorida.

—¿Qué sucede? —preguntó Jaqueline, moviendo las manos en una especie de danza sin que nada ocurriera.

—Nuestros poderes... ¡no funcionan! —bramó Aidan, dedicándole a su hermana una mirada angustiada.

Zarah se giró instintivamente hacia Flérida, quien con una sonrisa angelical, levantaba el puño, luciendo un enorme anillo con una piedra roja y brillante.

—¿Han oído hablar del Anillo del Sol Rojo? —preguntó, con una sonrisa mordaz.

—¿El anillo que es capaz de quitarle el poder a cualquier Capadocia? —preguntó Alessandra, mirándola con una mezcla de enojo y sorpresa.

—Ese anillo es un mito, no existe —intervino Patrick.

—Claro que existe, solo estaba perdido... en el mundo Kinam —sonrió al ver que los Kinam comenzaban a abrir las puertas sin ninguna dificultad—. Nosotros tenemos el oro, ellos tienen esto, y mi querida princesa, también funciona contra los Alma Azul —le dijo a Zarah justo un momento antes de que un Kinam la sujetara por la cintura.

—¡Nooo...! —gritó furiosamente Aidan, intentando en vano ayudar a su hermana justo antes de que otro Kinam lo sujetara a él y lo sacara fuera del auto, al mismo tiempo que los otros Kinam sacaban a sus amigos, quienes luchaban en vano contra la fuerza de esos seres de tamaño y poder descomunales.

Sin sus poderes, eran completamente vulnerables a ellos.

De entre las sombras, un ser enorme apareció frente a Zarah, abriéndose paso entre sus compañeros, de tamaño más pequeño. Él era diferente, debía medir fácilmente cuatro metros, tenía alas negras, como su piel negra, diferente a la de los otros Kinam que era azul, y sus ojos, enmarcados por una línea roja que le cruzaba la cara, tan roja como las líneas que cruzaban sus brazos, dorso y piernas, se fijaron sobre Zarah.

Zarah tembló al verlo, reconociéndolo al instante...

—Flagpaom... —murmuró de un recuerdo oculto en lo más profundo de su mente.

Él sonrió como respuesta, sujetándola con una sola mano por la cintura como si se tratase de una muñeca de trapo.

—Me alegra que me recuerdes, princesa. He esperado muchos años por este reencuentro —rió entre dientes antes de abrir la boca para escupir un gas denso de color rojo.

Zarah sintió como si la sometieran a las llamas del fuego justo un momento antes de perder la consciencia.

Luego, todo fue oscuridad.

Allan no podía quitarse de la mente el recuerdo de los últimos instantes vividos junto a Madeleine...

Desde el día en el que habían atacado a Zarah, ese día volvía incesantemente a su memoria, trayendo consigo los terribles recuerdos del pasado que continuaban atormentando a su corazón a pesar del paso del tiempo y de haberla recuperado después de tantos años. Como si el temor a volver a perderla le provocase vivir en una continua angustia de la que no podía escapar...

El sol le dio de lleno en el rostro, deslumbrando la sensible pupila de sus ojos Kinam, con los que escrutaba los alrededores del océano, bajo él, en busca de alguna señal de vida.

Sin embargo, mientras se aproximaba al lugar indicado por el mensaje de Tanek, donde se suponía estaría esperando por él acompañado de cientos de guardias Kinam, no lograba divisar nada en derredor. Eso no pronosticaba nada bueno, un guerrero como Tanek solo podría ser sometido por varios Kinam, seguramente cientos. El que los alrededores se encontrasen desiertos, no pronosticaba nada bueno. Sus sentidos se pusieron al máximo, alertados de una posible trampa, al tiempo que la angustia en su interior se acrecentaba...

Decidió pisar la isla en busca de su amigo. De cualquier manera ya había llegado allí, y aunque su mente le decía que no tardara y diera vuelta atrás, no podía evitar pensar que solo era una imaginación suya, un truco de su propia mente, angustiada por la seguridad de Zarah.

Sabía que la zona era segura, él mismo se había asegurado de ello durante todo el viaje, y Zarah no viajaba sola, iba acompañada por excelentes guerreros, sus amigos, entrenados por él mismo, que darían su vida intentando proteger a la princesa. También sabía que si regresaba sin haber obtenido alguna información, la que fuera, para averiguar algo sobre Tanek y su mensaje, verdadero o no, estaría faltando a su misión como guardián. Su deber también consistía en proteger a Zarah de sus agresores, y ya bien hubiesen atacado a Tanek o hubieran tramado una trampa para alejarlo de ella, lo menos que podía hacer era averiguar cuál de las dos cosas era la cierta, y regresar con noticias veraces, y con las suficientes pistas para poder llegar a quien hubiese sido la cabeza del asunto.

El día era soleado, y la pequeña isla, rebosante de vegetación, lucía espléndida. La arena blanca prácticamente brillaba bajo la luz del sol, al igual que las aguas de la playa, de un azul turquesa espléndido. Un día precioso, que seguramente habría apreciado de tratarse de otro momento...

Miró en derredor en busca de cualquier signo de vida, y al no encontrarlo con sus ojos, lo hizo con su sentido Kinam. Aunque resultaba ridículo, de haber sido real el mensaje, los Kinam habrían salido a su encuentro. Los Kinam eran seres honorables, jamás se habrían escondido de él si lo que realmente buscaban era llegar a un trato.

Eso más bien tenía cara de ser una trampa...

Y las trampas las fraguaban los Raya.

Solo con pensarlo, su forma cambió completamente y adoptó el estado Kinam. Su cuerpo se alargó y se ensanchó, y su piel cambió de color, al tiempo que las largas y filosas púas aparecían por sus brazos, piernas y en el extremo de su poderosa cola.

Sus sentidos se intensificaron instantáneamente, y pudo sentir movimiento tras él, proveniente del océano.

Se tensó, pero no se puso en guardia. Los Kinam que lo aguardaban bien podían haberse retrasado...

O bien pudiera tratarse del viejo amigo al que había contactado en el camino, Caddaric.

El mensaje decía que eran los soldados Ammit-Massalia y los Ariki los que habían capturado a Tanek. Esa combinación, la unión de los dos reinos más poderosos Kinam y enfrentados uno con el otro hacía siglos, solo podía conseguirla una persona, y esa era Caddaric...

Fue por ese motivo que se sintió tentado a asistir. Caddaric, era el rey Kinam de los Ammit-Massalia, pero también estaba emparentado con los Ariki. Pocos conocían esa información, muy pocos en realidad... Es por ello que Allan decidió aceptar que el mensaje de Tanek bien podía ser real. De haber consistido en una trama, debería haber sido urdida desde muy adentro, por gente muy cercana a él y a Tanek, para conocer esa información.

Y de ser así, tendría que considerar la idea de un traidor muy cercano a su círculo de amigos...

Y algo así no podía ser.

Fue ese el motivo por el que se decidió a partir en busca de Tanek. Aún no comprendía el motivo por el que Caddaric pudiera ordenar retener a Tanek en su territorio, pero si el mensaje mencionaba a los soldados Ammit-Massalia y Ariki unidos, lo más probable es que se tratara de una pista real.

Otra cosa es que el rey seguramente no se encontrase allí y que alguno de sus subordinados se hubiera tomado la libertad de actuar en su nombre. No era la primera vez que ocurría, ni sería la última. La rivalidad entre los Capadocia y los Kinam era milenaria, una rivalidad que en el caso de muchos rayaba en el odio, si no lo practicaban con total desenvoltura. Lo más seguro es que se tratara de ese caso: un subordinado al que el poder se le había subido a la cabeza y ahora amenazaba a un importante guerrero Capadocia con la

intención de ganarse el reconocimiento entre sus iguales.

Caddaric nunca lo permitiría. De eso estaba seguro. Y él se lo dejaría muy claro a los atacantes de Tanek, y por supuesto, si las palabras no eran suficientes, pelearía contra ellos para liberar a su amigo. No era la primera vez que lo hacía. Y conociendo a su amigo, no sería la última. Después de todo, si en algo se distinguía Tanek era en su habilidad para encontrar problemas... O al menos lo había sido, hasta el momento en el que desapareció de la faz de la tierra sin dejar ninguna pista de su paradero por diez años.

Y ahora sabía que esos diez años habían sido los que él vivió adoptando otra vida, otro nombre y otro rostro, los años en los que sentó cabeza y se convirtió en el devoto, fiel y amoroso esposo de Elizabeth, la princesa de los Blancos, y en el padre de los dos príncipes herederos al trono, Zyanya y Aidan...

La vida podía ser tan irónica en ocasiones.

Había escuchado ya la teoría de que las reencarnaciones suelen suceder en cadenas de la misma familia; el padre encarna en el hijo del nieto, la madre se convierte en la hija, y así sucesivamente. Pero que Madeleine, la mujer que amaba y su alma gemela, la hermana de su mejor amigo, reencarnara en la propia hija de su amigo, nunca se le pasó por la cabeza.

Y el condenado Tanek jamás se lo dijo... —rió entre dientes de la desfachatez de su amigo.

Pero lo entendía. Por Dios que lo entendía. Él, en su lugar, habría hecho lo mismo.

Después de todo, Tanek tenía razón cuando lo acusó de ser el causante de la muerte de Madeleine. Era una verdad que había cargado sobre los hombros por más de mil años, una verdad que lo carcomía por dentro y no le permitía vivir en paz.

Una verdad que habría dado lo que fuera por cambiar...

Llevaban cinco años de casados, pronto, el mes siguiente, serían seis. Y casi un año viviendo ocultos entre las montañas de lo que años después se llamaría la cordillera de los Andes.

Anocheecía, pero para Mady parecía que fueran las diez de la mañana, mientras corría entre los cientos de flores del campo, riendo a carcajadas, contenta y libre como una mariposa.

Y es que así se veía a ojos de Allan, hermosa y maravillosa, casi etérea, como si se tratase de una ninfa de los bosques.

Allan se sintió orgulloso al repetirse esa palabra en su cabeza, «libre». Al fin eran libres, lo habían sido cerca de seis hermosos años, los mejores de su vida sin ninguna duda. Madeleine y él habían viajado por todas partes del mundo, conocido a cientos de personas y adoptado infinidad de falsos nombres, hasta llegar a asentarse en esa montaña, ya hacía casi un año.

Ya iba siendo tiempo de que cambiaran de paradero. Allan sabía que la consistencia de su éxito radicaba en que nadie los encontrara, y para ello era fundamental permanecer siempre en movimiento. Tanek se lo había dejado muy claro.

Sin embargo, todavía no lograba reunir el valor para decirle a su esposa que su estadía allí había terminado y que la condenaría con un nuevo viaje, separándola de esas montañas de las que tanto se había encariñado. Terminar tan abruptamente el sueño y enfrentarla a la realidad.

Sabía que ella estaba cansada, toda su vida había vivido en un mismo lugar y el andar de un sitio para el otro le exigía lo máximo de sus fuerzas. Mady nunca se había quejado, ni siquiera puesto mala cara. Ella era demasiado buena para hacer algo así. Por el contrario, se mostraba alegre y llena de ánimo al comenzar cada nueva aventura, como ella solía llamar a los sitios donde irían.

Pero a pesar de su buena cara, él se daba cuenta de su verdadero sentir, la conocía bien, no en vano había vivido la mayor parte de su vida a su lado, no necesitaba palabras para adivinar lo que ella realmente sentía, lo leía en sus ojos sin luz, en sus labios reseco, sus pies cansados de caminar... Y aunque él se ofrecía a cargarla, ella siempre se negaba, demasiado orgullosa como para convertirse en una carga.

« —Somos una pareja, un equipo —le repetía con voz firme, a pesar de estar extenuada—, si me llevaras sobre los hombros, me convertiría en un bulto, el equipaje que debes llevar a cuestas. Y yo estoy aquí para ser tu esposa. Si me convierto en un estorbo, prefiero que me dejes aquí ahora mismo».

Allan entendía su sentir, aminoraba el paso y apretaba su mano en un gesto de cariño para infundirle ánimo. Pasaban la noche en el lugar en el que se hubieran quedado, y al día siguiente continuaban.

De haberla cargado, habrían llegado mucho antes, pero jamás habría intentado pasar por encima de los deseos de Mady, o ir contra su voluntad. Como ella misma le decía, eran un equipo.

Su único conflicto ocurría cuando ella también era consciente del tema, y volvía a la idea que a él le aterraba, y que a ella no se le había quitado de la cabeza desde el primer instante en que la concibió: convertirse en un Kinam.

—No —le dijo rotundamente Allan una fría noche de invierno, un par de años atrás, mientras, acurrucados frente al fuego de la chimenea, charlaban sobre cosas triviales antes de que Mady sacara nuevamente el tema que le ponía los nervios de punta, y hasta entonces habían estado evitando—. Ya te lo he dejado muy claro, Madeleine. Hasta que Tanek no encuentre al Anillo de Cristal que verifique si tienes el gen, no te expondré a convertirte en una de nosotros.

—Pero Allan, ¿no ves a lo que nos enfrentamos? Si yo me convirtiera en

una de ustedes, podríamos dejar de huir... Papá no estaría interesado ya nunca más en mí, me repudiaría, igual que lo hizo con Tanek, y entonces podríamos ser felices. Incluso podríamos vivir entre los Kinam...

—¡No! —La respuesta fue tan rotunda que Mady palideció, asustada por la fiereza de su expresión.

Allan se sintió terrible por ser tan brusco con ella, la abrazó contra su pecho, y con voz más tranquila continuó.

—Madeleine, te amo, y no voy a exponerte a nada que pudiera ocasionar tu...

—¿Muerte? —terminó ella la frase que él no podía.

—Sí. —La voz de Allan se volvió profunda y grave—. Es demasiado arriesgado. Ni siquiera sé si teniendo una respuesta afirmativa del Anillo de Cristal, me atrevería a cambiarte...

—¿Por qué no? —saltó ella, comenzando a enojarse—. Ya habíamos decidido que...

—No, tú lo decidiste —la cortó Allan, mirándola con el ceño fruncido—. Ni siquiera lo consultaste conmigo, solo me comunicaste la noticia que ya habías decidido hacer con ayuda de tu adorado hermano.

—Allan, lo siento... Nunca pensé que lo tomarías así. Yo no quería...

—¿No querías qué cosa? ¿Marginarme? —Su voz sonó resentida, algo raro en él—. Pues lo hiciste, Madeleine.

—Solo intentaba conseguir que estuviéramos juntos, Allan. No me trates como si te hubiera enterrado un puñal por la espalda.

—Pues así lo sentí, Mady. Lo siento, pero es la verdad. Y no entiendo cómo querías que aceptara el hecho de ponerte en peligro, de hacerte pasar por una transición tan larga y dolorosa... Yo era un niño cuando pasé por el

cambio, y todavía tengo grabado a fuego en la memoria el momento, el eterno infierno que viví. Porque así fue, Madeleine, ¡siete meses de infierno! ¡Siete largos meses de sentir que te quemas en carne viva sin que haya nada que puedas hacer para evitarlo! Y cuando por fin crees que te mueres y serás libre, el cambio termina, y con él también llega el fin de tu vida, porque en adelante serás un monstruo. Una realidad que no se puede cambiar y que puede llegar a durar el mismo tiempo que le quede a la Tierra dando giros alrededor del Sol.

—De todos modos lo haría, si eso significase que pudiera estar a tu lado toda la vida. Es una lástima que tú no lo quieras así —se puso de pie, molesta, buscando la puerta para alejarse de él antes de que la viera llorar.

Allan se paró también y la tomó por los hombros, obligándola a girarse para verlo a los ojos.

—Por supuesto que así lo deseo también, Madeleine. Lo que no puedo permitir es que tú sufras lo mismo que yo sufrí, que pases por ese camino...

—Lo haré por ti —repitió ella, con la voz firme a pesar de que los ojos se le habían cubierto de lágrimas—, ¡haría cualquier cosa por ti, Allan!

Allan la abrazó y hundió la cabeza en su cabello, evitando que ella pudiera ver en su rostro la mortificación que sentía.

—Lo sé, mi amor. Pero no por ello te permitiré hacerlo.

Madeleine se separó de él, dedicándole una mirada irritada, al tiempo que las lágrimas desbordaban por sus ojos.

—¡Eres tan... tan... egoísta! —dijo al fin, sorbiendo por la nariz—. Todo lo tienes que decidir tú, como si esta relación fuese solo tuya, ¡pues no, esposo mío! Yo también tengo poder de decisión, y he decidido convertirme en una Kinam y ser como tú, ¡lo quieras o no!

—Mady, no estás viendo las cosas claras. A veces tiendes a tener ideas demasiado románticas, y no ves la realidad como es en verdad —Allan intentó

no exasperarse y hablar con calma, a pesar de que comenzaba a enojarse también—. ¿De qué te servirá ser una Kinam? ¡Ya hemos conseguido lo que buscábamos! Somos libres y estamos juntos, Mady...

—¿Y por cuánto tiempo? —estalló ella—. ¿Pasaremos el resto de nuestra vida huyendo, hasta que mi padre dé con nosotros y nos mande a ambos a nuestra muerte?

—Me matará a mí, no a ti. Tú eres su hija.

—Y como tal, me mandará desposar al primer idiota que se le ponga enfrente, para salvar mi honor. ¡Antes prefiero la muerte! —rugió Mady, perdiendo los estribos.

—Pero yo no, prefiero morir a que tú...

—¡Sí, siempre tú, tú, tú...! —Mady lo miró en una mezcla de enojo y dolor a través del velo de lágrimas—. ¿Nunca te has puesto a pensar en mí? ¿En lo mucho que sufriré si tú mueres y yo continúo con vida?

—Mady...

—No, Allan, no intentes hacerme cambiar de opinión, porque no lo conseguirás. Me convertiré en una Kinam, pasaré por el trance de siete meses, lo quieras o no. Y si lo evitas, lo seguiré intentando hasta que lo consiga. Así pues, allá tú si decides prolongar mi sufrimiento...

—Mady, entiende que no tiene sentido. ¿Qué pretendes conseguir? ¡Solo serás un monstruo más...!

—¡Tú no eres un monstruo, ni tampoco Tanek! A veces estás tan ciego, Allan... —Le dedicó una mirada llena de lástima—. ¿Cómo no puedes ver lo grandioso que eres? Lo fuertes que son ustedes dos, prácticamente invencibles e inmortales... Mientras yo me deshago de cansancio, tú bien podrías seguir caminando por otros tres días seguidos sin siquiera cansarte, o bien extender esas hermosas alas que tienes y salir volando, en lugar de permanecer en tierra

como un tonto mortal, igual que yo.

—Tú no tendrás alas. Las alas me las dio el Kisinkan, y los Kinam...

—¡No me importa eso! Lo que quiero es vivir en paz, tener una casita y una familia... —Lo miró a los ojos, brillantes por la ilusión—. Quiero tener un hijo, Allan. Un hijo tuyo...

—Mady, ya hemos hablado de eso. No podemos, no ahora...

—¿Y entonces cuándo? Siempre me dices lo mismo, ahora no, ahora no... Y así será siempre nuestra vida, ahora no. Yo envejeceré, Allan, mientras que tú siempre permanecerás igual. Sin el entrenamiento Capadocia no podré obtener los conocimientos para tener la longevidad, y terminarás casado con una viejita convertida en una pasita y estéril.

—Eso no me importa, serás tú...

—¡A mí me importa, Allan! Me importa mucho...

—En ese caso, tal vez deberías haberte quedado en tu casa, con un esposo mortal, igual que tú, que te pudiera otorgar la vida con la que sueñas. Porque yo no te puedo dar eso.

Los ojos de Mady se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo puedes decirme eso...? —Su voz se quebró, y antes de que Allan pudiera decirle nada, ella salió a la carrera, convertida en un mar de lágrimas.

Allan se sintió más miserable que nunca en su vida. Todo su mundo era Mady, quería hacerla feliz, no que sufriera por su culpa, mucho menos arriesgar su vida... Si tan solo pudiese hacérselo entender...

A partir de esa noche no volvieron a tocar el tema.

Quedó suspendido en el aire entre ambos, el único punto discordante en su relación perfecta.

Era esa la razón por la que ahora no podía decirle sencillamente que hiciera una vez más las maletas porque debían marcharse. La vida en esas montañas era lo más cercano a una vida normal, como la que ella tanto deseaba, que habían tenido. Y en el tiempo transcurrido en esos lugares solitarios, nunca habían encontrado la menor señal de peligro. Los habitantes de esas tierras eran pocos y se encontraban en grupos diseminados muy lejos de donde ellos vivían.

No veía motivo para arrancarla todavía de esa felicidad que la embargaba, no había razón para no quedarse otro día más, aunque el remordimiento de saber que esa misma frase llevaba repitiéndosela día tras día por meses, era cada vez mayor. Pero todavía no mayor que la culpa que continuaba carcomiéndolo por no poder darle la vida que ella se merecía...

—¡Allan, ven aquí! —le gritó Madeleine, desde una ligera cima que la mantenía por encima de las flores, tan altas que le pasaban por arriba de los hombros—. Esto es precioso, nunca antes he estado en un lugar tan hermoso, ¡ven aquí!

Allan sonrió y caminó hacia ella, encantado de verla tan contenta. Habría dado su mano derecha porque todos sus días fueran así de apacibles y felices...

Allan se paralizó, sus sentidos se alertaron, previniéndolo de un posible peligro. Con el radar escrutó los alrededores, intentando mantener un semblante sereno para no alarmar a Mady en vano. No era la primera vez que le sucedía, por lo general el posible atacante no resultaba ser más que un simple venado o algún pájaro oculto en la hierba, pero siempre había preferido mantenerse vigilante, y pasar por paranoico, a confiarse y terminar cayendo bajo las garras enemigas.

Inspeccionó los alrededores sin encontrar nada más que un par de conejos mordisqueando flores a unos metros de ellos. Solo habían transcurrido unos segundos, pero Mady, tan alerta como él, se había puesto seria y caminaba

hacia él con gesto preocupado.

—Tranquila, no es nada... —Allan se giró hacia ella y fue cuando lo vio. Se había mantenido oculto a su radar al hallarse tras Madeleine, y ahora que ella se había movido, su figura era tan clara como si la estuviera viendo con sus propios ojos, e igualmente amenazante.

—¡Mady, sal de ahí! —gritó Allan, corriendo hacia ella.

Antes de que pudiera reaccionar, un brazo de hierro aferró a Madeleine por la cintura. Mady apenas pudo ver a su atacante por el rabillo del ojo, el resplandor del filo dorado de una espada la deslumbró...

Alcanzó a divisar el perfil de una sombra justo antes de caer al suelo, libre. Levantó la vista, todavía medio atontada por el golpe para ver a Allan luchando ferozmente con un hombre, y por su uniforme, pudo darse cuenta de que se trataba de un Capadocia.

Cientos de jaguares alados aparecieron literalmente desde el cielo, traídos por un círculo de Almas Verdes que los habían transportado con ellos. Los jaguares se abalanzaron contra ellos, sus jinetes irguiendo espadas doradas en sus manos, dispuestos a acabar con ellos.

—¡Corre, Madeleine! —gritó Allan, cambiando de forma para adoptar la fase de guerra del Kinam.

Mady apenas tuvo tiempo de reaccionar y ponerse de pie, cuando el inmenso cuerpo azul de Allan se vio rodeado por esos guerreros con toda la intención de terminar con su vida.

—¡Nooooo! —gritó Madeleine, corriendo hacia él para ayudarlo, cuando el mismo brazo de hierro que la había sujetado la primera vez, la volvió a aferrar. Lo sabía bien, porque el mismo brazalete que había visto brillar a contraluz, en el brazo que erguía la espada, se encontraba en él. Ese brazalete que reconocería en cualquier parte: el brazalete de los Ruffian.

Y quien lo portaba era Ernesto.

—¡Suéltala! —bramó Allan, desembarazándose de tres atacantes a la vez para correr a su lado.

—¡Da otro paso más y la mato! —rugió Ernesto, colocando el filo de su espada contra el cuello de Madeleine.

Allan se detuvo en el acto, observando impotente a Mady, temblando bajo el filo de la espada. Intentó calmarla con la mirada, hacerle saber que todo iría bien, pero para su sorpresa, la mirada que ella le dirigió fue la misma, intentando calmarlo a él.

Ese sencillo acto, ese intercambio de miradas que pareció durar una eternidad, no llevó ni una fracción de segundo. Varios brazos apresaron a Allan y lo tumbaron al suelo, inmovilizándolo.

—¡Déjalo ir! —pidió Madeleine, dirigiéndose a sus captores, todos con brazaletes o insignias de los Ruffian encima. Todos enviados de su padre—. Ya me tienen a mí, es por lo que venían, ¡ahora suéltelo y déjenlo ir!

—¿Dejarlo ir? —repitió Ernesto, hablando con voz pastosa en su oído—. ¿Por qué habría de dejarlo ir, cuando es por él por quien he venido?

—¡Suéltalo, Ernesto! ¡No tienes ningún derecho a lastimarlo...!

—¡Él me humilló frente a toda nuestra aldea, y tú también, zorra! —bramó, tirándola de un golpe al piso y apuntándole con la punta de la espada en el rostro—. Quedé como un imbécil ante todo el mundo por culpa tuya, cuando se te ocurrió la idea de huir con este don nadie. ¡Yo era tu prometido! ¡Me hiciste

quedar como un imbécil, y eso te lo haré pagar! —bramó, encajando la punta de la espada en la fina piel de su mejilla, y provocando con ello que un hilito de sangre comenzara a correr por su cuello.

—¡No te atrevas a lastimarla! —gruñó Allan, forcejeando con sus captores para liberarse—. ¡Si le pones un solo dedo encima te mataré...! —Uno de los captores le hizo callar con el tremendo puñetazo que le dio de lleno en el rostro.

—¡Nooo! —gritó Mady, haciendo el intento de correr a socorrerlo, pero al moverse, el filo de la espada se encajó más profundamente en su piel y ella lanzó un gemido ahogado de dolor.

—¡Déjala te he dicho! —repitió Allan, sin amedrentarse por los golpes que los otros le propinaban—. ¡Su padre te ha enviado a buscarla, si la matas, él te matará a ti, lo sabes!

El rostro de Ernesto se transfiguró por el odio.

—Es cierto —contestó al fin, tras varios minutos de silencio, retirando levemente la espada del rostro de Madeleine, quedando separada de su piel por el espacio del grosor de un cabello—. No puedo matarte, dulce y encantadora Madeleine, pero puedo hacerte pagar de otras formas...

El miedo transformó por primera vez el rostro de Madeleine, cuando ella lo miró con horror.

—No te atrevas a tocarme, cerdo repulsivo...

Ernesto chasqueó la lengua, negando lentamente con la cabeza mientras se agachaba delante de ella, de modo que sus rostros se encontraron de frente. Con brusquedad la sujetó por la barbilla, y la besó en los labios.

Allan rugió, imponente entre los brazos de sus captores, llevándose una buena golpiza. Mady lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No es nada. Él no puede dañarme, no pasa nada... —le dijo con voz

suave a Allan, levantando una mano hacia él, como si intentara tocarlo y con ello, transmitirle una calma que ella no sentía, pero que sabía que él necesitaba o de lo contrario, de seguir luchando lo matarían allí, delante de ella, a golpes.

Y eso no podía permitirlo.

Antes moriría que verlo morir así...

—¡No lo mires a él, mírame a mí! —rugió Ernesto, apretando con más fuerza su barbilla y zarandeándola con tanta fuerza que estuvo cerca de separarle la cabeza del resto del cuerpo—. ¡Yo soy tu señor, al único al que debes mirar, y ahora mismo te enseñaré a respetarme, maldita zorra!

—¡Suéltala...! —Mady sintió que se le detenía el corazón cuando vio que Allan se desplomaba, víctima de una nueva oleada de golpes.

—Déjalo ir... —suplicó, mirando a Ernesto a los ojos—. Haré lo que quieras, pero a él no le hagas daño...

—¿Te atreves a intentar interceder en su favor? ¡¿Osas pedirme que lo deje ir, cuando él me ha arruinado la vida?! —La ira de Ernesto se encendió al máximo—. ¡Tú no tienes derecho a pedirme nada! Ya nadie te quiere, Madeleine. Tu padre te repudia y tu familia ha borrado tu nombre de su árbol familiar, ahora no eres una Ruffian, no eres nadie. ¡Deberías estarme agradecida por venir por ti, por convencer a tu padre de que yo te encontraría y me casaría contigo a pesar de todo y limpiaría tu nombre a pesar de que no te lo mereces!

—¡Antes muerta que ser tu esposa, cerdo miserable...! —Ernesto la golpeó con tanta fuerza que Madeleine cayó atontada al piso.

—¡Mady, no...! —gritó Allan, sintiéndose más impotente y miserable que nunca en su vida.

—¡Todavía te crees la gran reina cuando eres una perra asquerosa e

inmunda! —Ernesto le escupió encima—. ¡No eres más que una sucia vil perra que ha sido mimada y malcriada toda su vida, pero yo te enseñaré lo que te mereces! —La aferró por el cabello y la tendió de espaldas, sujetándola con un brazo mientras le levantaba las faldas con el otro.

Allan rugió, furioso. Ernesto iba a violar a Madeleine allí mismo y teniéndolo a él y a toda su horda de dementes asesinos delante de ellos.

Algo se rompió allí mismo en el interior de Allan, algo que había mantenido dormido, encerrado por años bajo el recuerdo de las estrictas normas de su padre, algo que formaba parte de su mismo ser...

Allan se encendió en la inmensa llama roja de su Alma de fuego, al tiempo que su cuerpo de Kinam alcanzaba una altura jamás tenida antes. Se liberó de sus captores de un fognazo que calcinó a varios con el solo contacto, y lanzó despedidos a otro buen número de ellos.

—¡Usen el anillo! —rugió Ernesto, poniéndose de pie con Madeleine a rastras, usando su cuerpo como escudo.

—¡Aquí está el anillo, pero no sirve en él! —contestó otro de los atacantes, antes de que Allan lo lanzara despedido lejos, con el impulso de su cola.

Madeleine sonrió inconscientemente al verlo luchar y defenderse de todos sus adversarios, utilizando la fuerza conjunta de su poder de Kinam y Capadocia, una teoría que ella había tenido siendo unos niños, y que Allan se había obligado a descartar por las normas de su padre.

Y Mady no pudo dejar de sonreír al saber verdadera su hipótesis; Allan era un ser extraordinario, en parte Kinam, en parte Capadocia, pero mucho más poderoso si unía las dos partes que conformaban su ser.

Allan en todos los sentidos era único y admirable.

Y ella no pudo dejar de sonreír, henchida de orgullo, de saberse su esposa.

—¡Acércate y la mato! —amenazó Ernesto, clavando el filo de la espada en el cuello de Madeleine.

Esta vez su voz sonaba llena de miedo, y Allan temió por Mady. Un hombre aterrorizado no era digno de confianza, cualquier movimiento brusco que lo hiciera sentir amenazado podrían conducirlo a un arrebato...

Allan se detuvo. No podía arriesgar la vida de Madeleine.

Enseguida, un mar de cadenas de oro le vino encima y le ataron por todas partes, formando una inmensa red en derredor de su cuerpo.

—¡No hagan eso, van a matarlo! —chilló Madeleine, desesperada al ver la piel de Allan sisear en carne viva—. ¡Deténganse, por el amor de Dios, deténganse! ¡Se lo suplico...!

—¿Me suplicas? —repitió Ernesto, girándose hacia ella y sonriéndole con gesto burlón.

Ahora que Allan había vuelto a ser sometido, su aparente confianza había vuelto a aparecer.

—Suéltalo, por favor, te lo pido... —Mady, con los ojos llenos de lágrimas, lo miró directamente a los ojos—. Haré lo que sea, Ernesto. Le diré a mi padre que me rescataste, le diré a todos en el pueblo... Haré que te condecoren, que formes parte de los Ruffian. ¡Pero no lo mates! Te lo ruego...

Ernesto pareció pensarlo, con el ceño fruncido se dirigió a Allan, quien luchaba por permanecer impasible ante el tremendo dolor al que era sometido al estar siendo prácticamente quemado vivo.

—Tanto te importa este, que estarías dispuesta a sacrificarte por él... —No lo preguntó, fue una afirmación.

Mady se puso de pie y lo encaró.

—Sí —contestó rotundamente—. Siempre y cuando no lo lastimes. Tienes

mi palabra.

Ernesto volvió a fijar la vista sobre Allan.

Entonces levantó la espada...

—Lo siento, pero no —le dedicó a Allan una sonrisa burlona—. No me interesa pasar el resto de mi vida sabiendo que mi esposa puede estar pensando en escapar con otro en cualquier momento...

Madeleine abrió los ojos desmesuradamente, viendo, como si fuera en cámara lenta, a Ernesto bajar la espada directo sobre Allan.

—¡No...!

El grito de Madeleine quedó sofocado por el de Allan cuando, en un movimiento que ninguno pudo anticipar, ella se colocó entre la espada y el cuerpo de Allan...

Mady, con los ojos bañados de lágrimas de sangre, cayó de rodillas delante de él, con la espada dorada atravesándola de lado a lado, y se desplomó frente a Allan.

—¡Noooo! —rugió Allan, forcejeando con las malditas cuerdas de oro que seguían abrasándolo en carne viva—. ¡No, Mady...! ¡No...!

Madeleine movió imperceptiblemente la cabeza y le dedicó una mirada llena de amor a través de esos ojos vidriosos que se apagaban rápidamente.

—¡No...! —La voz de Allan se quebró al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Mady, no me dejes! ¡Cúrate, cúrate...! —Forzó lo suficiente la cuerda que ataba su brazo para liberar una mano, completamente roja y ensangrentada, y aferró la de ella con fuerza—. Toma mi energía, Mady, tómala y cúrate, ¡toma mi energía y...!

—¡Sepárenlos! —bramó Ernesto, reaccionando al fin de la escena que también a él lo había dejado paralizado—. ¡Ahora!

Pero nadie se movió.

La hija de los Ruffian agonizaba delante de ellos, y nada podían hacer para evitar su muerte...

La hija favorita de Gold Ruffian, el patriarca del clan más sanguinario y poderoso existente.

No necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de que sus propios cuellos terminarían cercenados antes de que ese día terminase, y sin decir palabra, comenzaron a desaparecer o correr, alejándose lo antes posible de esa escena.

Ernesto, paralizado por el terror, observó por un par de segundos más a Madeleine, estremeciéndose con los últimos estertores, y partió a la carrera, montó en su jaguar negro y se alejó volando de allí.

Madeleine y Allan quedaron a solas, aferrados por las manos en sus últimos momentos.

Allan sabía que él moriría, y se alegraba mientras las cuerdas de oro iban penetrando su piel lentamente, abrasando los músculos y órganos vitales de su cuerpo. Dentro de pocos minutos estaría muerto, y por fin sería libre, libre de ese mundo, y si las cosas iban como hasta ese momento, acompañado por Madeleine...

Pero no, no podía permitir que ella muriera, no cuando ella tenía el poder para salvarse en sus mismas manos.

—Mady, por favor... —susurró con lo último de sus fuerzas—, toma mi energía y sálvate. Sálvate, mi amor, y vive por los dos.

—Tú eres mi vida —La voz de Mady sonó tan apagada que parecía antinatural—. Yo vivo en ti...

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, las heridas de Allan comenzaron a sanar, las cuerdas a retroceder fuera de su cuerpo, y en pocos segundos se encontró tan fuerte y sano como se sentía antes de que sus

atacantes aparecieran.

—¡No! —rugió Allan, percatándose finalmente de lo que había sucedido —. ¡No, Madeleine!

Pero ella ya no lo escuchaba, había cerrado los ojos y caído inconsciente a su lado.

Allan se encendió en la llama roja y rompió las cuerdas con todas sus fuerzas, sin notar las nuevas heridas que volvían a abrirse en su cuerpo. Aferró el rostro de Madeleine entre sus manos y la besó en los labios, llamándola repetidas veces por su nombre. Estrechó su mano y la aferró con fuerza, Mady respondió, pero su apretón fue tan débil que le partió en otro trozo el corazón a Allan.

—Mady, por favor, no me dejes... —sollozó, aferrando su mano, cada vez más fría, y llevándosela a los labios para dedicarle un beso lento y suave, como tantas veces le había dado antes.

Ella abrió los ojos una vez más y le dedicó una sonrisa.

Su última sonrisa...

—Te lo prometo... —musitó, como si en su mente dispersa, recordara una conversación antigua que en ese momento a Allan le pareció sin sentido.

Y exhalando una última bocanada de aire, pereció.

—¡No! ¡Mady, noooo...! —rugió Allan con toda la fuerza de sus pulmones, aferrando el cuerpo sin vida de Madeleine.

El sonido de su grito desgarrador fue escuchado muchos kilómetros a la distancia.

Para siempre sería recordado entre los hombres el dios que lloró a su amada muerta, hasta dejar plasmadas sus siluetas en las montañas, y cuyo grito el viento sigue llevando con él a lo largo y ancho de todo el mundo,

recordando a los amantes la fragilidad de la mortalidad de nuestras propias vidas.

Por siglos su historia, contada de boca en boca, y después a través de las palabras escritas, fue recordada por los escasos habitantes que vivían en los alrededores.

Con el tiempo se convirtió en leyenda, y en una historia popular que sobrevivió por generaciones al paso del tiempo y el cambio de las civilizaciones, hasta nuestros días.

Una historia que para los que la conocen jamás la considerarían real, pero para el que la vivió en carne viva, continúa latente en su mente como si hubiese ocurrido ayer, un eterno recordatorio de la mortalidad para el ser cuyo corazón se desgarró ese día para no volver a sanar jamás, y que vivió en muerte por mil años en espera de la que algún día, según su propia promesa, volvería a él.

Y entonces, nada ni nadie la volvería a alejar de su lado...

A Allan le costó despejar la cabeza de esos recuerdos, que todavía, a pesar de los años transcurridos, humedecían sus ojos.

La urgente necesidad de ver a Zarah lo carcomía, y decidió que era absurdo esperar más.

Ya se marchaba cuando un sexto sentido lo hizo dar vuelta atrás y dar otro vistazo. Sus ojos se entrecerraron al encontrar la isla vacía. Su sentido de Kinam no le alertaba de la presencia de ningún otro miembro de su especie en el lugar ni los alrededores.

Alerta, descendió en la isla y buscó con la mirada. Sabía que algunos Kinam, los más diestros, podían pasar inadvertidos por su radar.

Y uno de ellos era...

—Comenzaba a pensar que no vendrías.

Allan se giró abruptamente al escuchar esa voz.

—Caddaric.

—Al fin llegas, Allan. Empezaba a aburrirme tremendamente —Caddaric le dedicó una mirada severa mientras se acercaba a él a paso enérgico.

Allan le sostuvo la mirada, tan severa como la que el otro hombre le dedicaba.

El silencio era total, únicamente el sonido de las olas se escuchaba a su alrededor.

De pronto, el rostro de Caddaric se relajó al tiempo que en el de Allan se desenvolvía una ancha sonrisa, justo un momento antes de que ambos se unieran en un acalorado abrazo.

—¡Qué gusto verte, hombre! —le dijo Caddaric, palmeando su espalda.

—Lo mismo digo —contestó Allan, igual de contento que él—. ¿Es que te has vuelto más alto? ¿Cuánto mides ya, dos metros?

Caddaric pegó una carcajada, negando con la cabeza.

—¿Cuándo vas dejar de presumir de tus mil años y de considerarme un niño?

—Cuando dejes de ser un niño —sonrió Allan, pasándole una mano por el cabello.

Caddaric rio con más fuerza antes de adoptar una mirada serena al notar que Allan se ponía serio.

—Me alegra que hayas aceptado venir aquí, Caddaric. Te lo agradezco.

—Me llamaste, no podía negarme al llamado de un viejo amigo —Caddaric le dedicó una mirada inquisitiva—. Aunque debo confesar que no comprendí completamente el sentido de tu mensaje, ¿es que Tanek ha sido secuestrado por los Raya?

—No lo sé con exactitud. El mensaje que recibí decía que se encontraba preso en esta isla, y que debía venir a interceder en su favor.

—¿Esta isla? —repitió Caddaric, frunciendo el ceño—. Esta isla es propiedad de los Ammit-Massalia, es imposible que los Raya lo hayan tenido aquí.

—¿Y qué hay de tu gente?

—¿Mi gente?

—El mensaje decía que lo tenían apresado los Ammit-Massalia junto con los Ariki.

Caddaric frunció el ceño.

—Te aseguro que no es así, yo nunca habría ordenado apresar a Tanek, y en cuanto a los Ariki, no pueden pisar esta isla sin mi permiso.

—¿Y qué hay de la posibilidad de que alguno de tus subordinados se haya saltado el rango con la intención de impresionar a alguien apresando a un Capadocia de la talla de Tanek? Sabes que un guerrero como él sería un excelente trofeo para cualquiera, en especial algún oportunista con deseos de hacerse notar... —Allan no pudo terminar la frase cuando una luz se encendió en su mente, avivando sus más grandes temores.

—Eso es cierto, pero en esta ocasión me temo que te equivocas, Allan —contestó Caddaric, pasando por alto el repentino cambio de humor de su amigo.

—¿Quieres decir que...? —Allan lo miró a los ojos—. Caddaric, por favor, necesito que veas si no hay nadie aquí, ¿en realidad esta isla está desierta?

Caddaric escrutó los alrededores y asintió. Allan sintió que el alma se le iba al piso; Caddaric no era un Kinam común y corriente, era un ser único, una propia evolución de su especie con dones propios desarrollados, entre ellos,

la capacidad de detectar la energía de cualquier ser vivo a la redonda.

Si Caddaric decía que no había nadie en esa isla, es que no había nadie en esa isla.

Las fuerzas abandonaron el cuerpo de Allan y Caddaric debió sujetarlo por los hombros para que no se desplomara en la arena.

—¿Allan, te encuentras bien? —Caddaric posó una mano sobre su hombro—. No te preocupes por Tanek, haré correr una alerta para buscarlo por los siete mares. Si los Raya lo tienen capturado...

—Zarah...

—¿Zarah?

—¡Zarah! —bramó él, enderezándose de golpe y llevándose la muñeca a los labios, intentando establecer comunicación con ella y su equipo.

Pero fue en vano. Ninguno de ellos contestó.

—¡Cómo pude ser tan imbécil!

—Allan, ¿qué...?

—Caddaric, voy a necesitar tu ayuda. ¡Tengo que ir en busca de la princesa de los Blancos!

Caddaric frunció el ceño.

—Nosotros no ayudamos a los Capadocia, Allan. Mucho menos a los miembros del Círculo de la Estrella. Lo sabes bien.

—Es la mujer a la que amo de quien te estoy hablando.

Los grandes ojos verdes de Caddaric se convirtieron en dos rendijas.

—Cuenta con lo que necesites, amigo mío.

Allan se enderezó y decidido, partió en el aire, acompañado por Caddaric.

No tenía idea de por dónde comenzar a buscar, la cabeza le daba vueltas con mil ideas, perdido en las últimas imágenes de Madeleine, sintiendo el vivo terror creciendo en su interior, temiendo que la terrible historia que ambos habían vivido, se repitiese...

Y es que la historia tendía a repetirse...

¡Pero no lo permitiría, no ahora que sabía que Mady estaba viva!

Haría lo que fuera por rectificar el error cometido en su pasado. Salvaría a Zarah, aunque se le fuese la vida en ello. Jamás permitiría que algo malo le pasara... ¡Por Dios que la salvaría o moriría en el intento!

Zarah despertó en un lugar desconocido. Estaba oscuro, no podía ver nada, tampoco moverse. Algo le ataba las manos y las piernas, manteniéndolas extendidas en forma de cruz, dejándola inmovilizada.

—¡Despierta! —Escuchó que alguien le gritaba, levantando su cabeza bruscamente por el cabello.

Zarah se dio cuenta hasta entonces que había permanecido en una especie de sopor que le impedía abrir los ojos. Le pusieron algo en los labios, un brebaje denso y humeante que le quemó la garganta al tragarlo, pero de inmediato se sintió mejor. Pudo abrir los ojos y moverse, al menos para levantar el cuello, pues tal como había percibido, tenía las manos y piernas inmovilizadas por una especie de atadura de energía pura.

Delante de ella encontró a Flérida, era ella quien le había dado el brebaje. Ahora la observaba fijamente, rodeada de un par de esos Raya, que parecían escoltarla en cada movimiento.

—Bien, me alegra que por fin despiertes —le dijo la mujer en tono dulce—. Comenzaba a temer que a Flagpaom se le hubiese pasado la mano y no volvieras a hacerlo.

Zarah frunció el ceño y miró en derredor.

—¿Dónde estamos?

—Un lugar secreto, en el fondo del mar —contestó la mujer, con naturalidad, entregando la copa humeante a uno de los Raya, que se marchó

con ella de manera servil, acompañado por el otro, dejándolas a solas en esa habitación.

—¿Qué está sucediendo, Flérida? —le preguntó Zarah—. ¿Por qué nos has traído aquí...? ¿Y dónde están los otros? ¿Dónde está Aidan?! —Se alteró cuando su mente se aclaró y recordó que su hermano estaba presente durante el ataque.

—No te preocupes, están vivos, si es lo que te interesa saber. Aunque no por mucho tiempo —le dirigió una mirada directa, sonriendo mordazmente—, al igual que tú.

El horror se dibujó en el rostro de Zarah.

—¿Por qué haces esto? ¡Creía que eras una Capadocia!

—Lo soy... o lo era —Ella se encogió de hombros—, eso no importa ya. Desde el primer momento en que decidí atentar contra ti, perdí mis poderes. Al menos la parte de mi don que realmente valía la pena; el conocimiento del universo concebido de mis anteriores reencarnaciones. Es lo malo de ser un Antiguo, si no eres digno de la sabiduría que te regalan los astros y los espíritus, la pierdes —musitó de manera molesta—, pero valió la pena si con ello logré deshacerme de ti definitivamente.

—¿De mí? —Zarah la miró sin comprender—. ¿Pero qué es lo que yo te he hecho?

—¡Arruinar la vida de mi hija, eso es lo que has hecho!

Zarah arqueó las cejas, mirándola sorprendida.

—Por más de mil años, mi Raquel ha aguardado pacientemente ganarse el corazón de Allan, ¡y ahora, por tu culpa, todas sus esperanzas se han desvanecido! —bramó, desfigurando su hermoso rostro por la ira—. Al principio supuse que con la muerte de su tonta prima Madeleine tardaría poco tiempo en volver a ganarse su corazón, pero no, él jamás le dio una

oportunidad, siempre esperando a que ella volviera. Y cuando tú llegaste... — Le dedicó una mirada llena de odio—, supe que nunca tendría oportunidad. Él te reconoció con una sola mirada, ¡nada de lo que hice para confundirlo y mantenerlo alejado de ti funcionó! ¡Su terquedad para dar contigo, Madeleine, ganó a todos los obstáculos que por años puse en su camino!

—¿Qué estás diciendo...? —Zarah comenzó a exasperarse, sin comprender por qué sacaba el tema de la esposa de Allan—. ¿Qué tengo que ver yo con la difunta mujer de Allan?

La sonrisa en el rostro de Flérida se ensanchó.

—¿Es que no te lo ha dicho tu querido Allan? —le preguntó, aproximándose más a ella hasta que sus rostros prácticamente se tocaron por la nariz—. ¡Tú eres Madeleine reencarnada!

Zarah abrió la boca sin darse cuenta, demasiado alterada para saber lo que hacía...

—¿Que yo qué...?

—¡Tú eres Madeleine!

Zarah trató de decir algo, pero ninguna palabra salió de su garganta. Estaba claro que esa mujer había perdido el juicio, y tratar con una demente no iba a ayudarle en nada...

—¡No me mires como si me hubiera vuelto loca! —bramó la mujer, sin dejar de sonreír—. Tú eres Madeleine, la antigua esposa de Allan. Tú moriste y reencarnaste en esta forma, mil años después de tu trágico deceso.

—Eso es imposible... —siseó Zarah, demasiado ofuscada para discutir con esa mujer. Tenía que encontrar la forma de hallar a Aidan y a los otros y escapar de allí. Al menos Flérida parecía lo suficientemente enfrascada en el tema como para mantenerla distraída un buen rato mientras observaba en derredor, buscando alguna manera de salir de su prisión.

—¿Imposible? —repitió ella sin dejar de sonreír—. ¿Es que nunca antes escuchaste hablar acerca de la teoría de la reencarnación?

—Sí, claro... Pero todo el mundo sabe que eso no es real —Zarah la miró a los ojos, comenzando a cansarse de su insistencia, sintiéndose algo abatida por haber considerado esa habitación completamente segura, no tendría forma de escapar de allí... O al menos, fácilmente.

—Es real, muy real, más real de lo que tú te imaginas —Flérida la tomó por la barbilla, obligándola a verla a los ojos—. ¡Ponme atención cuando te hablo!

Ese gesto que provocó en Zarah una punzada en el estómago cuando un leve recuerdo de algo que había sucedido mucho, mucho tiempo atrás, pero que ella jamás había vivido, vino a su mente...

—Oh, comienzas a recordar, ¿no es así? —La sonrisa de Flérida se intensificó, provocando que el corazón de Zarah se helara.

—No... ¡Es mentira! Eso es imposible... —gimió, intentando convencerse más a sí misma que a ella. Las imágenes, imágenes completamente desconocidas para ella, pero veraces a la vez, recorrían su mente, trayendo a su memoria recuerdos de un pasado que no le pertenecía.

No... ¡No podía ser cierto!, ella debía estar mintiendo...

—Ríndete a la verdad —insistió Flérida—, ¡tú eres un alma reencarnada!

—¡Eso es imposible!

—En realidad, no. No tienes ni idea de la cantidad de almas reencarnadas que deambulan por la tierra, y sí, tú eres una de ellas.

—Pero... pero... Yo nunca sería ella... Yo... Allan... —La mente de Zarah era un mar de confusión, le costaba respirar y concentrarse...

—Eres Madeleine. ¿Por qué crees si no, que un hombre como Allan pudo

fijarse en ti? ¿Cómo pudiste ser tan vanidosa para asumir que tú, una humana común y corriente, sin gran belleza, ni inteligencia ni carisma, pudo ganarse su corazón por encima de una mujer de la talla de Raquel? —Su voz retumbó en los oídos de Zarah, clavándose en su mente—. ¡Porque eres la única a la que una vez él le entregó su corazón, y a la que juró esperar eternamente a que volviera!

—No...

—¿No qué? ¿Te duele o te molesta saber la verdad? —Flérida le dedicó una falsa mirada compasiva—. El saber que él nunca te quiso por ser realmente quien eras, sino por quien fuiste alguna vez en el pasado. Que él piense en el nombre de otra cuando te ve, que cada vez que tú lo ves, sepas que no es a ti a quien reconoce en cada mirada de amor, en cada caricia, en cada beso, sino a la mujer que vive dentro de ti y de la que tú nada conoces. Esa otra mujer que forma parte de ti, pero que no eres tú...

—¡Ya basta! —Los ojos de Zarah se humedecieron a pesar de lo intentos que hacía por mantenerse tranquila—. Allan me ama...

—Sí, es cierto —La respuesta franca de la mujer la sorprendió—. Pero eso no quiere decir que sea correcto. No te ama a ti. Ama lo que fuiste, la otra mujer que fuiste, la mujer de la que ya no queda nada en ti. ¡Y eso no es justo, no es justo para mi Raquel, que ha vivido mil años a su lado, haciendo todo cuanto estuvo en sus manos para ganarse su corazón, para que ahora llegues tú y se lo quites sin haber hecho nada para merecerlo!

—¡Estás loca! —rugió Zarah, sintiendo que algo en su interior se encendía.

Flérida la escrutó con la mirada, retrocediendo un par de pasos. Zarah leyó el temor en sus ojos. Algo en su interior se lo hizo saber, esa parte en su interior que comenzaba a nacer en ella cada vez con mayor fuerza cuando se enfurecía, y se lo hizo saber con claridad.

Como sabía que era precisamente esa parte de ella la que Flérida intentaba

amedrentar...

—Se supone que nunca regresarías —le dijo ella, con voz desdeñosa—. Allan no descansó después de tu muerte, pasó años rastreando a Ernesto y a cada uno de tus atacantes, y uno a uno los liquidó.

Zarah abrió grande los ojos, sorprendida por esa confesión.

—Y cuando terminó con su venganza, ya no tuvo más motivos para continuar vivo. Desesperado, regresó a nuestra aldea, a pedir mi ayuda. Yo me alegré de verlo, por supuesto, ahora que Allan era un miembro notable en nuestra comunidad. Gracias a tu querido padre, Gold, el patriarca de los Ruffian, quien lo recibió con los brazos abiertos en su familia, dispuesto a convertirlo en uno de los suyos, después de enterarse de la hazaña cometida en tu nombre, para restaurar tu honor. Su hijo Tanek lo había puesto al tanto de su venganza y lo que él había hecho, dando justicia al nombre de su querida hija Madeleine. La favorita... Porque sí, eras su favorita —Le dedicó una mirada despectiva—, siempre has tenido más suerte de la que te mereces.

—¿Tanek...? —Zarah intentó recapitular esa información.

—Tanek era tu hermano mayor —le reveló, sin darle mayor importancia a ese dato.

—¡Mi...!

—Él ayudó a Allan en su venganza —continuó hablando, sin permitirle interrumpirla—. Había prometido matarlo si algo te llegaba a suceder a ti. Allan no opuso resistencia, por el contrario, le dijo que adelante, morir era lo que él estaba buscando. Si él mismo no se quitaba la vida era porque lo consideraba un injurio al sacrificio hecho por ti al sanarlo y así otorgarle la vida con la poca energía que te quedaba en tu lecho de muerte. Pero Tanek decidió no hacerlo, verlo sufrir a causa de su falta era mucho mayor castigo que liberarlo con la muerte. Al enterarse de lo que Allan estaba haciendo, logrando la venganza que había jurado darte en tu tumba, decidió ayudarlo a

conseguirlo. Allan solo le permitió hacerlo si le prometía que al terminar de liquidar a los culpables, terminaría con su vida. Pero con el paso del tiempo se hicieron amigos y Tanek rehusó cumplir con su palabra llegado el momento. Fue cuando Allan vino a mí en busca de ayuda, preguntando alguna manera de traerte de vuelta a la vida, hacerte reencarnar... —Su voz se tornó agria y su mirada distante—. Le dije que era imposible. Todo cuanto anhelaba era que se olvidara de una vez de ti. Ahora él tenía el reconocimiento de los Ruffian, con su respaldo sería uno de los miembros de más alto rango de la aldea, y un esposo perfecto para mi hija. Sin embargo, él solo seguía interesado en ti... — Sus ojos se enfocaron en ella, llenos de furia—. Estaba al borde de la locura a causa del dolor, buscaba contrincantes por doquier, cualquier pelea que pudiera terminar con su vida. Supe no pararía hasta encontrar la manera de que alguien lo matara al fin, y con su muerte, se llevaría el espíritu de mi Raquel. Por lo que no me quedó más remedio que prometerle que encontraría la manera de hacerte regresar. Cosa que jamás hice, por supuesto. No se puede tener control sobre las almas, eso todo el mundo lo sabe, pero él estaba tan desesperado que me creyó. Necesitaba darle tiempo a Raquel, que él se olvidara de ti y decidiera estar con mi hija, ¡pero ni siquiera mil años pudieron desprender tu recuerdo de su corazón! —Golpeó furiosa una pared cercana, dejando un hueco con la huella de su mano—. Y como si fuera poco, se fue por el mundo en busca de ayuda, decidido a dar contigo o morir en el intento de manera «accidental». Raquel intentó convencerlo de detenerse, la culpa lo carcomía en vida y no pararía hasta morir, pero todo intento de razonar con él era en vano. Fue cuando encontró a esa Antigua, una de las más poderosas de las que he tenido conocimiento, y ella le dio esa luz de esperanza que tanto tiempo llevaba buscando... Le dijo que tú regresarías a él. No pudo decirle cuándo, pero le aseguró que así sería.

Yo decidí prepararme para su regreso. Cuando lo hiciera, no tendría más que sentarse a esperar tu vuelta a la vida, y durante ese tiempo indefinido cualquier cosa podía suceder. Y yo estaba dispuesta a usar todos mis trucos

para darle un empujoncito a mi hija en su corazón. ¡Pero él nunca regresó! No le bastó con romperle el corazón a mi hija, sino que decidió romper lazos con toda La Capadocia, para marcharse a vivir con los Kinam.

El único lazo que mantuvo durante esos siglos con La Capadocia fue a través de Raquel, su única y mejor amiga. Sin embargo, nunca le dio la menor oportunidad de llegar a creer que podrían llegar a ser más que amigos.

Con el paso de los años, ella logró irlo suavizando, convenciendo de a poco para regresar a La Capadocia. Entonces, siglos después de su partida, Raquel fue asignada a una misión, proteger a una pequeña niña Homo con autismo, un Alma Pura...

—Dany —musitó Zarah, comenzando a unir cabos en esa historia a la que se había sentido ajena hasta entonces.

—Sí, Dany —repitió Flérída con voz triste—. Raquel vio en esa pequeña la oportunidad perfecta para convencer a Allan de regresar. Sabía que él siempre había mostrado debilidad por las Almas Puras. Y para su sorpresa y la de todos, él aceptó ayudarla.

Regresó a La Capadocia y se convirtió en un guardián ejemplar para la recién nacida. Hasta que se encontró de frente contigo... —Su voz destilaba odio cuando volvió a enfocar la mirada en sus ojos— ¡y todos los avances de Raquel se fueron por el drenaje! ¡Todos esos siglos de espera, de entrega, de amor...! ¡Toda la vida de mi hija fue despreciada en un simple segundo!

Zarah tragó saliva, sintiéndose miserable por Raquel. Si ella realmente amaba tanto a Allan para haberse sacrificado por él todos esos años, si todo eso era cierto... ¿Debería ella hacerse a un lado...?

—Y todo por culpa tuya... —musitó Flérída, volviendo a tomarla por la barbilla para mirarla a los ojos, con tanta fuerza que Zarah lanzó un gemido de dolor que ella ignoró—. Mírate, tan simplona, sin chiste... —musitó la mujer, estudiando sus ojos—. ¡Y sin embargo, solo le bastó un vistazo a tus ojos para

que él te reconociera! ¡Un solo y ridículo vistazo para que viera en ti a su Madeleine, muerta hacía mil años!

—No es cierto... —Zarah tragó saliva, comenzando a creer que Flérida realmente no desvariaba—. Eso no es cierto...

—¡Lo es! ¡Qué más quisiera yo que no lo fuera, pero lo es! —Se acercó más a ella, traspasándola con esa mirada furiosa—. ¿De qué sirvió arrancarte del seno de los Blancos, si de todas maneras ibas a terminar encontrándote con él?

—¿Qué...? —Los ojos de Zarah se abrieron al máximo por la sorpresa y el enojo—. ¡¿Fuiste tú quién nos atacó a mi madre y a mí?! ¿Tú fuiste quien la mató?

—No, no fui yo —Ella frunció el ceño y sus ojos brillaron maquiavélicamente—. Yo solo las entregué a los Raya, ¡de haber estado yo allí, te habría matado con mis propias manos!

Zarah frunció el ceño, negando con la cabeza.

—No puede ser... ¿Tú nos entregaste?

—¡Por supuesto! ¿Cómo iba a imaginar que realmente renacerías? ¡Y como una princesa! —Le dedicó una mirada de profundo despreci—. Tú, una Ruffian, un Alma de Fuego, un Alma Amarilla que nunca fue digna de nada, renacer como una princesa... ¡Y un Alma Azul! —Su voz se volvió ronca por el resentimiento—. No es justo, ¡no es justo! Tú no te mereces nada de lo que te han dado, ¡y ahora, además de todo, ibas a arruinarle la vida a mi hija arrebatándole a su único amor!

—¡Yo no le robé nada!

—¡Tú no te mereces el corazón de Allan! —bramó la mujer, plantándole una cachetada que le dejó marcado el rostro a Zarah.

Los ojos de Zarah se encendieron por la furia, y Flérida volvió a

retroceder. Le dedicó una mirada desdeñosa, y comenzó a hablar otra vez, en esta ocasión utilizando un tono despectivo y bajo.

Entonces fue cuando Zarah lo comprendió.

Ella intentaba apaciguar esa parte que se encendía en su interior cuando se enojaba, quebrantar su espíritu y así derrotarla.

Y no se lo permitiría...

—Si tan solo hubieras permanecido aparte —continuó hablando ella—. Al menos dentro del Círculo de la Estrella estarías alejada de Allan, pero tenías que ser tan presumida, tan llamativa...

El rostro de Zarah se giró hacia la mujer cuando la conversación adoptó un rumbo que ella no se había esperado.

Ahora estaba hablando de su otra vida, su vida como Zyanya, princesa de los Blancos.

Esa vida de la que no tenía recuerdos...

—Eras talentosa, poderosa, arrogante... Participabas en cada torneo que se organizaba entre la alta élite de La Capadocia, y tu nombre comenzaba a ser conocido por todos... ¡Y solo eras una maldita niña! —siseó, furiosa—. Era cuestión de tiempo que Allan escuchara hablar de ti y te encontrara. Tenía que desaparecerte... Y qué mejor oportunidad que el Torneo de los Cinco Reinos al que tu madre y tú se dirigían.

El rostro de Zarah se puso lívido.

Si lo que esa mujer buscaba era apocarla bajándole el espíritu, lo estaba consiguiendo revelándole aquello que nadie más había hecho: la muerte de su madre.

El terrible suceso que la había atormentado noche tras noche en sueños durante toda su vida... O lo que podía recordar de ella.

—Tu padre y tu madre eran inteligente y precavidos, guerreros excepcionales. Sabía que no podría llegar y arrebatarte simplemente de sus brazos. Si quería conseguir desaparecerte con éxito, tenía que hacerlo bien. Lo planeé durante años, solo tenía una oportunidad, sabía que tus padres no me darían un segundo intento y no pensaba fallar.

El Torneo de los Cinco Reinos se acercaba, y tú, el pequeño gran orgullo de los Blancos, como solía llamarte tu abuelo, participarías sin ninguna duda.

Elizabeth y Matthew eran precavidos, al salir en familia a sitios donde era de conocimiento público que asistirían, solían dividirse para llegar al lugar por diferentes caminos, y así evitar ser rastreados hasta Tierra de Libertad. Tú ibas con tu madre, y Aidan con tu padre.

Yo hubiera preferido que fueras con tu padre, Elizabeth era conocida por ser una de las guerreras más grandes de entre La Capadocia. Pero no por ello me rendí. Trabé una alianza con los Raya, que hacía años andaban buscando la manera de llegar a la familia real de los Blancos y ellos aceptaron gustosos ayudarme.

Acordamos que el ataque tendría lugar en un pequeño pueblo abandonado de Guatemala, donde tu madre y tú harían una parada de camino a la Isla Sagrada, el punto de unión de los cinco reinos donde se celebra el torneo, el sitio más vulnerable en el recorrido que tu madre había trazado, donde ella no podría obtener ayuda...

Zarah no necesitó que Flérida hablara más. Los eventos comenzaron a sucederse en su mente, mientras escuchaba sus palabras. Recuerdos del pasado que habían permanecido flotando en su memoria como fantasmas inexistentes de su vida anterior, que ahora se materializaban ante ella...

De hecho, había sido tan similar al último ataque ocurrido en su vida, que no comprendía cómo no había notado la conexión en un principio...

Zyanya se sentía tan emocionada como pocas veces en su vida, concretamente, como solo llegaba a sentirse cuando debía luchar.

Amaba luchar.

El sentir el contacto de la espada en su mano, la energía recorriendo cada parte de su cuerpo, cada molécula de su ser, lista y dispuesta al ataque, a la supervivencia...

Había nacido para la guerra.

Cuando fuera mayor, se convertiría en la mejor guerrera Capadocia que hubiese existido. Mejor incluso que sus padres. Sería famosa y reconocida en lo largo y ancho del mundo, su poder dejaría marcada una huella de un legado que difícilmente algún día llegaría a ser superado, y si corría con suerte, eso no sucedería jamás. Por algo era su sueño el convertirse en la mejor guerrera que hubiese existido en la historia.

—¿Estás lista, preciosa? —le preguntó su padre, bajando por la escalera con Aidan cargado sobre sus hombros. Su pequeño hermano reía, encantado con el paseo, tirando de los pelos de la cabeza de su padre como si realmente creyera que montaba en un jaguar negro, por el que su papá se estaba haciendo pasar dándole ese paseo.

Zyanya inspiró molesta, su hermano era pequeño, pero debería concentrarse más en su entrenamiento y menos en los juegos. Después de todo, era un príncipe, al igual que ella, y le debía honor a su familia.

Al menos Valdemar lo entendía. Él era su mejor amigo en el mundo, compartía sus ideales y estaba dispuesto a ayudarla a superarse, no como su madre, quien a pesar de ser reconocida como una de las más grandes guerreras Capadocia, parecía dispuesta a dejar de lado la espada y su vida llena de victorias, para dedicarse por completo a su familia.

Algo que ella nunca, jamás en su vida, haría.

—Deberías enfocar tus energías en actividades más divertidas, Zyanya — le dijo Elizabeth en una ocasión, cuando Zyanya le pidió que le ayudara a entrenar con la espada, preparándose para el siguiente Torneo de los Cinco Reinos, donde había acordado darle a Valdemar la revancha y apostado su mejor jaguar alado para el ganador—. Actividades más de tu edad. Solo tienes cinco años, hija mía, deberías divertirte y pensar menos en la guerra, actuar como una niña de tu edad.

Zyanya frunció el ceño, demostrando por primera vez la expresión enfurruñada de una niña pequeña, tan rara en ella.

Odiaba que su madre le hablara de esa forma, que la tratara como a una niña pequeña, que intentara convencerla de actuar como las otras niñas, como si su deseo de aprender fuera una actitud anormal, en lugar de enorgullecerse de ella y su empeño por superarse, como ella deseaba que hiciera.

—No te enojas conmigo, pequeña —le dijo su madre, inclinándose y apoyando una mano sobre su hombro.

Zyanya retrocedió, pegando un pie en el piso, comenzando una pataleta.

—¡No leas mi mente!

—Lo siento, no fue mi intención...

—¡Mentirosa! Sé que lo haces todo el tiempo, te he escuchado decírselo a papá... ¡Tú me odias!

—No es cierto, Zyanya, eres mi hija, te amo...

—¡Pero me tienes miedo! —Los ojos de la pequeña se llenaron de lágrimas—. Tú se lo dijiste, te escuché...

—No cariño, entendiste mal lo que intentaba decirle a tu padre. Es solo que a veces, tú... —Elizabeth suspiró y se acercó nuevamente a su hija, arrodillándose delante de ella para que pudiera verla a los ojos. Hacerlo, sabía que solía tranquilizar a su pequeña, como si en una parte de ella también existiese la habilidad de leer la mente solo observando los ojos de su madre.

—¿A veces yo qué? —insistió Zyanya, cruzándose de brazos, mirando a su madre todavía con los ojos húmedos.

—Actúas como una niña mucho mayor de tu edad —contestó con sinceridad, su madre—. Tu forma de hablar, de actuar... Incluso tu interés por aprender. No es algo típico de una niña de tu edad, cariño.

—¿Y eso es algo malo? —Por primera vez Zyanya parecía confundida, como si temiera haber hecho algo malo que ofendiera a su madre.

—No, mi amor, claro que no —Elizabeth posó una mano sobre la mejilla de su hija, secando una lágrima con el pulgar.

—Flérida dice que las almas viejas son muy sabias, y llevan su sabiduría con ellas a través de sus múltiples vidas. Ella dice que eso soy yo, un alma reencarnada, y por eso soy tan distinta a las demás niñas.

El rostro de Elizabeth se tensó, a pesar de que intentaba mantener una aparente tranquilidad ante su pequeña hija.

—¿Ella te dijo eso? —Fingió una sonrisa.

Zynaya asintió con la cabeza, y su madre bajó la vista, como solía hacer cuando algo la enojaba.

Tardó un par de segundos en volver a levantar la cabeza, esta vez intentando mantener una sonrisa implacable, a pesar de que el enojo era claro en sus facciones.

—No debes creer en todo lo que dice esa mujer. Ella es muy vieja, y a veces dice cosas que no tienen sentido.

—Papá es tan viejo como ella, mamá. ¿Papá también dice cosas que no tienen sentido?

La sonrisa en el rostro de Elizabeth se torció y debió hacer un esfuerzo descomunal por mantenerse serena.

—No, mi amor, tu padre habla con mucha razón.

—Pero...

—Lo que intentaba decirte, es que Flérida a veces habla de cosas del pasado, que no tienen cabida en nuestros días. Los tiempos cambian, Zyanya —Posó una mano en el hombro de su hija—, y las antiguas creencias quedan en el pasado. A eso me refería.

—¿Entonces no crees que yo sea un alma reencarnada?

—Creo que eres mi hija —contestó, atrayéndola hacia ella y estrechándola entre sus brazos—, y eso es todo cuanto me importa.

Zyanya la abrazó también, hundiendo la cabeza en su hombro para evitar que ella la viera llorar.

—¿Me querrás por siempre, mamá?

—Por supuesto, mi amor. No lo dudes ni un momento.

—Entonces, por qué... ¿Por qué...?

Elizabeth se separó de su hija y levantó su rostro por la barbilla, para que la pequeña pudiera verla a los ojos.

—¿Por qué me has llevado a entrenar a ese campo abandonado? — consiguió preguntar finalmente Zyanya—. Vas a dejarme abandonada allí, ¿no es verdad? Vas a dejarme allí porque no me quieres, porque crees que soy mala...

El corazón de Zyanya temblaba de miedo. Durante meses, su madre la había llevado a sitios lejanos alrededor de todo el mundo, lugares desiertos sin ninguna señal de vida a la redonda. Desaparecían desde puntos distantes con la poción de teletransportación y llegaban a distintos sitios elegidos por su madre de manera estratégica. Y Zyanya estaba segura de que el motivo de ese extraño entrenamiento era para que ella, en un error, terminara perdiéndose y nunca más pudiera regresar a casa. Un plan perfecto para que su madre la abandonara sin que su molesta hija tuviera oportunidad de regresar a sus brazos.

—¡No, pequeña, no...! —Elizabeth volvió a abrazarla, y ahora fueron sus ojos los que se llenaron de lágrimas—. Nunca te abandonaré mi cielo, grábatelo bien en la cabeza. Eres mi hija, y siempre voy a quererte.

—Pero crees que soy mala, ¿no es así?

Elizabeth permaneció en silencio por un par de minutos, pensando su respuesta. Tomó el rostro de su hija entre sus manos y la obligó a mirarla a los ojos.

—No eres mala, hija mía. Solo estás confundida —La besó en la punta de la nariz—. En alguna parte de tu ser, tienes grabada a fuego la idea de que para demostrar tu valía tienes que ser una guerrera poderosa digna del rango de tu familia, como si exponer de lo que eres capaz demostrase que eres merecedora de ser una princesa.

—¿Y no es así?

—No, mi amor. Y eso no es lo que más me preocupa.

—¿Qué es, entonces?

—Que pareces decidida a hacer caso a esa parte de ti que te empuja a convertirte en la guerrera más poderosa de todos.

—Pero si soy poderosa, nadie podrá matarme ni lastimarte a ti o a mi

familia... ¿No es eso importante?

—Lo es, mi cielo. Pero no es lo fundamental en nuestra vida.

—¡Pero tú y papá son grandes guerreros! Yo quiero ser como ustedes...

—Cariño, somos grandes guerreros porque somos viejos. Hemos vivido siglos enteros compartiendo experiencias de batalla, miles de días de entrenamiento, la práctica es la que nos ha convertido en lo que somos nosotros ahora, combinada con un poco de destreza. En cambio tú quieres convertirte en nosotros y solo tienes cinco años.

—El abuelo dice que soy muy buena.

—Sí, posees una gran destreza, mucho mayor que la nuestra a tu edad, debo decirlo, y con orgullo, por supuesto. Pero son tus deseos inquebrantables de convertirte en...

—¿Una asesina?

—Algo que no eres —corrigió su madre—, lo que me preocupa. No eres un ser desalmado, Zyanya. Tienes un corazón enorme y no te das cuenta de ello. Acudes a tu lado fiero en busca de una fortaleza que ya llevas en tu interior, sin necesidad de convertirte en ese ser negro al que parece decidida en transformarte.

—Mamá, la bondad no te lleva a nada. Mira a ese guerrero Allan, del que todo el mundo habla. Él viene desde abajo, lo atacó un Kisinkan siendo niño y fue despreciado por su gente, pero ahora es uno de los guerreros más grandes conocidos. Hasta papá habla de él con orgullo. Y sabes que su fama se la ha ganado luchando con los malos. Y eso no se consigue siendo bondadoso.

—Papá también está orgulloso de ti.

—No lo estará realmente hasta que yo sea la mejor.

—Ya eres la mejor. La mejor hija...

—¡Yo quiero ser la mejor guerrera!

Elizabeth suspiró y negó con la cabeza.

Se puso de pie y se acercó a la mesa donde había estado trabajando en un nuevo invento. Zyanya frunció el ceño al notar que se trataba de una especie de casco, y cuando lo tomó en sus manos, con la intención de aproximarse a ella con él, Zyanya retrocedió instintivamente.

—No te haré daño, mi cielo. Ven aquí.

—¿Qué vas a hacerme?

—Algo que será por tu bien, linda.

—¡No! —Zyanya hizo el intento de salir corriendo. Los ojos de su madre se encendieron en dos luces verdes que la paralizaron en el acto.

—Esto es por tu bien, querida —Elizabeth colocó el casco sobre su cabeza al tiempo que presionaba varios botones ubicados en el costado.

Los ojos de Zyanya la miraron, suplicantes.

—Lo siento, linda. Algún día comprenderás el motivo por el que hago esto... —Y dicho eso, bajó una ventana de cristal oscuro sobre su rostro. Los ojos de su madre se encendieron con mayor intensidad, y el cristal incrementó la imagen hasta que Zyanya ya no pudo ver nada más que esa luz verde.

Fue el último recuerdo que tuvo de esa tarde.

Despertó a la mañana siguiente, acostada en su cama con la pijama puesta, como si todo lo ocurrido no hubiese sido más que un sueño.

Pero ella sabía que no fue un sueño...

Desde ese día, ya hacía dos semanas atrás, sus habilidades de pelea habían disminuido considerablemente. Sus movimientos eran torpes y lentos, y su habilidad nula. Ya ni siquiera lograba sostener con destreza una espada.

Hasta entonces había mantenido en secreto su falta de habilidad, pero ahora, con esa competencia en puerta, la verdad sería expuesta a la vista de todo el mundo, y ella quedaría en ridículo.

Le había suplicado a su madre día y noche para que diera marcha atrás en lo que fuera que le había hecho, pero fue inútil. Su madre la trataba como a una niña pequeña que fantaseaba con un hecho que no ocurrió más que en alguno de sus sueños infantiles, ridiculizándola a sus ojos, por tratarla como a una pequeña que no distinguía la realidad de la fantasía.

¡Pero eso realmente había ocurrido! Estaba segura de ello... ¿O no...?

¡Tenía que ser así! Ella nunca se habría vuelto tan mala con la espada de la noche a la mañana. El único motivo tenía que ser su madre y su mente de Ámbar, capaz de anular todos sus poderes con una sola mirada.

—¿Ya están listos? —preguntó su madre, devolviéndola a la realidad.

Zyanya se giró de espaldas a ella cuando la vio aparecer por la escalera, todavía resentida por lo que le había hecho.

Los ojos de Elizabeth reflejaron la tristeza que sentía en su corazón por ocasionarle ese daño a su hija, pero sabía que era lo mejor. Y también su padre...

—Zyanya, linda, es hora de irnos —insistió su padre, acercándose a ella después de dejar a su hermanito en los brazos de su madre.

—Yo no voy a ir —dijo la niña con firmeza, irguiendo nuevamente en alto la espada.

Estaba decidida a recuperar sus habilidades, y si su madre no cedía, ella lo conseguiría sola. Aunque tuviera que pasar cada minuto de cada día del resto de su vida entrenando para lograrlo.

—Zyanya... —Su padre apoyó una mano sobre su hombro y la obligó a girarse—. Has entrenado mucho para este día, ¿por qué no quieres ir?

Los ojos de Zyanya se encendieron por la furia y se fijaron sobre la figura de su madre.

—Pregúntale a ella —musitó en voz baja, girándose una vez más, quedando de espaldas a su familia.

—Anda, Zyanya, basta ya. Hemos planeado esta salida familiar por meses, y te guste o no, formas parte de esta familia —soltó su madre, perdiendo la paciencia—. Vamos, deja de una vez esa espada y ven con nosotros. Es una orden.

La voz molesta de su madre pudo más que sus ruegos, y Zyanya dejó la espada en su lugar, y subió la escalera a regañadientes.

—¿Crees que se le pasará? —Escuchó a su padre preguntar a su madre a sus espaldas.

—Más le vale, o será ella la que sufra, perdiéndose todos esos festejos —suspiró Elizabeth y miró a su marido a los ojos, dejando a Aidan nuevamente en sus brazos—. Tú ve con Aidan, yo iré con Zyanya e intentaré razonar un poco con ella en el camino.

—Mamá... —Aidan la miró con esos enormes ojos grises que tanto amaba, estirándole los brazos para que volviera a cargarlo.

—Ahora no, mi amor. Tengo un asunto que atender con tu hermanita —Lo besó en la punta de la nariz—. Tú vas a cumplir pronto cuatro años, eres todo un hombrecito, seguro que preferirás ir con papá, ¿a que sí?

—¡Sí, con papá! —sonrió Aidan, abrazándose al cuello de su padre.

—Ya está decidido entonces, colega —rio su padre, montando a Aidan nuevamente sobre sus hombros—. Nos vemos en el torneo, cariño —Su padre se acercó a su mujer y la besó en los labios—. Vayan con cuidado.

—También ustedes —contestó Elizabeth, besando una vez más a su esposo y a su hijo antes de partir en dirección al sitio donde la esperaba Zyanya.

—¡Adiós, cariño! —La abrazó su padre—. Pórtate bien y no le saques canas verdes a tu madre.

Zyanya resopló, molesta, pero no pudo evitar devolverle el abrazo a su padre. Lo quería demasiado como para desairarlo de esa manera.

—Vamos ya, mi cielo —la apuró su madre, tomándola de la mano—. Te enseñaré a usar los controles de mi nave, ya que iremos tú y yo solas. Será un viaje divertido de encuentro entre madre e hija.

—Preferiría que los Kinam me quemaran viva —contestó Zyanya con desgano.

—Comienza a cansarme esa teoría tuya de que eres un alma vieja, ¿no se supone que te portarías tan contestona conmigo cuando tuvieras al menos unos diez años más? —intentó bromear Elizabeth, pero Zyanya solo le dedicó una mirada molesta.

—¿Es eso lo que te enojó? ¿Lo que me dijo Flérida? —Su madre continuó caminando, ignorando su pregunta—. ¿Es por eso que ella ya no está más en el palacio? ¿Porque te enojaste por lo que me contó y la despediste?

—Zyanya, a veces sí te portas como una niña de tu edad, como en este caso. Tienes una imaginación muy potente.

—Mamá, no soy tonta, ¡no me trates como si no entendiera nada!

—No, Zyanya, no eres tonta, pero sí eres una niña, y hay temas de los que tú no debes saber. No todavía —Le dedicó una de esas miradas que dejaban en claro que no quería seguir hablando—. Vamos ya, se hace tarde y no quiero que tu padre se preocupe por nosotras si nos retrasamos.

Zyanya frunció el ceño y no volvió a abrir la boca en todo el camino.

Volaron en la nave particular de su madre hasta una base Capadocia cercana a Australia. Allí utilizaron una poción teletransportadora, una mezcla de desmaterializadora y transportadora que había inventado su madre y que

hacía la labor de un Alma Verde, de desaparecer para aparecer en otro lugar con la intervención de un sencillo conjuro para activarla y marcar la ruta.

Su padre, al ser un Alma Verde, no la necesitaba, pero Elizabeth solía mantener a sus hijos provistos con, al menos, un frasquito de esa poción por si llegaban a necesitarla en caso de emergencia.

Su madre sacó el frasquito con el valioso contenido y ambas se teletransportaron hasta una ciudad cercana al sitio desierto donde habían aterrizado: Sidney.

Se mezclaron entre la gente hasta llegar a un sitio donde se encontraba una nueva nave oculta, subieron en ella y se pusieron en marcha rumbo a Francia. Aterrizaron en un pintoresco pueblito para enseguida repetir las mismas acciones realizadas en el anterior lugar, y se pusieron en marcha en una nueva nave, directas a Chile.

Para cuando llegaron al último lugar de intersección en la ruta para despistar que había trazado su madre, un pueblo remoto y abandonado de Guatemala, ya anochecía.

—Odio esto —se quejó Zyanya, bajando del avión con paso molesto—. ¿Por qué no podemos solo ir directamente a la isla, mamá? Nadie nos sigue, a nadie le interesamos.

—Nunca está de más ser prevenidas —contestó Elizabeth con una sonrisa, pasando una mano cariñosa por el rostro de su hija—. Anda, ánimo. El viaje no ha sido tan malo, al menos ya comienzas a hablarme una vez más.

—Solo lo he hecho porque era mi obligación.

—¿Ah, sí? En ese caso, tal vez sientas la obligación de decirme qué te apetece comer, ¿salchichas o jamón de pavo? —le dijo, sacando un par de sándwiches de su bolso.

—Ninguno.

—Tienes que comer algo, mi cielo. No has probado bocado desde que partimos.

—No tengo hambre.

Elizabeth suspiró y tomó a su hija por los hombros, arrodillándose delante de ella para hablarle mirándola a los ojos.

—Cariño, debemos dejar de una vez esta rencilla que se ha levantado entre nosotras. Por más que quieras creer que eres un alma antigua y que eres muy madura, la verdad es que eres una niña pequeña, Zyanya, y yo soy tu madre —acarició su mejilla con una suave caricia—. Solo quiero lo mejor para ti, mi amor. Nunca haría nada para lastimarte.

—Pero lo hiciste —bufó Zyanya, apartando el rostro de su caricia—. ¡Me has quitado lo único bueno que tenía!

—No te he quitado nada, cariño, créeme.

—No te creo.

—Todo cuanto deseo es protegerte, Zyanya. Algún día entenderás que... —se quedó callada abruptamente.

—¿Qué ocurre? —El rostro de Zyanya mudó de expresión, poniéndose alerta. Podía estar enojada con su madre, pero la conocía bien, y sabía cuándo ella se ponía nerviosa.

—Nada... —mintió Elizabeth, enderezándose y mirando en derredor con los ojos.

Zyanya sabía que escrutaba los alrededores, buscando con el poder de su mente alguna señal de vida inteligente entre las casas abandonadas del pueblo donde habían aterrizado.

—¿Mamá...?

—Será mejor que nos vayamos ya. Siento a algunas personas en derredor,

no deben ser más que vagabundos y adolescentes fugados de casa, pero por si acaso... —dijo Elizabeth, sacando la poción de su cinturón—. No estaremos seguras hasta haber subido en la nave.

—¡Elizabeth! —Escucharon una voz que les paralizó por un momento el corazón, hasta ver aparecer en las penumbras a Flérída.

Una sonrisa se esbozó en el rostro de Zyanya al verla, pero el rostro de su madre se llenó de tensión.

—Flérída —dijo, con voz cortante—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a darte un mensaje de tu padre.

—¿Mi padre? —repitió Elizabeth, con voz glacial.

—Sí, él...

—¿Qué quieres, Flérída? —dijo su madre, irguiéndose delante de Zyanya, de manera protectora.

—Veo que nada te engaña a ti, ¿no es verdad? —La sonrisa en el rostro de Flérída desapareció, reemplazada por una expresión amarga—. Nada se escapa a la gran Elizabeth de los Blancos.

Tras ella, de uno en uno, comenzaron a aparecer varios hombres con cascos en la cabeza.

Zyanya lo comprendió todo, eran Kinam, se habían mantenido ocultos con su capacidad de mimetización, y el casco que llevaban en la cabeza impedía que su madre pudiera leer sus pensamientos, y por lo tanto pudiera descubrirlos.

Elizabeth se puso en posición de defensa, haciendo emerger su espada dorada de la muñeca.

—Por favor, Elizabeth. Eres una gran guerrera, pero ni siquiera tú sola podrías contra los Raya.

El rostro de Elizabeth se tensó al escuchar ese nombre, al tiempo que Zyanya sentía emerger en ella un miedo que nunca antes había tenido.

Los Raya eran los peores seres del mundo, rebeldes desertores de La Capadocia y de los Kinam. Habían fusionado sus fuerzas y ahora nadie era capaz de vencerlos, así de poderosos eran... Y cada vez había más rodeándolas por todas partes.

Los ojos de Elizabeth se encendieron, pero nada sucedió.

Flérída, delante de ella, soltó una carcajada gutural que a Zyanya le puso los pelos de punta.

—Es inútil que lo intentes Elizabeth, tus poderes no funcionan cuando estás cerca de esto —Les enseñó un anillo de piedra roja que colgaba de una cadena de su cuello.

—El anillo del Sol Rojo... —musitó Elizabeth, abriendo los ojos sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, querida. Un anillo del Sol Rojo, que bloquea todos y cada uno de tus poderes —sonrió Flérída mordazmente.

—¿Qué es lo que quieres...? —gruñó Elizabeth, dejando caer la espada con fuerza, y hasta entonces Zyanya supo el enorme trabajo que había consistido para su madre el mantenerla erguida todo ese tiempo.

—Entrégala —Los ojos de Flérída se posaron sobre Zyanya, provocando que el corazón de la pequeña se paralizara de miedo —, y podrás irte a salvo.

—¡Jamás!

—En ese caso, me temo que tanto tú como tu hija morirán esta noche.

—¡No!

—Alto —se escuchó una voz retumbar en la noche.

Los ojos de Zyanya buscaron en la oscuridad, a través de los brazos de su

madre que la mantenían sujeta en un intento de protegerla.

—Flérída, no te atrevas a matarla —dijo la misma voz, al tiempo que una imponente figura aparecía delante de ellas. Su tamaño era descomunal, tenía alas y la piel negra, y de las decenas de franjas rojas que atravesaban todo su cuerpo emergían unas púas poderosas y afiladas, supurantes de veneno.

—Es un Kisinkan... —musitó Zyanya con la voz ahogada.

No pudo evitar que un temblor incontrolable recorriera cada parte de su cuerpo al recordar las cientos de historias que había escuchado de los Kisinkan; esos seres endemoniados, altos como gigantes y poderosos como dragones, con la habilidad de lanzar fuego y destilar veneno. Su fuerza era tal, que a su lado, los Kinam eran unas simples criaturas de apariencia inocente, como comparar un gatito con un león.

El Kisinkan pareció percatarse de la reacción que su aparición provocó en la pequeña princesa, porque sonrió mordazmente, dejando al descubierto dos filas de dientes afilados y puntiagudos, cada uno supurante de mortal veneno.

Zyanya tragó saliva, intentando dominar el pánico ante la idea de saber que si él llegaba a abrir la boca, solo bastaría que le lanzara un fognazo de su garganta para chamuscarla viva en segundos. Su fuego era tan poderoso que dejaba a los poderes de La Capadocia como simples números de circo. Solo un Alma de Fuego era capaz de competir con él, y ni ella ni su madre eran una de ellos.

Estaban perdidas...

—¿Te parezco terrorífico, pequeña? —preguntó el Kisinkan e instantáneamente Zyanya se encogió, temerosa del fuego letal que prácticamente vio salir de su garganta.

Pero solo fue su potente imaginación. Nada malo había sucedido.

El Kisinkan lanzó una carcajada que fue coreada por todos sus compañeros. El orgullo de Zyanya la obligó a erguirse y observar directamente a sus atacantes, sin poder evitar un atisbo de resentimiento al notar que varios de ellos, en el grupo ahora más numeroso, eran Capadocias sublevados.

—¡Seres indignos de su raza! —bramó, enojada—. ¡No merecen pertenecer a nuestra estirpe, horda de traidores... come-caca!

Las risas se hicieron mayores y aumentaron de volumen, pero el rostro del Kisinkan ya no mostraba alegría alguna, sino que había adoptando un semblante serio que pareció inquietar a su madre, porque hizo callar a su hija con un gesto de la mano, al tiempo que volvía a colocarse delante de ella, en un gesto defensivo.

—Mi esposo sabe donde estoy, también mi padre —dijo Elizabeth, hablando con una voz sorprendentemente calmada, a pesar de la situación en la que se encontraban—. Si no me comunico con ellos en unos cuantos minutos, como teníamos acordado, sabrán que algo malo nos ocurre y vendrán por nosotras. Y ustedes, si tienen un racimo de inteligencia, sabrán que les conviene escapar antes de que eso suceda.

—En ese caso, tal vez sería mejor que les dieras aviso de que te encuentras a salvo —contraatacó el Kisinkan.

—Flagpaom, no creo que sea lo mejor dejar que ella se comuniqué con su familia... —intervino Flérída.

—¡Cállate! —bramó el Kisinkan, y la mujer guardó silencio inmediatamente, adoptando una pose sumisa.

Zyanya notó con sorpresa que su madre colocaba discretamente algo entre sus dedos, y al verlo, notó que se trataba de la pócima teletransportadora.

—Ahora, princesa —Flagpaom volvió a dirigirse a Elizabeth, pero el breve segundo de distracción que se había tomado para mirar a Flérída le bastó a Elizabeth para actuar—. ¡Nooo...! —gritó Flagpaom al verlas romper el par de frasquitos de pócima en su mano y desaparecer con su hija en una voluta de humo.

Zyanya sintió que algo la aferraba, impidiéndole marchar. De alguna forma supo que su cuerpo se dividía, y mientras una parte iba con su madre, otra se quedaba allí, anclada a ese sitio terrorífico del que tanto deseaba huir.

En medio de la confusión y el terror, vio a su madre regresar y atacar al Kisinkan que la mantenía sujeta. Se vio rodeada en una especie de remolino interminable y de pronto, se sintió aterrizar abruptamente contra algo duro.

Le costó darse cuenta de que se encontraba en otro sitio. El piso era de madera y estaba sucio y destartado. Al levantarse, todavía con el corazón agitado y la respiración entrecortada, Zyanya se percató de que se encontraba en un cuarto de paredes enmohecidas de lo que debía ser una casa abandonada. Y el terror volvió a hacer presa de ella cuando escuchó los gritos y los llamados de los Raya en la parte exterior de la casa...

No habían logrado huir. Seguían en ese mismo pueblo abandonado, con esos Raya siguiéndoles los talones, buscándolas desenfrenadamente entre las casas abandonadas.

—¡Mamá...! —Susurró Zyanya, desesperada, al mirar en derredor y no encontrar a su madre —. ¡Mamá!

Intentó utilizar su Kanan, pero el intercomunicador no servía. Debió averiarse con el golpe, y ahora no tenía manera de comunicarse con su madre ni pedir ayuda a La Capadocia.

La puerta se abrió bruscamente y el corazón de Zyanya dio un salto, aterrorizado.

Pero todo temor desapareció al ver en el umbral a su madre, buscándola tan frenéticamente como ella.

—¡Mamá! —chilló Zyanya, corriendo a refugiarse en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó su madre, aferrándola a su cintura en un apretado abrazo—. ¿No te hizo daño? ¡Zyanya, contéstame! ¿Estás bien...? —urgió la mujer, separándola para examinarla de cerca.

—Estoy bien, mamá... —La voz de Zyanya se ahogó al notar una herida abierta y supurante en el hombro de su madre—. ¡Estás herida! —chilló, aterrorizada—. ¡El Kisinkan te ha herido!

—Estoy bien, dime, ¿sirve tu Kanan? El mío me lo arrebató el Kisinkan, también mi cinturón...

—No, mamá. Lo siento... —Los ojos de Zyanya se llenaron de lágrimas por la desesperación.

—Está bien, tranquila, mi cielo —Elizabeth la volvió a abrazar—. No pasa nada, vamos —tomó su mano y se dirigió a la salida.

—Pero mamá, el veneno...

—¡He dicho que no pasa nada! —insistió su madre, llevándola con ella.

Zyanya sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, sabía que el veneno del Kisinkan era letal, su madre debía suministrarse urgentemente una dosis de

su antídoto si no quería morir...

Sintió un miedo profundo. Sabía que sin el cinturón no tenían posibilidades de sobrevivir, allí se encontraban los antídotos, las armas, las pociones de teletransportación...

Sin nada de eso, su madre no tendría posibilidades de sobrevivir más allá de unos cuantos minutos. Y sin su madre, ella estaba perdida...

Y ella había sido demasiado tonta para llevar puesto su cinturón, demasiado tonta como para creer en las advertencias de sus padres acerca de estar siempre prevenida...

¡Era una tonta! ¡Cómo se arrepentía de su testarudez! Ahora su madre moriría por su culpa, ambas lo harían...

Si tan solo pudiese ser un Alma Amarilla...

Toda su vida había soñado con ser un Alma Blanca, tan poderosa que nadie pudiera ganarle jamás, o al menos un Alma Azul, la más grandiosa conocida por la historia hasta entonces. Pero ahora, al ver a su madre correr cada vez con paso más pesados, sabiendo que en cada respiración se iba un poco de su vida, deseó con todas sus fuerzas haber nacido con el poder de curar y salvarle la vida...

¿De qué servía todo el poder que tantas veces había anhelado tener, si no podía siquiera salvarle la vida a su madre en un momento de necesidad?

Zyanya se sorprendió al escuchar sonido de música y voces de gente Homo. Había supuesto que un pueblo abandonado estaría completamente desierto de Homos, pero no era así. En las calles y el interior de las casas que todavía conseguían mantenerse en pie, no sin dificultad, pudo ver a varias personas sentadas, algunas caminando, otras más dormidas o fumando recostados en simples camastros hechos de hojas de palmera amontonadas en la tierra.

Un grupo de hombres no lejos de ellas, reían de manera extraña mientras caminaban a trompicones, teniendo que sujetarse de árboles y tablones para no caer, como si no tuvieran control de sus acciones, mientras otros se encontraban completamente perdidos, rodeados de botellas vacías y agujas sucias.

Su madre la apuró a continuar, sin permitirle ver a detalle a esos extraños Homo que parecían tan sorprendidos de encontrarlas allí como ella a ellos.

Pasaron por un grupo de personas que estaban reunidos en torno a una fogata encendida en un viejo barril de combustible, algunos bailaban al son de la cumbia que emitía una destartalada grabadora, mientras otros se dedicaban a beber y jugar. Zyanya se sobresaltó al ver unas sombras ocultas tras las fachadas destartaladas de unas casas, y su madre le cubrió los ojos, apurándola a ir más deprisa.

—¡Hey, tú! —le gritó a su madre un hombre corpulento que iba vestido con una camiseta negra sin mangas, dejando al descubierto los múltiples tatuajes que decoraban sus brazos—, ¿traes dinero?

Elizabeth no contestó y se limitó a continuar caminado.

—¡Oye, te estoy hablando! —El tipo corrió hacia ellas hasta casi chocar de frente con su madre—. ¡Dame lo que traigas encima!

Elizabeth lo miró y enseguida el hombre cayó al piso, pálido como un muerto y con el terror vivo reflejado en el rostro.

Zyanya sonrió de gusto. Era su truco favorito, su madre solo tenía que ver a los ojos a alguien y enseguida ese alguien se encontraría sufriendo en vida la peor de sus pesadillas, y sin poder siquiera gritar para pedir ayuda.

—Esto no es un juego, Zyanya, ¡vamos! —Escuchó claramente las palabras de su madre en su mente y le bastó verla a los ojos para que todo le quedara claro. Conocía esa mirada, no importaba qué edad se tuviera, uno sabía cuando su madre te desprecia por lo que eres, por lo que sientes, por aquellas

cosas que no deberían darte gusto, pero que te gustan igualmente...

Su madre la odiaba.

La odiaba porque ella era mala...

—No te odio —le aclaró Elizabeth, volviendo a hablar dentro de su mente—. Pero no es bueno que te alegres por el sufrimiento de otros, ¿me has entendido?

—Sí, mamá —contestó Zyanya en voz baja.

Su madre se giró para tomarla en brazos, pero trastabilló y cayó de rodillas delante de ella. Zyanya sintió el impulso de gritar, pero sabía que eso solo habría terminado atrayendo directamente hacia ellas a sus enemigos. Su madre se moría, se moría delante de ella y no había nada que pudiera hacer para evitarlo...

—Tranquila, mi amor, no pasa nada... —musitó Elizabeth, levantándose una vez más y dedicándole a su hija una sonrisa—. Vamos, mi cielo. No podemos detenernos.

—Sí, mamá —contestó Zyanya, intentando ser tan valiente como su madre, sintiendo que gruesas lágrimas caían por sus mejillas.

Apuraron el paso, evitando a los otros grupos dispersos de Homo que surgían a su alrededor de la oscuridad.

Un grupo conformado por varios hombres les salieron al paso, acompañados también por algunas mujeres que les dedicaron risas de burla y miradas desdeñosas, asumiendo que ellos tenían el control de la situación y dentro de poco habrían hecho con el par de extrañas lo que se les diera la gana.

En menos de una fracción de segundo, quedarán reducidos a estatuas vivientes tiradas en el suelo.

Y a pesar del gozo de verlos así, sometidos a un castigo más que merecido después de que se supusieron en ventaja para aprovecharse de una indefensa mujer y su pequeña hija, Zyanya no volvió a sonreír...

La preocupación por su madre le impedía pensar en otra cosa más allá de su figura, cada vez más temblorosa y débil, sucumbiendo al poder del veneno.

Un veneno que en un cuerpo menos fuerte, habría ya consumido la vida en él...

Tras ellas, escuchó las voces de los Raya. Habían encontrado su olor y seguían su rastro.

En medio de la oscuridad, escucharon el creciente alboroto de las explosiones y los Homos huyendo aterrorizado aproximándose a ellas. La gente comenzó a gritar y correr despavorida mientras casas volaban en pedazos y poderosos Kinam y Capadocias armados les salían al paso, destruyéndolo todo.

Zyanya sintió que el corazón se le encogía, mientras corrían a ponerse a salvo tras el muro de un edificio. Sabía que de no estar ella, su madre habría podido escapar y ponerse a salvo. Pero debía cargar con ella, esa inútil hija de cinco años que ahora no era más que una carga...

—No lo eres —le dijo su madre, aferrando con fuerza su mano—. No eres inútil y no debo cargar contigo. Yo quiero cargar contigo, que es distinto, y por nada del mundo cambiaría las cosas, ¿me has entendido?

Zyanya asintió, sin querer mirarla a los ojos.

—Zyanya, mírame... —le pidió su madre, hablando con una voz débil, rara en ella—. Mírame por favor, mi cielo.

Zyanya levantó la cabeza y clavó los ojos sobre los de su madre, y las lágrimas comenzaron a caer sin control por sus mejillas al encontrarla tan pálida y débil. Sus hermosos ojos verdes, esos ojos siempre brillantes y llenos

de vida, ahora lucían apagados por la muerte que se cernía sobre ella, como un feroz cazador dispuesto a llevarse con él a su presa sin dar tregua.

—Tú eres mi hija —le dijo Elizabeth con firmeza, posando sus manos en su rostro en un intento de poner énfasis a sus palabras—. Eres lo más importante en el mundo para mí, junto con tu hermano y tu padre. Daría mi vida mil veces por salvar la tuya, Zyanya, y jamás me arrepentiré de ello, porque te amo, hijita, ¿me has entendido?

Zyanya asintió, sin dejar de llorar, aferrándose al cuello de su madre en un abrazo desconsolado.

—No te mueras, mamá. ¡No te mueras, por favor...!

—Mi amor, sabes lo que pasará. Las dos lo sabemos. Eres una niña muy inteligente, no te puedo ocultar la verdad, porque la conoces bien —La volvió a mirar a los ojos—. Yo moriré hoy...

—¡No...!

—Zyanya, escúchame, mi cielo —le pidió su madre, hablándole con la mayor dulzura que consiguió en esa difícil situación—. Sabes que moriré, no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Pero tú vivirás, ¡tú vivirás, mi cielo!

—¡No...! No quiero vivir sin ti...

—Entonces mi muerte no habrá valido nada... —La aferró con mayor intensidad—. Yo moriré hoy, Zyanya, y no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Pero puedo morir tranquila, sabiéndote a salvo, oirme atormentada por la preocupación de no saber qué fue de ti, o peor, con la aflicción de saber que has muerto conmigo. Y yo no quiero eso, Zyanya. Lo único que deseo en este momento es que tú vivas, ¡tú eres todo cuanto me importa, hija mía! Por eso te pido, te suplico, hijita, que vivas.

—No puedo, mamá... No sin ti...

—Tú eres la continuación de mi ser, Zyanya. Tú honrarás mi vida con tu propia vida, porque yo soy parte de ti, como tú eres parte de mí, y mientras tú vivas, una parte de mí siempre continuará viva contigo —Le dedicó una cálida sonrisa—. Sin importar qué pase después...

—Mamá, por favor, no... ¡No te mueras! —tartamudeó Zyanya, incapaz de pensar con claridad.

—Siento tanto hacerte pasar por este difícil momento, mi cielo. Eres tan solo una niña pequeña, mi niña pequeña —sonrió, acariciando dulcemente su rostro—. Dicen que todo pasa por algo, y quizá el que siempre hayas sido tan madura, haya sido precisamente para enfrentar este momento. Es ahora cuando más que nunca necesito que seas fuerte, Zyanya, y hagas lo que te pido.

—Mamá, no por favor... Cambiaré, te lo prometo, seré buena, tan buena como tú quieras, pero no te mueras, ¡por favor, mamá...!

—Mi amor, no pierdas tus fuerzas ahora, te lo suplico. Te necesito fuerte, Zyanya —La miró a los ojos—. Tú debes vivir, ¿me has comprendido? ¡Tú debes vivir! —La abrazó con todas sus fuerzas, derramando las lágrimas que no se atrevía demostrar delante de su pequeña hija—. Prométeme que vivirás, Zyanya. Pase lo que pase, prométeme que vivirás.

Zyanya sintió un terrible dolor, el peso de una responsabilidad demasiado grande para ella, una responsabilidad que habría sido demasiado grande para cualquiera, adulto, joven o anciano, sin importancia. Una responsabilidad que implicaba sobrevivir a una persona amada, porque esa misma persona te pedía que lo hicieras...

Y Zyanya, a pesar de no desearlo, debió contestar con la única respuesta que podía darle a su madre, la única respuesta que ella le pedía, la única respuesta que a ella la dejaría partir en paz...

Y haciendo a un lado su propia aflicción y el miedo a un futuro que se cernía oscuro delante de ella, al tener que enfrentarlo sin la luz que era su

madre, contestó con la respuesta deseada:

—Te lo prometo, mamá...

Se escuchó una explosión, y el edificio tras el que se ocultaban estalló en mil pedazos.

Ambas salieron despedidas en el aire, y cayeron bruscamente contra el suelo, junto con varios escombros y otras personas que habían sido alcanzadas por la explosión e intentaban huir despavoridas. Gracias a los trajes Capadocia que llevaban puestos, su cuerpo quedó protegido de la explosión, aunque no evitó que se llevaran unos buenos golpes.

Partieron a la carrera sin demora, sabían que sus enemigos se aproximaban y tenían que ponerse a salvo.

Elizabeth torció a la derecha por una calle que conducía a unas casitas pequeñas perdidas en su mayoría entre la vegetación selvática que había crecido a su alrededor. Llegaron frente a la fachada de lo que debió ser una espléndida mansión en otro tiempo. Pasaron por encima de un enrejado caído y atravesaron un pórtico decorado con columnas griegas que con dificultad continuaban manteniéndose en pie. De una patada, su madre abrió lo que quedaba de la puerta de entrada y entró en el interior de la casa, llevándola del brazo. Condujo a Zyanya hasta un resquicio en el muro ubicado tras los restos de un piano, un diminuto hueco donde apenas cabía su pequeña hija, y cubrió el agujero con una tabla que anteriormente debió ir allí.

—No me dejes mamá... —sollozó Zyanya—. No me abandones.

—No llores mi cielo, necesito que seas fuerte, mi amor. No tengas miedo, todo saldrá bien... —Se quitó el medallón que llevaba colgado al cuello y se

lo puso a la pequeña—. Esto te cuidará, mi amor. No lo pierdas...

—Mamá, por favor, seré buena, te prometo que seré buena, pero no me dejes...

—Mi niña, eres muy buena, Zyanya, no voy a dejarte, te lo prometo. Tranquila, no llores, no debes llorar, no hagas el menor ruido. Juguemos a escondernos, es lo que estamos haciendo. Si haces un ruido, te encontraré y perderás... Vamos, mi cielo, tú puedes. ¿Ganarás por mí?

Zyanya asintió con la cabeza, mordiéndose los labios para no llorar.

—Esa es mi niña buena —Elizabeth se forzó en sonreír y la besó en la frente y cubrió el agujero con la tabla, dejándola completamente a oscuras.

Zyanya miró en derredor, pero la oscuridad era total. Escuchó pasos y gritos, temió más que nunca por su madre, pero no podía moverse...

Su madre debía de haberla hipnotizado sin que se diera cuenta, impidiéndole moverse de su escondite.

De pronto vio una luz emerger del medallón que su madre había colado de su cuello y el terror le recorrió las entrañas.

Sin embargo, era una luz pequeña, diferente... Y de alguna forma Zyanya supo que no le haría daño.

—¡Debe estar por aquí! —Escuchó una gruesa voz.

A lo lejos alcanzó a escuchar el sonido de gritos aterrorizados.

Zarah se estremeció, sabía que sus atacantes debían de encontrarse cerca...

—¡Busquen por todos los rincones, no dejen nada en pie! —tronó una nueva voz, más intensa que la primera—. ¡Si la dejan escapar, no saldrán vivos de aquí...!

Zyanya sintió miedo, no podía ver nada y se mantenía pegada a la pared,

escondida de ellos. La luz se hizo más intensa y se situó cerca de su rostro, y de pronto, Zyanya ya no tuvo tanto miedo...

—No te muevas por nada del mundo —le susurró una voz muy fina a su lado—. Yo intentaré distraerlos.

—Quiero a mi mamá... —sollozó Zyanya, sintiéndose apretada entre los escombros y ladrillos que la rodeaban por todas partes.

—Ella no ha de tardar, pequeña —la tranquilizó la misma voz—. Ahora quiero que te quedes aquí calladita y no hagas ningún movimiento, ¿de acuerdo?

La niña asintió con la cabeza, aunque apenas podía moverla, al igual que todo su cuerpo. Enseguida vio la luz plateada elevarse rápidamente por los aires y pasar a través de los tablones de madera que la ocultaban, marchándose lejos de ella, fuera del alcance de su vista.

—¿Qué es eso? —oyó preguntar a una de las voces—. ¿Lo atrapo, Flagpaom?

—¡Buscamos a una niña, ¿cuántas veces debo repetírtelo, pedazo de idiota?! —le gritó el de la voz más gruesa, el que debía ser el horrible monstruo que la había aterrorizado hacía unos momentos—. ¡Muévase o los voy a hacer picadillo!

Hubo un destello plateado que alcanzó a vislumbrarse hasta el sitio donde Zyanya se encontraba, seguido de varios golpes secos, como si varios costales cayeran al suelo al mismo tiempo.

—¡Rápido cariño, salgamos de aquí! —la apuró la luz plateada que volvía hacia ella en ese instante—. El efecto de mi luz no durará mucho, tenemos que huir enseguida. Ellos despertarán en cualquier momento.

Zyanya sintió como si se despegara de los ladrillos, tan apretada había estado, y luchó contra la traba de la puerta improvisada que le había dejado su

madre. La luz le alumbró un poco, permitiéndole ver lo que hacía y dónde apoyarse. No sin poco esfuerzo, logró salir del agujero y caer al piso, agujereado y repleto de escombros.

Pudo ver con el tenue brillo de la luz a varios Kinam y Capadocia derrumbados en el suelo de la oscura y sucia habitación. Miró con asombro a la diminuta luz, pero antes de darle tiempo de reaccionar o decir algo, la luz se movió con rapidez, incitándola a seguirla.

Zyanya dudó un par de segundos, su madre le había ordenado quedarse allí, pero al mirar en derredor y toparse una vez más con esos cuerpos desmayados, supo que seguramente su madre no querría que permaneciera allí, y partió corriendo tras la luz, fuera de la casa.

La luz, en lugar de dirigirse directamente a la salida principal, torció por una habitación donde en otro tiempo debió de haber habido un amplio comedor, y ahora solo quedaban restos de sillas rotas, y doblaron por un pasillo hasta llegar al diminuto hueco bajo las escaleras. Siguió a la luz plateada por el interior hasta alcanzar un agujero en la pared donde ella apenas cabía, por primera vez agradeció ser tan pequeña. Lo atravesó sin mucho inconveniente y logró llegar del otro lado. Afuera, un amplio jardín se extendía ante ella. Seguramente debió ser sumamente hermoso, pero ahora estaba cubierto de hoyos y restos de escombros.

—¡Vamos! —le urgió la voz proveniente de la luz plateada, invitándola a seguir adelante.

Zyanya, sin detenerse a pensarlo, la siguió a través del prado. La oscuridad era tal que estuvo cerca de caer en varias ocasiones en una de las zanjas abiertas en la tierra.

Llegaron a la orilla de un risco, donde un destartalado puente colgante se extendía ante ella.

—Debes atravesarlo —le dijo la voz, regresando por ella al notar que

Zyanya no avanzaba por el puente.

—No puedo... —Miró hacia abajo con temor—. Me dan miedo las alturas.

—Tú sabes volar. Te he visto hacerlo.

Zyanya frunció el ceño, confundida. ¿Cómo es que sabía eso de ella?

—¿Tú quién eres?

—Tu madre te dijo que yo te cuidaría, ¿no recuerdas? —le dijo la voz, revoloteando a su alrededor—. Vamos, no hay tiempo. Tenemos que continuar.

—Pero el puente es muy frágil... puedo caerme.

—Volarás si se rompe, no importa.

—Pero... no puedo volar. Ya no... —Zyanya tuvo que admitir lo que le provocaba vergüenza—. Mamá me hizo algo y ahora no puedo usar mis poderes.

La luz se paralizó delante del puente, como si la noticia también la hubiese impactado.

—No importa. Caminarás, en ese caso. Vamos, Zyanya, no hay tiempo que perder, los Raya ya vienen.

Zyanya miró hacia atrás y vio revuelo, escuchó gritos y cosas rompiéndose. La luz tenía razón, si no continuaba, los Raya la apresarían...

Zyanya puso pie en el primer tablón y el piso se movió al tiempo que el puente se mecía sin control de un lado al otro. Abajo corría un caudaloso río, no lo veía, pero podía escuchar el estrépito de la corriente. Un temblor incontrolable la recorrió de arriba abajo, siempre había temido a las alturas...

—¡No mires hacia abajo! —le ordenó la luz plateada, aproximándose a su rostro hasta prácticamente posarse frente a su nariz.

Zyanya soltó una exhalación al lograr ver la forma de esa figura plateada, ¡era un hada! Y sin duda, era preciosa; con cabellos y ojos tan plateados que apenas se les podía mirar directamente, y sus alas transparentes desprendían un polvo argentado que dejaba una estela de luz a su paso.

—Sígueme con mucho cuidado —le pidió el hada—. ¿Segura de que no puedes volar?

—Yo creo que no... —contestó por ella una voz colmada de furia, golpeando con fuerza al hada contra uno de los postes que sostenían al puente.

—¡Nooo! —gritó Zyanya al ver apagarse la luz al tiempo que la diminuta figura caía inerte en el suelo.

—¡Ahora ven aquí, niña! —bramó su atacante, alzando una mano para cogerla. Pero Zyanya salió corriendo antes de que pudiera hacerlo y regresó sobre sus pasos, llevando al hombre pegado a sus talones—. ¡Te he dicho que vengas aquí!

Zyanya corrió más rápido, le dolían las piernas, pero no hizo caso, solo podía correr, correr y correr, o pronto estaría muerta, como esa pobre hada... Un nudo se formó en su garganta, hubiera deseado encontrarla y darle un entierro adecuado, pero si no corría para salvar su vida, la que pronto estaría bajo tierra sería ella.

Se coló por el resquicio de una pared justo en el preciso instante en el que su atacante estuvo a punto de cogerla, y continuó su huida. A lo lejos pudo ver luz y corrió hacia ella, pero pronto se arrepintió. Se encontró en medio de una calle donde ocurría un gran alboroto, se oían gritos por todas partes y gente corriendo despavorida por todos lados.

Se sentía sola y aterrada a tal extremo de quedarse paralizada, cuando, de improviso, un edificio se le vino encima. Súbitamente una fuerte mano la alzó por los aires con extremo cuidado y la apretó contra su pecho.

Al principio temió que se tratara de su captor, pero solo necesitó ver la luz

de esos intensos y brillantes ojos verdes para reconocer a su madre.

—¡Mamá...! —susurró, soltándose a llorar, aliviada.

—Tranquila, mi amor, aquí estoy, aquí estoy... —contestó su madre, estrechándola con fuerza contra su pecho mientras continuaba corriendo, mezclándose entre la multitud. Se veía preocupada, sin embargo intentaba mantener la calma, mostrándole a Zyanya una inquebrantable sonrisa.

Su madre la cubrió con una capa, impidiéndole ver lo que ocurría a su alrededor. Sin embargo, Zyanya podía sentirla correr sobre la tierra llevándola a cuestas al tiempo que esquivaba a toda prisa paredes que se derrumbaban sobre ellas intentando aprisionarlas.

De pronto se detuvieron. Por un resquicio de la capa, Zyanya vio a un costado de ellas a sus atacantes.

—¡Kinam! —gritó, alertando a su madre de uno de esos monstruos que se abalanzaba hacia ella por su espalda.

Elizabeth se giró, sin soltar a su hija de sus brazos, y con una destreza admirable, una destreza como la que Zyanya siempre había soñado poseer, se desembarazó de ellos, a pesar de que eran diez contra una, y llevaba a una niña pequeña a cuestas.

Pero no era suficiente, y su madre lo sabía. Zyanya lo leyó en sus ojos con la misma claridad con la que su madre leía el miedo en los de su hija.

El ruido de las casas derrumbándose y del ejército que se aproximaba en su búsqueda era cada vez más cercano.

—Vamos... —susurró Elizabeth, partiendo a la carrera para tomar un poco de ventaja, mientras pensaba qué debía hacer. Zyanya confiaba plenamente en su madre, era la mujer más inteligente que jamás había conocido, ella encontraría una solución, estaba segura...

Su madre torció a la derecha justo en el momento en el que un muro se

derrumbó delante de ellas, dejando a la vista a varios Raya, mezcla de Kinam y Capadocia, que se lanzaron a la carrera sobre ellas.

Elizabeth luchó con los primeros, usando su don de hipnosis. Algunos cayeron bajo su influjo, pero otros usaron cascos especiales que los protegían del poder de su madre. Tendría que pelear cuerpo a cuerpo con ellos. Mientras esgrimía la espada, los ojos de su madre volvieron a encenderse y pronunció las palabras de un conjuro. La tierra se movió bajo sus pies y varios de sus atacantes cayeron en un inmenso agujero, dándole a su madre y a ella una pequeña ventaja para escapar.

Zyanya se aferró al cuello de su madre, intentando no estorbarle. Sabía que ella podría salvarse si estuviera sola, su presencia la retrasaba, pero algo le decía, le hacía saber con presteza, que su madre nunca la abandonaría...

Intentaron tomar otro rumbo cuando dieron de frente con un muro de atacantes, y debieron desviar la trayectoria de inmediato. Las bombas continuaban cayendo, provocando explosiones por doquier, abriendo boquetes y haciendo estallar objetos en el aire por donde iban pasando.

Antes de darse cuenta se encontraron una vez más frente a la cañada y al inicio del puente que ella antes no se había atrevido a atravesar. Su madre, por otro lado, al percatarse de que se trataba del único conector con el otro lado de la profunda cañada, comenzó a cruzarlo sin dudarle. Cuando iban a medio camino, un disparo hizo volar en pedazos el extremo opuesto, dejándolas a un paso de caer al vacío. Gracias al cielo que todavía no abandonaban la sección del puente comunicada con la tierra.

Zarah sintió el piso nuevamente bajo sus pies cuando su madre la dejó cuidadosamente en el mismo borde destruido del puente, el frágil borde que aún conectaba con tierra, apenas sujeto por los restos de cuerdas. Al mirar hacia abajo, vio un acaudalado río cientos de metros por debajo de ellas. La sensación de vértigo fue instantánea, a pesar de que nunca antes le había temido a las alturas, ahora, sin sus poderes, era algo que le provocaba

pánico...

El sonido regresó a sus oídos, trayendo a su mente los gritos, disparos y amenazas de sus persecutores que se aproximaban hacia ellas a toda velocidad. Elizabeth se giró hacia ellos, protegiendo a Zyanya con su cuerpo a manera de escudo. Antes de que ella le bloqueara la vista, la niña pudo percatarse de varios hombres gigantesos aproximándose muy aprisa, los Kinam convertidos en su fase de guerra.

Hubo un destello de luz ámbar y los hombres se quedaron petrificados en su lugar.

Zyanya sonrió, orgullosa del talento de su madre, capaz de detener a esos monstruos a tanta distancia y en considerable desventaja, pero nada de eso pareció importarle a Elizabeth cuando, sin perder tiempo, se volvió y se arrodilló delante de su pequeña hija, tomando su rostro entre sus manos para obligarla a verla a los ojos.

—Zyanya, mi amor, ahora debes hacerle un favor a mamá —le pidió con voz temblorosa y apresurada—. ¿Recuerdas lo que practicamos, de desaparecer y aparecer?

— Sí, mamá —contestó, recordando las múltiples prácticas que habían hecho con la pócima, apareciendo una y otra vez en distintos sitios ocultos, a partir de varios puntos distantes del mundo—. Las últimas veces lo logré sin cometer ni un solo error.

—¡Muy bien, querida! —la felicitó su madre, forzando una sonrisa—. Quiero que te desaparezcas y vayas a donde fuimos a pasear ayer ¿te acuerdas?

Zyanya asintió con la cabeza, concentrándose en lo que le pedía su madre a pesar de que el continuo llegar de más Raya a las cercanías la ponía nerviosa.

—Hijita, necesito que me escuches y te concentres —le pidió Elizabeth, forzándola verla a los ojos—. Irás al mismo sitio de ayer, ¿lo recuerdas?

—¿La granja abandonada en México? —preguntó Zyanya, comprendiendo al fin lo que su madre le pedía.

—La misma.

—Pero...

—Zyanya, no hay tiempo para discutir. Solo haz lo que te pido.

—Pero no tengo pócima...

—Sí, si tienes —Tomó su pequeña mano y puso en su palma un frasquito—. Úsala bien, es la última.

—Pero si yo la uso, tú no podrás venir conmigo...

—No.

—Pero...

—Zyanya, solo haz lo que te pido, ¡ahora! No hay tiempo para discusiones...

Los ojos de Zyanya se llenaron de lágrimas, al tiempo que negaba vivamente con la cabeza.

—No me iré sin ti, ¡no me iré sin ti!

—Tienes que hacerlo... —Elizabeth tomó su rostro entre sus manos y la miró a los ojos, pero Zyanya los cerró, impidiéndole hacer lo que ella sabía que intentaba.

—No me abandones, mamá, por favor, no me abandones... —sollozó todavía con los ojos cerrados, aferrándose al cuello de su madre.

Elizabeth la abrazó con fuerza y le susurró al oído.

—Nunca te abandonaré, mi amor. Ahora, por favor, hazme caso y vete... Vete y vive, hijita. Es todo cuanto te pido. No les des a esos monstruos la oportunidad de matarte, tú eres mi hija, mi orgullo, mi amor. No permitas que

ellos terminen con tu vida, mi cielo, prométemelo, por favor.

—No... —sollozó, negando con la cabeza—. No puedo...

—Sí, sí puedes, mi amor. Ahora, vete.

—No te abandonaré, ven conmigo, lo intentaremos juntas.

—Terminaremos cayendo en cualquier sitio cercano a este, como pasó hace un momento. Tienes que ir tú sola.

—No puedo usar mis poderes, mamá, sabes que no puedo...

—Sí puedes. Nunca has dejado de poseer tus dones, Zyanya. Ellos siempre han estado dentro de ti, como siempre, listos para salir cuando tú los necesites.

—Pero...

—Sé que está muy lejos y no hemos practicado con una distancia tan prolongada con tu nueva condición, pero tú puedes hacerlo, mi amor —La miró a los ojos, y la luz ambarina se encendió en ellos mientras hablaba—. Hazlo, hija. ¡Confío en ti!

—¡Elizabeth, ríndete y entréganosla! —le gritó uno de sus persecutores, aproximándose a ellas hasta casi llegar al borde del puente.

Elizabeth se volvió solo lo necesario para percatarse de dónde se encontraba el que le había gritado. El Kinam había aparecido ante las ruinas del puente y se acercaba a la carrera hacia ellas, acompañado por varios de sus compañeros. Habían avanzado a tal grado que los separaban tan solo unos cuantos pasos.

La mujer se puso de pie bruscamente y se giró hacia ellos. Una intensa aura ámbar apareció en derredor de ella, al tiempo que un torbellino de aire y polvo las envolvía a ella y a Zyanya desde los pies a la cabeza.

—¡Deprisa, Zyanya, vete y no regreses...! —le ordenó Elizabeth,

volteando a verla con los ojos completamente cambiados de su habitual color verde a uno ámbar, tan luminoso como si poseyera luz propia—. Ve mi amor, no te preocupes, yo te alcanzo luego...

Zyanya no pudo desobedecer aquella orden.

Se visualizó en una granja. La granja que había conocido en un viaje tenido hacía poco con su madre y, mientras lo hacía, vio disolverse poco a poco la imagen de su madre, quien, con su don de hipnosis, mantenía a los Raya quietos e inmóviles a unos cuantos pasos de ellas, sin que pudieran acercárseles.

—¡Los está hipnotizando idiotas y no se dan cuenta que la niña se les escapa! —gritó otro hombre que llegó tras ellos, trayendo puesto el casco con lentes que le cubría los ojos y buena parte del rostro—. ¡Pónganse sus cascos y vayan por ellas!

—¡Ve mi amor! —le dijo Elizabeth de la forma más natural que consiguió, hablándole como si solo la mandara a jugar al parque, y no al destino que le tenía preparado en realidad.

—No, mamá... ¡No por favor...! —gimió Zyanya, prendándose a su pierna para no irse sin ella.

Elizabeth se giró y la abrazó, ocultando las lágrimas que bañaron sus ojos al tener que separarse de su adorada hija.

Sabía que era por su bien... Era la única manera de salvarle la vida.

Sin embargo, le costaba tanto tener que separarse de ella...

—Ve, amor mío —le susurró, agachándose para mirarla a los ojos. Y todo cuanto pudo ver Zyanya fue esa luz ámbar que se tornó verde de repente... Un verde que se apoderó de su cerebro y la pequeña supo que no tenía opción. Ya no pudo pensar, ya no pudo resistirse. Solo obedecer.

Zyanya dio un paso hacia atrás y comenzó a desvanecerse en una voluta de

humo azul.

Antes de que terminara de desaparecer, Elizabeth tomó la capa de su hija, le dio un beso en la frente, el último que le daría, y la abrazó con fuerza hasta que se hubo desvanecido entre sus brazos.

Luego, sin decir ni hacer nada más para defenderse, ciñó la capa contra su pecho y se lanzó al vacío, llevando muy apretada la prenda de su niña.

Zyanya, desde ese espacio entre un lugar y el otro, a medio camino de obedecer la orden dictaminada en su mente a prueba de la negación de su corazón, la vio caer.

No hubo gritos, no hubo llanto. Solo el sonido de la capa ondeando contra el viento mientras veía a su madre por última vez antes de perderse en el vacío...

Y ella se encontró de lleno en otro lugar. La granja a la que su madre la había enviado.

Solo que ya no sabía lo que era esa granja, ni lo que hacía allí, ni siquiera podía recordar quién era su madre ni cuál era su nombre... Mientras más intentaba recordar, más olvidaba, su mente se ponía en blanco, al tiempo que el pánico la invadía.

Salió corriendo de allí tan rápido como le permitieron las piernas, gritaba y lloraba, asustada, abriéndose paso a trompicones entre la vegetación. Su mente era un torbellino, un torbellino en blanco del que no podía obtener nada, como si toda su existencia estuviera sumida en la nada. Solo había una palabra que podía recordar, la palabra que se había llevado en sus labios al momento de aparecer en ese sitio desconocido y perdido entre la selva: mamá.

Y con esa palabra en los labios, corrió sin rumbo, escapando de la nada, porque nada la perseguía, y aun así sentía la necesidad de escapar.

Corrió hasta dar de frente con un camino despejado. Vio una luz delante de

ella, haciéndose cada vez más grande a medida que una camioneta se acercaba a toda velocidad.

Aterrada, no pudo moverse a pesar de que el vehículo se encontraba prácticamente encima de ella. Una luz apareció de la nada, como si hubiera brotado desde su mismo ser, aunque estuvo segura por un par de segundos haberla visto emerger del medallón que colgaba de su cuello, y dio a un costado del vehículo.

Se escuchó una explosión cuando el neumático de la camioneta reventó. Con dificultad, el vehículo dio un viraje brusco antes de lograr detenerse, milagrosamente ileso.

Zyanya aprovechó ese segundo para escapar y esconderse entre los matorrales, temerosa de ser vista, aunque todavía no podía explicarse el motivo.

Desde su escondite vio salir a una pareja, hablaron entre ellos mientras revisaban a los niños, dormidos en la parte trasera de la camioneta, y se disponían a cambiar la llanta reventada. De pronto, su mirada se topó con la de la mujer, y un nudo de terror se formó en su estómago. Retrocedió entre las ramas del matorral donde se ocultaba, temerosa.

Algo en su interior le dijo que se detuviera, que no tuviera miedo y se acercara a ella...

Y dubitativa entre seguir su impulso de esconderse o a la voz que le pedía que se acercara, se quedó inmóvil en su lugar.

En ese momento alcanzó a ver el rostro de la mujer, difuminado por las sombras de la noche. Ella, inclinada en cuatro patas, buscaba entre las ramas con una luz de la linterna que llevaba en la mano. La luz le dio de frente a Zyanya en el rostro, y ella temió lo peor. Sintió el impulso de salir corriendo, de escapar de allí, cuando, de súbito, el rostro de la mujer quedó iluminado por la luz de las farolas de la camioneta, un par de ojos verdes grandes y

hermosos, llenos de amor...

Y supo que se encontraba a salvo...

Zarah sintió que el aire le faltaba y la habitación comenzaba a darle vueltas.

Hasta ese momento, la memoria de su madre no existía, era solo un recuerdo vago proveniente de un sueño, entremezclado con las palabras de otras personas que intentaban crear un significado para ella a raíz del nombre de Elizabeth.

Ahora, el recuerdo de su madre era tan vívido, tan real, que no pudo evitar sentir en carne propia el dolor que había experimentado el día de su muerte, ese dolor que le atormentó el corazón durante años, sin que ella supiera a qué se debía, ese recuerdo revivido noche tras noche en esas terribles pesadillas que eran en realidad la única huella que había quedado de su pasado.

Y ahora que la herida había sido abierta una vez más, la misma aflicción volvía a hacer mella en su alma... Tan real, tan sensible, tan dolorosa...

Un fuego se encendió en su interior, avivado por la furia, la culpa y la aflicción.

—¿Cómo pudiste...? —siseó en voz baja, levantando los ojos, bañados de lágrimas, para fijarlos sobre la mujer por la que cada vez sentía mayor desprecio... y odio—. ¿Cómo pudiste hacernos eso?! ¡Mataste a mi madre solo porque tu hija pudiera tener a su novio! ¿Cómo pudiste ser tan egoísta, tan vil, tan despreciable...?!

Flérida sonrió mordazmente, encontrándole gusto a sus palabras, como si

le divirtiera el haberla por fin hecho enfadar.

—Era necesario. Contigo vuelta a la vida, era cuestión de tiempo que Allan te encontrara, en especial, estando dentro de La Capadocia. Tenía que quitarte del mapa antes de que eso sucediera, y solo pasaría si tú morías. Y eso Elizabeth no lo permitiría... Pero no podía hacerlo yo sola, eso habría despertado sospechas inmediatamente, y tu madre era demasiado inteligente, lograr que no notara lo que tramaba fue algo muy difícil, y ni siquiera con todo el plan que urdí con ayuda de los Raya, conseguí despistarla totalmente.

—¿A qué te refieres?

—A que tu madre debía de sospechar algo, o de otra manera no te habría borrado la memoria para evitar que yo o cualquier otro Antigo pudiera encontrarte.

—Entonces fue ella... Realmente fue ella quien borró mi memoria y no los Kinam —pensó en voz alta, cayendo cada vez más en la cuenta de que todo cuanto había recordado había sido cierto.

—Por supuesto. Si tu madre sospechaba de mí, debió saber que te seguiría adonde fuera que te encontrases. Seguramente decidió esconderte del mapa de los vivos que nosotros podemos captar, y mantenerte lejos del alcance de mis garras —bromeó, pasándole las uñas por el rostro—. Bloqueó tu mente y tus recuerdos, te dejó la mente en blanco, de manera que no pudiéramos seguirte el rastro. Literalmente, para nosotros desapareciste de la faz de la tierra, y por ello te dimos por muerta. Y claro, habiendo visto que tu madre se lanzó al vacío contigo en sus brazos para escapar del ataque, fue lógico dejarse llevar por ese error.

—No puedo creerlo... —Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas—, mi familia confiaba en ti... ¡y tú nos traicionaste! ¡Por tu culpa mi madre está muerta!

—Tu madre no me importaba, era a ti a quien quería matar —le dijo con

una frialdad increíble en la voz—, pero ese es un error que voy a arreglar ahora...

Zarah la vio apuntarle con un arma, idéntica a la que usaban los Raya, y sus ojos se agrandaron. Sabía, por sus clases de entrenamiento con La Capadocia, que esa arma era letal al contacto.

—Despídete del mundo para siempre, princesita. Nunca más volverás a interponerte en el camino de mi familia ni en la felicidad de mi hija...

—¡Alto!

Zarah giró la cabeza al escuchar esa voz que le erizó los vellos de la nuca. Habría deseado que Flérída disparara antes de tener que volver a ver ese rostro, a pesar de haberlo tenido que verlo cada noche en sus pesadillas...

Flagpaom.

El maldito desalmado Kisinkan que le había arrebatado a su madre y se había apoderado de sus sueños, convirtiéndolos en pesadillas, noche tras noche.

El ser al que más odiaba en el mundo...

Flagpaom miró directamente a Zarah, esbozando una sonrisa mordaz al tiempo que cambiaba su forma para adoptar la de un hombre.

Zarah no pudo evitar sorprenderse; el imponente monstruo ahora medía no más de un metro setenta, era delgado, de piel pálida y grandes ojos marrones. De no ser porque sabía perfectamente quién era él, lo habría pasado por un tipo cualquiera.

—¡No intervengas en esto, ella es mía! —rugió Flérída, apuntando el arma hacia el pecho de Zarah, decidida a matarla en ese mismo instante.

—¡No! —El hombre levantó una mano y de ella brotó una especie de rayo eléctrico que lanzó lejos a la mujer.

El arma cayó a los pies de Zarah, pero ella ni siquiera la miró, sus ojos se mantenían fijos sobre Flagpaom, que caminaba de manera decidida hacia ella.

Zarah sabía que le debía la vida, que había intervenido en su favor, pero no pudo evitar dedicarle una mirada que reflejaba el más profundo odio que había mantenido guardado en su interior.

—Daremos un paseo, princesita —le dijo él con una sonrisa gélida, presionando un botón en una mesa de controles cercana y liberándola en el acto.

Zarah cayó de manera brusca contra el suelo, pero se levantó enseguida, sin notar los magullones de sus muñecas y tobillos, por los que la habían mantenido sujeta.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Déjame matarla, ese fue el trato! —chilló Flérida, luchando por ponerse de pie, todavía atontada por el rayo.

—El trato ha cambiado —contestó Flagpaom sin darle mayor rodeo al tema, aproximándose a la joven para llevarla con él.

Zarah retrocedió un paso para impedir que él la tocara, justo en el momento en el que un rayo cruzó el espacio en el que ella se había encontrado medio segundo antes.

—Te he dicho, que ella es mía —siseó Flérida, volviendo a apuntar con el arma.

Zarah abrió los ojos, poniéndose alerta, aunque por la expresión que le dedicó Flagpaom a la mujer, supo que él se sentía el blanco del rayo, y por un momento ella también dudó de haber sido la destinataria de ese ataque.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Flagpaom se giró hacia la mujer para encararla, sus ojos despedían cólera al mirarla.

—Yo voy a matarla. Hazte a un lado o... —dejó la frase inconclusa, pero eso bastó para que Flagpaom se enfureciera y volviera a atacarla con un nuevo

rayo eléctrico que la hizo volar por los aires.

Flérida se retorció y chilló de manera agónica, antes de caer dolorosamente en el suelo. Zarah, a pesar del odio que sentía hacia ella, no pudo evitar mirarla con lástima. A cualquiera le habría roto el corazón escuchar esa agonía...

—Ahora, en cuanto a ti —Flagpaom se giró hacia ella, extendiendo su mano con la palma abierta, invitándola a tomarla—, me han dado órdenes de llevarte ilesa ante la presencia de Kudrow. Él siente simpatía por los pocos que son como él, o mejor dicho, que son como solía ser él.

Zarah arqueó las cejas. Kudrow... Había escuchado ese nombre en repetidas ocasiones, el líder de los Raya, el poderoso Alma Negra a quien todos temían... ¿Qué podía querer él con ella?

—¿Como él? —se obligó a preguntar, intentando alargar al máximo esa conversación para ganar tiempo. Debía encontrar la forma de salir de allí.

—Un Alma Azul —siseó él, sonriendo mordazmente—. Considérate privilegiada por ser un Alma Azul, pero si intentas algo, lo que sea, te juro que te haré pasar por algo peor que eso... —Hizo un gesto con la cabeza para indicar a Flérida—. Y no te gustará, princesa. Ahora sé buena y ven conmigo.

—¿Para qué me quiere Kudrow? —preguntó Zarah, intentando ganar tiempo. Si le resultaba difícil escapar allí, le sería imposible hacerlo en presencia de un Alma Negra.

—Eso no es de tu incumbencia, ahora obedece —Estiró una vez más la mano, esta vez de forma imperiosa—. Ven conmigo por las buenas, o te haré venir por las malas.

—¡No...! —El grito sofocado de Flérida le hizo estremecer las entrañas—. No vayas con él, Zarah. Tú no le interesas, solo quieren quitarte tu poder, y si vas con él, los harás invencibles. Ni siquiera La Capadocia podrá contra los Raya si te convierten en un Alma Negra.

—¿Me van a convertir en un Alma Negra? —Zarah palideció y miró a Flagpaom.

—No te metas, Flérída —siseó el hombre, dedicándole una mirada impaciente con la obvia intención de que se callara.

—No me digas lo que debo hacer, traidor —espetó la mujer, luchando por ponerse de pie, sin quitarle los ojos de encima al hombre, rezumantes de odio—. Eres una porquería, siempre lo has sido, no puedes cumplir un simple pacto... ¡Sabes que tengo que matarla! —El rostro de Flérída comenzaba a desfigurarse por la frustración—. ¡Ella tiene que morir! ¡Déjame matarla, o nada de esto habrá valido la pena, mi sacrificio como Capadocia y Antigua...!

—¡Te he dicho que te calles! —bramó Flagpaom, pero algo vio en el rostro desconsolado de la mujer, que se obligó a continuar hablando, en esta ocasión intentando mantener un tono tranquilo—. Solo cumplo órdenes. La llevaré ante Kudrow, y cuando él termine con ella, la traeré de regreso contigo para que hagas lo que quieras con ella.

—¡Eso es ridículo! —estalló la mujer—. ¡Si renace como Alma Negra, será invencible!

—Ese es tu problema, querida mía. No el mío —rio él.

—Pero...

—¡Esa es la orden de Kudrow! —rugió Flagpaom, obligándola a callar—. La voy a llevar ante él o mi cabeza colgará de su pared, ¿es lo que quieres, mujer?

—No, claro que no... ¡Pero tampoco quiero que la convierta en un Alma Negra! Eso significaría el fin de La Capadocia...

—¿Y a ti qué te importa La Capadocia?

—¡Mis hijas son Capadocia! El fin de la orden, significaría su fin también.

Flagpaom pareció dudar por un par de minutos, y finalmente se giró hacia Flérida, intentando razonar con ella.

—Kudrow ha dado la orden de llevarla enseguida ante su presencia, y la quiere viva. Y te guste o no, obedeceremos sus órdenes —La miró con decisión—. Yo no voy a oponerme a Kudrow, ni tú tampoco, si sabes lo que te conviene —Le dedicó una mirada despectiva—. Ni siquiera tú eres tan idiota como para pensar en desafiarlo...

—¿Y cómo pretendes quitarle el poder a un Alma Negra?! —se encendió Flérida—. ¡Son más poderosas que las Almas Azules! ¡Jamás podrás hacerlo!

—Tal vez yo no, pero Kudrow sí...

El corazón de Zarah se desbocó, no tenía idea de qué hacer, si se quedaba allí, Flérida la mataría, y si iba con él, la convertirían en un monstruo, el peor monstruo sobre la tierra: un Alma Negra.

—Él la quiere, debo llevársela enseguida —continuó hablando Flagpaom, dándole a Flérida una extraña consideración, después de lo mal que la había tratado.

—¡No lo harás!

—Si intervienes, mujer, te mataré.

Los ojos de Flérida se abrieron de manera desmesurada, dolida...

—Pero... ¡tú me amas! ¡Eres el padre de mi hija!

Zarah abrió los ojos como platos. ¿Su hija...?! No podían ser Raquel y Rebecca... Sería acaso... ¿Amy...?

—A la que traeré a vivir aquí con mucho gusto cuando tú mueras —contestó el hombre, perdiendo la paciencia.

—¡No...! —Flérida chilló, encaminándose hacia él de manera suplicante—. ¡No Amy! ¡Ella es buena! No tiene idea de nada de esto, ¡destruirás su

vida si te la llevas!

—Aprenderá a ser algo mejor que una tonta Capadocia una vez que venga a vivir conmigo.

—¡No lo harás! ¡Mis hijas te detendrán! ¡No podrás vencerlas! —La aflicción de Flérida era tal, que Zarah no pudo evitar conmoverse ante su súplica.

—¿Crees que un par de Iris son problema para mí? —Ironizó él, soltando una carcajada—. Si maté a su madre —Señaló a Zarah—, y ella era una Capadocia en toda la extensión de la palabra, ¿crees que tendré problema en acabar con un par de Iris con el don del agua y el hielo? ¿Qué van a hacerme? ¿Provocarme un resfriado? —ironizó mordazmente.

Los ojos de Flérida se llenaron de lágrimas.

—Allan... —El rostro de la mujer se iluminó ante esa idea—. ¡Él es el mejor amigo de mi hija, él no permitirá que les hagas daño!, ¡Allan acabará contigo si te atreves a entrometerte en la vida de mi familia!

—Allan no moverá un músculo cuando se entere de que tú lo traicionaste y mataste a su esposa —Volvió a señalar a Zarah—. Realmente me has hecho un favor muy grande, Flérida. Sin ese Allan entrometido en el juego, el vencer al Círculo de la Estrella será juego de niños.

—No... —La mujer cayó de rodillas—. ¡Te lo suplico! ¡No les hagas daño a mis hijas, a ellas no...!

—¡Quítate! —La empujó con el pie, humillándola al máximo—. Debo llevar al Alma Azul con Kudrow.

Se escuchó un torbellino mezcla de gritos, golpes y muros derrumbándose.

Zarah no supo de qué se trataba hasta que las puertas volaron de sus goznes, y para su sorpresa, vio aparecer por ella a otro de esos Kinam, pero este era más grande y fuerte que los normales y también tenía alas, de un porte

muy similar al de Flagpaom al estar convertido.

Flagpaom pareció sorprenderse al verlo, por primera vez lucía sobresaltado.

—Tanek... —musitó, cambiando de forma para adoptar la inmensa figura del Kisinkan, apenas un par de cabezas más alta que la de Tanek.

Su cuerpo se alargó y ensanchó, se volvió completamente negro y sus alas adquirieron un tono rojo en las puntas; en sus brazos, piernas y torso aparecieron franjas rojas. Su cola, mucho más larga que la de los otros Kinam, poseía tres púas en lugar de una, y también sus brazos y piernas tenían el doble de púas venenosas que las de otros Kinam.

—¿Tanek? —Zarah abrió los ojos al máximo, sin poder evitar que se le llenaran de lágrimas por la emoción de encontrar por fin un aliado en medio de esa pesadilla.

—¿Cómo estás, Zarah? —le preguntó él, apartando apenas la vista del monstruo que tenía enfrente.

—Bien...aunque podría estar mejor —intentó bromear en esa situación desesperada.

—En un minuto te sacaré de ahí, linda, en cuanto termine con este monstruo abominable.

—¿Y supones que será muy sencillo, Tanek? —rio el otro, adelantándose para enfrentarlo también.

—No me importa si es sencillo o no, he esperado este momento por once años y gozaré cada segundo en el que te esté haciendo pedazos.

Zarah frunció el ceño, ¿once años? ¿Exactamente los años desde que...?

—Al fin nos encontramos de frente, Flagpaom —gruñó Tanek, avanzando en la habitación despidiendo odio por cada uno de los poros de su cuerpo.

Flagpaom se inclinó, parándose en cuatro patas como un león a punto de atacar.

Zarah miró a Tanek, preocupada, aunque él no parecía estarlo en absoluto. Erguía su espada frente a él, sin vacilar ni por un momento en su decisión de terminar con ese monstruo cuando Flagpaom se abalanzó contra él.

Tanek levantó su espada y con ella hizo salir despedido al monstruo contra una pared.

El muro se resquebrajó con el golpe, partiéndose en diminutos fragmentos que cayeron al suelo junto con Flapaom, todavía atontado por el golpe.

Tanek se aproximó a él a paso lento, irguiendo todavía la espada levantada ante él.

—Tú mataste a mi esposa, intentaste matar a mi hija y destrozaste a mi familia... —le dijo con voz seca, dándole tiempo para incorporarse y continuar la pelea—. Y ahora, yo te destrozaré a ti...

Los ojos de Zarah se abrieron al máximo, ¿su esposa?, ¿su hija...?

¿Tanek era su padre?!

Zarah no tuvo tiempo de preguntar nada cuando ambos se ensartaron en una violenta pelea.

La puerta principal se abrió, y un tropel de individuos armados comenzó a entrar en la habitación, llamados por el disparo de una alarma cuyo espantoso estrépito retumbaba en todas las paredes. Zarah notó con aflicción que se trataba un ejército completo de guerreros, algunos Kinam, otros Capadocia, pero todos con la determinación de acabar con Tanek.

—¡Tanek, cuidado! —gritó Zarah afligida al ver que todos ellos se abalanzaban contra él al mismo tiempo.

Tanek se defendía con una destreza magnífica. No cabía duda de que era un guerrero excepcional, usaba al mismo tiempo la espada y un arma de disparo, similar a una pistola de energía, derrotando a cuanto enemigo le hacía frente. No obstante, sus atacantes eran demasiados. Zarah sabía que no podría con todos, era imposible, él era solo uno y el ejército al que combatía se volvía cada vez más numeroso, a medida que más Raya entraban en la habitación, dispuestos a atacarlo.

Tanek era hábil, pero ni el más hábil podría luchar contra todo un ejército él solo...

Lo sabía bien. Lo había visto en carne viva, el día que murió su madre...

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se forzó por mantenerse fuerte. Debía ayudar a Tanek, como fuera. Alcanzó a llegar hasta el arma de Flérída,

todavía tirada en el piso, y comenzó a disparar contra los Raya.

Por desgracia, eso pareció salirle más en desventaja que ayudarla, pues los disparos centraron la atención de sus enemigos sobre ella. Sin embargo, ella no dio pie atrás, y continuó atacando a sus enemigos con la misma fiereza que demostraba su padre.

—Esa es mi pequeña —le dijo Tanek sonriéndole paternalmente mientras se defendía de dos Raya con la espada.

Zarah sonrió también, pero la sonrisa se le borró del rostro al ver que uno de sus atacantes se había aproximado demasiado a ella y por poco la alcanza. Tanek, en una jugada sumamente hábil, se apareció a su lado y repelió el golpe por ella, para enseguida desaparecer nuevamente con su hija y aparecer en una habitación continua.

Los Raya no tardaron en llegar al sitio donde ellos se encontraban, pero al menos no eran tan numerosos como en la habitación que acababan de dejar. Zarah disparó contra sus enemigos, mientras su padre continuaba peleando, siguiéndolo por los talones en busca de una salida que no parecía hallarse en ninguna parte.

—¿No podemos solo aparecernos en otro lugar del planeta? —le preguntó Zarah, comenzando a impacientarse al ver llegar a un número cada vez mayor de soldados del ejército enemigo.

—Me temo que no, tienen las paredes cubiertas con un revestimiento que impide las apariciones más allá de cierta distancia. Tenemos que llegar lo suficientemente cerca de la salida para poder escapar de aquí... —Tanek no pudo continuar explicándole cuando una nueva horda de Raya les salió al paso.

Zarah observó con aprensión cómo su padre aparecía y desaparecía en el momento preciso, formando en todo momento un blanco móvil imposible de atrapar. Los Raya los iban separando, pero poco a poco Tanek comenzó a

replegarse una vez más en dirección a ella, dispuesto a defenderla con su vida.

—Tranquila, saldremos de esta —le dijo en un murmullo, extendiendo las alas delante de ella de manera protectora.

Zarah lo observó con una mezcla de admiración y fascinación luchar fieramente contra sus atacantes. Era increíble que él fuera su padre, el poderoso Tanek cuya fama trascendía fronteras...

De pronto, alguien la sujetó firmemente por el cuello y la alzó con la misma facilidad que si ella estuviera hecha de plumas.

—¡Detente Tanek, o ella muere!

Tanek se detuvo al instante, observando la escena que tenía delante; Zarah, atrapada entre los brazos de Flagpaom, frágil como una flor a la que con un simple movimiento podrían desprenderle la cabeza.

—No le hagas daño —pidió Tanek, soltando sus armas.

Un mar de soldados le cayó encima, reduciéndolo en segundos a un montón de amarres de cadenas de oro que sisearon al contacto con su piel, abrasándolo.

—¡No...! —chilló Zarah, sintiendo que el corazón se le comprimía de dolor.

El ramalazo de un recuerdo ajeno penetró en su mente, el recuerdo donde veía a Allan en una postura tan similar a esa, aumentando la aflicción que la corroía...

—Tranquila, Zyanya. Todo va a estar bien —le dijo Tanek, provocando que las lágrimas comenzaran a caer a borbotones de los ojos de Zarah, recordando las mismas palabras pronunciadas por su madre el día de su muerte.

Ahora moriría su padre, y también por culpa suya...

De pronto, Zarah recordó algo que había olvidado hasta entonces. El frasquito con la pócima que Aidan le había dado... Dijo que la ayudaría... Y conociendo a Aidan, solo había una pócima que él podría considerar que podría sacarla de un asunto apremiante como el ser atacada por los Raya.

La pócima de su madre.

Discretamente, metió la mano en su bolsillo y extrajo el diminuto frasquito que presionó en la palma de la mano hasta romperlo.

El mundo se disolvió a su alrededor en un torbellino tumultuoso que no tenía forma ni lugar.

De pronto apareció una vez más, como si nada hubiese pasado, justo al lado de Tanek.

Sin detenerse a pensar en lo que hacía, cogió la espada de su padre y con ella rompió las cadenas que lo mantenían sujeto. Antes de que los soldados pudieran contraatacar, Tanek la abrazó y juntos se disolvieron en una voluta de humo verde.

Aparecieron una vez más en un pasillo desierto. Los gritos de los hombres buscándolos se escuchaban por doquier, pero ambos los ignoraron, demasiado eufóricos para no celebrar ese repentino golpe de suerte. Tanek la miró con ojos rebosantes de alegría y la abrazó, y Zarah lo abrazó también, contenta de poder volver a abrazar a su padre una vez más, después de esa última despedida en ese trágico día, tantos años atrás...

—Te extrañé tanto, papá... —murmuró sin darse cuenta, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Tanek tomó con suma suavidad su rostro entre sus manos y la miró a los ojos.

—Lo sabes —Fue una afirmación más que una pregunta.

Zarah asintió con la cabeza, sintiendo que las lágrimas corrían por sus

mejillas.

—¿Por qué nunca me lo dijiste...? —Se escucharon pasos provenientes de pasillo cercano.

—Cuando lleguemos a casa hablaremos sobre esto largo y tendido, hijita. Ahora, debemos rescatar a tu hermano —Zarah, asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Yo te ayudaré.

—Te diría que no, pero me temo que no estoy en condiciones de negarme. No puedo salir de la base contigo y arriesgarme a no volver a entrar para rescatar a Aidan, y no me fío de dejarte escondida en un rincón, los Kinam podemos ver con sentidos mucho más eficientes que los ojos, así que me temo que el lugar donde estarás más segura será a mi lado. Vamos, te llevaré conmigo —Le tendió una mano y juntos desaparecieron en otra voluta de humo verde.

Debieron aparecer y desaparecer continuamente, despistando a sus atacantes, que parecían seguirlos por todas partes. Finalmente, llegaron a un sitio donde no había nadie. Tanek pareció contrariado, pero no se detuvo por ello, y juntos volvieron a desaparecerse una vez más.

El sitio donde aparecieron fue un pasillo oscuro, colmado de celdas con rejas de energía, idénticas a las ataduras que a ella la habían mantenido sujeta.

En ese lugar el sonido de la alarma, que continuaba activa, resultaba incluso más estridente, provocando que el ruido chocara contra los muros y aturdiere a sus cautivos.

Zarah no pudo evitar encogerse dolorosamente, llevándose ambas manos a los oídos para cubrirlos del ensordecedor ruido.

—Usa esto, pequeña —le dijo su padre, colocando en sus oídos unos tapones que bloquearon completamente el sonido.

Zarah sonrió agradecida, comenzando a sentir en su corazón la calidez de un recuerdo que había permanecido ausente de su memoria hasta entonces. Había amado que su padre la llamara pequeña, ella siempre había sido *su pequeña princesa*.

Tomando su mano, Tanek comenzó a recorrer los pasillos, llevando cuidadosamente a Zarah con él, escudándola con su propio cuerpo.

Gracias al estruendo de la alarma, que había hecho huir a los guardias, no se encontraron más que a un par de rezagados que les salieron al paso en medio de tambaleantes pasos aturcidos. Tanek no tardó en dejarlos fuera de combate, quitó un aparato a uno de ellos y lo hizo funcionar. Un mapa se desplegó delante de ellos, señalando con detalle el sitio donde se encontraban los prisioneros.

—Por aquí —le dijo a Zarah, volviendo a tomar su mano para guiarla por un intrincado laberinto de pasillos.

Zarah agradeció en sobremanera encontrarse con Tanek, estaba segura de que nunca habría hallado el modo de llegar al sitio donde se encontraba su hermano, y peor, la manera de salir de ese terrible enredo de pasillos y celdas.

Tanek continuó a paso seguro hasta llegar a un conjunto de celdas ubicadas al final de un pasillo.

—¡Papá! —gritó Aidan al verlo, poniéndose de pie en el acto—. ¡Zyanya, gracias al cielo que estás viva!

—¡Aidan! —contestó Tanek, aliviado de encontrarlo con bien—. ¿Te han hecho daño?

Zarah le sonrió a su hermano, encontrándolo bastante bien, con excepción de unos cuantos moretones en el cuerpo.

A su lado, débil y tan delgado que en un principio le costó reconocerlo, Zarah vio a Alberto, y sonrió de alegría por encontrarlo con vida.

—Tranquilo, Tanek... —Aidan miró a su hermana con preocupación, sabiendo que se había dejado llevar por la emoción en un principio—. Todos estamos bien.

—Descuida. Ella ya lo sabe —le informó Tanek.

—Cortesía de nuestra *antigua* amiga Flérida —Zarah usó esa palabra en doble sentido, provocando que su hermano esbozara una sonrisa.

—Creo que sacaré definitivamente a esa mujer de mi lista de navidad —bromeó Alberto, poniéndose trabajosamente de pie—. Zyanya, me alegra que estés bien. No lo tomes a mal, pero a estas alturas ya te dábamos por perdida.

—No digas tonterías ahora, Alberto —gruñó Tanek, enterrando su espada en los controles de la celda.

La reja de energía desapareció al instante, dejando libres a sus ocupantes.

—Será mejor que vayamos por los otros —dijo Aidan.

—He venido por ustedes —gruñó Tanek.

—No podemos dejarlos... —intervino Zarah—. Ellos están aquí por mi culpa.

—Era su deber protegerte, y si no cumplieron con él...

—No los culpes a ellos por la traición de Flérida. Estoy segura de que ni siquiera Allan la imaginó.

El rostro de Tanek se crispó por la furia.

—Lo que le hagan a Allan lo tendrá bien merecido por permitir que te atraparan a ti y a tu hermano.

—¡Allan fue a rescatarte!

—¿A rescatarme?

—Flérida llegó con un mensaje de tu parte... —intentó explicarse Zarah a

toda velocidad—. Decía que estabas atrapado por los Amm...

—Ammit-Massalia.

—Sí, ellos. Y otros, los Aruki...

—Ariki.

—¡Eso! La cosa es que solo él podía rescatarte.

—¿Y fue tan imbécil de caer en una trampa como esa y dejarte sin protección?

—No fue un imbécil y no me dejó sin protección, la pista parecía verdadera, recuerda que la trajo Flérída y no teníamos manera de saber que ella era una traidora, y me dejó con el equipo encargado de mi seguridad, después de asegurarse mil veces que el sitio era seguro. De no ser por la traición de Flérída, no me habría sucedido nada. Y eso nada ni nadie podía evitarlo, los traidores siempre saben aprovechar la mejor oportunidad para atacar, y si bien no fue esta, pudo ser cualquier otra.

Tanek la miró a los ojos, sin poder disimular del todo el desconcierto que sentía.

—Comienzas a hablar como tu madre —espetó en voz baja—. Pero eso no quita que Allan desobedeciera mis órdenes.

—Yo... —Aidan carraspeó—, debo mencionar, que fue por mi culpa que Allan lo hiciera, padre... Yo le ordené, más bien, le imploré que viniera a rescatarte, papá.

—En ese caso, la culpa es mía —intervino Alberto, y a cada uno le dedicó una mirada avergonzada—. Ellos... los Raya, me sacaron información... Un dato que solo tú podrías saber, Tanek, para asegurar que Allan creyera la falsa pista. No lo habría hecho de no ser porque... —Se calló, y Zarah lo comprendió. Lo habían torturado, todo su cuerpo demacrado estaba lleno de cicatrices y heridas todavía abiertas que delataban el terrible hecho.

—Oh, tío Alberto, cuánto lo siento... —musitó Zarah, sintiéndose culpable de que él hubiese sufrido tanto por ella. Era a ella a quien querían, y por ella todos sus amigos y seres queridos ahora sufrían...

—No es nada —Alberto se encogió de hombros, adivinando el pesar de su sobrina—. Ahora, dejemos de discutir y no perdamos el tiempo, vayamos a liberar a los otros y salgamos de este infierno.

—Escuché hablar a unos guardias —dijo Aidan—, están en el piso superior. No está protegido, papá, tú nos puedes llevar.

Tanek pareció vacilar, pero terminó por consentir la idea determinada por sus hijos y su cuñado.

Tomó a todos en un abrazo grupal y juntos desaparecieron en una voluta de humo verde.

Aparecieron en un piso idéntico al interior, quizá con la única diferencia de que las celdas eran más estrechas y bajas que las anteriores.

—Papá, perdona si soy molesto, pero antes de continuar, deberías hacer algo con el sistema de vigilancia, y ¿crees que podrías callar de una vez esa terrible alarma?

Tanek, en lugar de buscar en su cinturón un nuevo par de tapones para los oídos, miró directamente a una de las bocinas encasquetadas a la pared. En segundos, la bocina estalló en pedazos y todo el sistema de sonido y video quedó destrozado.

—¿Lo ves? Hechizos sin palabras —le dijo Aidan a Zarah, arqueando las cejas en un gesto orgulloso por el acto de su padre—. Y tan solo con su mente ha llegado a introducirse en los sistemas de audio y video, destruyéndolos por completo. Cosas como esas podrás hacer cuando alcances el nivel de un mentalista como nuestro padre.

Zarah sonrió, dedicándole a Tanek una mirada llena de orgullo.

—Luego continúas la lección, hijo. Vamos a sacar de una vez a tus amigos de este lugar y salgamos de una maldita vez de este puto infierno... —miró a Zarah—. Disculpa, hija. Salgamos de una buena vez de este lugar.

Zarah soltó una carcajada y comenzó a correr tras su padre, Aidan y Alberto, en busca de la celda donde deberían estar apresados sus amigos.

No tardaron mucho en dar con ellos. Patrick y Alessandra se encontraban de pie, mientras Jaqueline paseaba nerviosamente de un lado a otro. Ella fue la primera que los vio y dio aviso a los otros de su llegada, por lo que al momento de alcanzar a llegar a la celda, los tres los estaban esperando con sonrisas de alegría.

—No deberían estar aquí, debieron marcharse con tan solo tener la oportunidad —les dijo Alessandra a modo de reprimenda, sin dejar de sonreír, agradecida de verlos.

—Si me van a reclamar por rescatarlos, me voy enseguida —gruñó Tanek, hundiendo la espada en la cerradura.

—Sería más interesante si lo hicieras con la mente —comentó Aidan en voz baja a su hermana.

—Te daré unas buenas lecciones de lo que es interesante cuando regresemos a casa —bufó Tanek—. Ahora, todos sujétense a mí. Los voy a sacar de este maldito sitio...

Algo, en una fracción de segundo, sucedió en el interior de Zarah. El mundo se distorsionó y ya nada sucedió como debería.

Y supo que algo malo estaba por pasar...

Tenía que ser así, porque todo a su alrededor no pudo convertirse de repente en una película en cámara lenta.

Un silbido agudo hizo que Zarah se girara en el preciso momento en el que vio a Flérida, oculta unas celdas a la izquierda.

No tenía idea de cómo había conseguido llegar hasta allí, aunque eso fue en lo último que pensó en ese instante, al ver que levantaba un arma en dirección a ellos.

Tanek debió de percibir lo mismo que ella, porque se volvió hacia ella en una reacción tan rápida que Zarah no tuvo tiempo de resistirse antes de que su padre se colocara entre ella y el rayo disparado por el arma de Flérida.

El rayo impactó de lleno en el pecho de Tanek, destrozando la armadura que llevaba puesta.

Incrédula ante lo que presenciaba, vio a su padre estremecerse y caer de rodillas delante de ella. En su mano erguía el arma que había conseguido extraer de su cinturón.

Hubo otro disparo, este dirigido en dirección a Flérida.

La mujer salió despedida hacia atrás al ser alcanzada por el haz de energía proveniente de Tanek. La mujer golpeó de lleno contra un muro, antes de caer al suelo.

Estaba muerta.

Zarah lo supo nada más verla.

Y Tanek también debió verlo, porque fue hasta ese momento que se desplomó en el suelo. Inerte.

—¡Nooo...! —gritó Aidan histérico, arrodillándose frenéticamente al lado de su padre—. ¡Papá, papá por favor...! ¡Papá...!

Zarah se quedó paralizada observando la figura inerte de su padre como si se encontrara en otro mundo y viera toda aquella escena desde una pantalla muy lejana a ese lugar.

No podía ser... ¡No podía ser! Había perdido a su madre por su culpa, porque ella había dado su vida en aras de salvar la suya, y ahora su padre, después de todo cuanto había hecho por rescatarle, venía a tener el mismo destino...

—¡No...! —se escuchó gemir a sí misma, cayendo afligida al lado de su padre.

Observó con profunda tristeza el rostro de Aidan desencajado por el dolor, aferrando el cuerpo de su padre en un abrazo mortificado. Su pobre hermano había quedado huérfano por su culpa.

Su madre siempre había tenido razón al temerla, ella estaba maldita, quien estuviera cerca de ella acabaría muerto tarde o temprano, o sufriendo una aflicción terrible a causa de las consecuencias de tenerla cercana a su vida...

—Aidan... —escuchó la voz de Tanek, tan baja que apenas era un ligero murmullo—. Zyanya...

—Aquí estamos, papá —contestó Aidan, secándose las lágrimas con un rápido gesto de la mano—. Aquí estamos los dos.

—Salgan de aquí... —Puso entre las manos de su hijo un estuche con frasquitos de poción que Zarah reconoció enseguida—. Váyanse, ahora mismo. Déjenme aquí, no hay suficientes pociones para todos...

—¡No! —rugió Zarah, arrodillándose delante de su padre y abrazándolo también—. No vamos a dejarte aquí.

—Es inútil que intenten llevarme, yo mor...

—¡No! —chilló Zarah, reviviendo en carne viva los últimos momentos con su madre—. ¡No lo digas! ¡No tú, no morirás también...! Por favor, papá... —suplicó, mirando a su padre a través del velo de lágrimas que eran sus ojos.

—Alberto... —Tanek se dirigió al hombre que lo observaba con profundo cariño, rodeado por Patrick, Jaqueline y Alessandra—. Es una orden.

Alberto pareció mortificado por esa orden, pero sabía que tenía que obedecer. Tanek continuaba siendo un maestro superior en rango que él.

—Como ordene, Señor.

—¡No te atrevas a tocarme! —chilló Zarah, apartándose cuando Patrick se inclinó a sujetarla por un brazo.

—Aidan, sabes lo que tienes que hacer —le dijo Tanek a su hijo, poniendo sobre sus hombros una responsabilidad que no debería tener nadie, niño o adulto.

—No... ¡Aidan, no! —vociferó Zarah al verlo ponerse de pie.

—Lo siento, Zyanya. Son las normas que dicta el código —le dijo Aidan con la voz mortificada—. Tenemos que obedecer a Tanek.

—¡Eso es ridículo! —chilló la joven—. ¿Y si te pidiera que saltaras de un puente, lo harías? —atacó diciendo lo primero que se le vino a la cabeza, sabiendo que ella había hecho precisamente eso.

Pero era diferente, entonces solo era una niña pequeña y su madre la había

hipnotizado para obligarla a obedecer. En cambio, ahora era una mujer mayor con el razonamiento suficiente para saber que las normas no siempre tenían que ser obedecidas, y que sin importar lo que Tanek dijera, no iba a abandonarlo allí.

—Zarah, lo siento, pero es una orden, y no podemos perder tiempo — habló Patrick—. Es nuestro deber protegerte a ti y a tu hermano...

—¡Él es nuestro padre! —chilló Zarah—. Ya lo escuchaste, es nuestro padre y también un príncipe, ¡tienen que protegerlo también!

Patrick la observó, inmutable, y Zarah se giró hacia su hermano en busca de apoyo.

—Por favor, Aidan, tú no puedes pensar en serio hacer caso de sus palabras.

—Zyanya, nos han quitado nuestros cinturones...

—Todas las pócimas que tenemos aquí son las que yo traigo, hija —habló Tanek con gran esfuerzo—. Y solo son seis. No sobreviviré, no tiene sentido que...

—¡Nooo! —rugió Zarah con todas sus fuerzas, sintiendo que la furia y la impotencia emergían de su interior como del interior de un volcán.

De pronto, su cuerpo se encendió en una llama azul que la cubrió por completo e hizo retroceder a Patrick y a las chicas.

—El Alma Azul... —susurró Jaqueline, temerosa, dirigiéndole una mirada interrogante a Alessandra, in saber qué hacer.

—Zarah, cariño, debes calmarte... —intentó razonar con ella Tanek.

—¡Al fin! —Escucharon una voz a sus espaldas.

—Flagpaom —Zarah reconoció esa voz sin tener que volverse.

Esa voz había quedado grabada en su memoria para siempre.

Aidan abrazó a su padre, protegiéndolo con su cuerpo.

—¡Váyanse, ahora! —rugió Tanek, haciendo un esfuerzo para ponerse de pie y enfrentar al asesino de su esposa.

—Lo siento, Tanek, están rodeados —le dijo Flagpaom en tono sereno, acercándose a paso lento hacia ellos—. Y tus pócimas no servirán de nada. No tienen forma de escapar de aquí.

Patrick miró en derredor, colocándose en posición defensiva en derredor de Zarah, Aidan y Tanek, ayudado por Alberto, Alessandra y Jaqueline.

—Vamos, no estropeen el momento —les dijo Flagpaom, al tiempo que varias figuras emergían de entre las sombras—, después de todo, es la victoriosa culminación de un plan que llevamos años conciliando.

—Alberto, Patrick, saquen a mis hijos de aquí, ¡ahora! —Rugió Tanek, irguiéndose con una tremenda dificultad.

—De hecho, Tanek, necesito a tus hijos aquí —señaló el monstruo, sacando una espada con la que apuntó a su rostro—. Y a ti también...

La pelea se desató en ese mismo instante. Sus enemigos los atacaron por todas direcciones, pero sus amigos demostraron una feroz valentía al mantenerlos a raya, a pesar de no contar con armas.

Alessandra hacía estremecer la tierra a sus pies con su don de Alma Marrón y desequilibraba a sus enemigos el tiempo suficiente como para que Jaqueline los atacara con unos golpes certeros y fugaces, mientras hacía crecer de la nada brezos espinosos que se enredaban como lianas de acero en los cuerpos de sus enemigos.

Alberto adoptó la forma de un inmenso animal semejante a un oso y salió al ataque, ayudado por Patrick, quien con unos buenos golpes, lograba rechazar y mantener a raya a sus atacantes y confundir en cierto grado a los Kinam, en cierta forma, parte animal.

Pero no era suficiente, sus enemigos continuaban llegando y, antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, un Kinam saltaba sobre su débil padre, haciendo volar a Aidan con un diestro golpe de su cola.

—¡Nooo! —rugió Zarah al ver a su hermano aterrizar inerte en el suelo.

Automáticamente la llama azul volvió a emerger de su cuerpo. Antes de que el Kinam pudiera tocar a su padre, este salió despedido en el aire y fue a dar contra varios de los suyos.

Zarah sintió un poder y una fuerza como nunca en su vida, energía pura recorriendo sus venas, cada parte de su cuerpo tan poderosa como nunca...

Solo debió mirar a un grupo de Raya que se dirigía directamente hacia ella y todos quedaron petrificados en su mismo sitio, incapaces de moverse.

Una sonrisa ladeada curvó sus labios cuando, en un gesto de sus dedos, otro grupo salió despedido hacia atrás al mismo tiempo que una barrera azul se formaba delante de ellos, actuando como un campo de energía protector.

—¡Aidan! —escuchó gemir a su padre, y todo sentido de superioridad se vino abajo al descubrir a su pequeño hermano atrapado en los brazos de Flagpaom, todavía inconsciente por el golpe que se había dado en la pared.

—Déjalo ir —siseó Zarah, aproximándose a él a paso decidido.

—Detente allí mismo o mataré a tu hermano —amenazó Flagpaom, hincando la punta de una de sus púas en el cuello de Aidan.

Un estremecimiento recorrió a Zarah al recordar nuevamente el incidente con su madre. Y eso debió ser precisamente lo que Flagpaom buscaba, porque sonrió, sardónico.

—¿Te parece familiar, querida? —le preguntó con sorna, observando con deleite cómo el campo azul de Zarah comenzaba a desvanecerse.

—Déjalo ir —repitió Zarah, aparentando una tranquilidad que no sentía.

—Lo dejaré ir después de que tú hayas hecho algo por mí.

Zarah lo miró a los ojos y luego a su hermano. Flagpaom encajó más la punta en su piel, apurándola a responder.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿No es obvio? Aquello por lo que hemos fraguado todo este plan — Miró a su padre con desdén—. ¿No pensaste en verdad que te iba a resultar tan fácil escapar, no es así?

—¿Quieres decir que tú nos dejaste ir? —Zarah no entendía nada.

—Necesitaba que estuvieras con los tuyos. Verás, no hay forma de controlar el poder de un Alma Azul, a menos que se le persuada —miró a Aidan y luego a ella—. Y qué mejor que la gente a la que amas para incitarte a utilizarlo.

Zarah se sintió furiosa, pero no podía atacarlo o Aidan terminaría teniendo un final semejante al de su madre.

—¿Qué quieres?

—Tu poder —contestó Flagpaom sin rodeos.

—¿Qué...?

—Entrégame tu poder. A cambio, curaré a tu padre y te regresaré a tu hermano, y después todos ellos podrán marcharse en paz a vivir felices sus vidas.

—¡Zyanya, no lo hagas! —rugió su padre, pero uno de los Raya lo sujetó en ese momento y lo hizo caer dolorosamente al suelo.

—¡Papá! —Zarah hizo un ademán de moverse, pero el Raya que había atacado a su padre le advirtió con un gesto con la mano que se quedara en su lugar.

—No te muevas o lo mato —le dijo la mujer que mantenía sujeto a su

padre, una Capadocia rodeada de un aura amarilla.

—¿Eres un Alma Amarilla? —preguntó Zarah, sin aliento, sabiendo que en sus manos podía estar la salvación de su padre.

—Kitty, es un Alma Amarilla a mi servicio —le informó Flagpaom—. Y en ella está la posibilidad de matar a tu padre o salvarle la vida... —Los ojos de Zarah se fijaron en el monstruo, interrogantes—. ¿No lo sabías? Un Alma Amarilla puede ser tan letal como benéfica. Todo su juego de curar o matar radica en la energía; o la da o la toma...

Zarah se sobresaltó y miró preocupada a su padre, más pálido mientras la luz de las manos de esa mujer iba esparciéndose por su cuerpo.

—¡Detente! —urgió, girándose hacia Flagpaom—. ¡Haré lo que quieras, pero detente!

Flagpaom sonrió, soltando finalmente a su hermano en manos de uno de sus colegas.

—Me alegra que por fin nos entendamos, princesita.

—Prométeme que lo salvarás, y luego los dejarás ir —insistió Zarah, mirando de soslayo a su tío y sus amigos, apresados por los Raya.

—Por supuesto —él se encogió de hombros—. Aunque debo avisarte que tú no irás con ellos.

Zarah frunció el ceño, pero no pudo preguntar nada. El Alma Amarilla la había sujetado por el cuello y toda su fuerza comenzó a desvanecerse. El aura azul desapareció y ella se sintió tan débil que cuando el Alma Amarilla la soltó, apenas pudo sostenerse en pie.

—Date prisa Flagpaom, no puedo contener tanta energía... —gimió el Alma Amarilla, tambaleándose en un brillo desigual de azul y amarillo.

—No tardaré, querida —contestó Flagpaom, aunque Zarah no supo si de

dirigió a Kitty o a ella.

Y no importaba...

Antes de que ella pudiera reponerse, Flagpaom la sujetó bruscamente por el cuello y le ensartó la espada en el vientre.

Con la misma brusquedad con la que había insertado la espada, Flagpaom la retiró de su cuerpo.

—¿No te lo comenté? Tienes que morir antes de entregarme tu energía —le dijo él, con una mueca de fingida pena.

Zarah se tambaleó y cayó de rodillas en el piso, llevándose ambas manos al sitio de la herida, por donde comenzaba a brotar tanta sangre que rápidamente comenzó a formarse un charco a sus pies.

—¡Zyanya, no...! —rugió Alberto, intentando llegar hasta ella, pero varios Raya lo detuvieron a base de golpes y sacudidas violentas contra el suelo.

—Antes de morir, me gustaría enseñarte esto... —le dijo Flagpaom, aproximando un báculo que uno de los Raya le había alcanzado. Era una larga lanza de metal terminada en punta, y en el centro de la punta, brillaba una diminuta esfera negra.

—La piedra del Sol negro —le explicó Flagpaom, acariciando con suma adoración la diminuta esfera—. Tan poderosa como ninguna otra... —Se levantó y se dirigió al sitio donde se encontraba recostado Aidan, todavía inconsciente—. Para los Kinam no tiene poder alguno que afecte nuestras habilidades, pero para ustedes, brujitos, es su propia cadena de oro... —sonrió aproximando la piedra al joven, que comenzaba despertar en ese momento.

Zarah vio con horror que su hermano empezó a cambiar de color,

adoptando uno dorado. Aidan se retorció, su rostro era la imagen misma del dolor, mientras su cuerpo se iba transformando en una estatua de oro sólido.

—¡Detente! —chilló Zarah—. ¡Tú prometiste que los dejarías ir!

Flagpaom se alejó de él, mirando con fascinación la piedra en la lanza. Zarah solo tenía ojos para Aidan, quien, aturdido todavía, jadeó con dificultad, comenzando a recuperar lentamente su estado habitual.

—¿Interesante, no te parece? —continuó hablando Flagpaom, como si no acabara de hacer nada importante—. Esta pequeña piedra tiene la capacidad de potencializar todos los talentos de los Capadocia, hasta aniquilarlos con su propio poder.

—¡Déjalo en paz! —rugió Zarah, intentando mantenerse fuerte a pesar del dolor y que comenzaba a sentir que las fuerzas le fallaban—. ¡Tú prometiste que los dejarías ir después de curar a Tanek! ¡Cumple tu palabra, Flagpaom, o...!

—¿O qué? —preguntó él, con desdén.

La mujer Alma Amarilla se aproximó a él, dedicándole una sonrisa felina. En sus ojos, solo había adoración. Era obvio que eran amantes, y de ser así, Flérída, esa maldita mujer tan tonta, había confiado en él y arruinado su vida en vano... Pobre tonta mujer.

Igual que ella.

Porque era obvio que Flagpaom no iba a cumplir su parte del trato.

Y eso la hizo temblar de rabia, provocando que la llama azul que la rodeaba volviera a arder.

—Calma, pequeña princesa, todavía no saques tu poder —le dijo Flagpaom, obviamente satisfecho con lo que veía—. Kitty va a extraer todo tu poder y depositarlo en esta roca. Pero antes, necesito que hagas una última cosa por mí...

—¿Crees que voy a concederte algo más, después de lo que has hecho? —siseó Zarah, furiosa—. Está claro que me has mentido y no tienes la menor intención de cumplir con tu palabra.

Flagpaom sonrió mordazmente, sin negar los hechos.

—¡Cura a Tanek, maldito!

—¿Crees, de verdad, que voy a curar a Tanek, el grandioso guerrero protagonista de tantas leyendas y mitos alrededor del mundo que hablan de su poder? No soy idiota.

—¡Solo hazlo!

Flagpaom rio por lo bajo.

—Me siento sorprendido, princesa. Había asumido que eras una completa cobarde, pero ahora veo que tienes el mismo coraje de tu madre... Es una lástima que terminara muerta en el fondo de una cañada olvidada por el mundo.

Esas palabras hirieron el corazón de Zarah. Su flama se hizo más grande, al igual que la sonrisa de Flagpaom.

—Excelente, mientras más demuestres tu poder, más rápido será quitártelo.

—No te daré nada... —musitó Zarah, a pesar de que no tenía idea de cómo iba a conseguir evitar lo que él tuviera planeado hacerle.

Flagpaom borró la sonrisa de su rostro, dedicándole una mirada inescrutable. A paso lento, se aproximó al sitio donde se encontraba Tanek, todavía inconsciente, y sin más, le propinó un puntapié en las costillas.

—¡Déjalo en paz! —rugió Zarah, y la llama, a su pesar, aumentó.

—Tanek, el gran y poderoso guerrero... —comenzó a hablar Flagpaom, con un monólogo que parecía ir dirigido a él mismo—. Admito que no era mi intención matarlo, como debo admitir que le tengo cierto aprecio a la fama y el

nombre que él carga sobre los hombros. Después de todo, ha dejado a nuestra raza en alta estima... Al menos, para nosotros —Miró a Zarah—. Pero ya que lo tengo aquí, no lo dejaré vivir. No si eso implica que él pueda evitar que te mate a ti y consiga lo que he venido a buscar. Lo que Kudrow desea de ti.

—Yo no te daré nada...

—El hecho, princesa, es que no depende de ti... —sonrió mordazmente, al tiempo que se inclinaba sobre Tanek—. O mejor dicho, no depende de algo que tú puedas controlar. No cuando todo a tu alrededor se derrumba y tu único deseo es... —extrajo un puñal de su cinturón—: vengarte.

Y sin más, le encajó el puñal a Tanek en el centro de la misma herida y lo retorció.

Tanek lanzó un doloroso alarido que a Zarah le atravesó el corazón.

—¡Nooo! —gritó, furiosa—. ¡Ya basta!

—No... Zarah... —Tanek habló con mucha dificultad—. No le des lo que él busca... No...

—¡Cállate! —Flagpaom le dio un brutal golpe en la mandíbula, silenciándolo.

—¡Te juro que cuando termine contigo...! —Zarah se calló. Eso era lo que él buscaba, hacerla enfurecer.

Y no le iba a dar en su gusto.

Flagpaom frunció el ceño, evidentemente molesto.

—¿Crees que puedes vencerme, niña tonta? —rugió él, caminando directamente hacia el sitio donde se encontraba Aidan.

Zarah apretó los dientes, forzándose en no hablar. No iba a permitir que él la hiciera enojar.

—¿Crees que puedes jugar conmigo? —espetó Flagpaom—. ¿Y qué vas a

hacer cuando mate a tu hermano y a todos tus amigos?

—No... —Zarah musitó sin poder evitarlo, y se concentró en permanecer impasible. Él la quería hacer enojar, cada vez que lo conseguía, la llama crecía un poco más. Dentro de nada le habría arrebatado su poder y él habría ganado.

Y entonces todos estarían muertos sin ninguna duda...

Flagpaom volvió a colocar la piedra sobre la cabeza de Aidan, y el efecto fue el mismo. Zarah se mordió los labios, buscando pensar en cualquier cosa que le impidiera emitir más de su flama azul, pero resultaba sumamente complicado.

—Creo que no estás comprendiendo adecuadamente el concepto, princesa —le dijo Flagpaom, dejando caer al piso a su hermano.

Aidan, le dirigió a Zarah una mirada confusa antes de que Flagpaom se dirigiera directamente a Zarah y colocarla la piedra sobre su cabeza.

El aura azul emergió instantáneamente de su cuerpo, envolviéndola como un inmenso y poderoso fuego azul.

—Con esta piedra puedo hacerte emitir todo tu poder si así lo deseo. En las Almas Azules el efecto es superior, como su mismo poder...

Zarah sintió que su poder se descontrolaba y comenzaba a emerger de cada poro de su cuerpo. Quizá, de haber tenido más entrenamiento, habría podido controlarlo para atacar a Flagpaom, pero ahora solo se sentía extraña, débil y fuerte a la vez.

Y entendió el motivo de la fatal herida que él le había infligido. Estaba muriendo, de esa manera no podría atacarlo, su poder se escapada de ella como el agua por el orificio de una botella rota, dejándola vacía.

Dentro de nada él tendría todo su poder.

No obstante, él sonrió y alejó la piedra de ella.

Zarah no pudo evitar mirarlo confundida, y él debió interpretar su mirada, porque contestó a su pregunta silenciosa.

—Te dije que antes de quitarte tu poder, necesitaba una última cosa de ti. Verás, no quiero el poder de un Alma Azul. No te ofendas, es grandioso sin ninguna duda, pero si puedo obtener más, ¿por qué conformarme con solo eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó Zarah, usando todas sus fuerzas para no desmayarse.

Flagpaom sonrió, quitándose de enfrente de Zarah para no estorbarle en la visión de lo que sucedía delante de ella.

—Me refiero a que tienes que morir. Pero antes de pasar al más allá, necesito que te encuentres furiosa...

Uno de los Raya había sujetado a Aidan y arrastrado hasta colocarlo prácticamente delante de ella, y sin más, atravesó su vientre con la espada.

Fue tan rápido que Zarah no pudo reaccionar a lo que acababa de suceder, como si esa realidad no pudiera ser posible.

Los ojos desorbitados de Aidan se volvieron blancos antes de caer inerte delante de ella.

—¡Noooo....! —rugió Zarah, y la llama azul creció, iluminando todo a su alrededor con su luz.

Aunque ya no era tan azul...

Comenzaba a tornarse negra.

—Finalmente llegamos al punto que buscábamos —sonrió Flagpaom, complacido—. Te decía que esta piedra tiene una cualidad especial en las Almas Azules —sonrió, aproximando más el báculo al rostro de Zarah, provocando que la llama negra creciera y se intensificara—. ¿Por qué atrapar

el poder de un Alma Azul, cuando puedes robar el poder de un Alma Negra?

Zarah apenas podía pensar, su cuerpo se estremecía, ya sin fuerzas, y le era imposible continuar levantada sobre las rodillas. Al ver la piedra negra aproximándose a su rostro, supo que tenía que hacer algo para evitarlo, ¿pero qué...? Estaba demasiado débil...

Escuchó un terrible ruido y la el suelo tembló bajo ella.

El techo sobre sus cabezas se desquebrajó y un inmenso boquete se abrió encima de ellos. Un chorro de agua a presión entró con la rapidez de un rayo, y antes de que pudiera llegar hasta ellos, el chorro de agua se desvió y fue a dar directo contra sus atacantes. Una fracción de segundo después, el agua se congeló, atrapando a todos ellos en una inmensa masa de hielo.

—¡Raquel, Rebecca! —gritó Alberto, reconociendo la mano de las jóvenes.

Su voz se escuchó para Zarah como proveniente de otro mundo, y hasta entonces se percató de que no había estado escuchando los gritos de su tío y amigos, como si el mundo a su alrededor comenzara a silenciarse totalmente para ella.

Alberto no se equivocaba, Raquel y Rebecca descendieron montadas cada una en un jaguar negro, con las armaduras puestas y las espadas desplegadas, listas para luchar en el momento preciso en el que los Kinam y Capadocia enemigos comenzaban a liberarse.

Tras ellas, la figura de Zack entró desplegando látigos de plata que

chocaban contra sus enemigos. Por primera vez Zarah se alegró de verlo, pero no tanto como cuando vio llegar, imponente sobre su inmensa águila, a Allan, seguido por varios otros Capadocia montados en sus jaguares negros y luciendo sus armaduras y espadas doradas.

—¡Zarah! —gritó Allan, llegando delante de ella—. ¡Zarah, contéstame!

Intentó tocarla, pero la llama negra le abrasó la mano y debió retirarla al instante.

—¡Zarah...!

Los muros cayeron provocando un estrépito ensordecedor, Zarah vio aparecer en escena a varios Kinam guiados por uno más alto y más grande, de piel negra. Solo que él no era un Kisinkan, sus rayas no eran rojas, sino azules, y su tamaño no era tan descomunal. Sin embargo, no le costó trabajo distinguir la increíble fuerza y agilidad que poseía.

Lo miró fijamente, guiando a una horda de Kinam luciendo su mismo uniforme. Se enfrentaron a los Raya con la misma valentía que los Capadocia y que Allan, uniendo su fuerza a su bando.

Zarah vio la lucha como si se encontrara en otro mundo, atrapada en un limbo sin entrada ni salida, donde todo comenzaba a convertirse en oscuridad...

Y de pronto, ya no se encontraba allí.

De hecho, no tenía idea de dónde estaba.

Miró en derredor, parecía un lugar extraño, como un túnel cubierto de niebla. La luz era escasa a medida que la oscuridad se cernía sobre ella, parecía un anochecer sin sol, donde el azul del cielo iba desapareciendo a medida que un negro profundo invadía todo a su alrededor con su oscuridad.

Algo en su interior la empujaba a alejarse de esa oscuridad y seguir la luz azul, pero otra, la parte que ahora tenía mayor peso en su interior, aquella

parte llena de dolor y de deseo de venganza, la impulsaba a quedarse en la oscuridad.

De pronto, una luz diferente apareció frente a ella, una luz blanca tan resplandeciente que Zarah debió desviar la mirada.

Poco a poco la luz se fue atenuando hasta convertirse en una figura humana.

Zarah la miró fijamente por un par de minutos, incapaz de creer que lo que tenía enfrente fuera real.

—¿Mamá...? —musitó en voz baja, levantando lentamente una mano trémula, con la intención de tocar a la persona delante de ella.

Se sorprendió cuando, en lugar de palpar una especie de forma etérea, lo que encontró fue el tacto de una piel cálida y suave, la piel de su madre.

—Hola, mi amor —la saludó Elizabeth, dejando de lado el todavía asombro de su hija mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

—¿Mamá? —repitió Zarah, sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo. Era imposible. A menos...

A menos que estuviera muerta.

—No, mi amor, no estás muerta —le dijo Elizabeth, de una forma tan similar a cuando era pequeña y solía contestar sus preguntas sin necesidad de que ella las formulara, que los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas.

—Mamá, te he extrañado tanto... —sollozó Zarah, abrazándola una vez más, dejando de lado todo lo demás.

Había pasado demasiado tiempo viviendo sin un pasado, y ahora que lo había recordado para solo traer dolor a su presente, todo cuanto quería era abrazar a su madre y disculparse con ella por haber sido la causante de su muerte.

—Mi amor, no pienses así —le dijo Elizabeth dulcemente al oído—. Tú no tuviste la culpa de nada, eras una niña pequeña e inocente víctima de una desventura del destino.

—Pero mamá, de no haber estado yo allí, tú habrías podido salvarte...

—El resultado habría sido el mismo, querida mía —Elizabeth la miró a los ojos, y un estremecimiento recorrió el cuerpo de Zarah al encontrarse una vez más con esos ojos verdes tan hermosos—. Ahora sabes que esos seres siempre fueron tras de ti. Y yo jamás hubiera permitido que te hicieran daño. Tarde o temprano esto habría terminado sucediendo, y doy gracias porque las cosas terminaron bien, contigo a salvo.

—Pero tú moriste... ¡Moriste por mi culpa!

—Querida mía, es tiempo de que dejes ese tema atrás. No fue tu culpa, y yo no estoy muerta. Estoy tan viva como tú, pero en un plano diferente, un plano espiritual que algún día conocerás... Pero no hoy —Elizabeth la miró con una expresión severa, tomándola por los hombros—. Zyanya, es tiempo de que te concentres en lo que sucede a tu alrededor. Tu poder es grande, y como todo inmenso poder, puede ser tan benéfico como destructivo. Zyanya, no puedes permitir que los Raya te lo arrebaten. No puedes regresar como un Alma Negra.

Entonces el recuerdo de lo sucedido la acosó, y el sentimiento de odio y el deseo de venganza hirvieron en su interior.

—¿Cómo podría no hacerlo, cuando han matado a mi padre y a mi hermano? ¡Cuando fueron ellos los que provocaron tu muerte!

—Tu padre y hermano aún viven, y depende de ti salvarlos, Zyanya.

—¿Yo...? Pero yo no soy un Alma Amarilla...

—Eres un Alma Azul.

Zarah frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Puede que tenga más poder que un Alma Amarilla, pero no...

—No he dicho que tengas más poder que un Alma Amarilla. Esas jerarquías impuestas por La Capadocia son tan arcaicas y faltas de verdad como decir que un niño que es bueno en matemáticas tendrá el éxito de la vida asegurado. Ahora todo el mundo sabe que a un niño con buenas notas, en el futuro puede irle tan bien o mal como a cualquier otro, y que es la habilidad que desarrolle para desenvolverse en el mundo lo que le llevará al éxito o al fracaso. Y con las jerarquías de La Capadocia es lo mismo. Nadie es superior a nadie; Kinam, Homos o Capadocia, todos formamos parte del mismo mundo y todo cuanto nos toca es participar en él de la mejor manera posible, con la intención de conseguir un cambio que lleve a convertirlo en un sitio donde te gustaría que vivieran tus hijos y fueran felices. Ése fue siempre mi motivo para vivir, Zyanya. Tal vez algún día los Capadocia lleguen a ser tan sabios como para darse cuenta de ello. Pero es hora de que tú lo sepas y lo entiendas.

Zarah sonrió ligeramente, recordando una ocasión en la que Allan le había dicho algo similar.

—A lo que me refiero, querida mía, es que siendo un Alma Azul, tienes el control sobre todos los elementos, sobre cada molécula, cada mínima partícula que exista a tu alrededor... Incluido tu propio cuerpo.

—¿Quieres decir que? ¿La herida...?

—Cúrate a ti misma. Tienes el poder de manipular toda la energía a tu alrededor, cada molécula y energía existente. Y tu cuerpo es eso, moléculas y energía. Restaura el orden, hija mía.

—¿Y cómo lo haré?

—Ya sabes que en otra vida fuiste un Alma Amarilla, tienes los conocimientos necesarios que tu antiguo don requería para curar. Utiliza esos conocimientos y tu don de manipular los elementos y cura a tu padre, a tu hermano, y a ti misma, mi cielo —la miró con una sonrisa llena de orgullo—.

Y cuando lo hagas, hazlo como lo que eres; un Alma Azul. Las Almas Negras solo saben destruir. Las Almas Azules utilizan sus capacidades para crear. Tú eres una creadora, cariño mío. Eres un Alma Azul, Zyanya. Y debes regresar como tal.

—¿Pero cómo lo haré...? ¡Ni siquiera sé dónde estoy!

—Yo te llevaré de regreso, mi amor. Pero una vez allí, deberás ser tú la que actúe.

—¿Y qué debo hacer...? Mamá, no voy a poder hacerlo. Olvidé todo en cuanto me hiciste marchar de ese puente, y ya antes habías suprimido mis poderes...

—Y en ese momento te dije lo que mismo que te digo ahora: Nunca has dejado de poseer tus dones. Ellos siempre han estado dentro de ti, como siempre, listos para salir cuando tú los necesites.

—No te ofendas, mamá, pero los he necesitado mucho últimamente y no han sido que digamos muy útiles...

—Eso es porque no tienes fe en ti misma ni en el poder que reside dentro de ti —La tomó por los hombros, poniendo énfasis a sus palabras—. Cree en ti, Zyanya, cree en quien eres: tú eres mi hija, eres la hija de tu padre, la princesa de los Blancos. En tus genes reside el gran poder que te hizo nacer como un Alma Azul, en ti está el poder de renacer de ti misma, renacer de todos tus miedos y dificultades, y enfrentarte a la vida como lo que eres: una poderosa guerrera que ha venido al mundo a triunfar. Créelo hija mía, créelo de verdad, y toda traba en ti misma desaparecerá para siempre.

Zarah pareció dudar, demasiado temerosa de confiar en sí misma y su propio poder.

Elizabeth tomó cariñosamente su rostro entre sus manos y la miró a los ojos.

—Llevas la eternidad en ti misma.

Zarah levantó la vista y la fijó en sus ojos, confundida.

—Zyanya —contestó su madre a su muda pregunta—. Es lo que significa tu nombre: eterna.

Zarah arqueó las cejas, sorprendida. Nunca se le había ocurrido investigar el significado de su antiguo nombre.

—Fue esa la razón por la que te llamé Zyanya, mi amor. Desde el mismo momento en el que supe que estabas dentro de mí, supe que junto contigo vendría la grandeza del universo, la grandeza de la eternidad —la abrazó con fuerza, infundiéndole con ese abrazo todo cuanto Zarah necesitaba—. Confía en quien eres, hija mía. Y todo irá bien.

—Lo creo, mamá —contestó Zarah, sintiendo renacer una energía como nunca había sentido antes en su vida—. De verdad lo creo.

—En ese caso, ya estás lista —sonrió Elizabeth con orgullo y sus ojos se encendieron en dos inmensas esferas de luz verde que en un instante lo invadieron todo.

Zarah sintió que esa luz la invadía y la llenaba por completo, cada partícula de su cuerpo iluminada de verde hasta colmarla. Y como un estallido descomunal, esa luz se transformó en azul, y toda ella se convirtió en una inmensa fuente de luz azulada.

Y el miedo dejó de existir...

Poco a poco, la neblina que había a su alrededor comenzó a disiparse y se encontró una vez más en ese agujero medio inundado de agua salada donde se suscitaba una enorme batalla entre Raya, Capadocias y Kinam.

Sintió una vez más el dolor y la debilidad provenientes de la herida en su vientre, y supo lo que tenía que hacer. Se concentró en su cuerpo, su abdomen, sus órganos vitales, cada célula, cada molécula de su cuerpo, cada átomo de

cada partícula que la conformaban y vio lo que nunca antes había llegado a ver: la energía.

Toda ella no era más que energía.

Energía pura y constante, moviéndose en su interior, formando cada parte de ella.

Energía que había sido movida de manera errónea y que ahora debía corregirse para adoptar una vez más el movimiento del flujo que le correspondía.

Se visualizó tal cual era, siguiendo los lineamientos que su propio cuerpo le proporcionaba y lo vio todo con claridad. Y nada más lo hubo pensado, la energía comenzó a restablecerse en su interior, adoptando las trayectorias que ella le indicaba.

Las moléculas volvieron a formar las células, las células los órganos y tejidos que volvieron a unirse, y en el tiempo menor al que toma un parpadeo, ella estaba una vez más sana y curada, como si la herida jamás hubiera ocurrido.

Y la energía fluyó con aún más fuerza en su interior ahora que no existía ninguna fuga que la entorpeciera.

Extendió sus brazos hacia los cuerpos caídos de su hermano y su padre, a un lado de ella. La energía azul actuó como extensiones de sí misma, invadiendo a ambos con su luz hasta llenarlos por completo.

Una vez más se concentró en la labor de curarlos, recorriendo con la energía cada parte de su cuerpo, cerrando cada herida en su camino y restableciendo la energía perdida.

Poco a poco los vio retomar una vez más el color, a medida que la vida volvía a sus cuerpos, y finalmente abrir los ojos.

—¿Zyanya...? —le preguntó Aidan con voz ronca, observándola extrañado

desde su punto, recostado todavía en el suelo.

—¡Cuidado! —gritó Tanek, enderezándose de golpe para proteger a sus dos hijos cuando una bomba de energía voló directamente hacia ellos.

Pero Zarah no se movió, ni siquiera se inmutó. Sabía que nada podría derrotarla ahora.

Su luz azul se condensó en un campo de fuerza que cubrió el cuerpo de su hermano y su padre además del de ella, y la ola de energía que despidió la bomba al impactar sobre él no hizo más que incrementarlo, cuando su propio poder absorbió la energía.

—¿Cómo... cómo es que has hecho eso? —le preguntó Aidan, mirándola con ojos desorbitados.

Zarah sonrió, divertida con la expresión mezcla de fascinación y pasmo con la que la miraban al mismo tiempo su padre y su hermano.

Pero no tuvo tiempo de contestar. A su alrededor la violenta pelea continuaba en su auge, y Allan se encontraba en ella. Lo buscó entre ese mar de guerreros luchando cuerpo a cuerpo, con espadas, poderes y todo de cuanto podían echar mano. Era una lucha tan violenta como terrorífica.

No necesitó verlo, lo sintió.

Sin dar explicaciones se giró en su búsqueda. Lo vio en un extremo cercano a donde ellos se encontraban, luchando ferozmente con Flagpaom.

El odio la invadió de lleno una vez más al ver nuevamente a ese vil monstruo que había intentado arruinar a toda su familia, y ahora se debatía a muerte con Allan. Sintió una vez más la semilla del odio enraizarse en su interior y debió echar mano de toda su fuerza de voluntad para controlarse.

Ella no podía convertirse en un Alma Negra. Era un Alma Azul, y como tal, debía crear, no destruir.

Tal como su madre le había dicho.

Ambos se cernían en una cruenta batalla. Flagpaom era grande y sumamente poderoso, pero Allan no se quedaba atrás. Las espadas chocaban, se escuchaba el ruido del metal sonando a coro con las voces y gritos de los demás guerreros, los colores de los Iris por acá y por allá. Raquel pasó a su lado, lanzando un chorro de agua antes de agacharse en el momento justo en el que su hermana gemela saltaba para congelarlo, atrapando a varios Raya en un cubo de hielo.

Su atención regresó a tiempo a Allan para ver con horror cómo el inmenso Kisinkan atacaba a Allan con una terrible bocanada de fuego que hizo emerger de su boca.

Y como recordaba con el mismo terror de cuando era una niña pequeña, la quemadura del fuego de un Kisinkan era mortal...

Excepto para los Alma Roja.

Allan se desprendió como si nada de la voluta de fuego que lo envolvió para responder a su atacante con otra de mayor intensidad que hizo aullar de dolor al Kisinkan. El Alma de Fuego estaba hecha para sortear los peligros del fuego del Kisinkan, como también estaba hecho para aniquilar a su mortal enemigo con su misma arma: el fuego.

Zarah rio de gusto al darse cuenta, por primera vez desde que había vuelto al mundo Capadocia, de lo poderoso y diestro que era Allan, y ahora, con todos esos conocimientos vueltos a su cabeza una vez más, comprendía con claridad que era Allan, y no el terrible monstruo, el que llevaba todas las de ganar.

Todo sucedió en menos de un parpadeo, pudo ver a una horda de Raya abalanzarse directamente sobre Allan, en busca de defender a su líder.

Zarah solo debió pensarlo y todos ellos se elevaron en el aire y fueron despedidos lejos, contra los muros, provocando que los pilares se

desquebrajaran y el agua entrara con mayor intensidad.

Su acción defensiva llamó la atención de Allan y de su contrincante, quienes se giraron al mismo tiempo hacia ella, el primero con una sonrisa de júbilo, el segundo con una clara expresión de horror grabada en su rostro de Kisinkan.

—¡Rápido Kitty, quítale el poder antes de que se recupere! —gritó Flagpaom, dirigiéndose a la Alma Amarilla que se encontraba agazapada tras un montón de escombros.

La mujer cogió el báculo, que era lo que escondía, protegiéndolo con su propio cuerpo, y corrió hacia Zarah.

—¡Eso jamás! —gritó Allan, girándose y lanzando una inmensa llamarada roja en el momento preciso en el que Kitty se abalanzaba sobre ella con la intención de quitarle el poder con el báculo de la piedra del sol negro.

La mujer chilló ensordecedoramente antes de quedar reducida a un montón de cenizas.

Del báculo solo quedó la piedra negra, que rodó hasta perderse entre la multitud de guerreros, restos destrozados y agua que se filtraba por todas partes.

Zarah miró con horror en derredor, era claro que el lugar se colapsaría en cualquier momento. Y por la cantidad de agua que entraba, comenzaba a pensar que no se encontraban precisamente sobre tierra.

—Deprisa, hay que salir de aquí —dijo Tanek, adivinándole el pensamiento—. ¡Allan, más te vale que me dejes terminar lo que estás haciendo y saques a mis hijos de aquí! He seguido a ese bastardo demasiado tiempo como para que ahora te lleves el placer de aniquilarlo.

Allan esbozó una mueca ladeada y lo miró por una fracción de segundo, pronunciando algo que Zarah no alcanzó a escuchar.

—No te atrevas a insultarme, muchachito. Ya sé que no estás jugando, pero ese monstruo mató a mi esposa, y es mío el deber de aniquilarlo.

Allan se encendió en una inmensa bola de fuego que salió de su cuerpo para rodear al Kisinkan, en un aro que actuaba como una prisión de fuego.

—Como quieras, mi príncipe —contestó Allan, elevando su espada. En el mismo instante Tanek se apareció a su lado y la tomó de su mano, alzándola por él.

—Saca a mis hijos de aquí y puede que te perdone —le dijo Tanek antes de enzarzarse en batalla con el Kisinkan, que ya intentaba salir huyendo.

Zarah apenas alcanzó a vislumbrar a su padre, desapareciendo entre la multitud de guerreros cuando vio a Allan de pie delante de ella, observándola con una expresión extraña, mezcla de alegría, alivio y desconcierto.

Pero de sus labios no salió ni una sola palabra.

Todo cuanto hizo fue rodearla con los brazos y besarla.

Besarla sin importarle nada ni nadie, besarla como si no hubiera un mañana y al mismo tiempo como si ahora tuvieran toda la vida por delante.

Zarah se sintió flotar en las nubes con ese beso, sentía que había transcurrido una eternidad desde la última vez que había visto a Allan, y ahora que estaban juntos, todo cuanto quería en el mundo era que las cosas siguieran así.

No obstante, como todo lo bueno en este mundo, el beso terminó tan rápido como comenzó. Allan la sujetó con fuerza por la cintura y aferró con el otro brazo a Aidan, antes de elevarse en vuelo.

Por el rabillo del ojo, Zarah distinguió a sus amigos siguiéndolos para abrirles camino; Alessandra movía los escombros al tiempo que Raquel y Rebecca se hacían cargo del agua, mientras Patrick, Alberto y Jaqueline luchaban ferozmente cuerpo a cuerpo con quienes les salieran al paso.

Antes de abandonar definitivamente la sala, Zarah alcanzó a ver un destello blanco al otro extremo de la sala, muy cerca del sitio donde luchaba su padre.

Y allí, en medio de todo ese tumulto, vio a Elizabeth, su madre, tan inmaculada y hermosa como siempre, sonriéndole como si nada de lo que ocurría a su alrededor, sucediera realmente.

—Hasta siempre, mi amor, Zyanya, la eterna.

—¡Allan, tenemos que volver! ¡No podemos dejar a Tanek allí solo! — suplicó Zarah, intentando zafarse de los fuertes brazos de Allan, que la envolvían como tenazas de acero.

—Él estará bien, no te preocupes. Ahora lo importante es sacarlos a ustedes dos de aquí —le dijo Allan en tono grave, continuando avanzando al vuelo rumbo a la superficie.

Por todos lados se alcanzaba a divisar gente luchando. Los muros se desmoronaban sobre Kinam y Capadocias por igual, que en cada rincón visible continuaban combatiendo en esa frenética lucha con espadas.

El choque del metal de las espadas se acompañaba con el sonido de las voces al conjurar hechizos; los bestiales rugidos de los Kinam, fieros como dragones, debatiéndose con garras, colas, rayos eléctricos y armas contra los distintos poderes de los Capadocia. Almas de todos los colores iluminaban los pasillos, haciendo sendas demostraciones de sus poderes, pociones y hechizos.

Aquí y allá veía aparecer alguna voluta de humo verde, y un Capadocia aparecía en medio de la confrontación, llevando consigo a varios compañeros, envueltos en cotas de malla y corazas y yelmos de oro, listos para enfrentarse en batalla.

Los Kinam se defendían ferozmente, echando mano de sus rayos eléctricos y su fuerza descomunal, además de las afiladas púas ponzoñosas que cubrían la mayor parte de su cuerpo. Su piel era impenetrable por todo aquello que no

tuviera una cubierta de oro, por lo que un Alma Dorada, que luchaba en el centro de la batalla, resultaba ser una gran arma en esa lucha. El hombre, rodeado de una poderosa aura dorada que le servía como escudo protector contra los Kinam, les atacaba con sendas redes de oro puro que envolvían dolorosamente a los Kinam, inmovilizándolos. Notó a Zack, cerca de él. Se unía a la composición de los lazos de oro, haciendo una mezcla de plata y oro que resultaba imposible de romper para las espadas de sus rivales, incapacitándolos de liberarse de sus ataduras.

Atravesaron un túnel donde alcanzó a divisar un Capadocia envuelto en un aura morada que lanzaba rayos eléctricos contra un Kinam vestido con uno de los uniformes azules. Debía de ser un Raya, porque intentó atacarlos al verlos pasar, pero el Kinam, que había logrado mimetizarse al punto de volverse invisible, se abalanzó sobre él, atacándolo con un rayo eléctrico igual de fuerte que lo dejó tumbado en el piso, para luego envolverlo con una bocanada de gas que emanó de su boca. El hombre comenzó a moverse en sueños, hipnotizado por el poder del Kinam.

La estructura sobre el techo se desquebrajó, Zarah vio a Alberto adelantarse y cambiar de forma para adoptar la de un inmenso ser todo músculos que evitó que la estructura se desmoronara por completo sobre sus cabezas. Alessandra se aproximó para ayudarlo, pero Alberto negó con viva voz.

—¡Saquen de aquí a los príncipes! —rugió, haciendo un esfuerzo descomunal para mantener la estructura sobre sus hombros—. ¡Salgan de aquí ahora!

—¡No...! —sollozó Zarah al dejarlo atrás, sintiéndose cada vez más impotente en esa pelea.

—No te preocupes, él estará bien —le dijo Allan, sin detenerse—. ¡Patrick, ahora!

—¡Ya vienen en camino, señor! —contestó Patrick, corriendo con un par de dedos posados sobre la sien, concentrándose en algo que Zarah no comprendió hasta el momento en el que escuchó un agudo chillido.

La inmensa águila negra les salió al paso y Allan subió inmediatamente sobre su lomo, colocando cuidadosamente a Zarah y Aidan sobre ella. Pronunció unas palabras y una inmensa burbuja roja se desplegó alrededor del ave, envolviéndola en el momento preciso en el que el que quedaron expuestos al agua.

Continuaron avanzando a través del agua, acompañados por sus amigos; Raquel y Rebecca se movían como peces en el agua, trasladando con una rapidez sorprendente su burbuja, así como a Patrick, Alessandra y Jaqueline, quienes nadaban a su lado en sus propios jaguares envueltos en una burbuja, cruzando a toda velocidad el trayecto a través del océano.

—¡Allan, tengo que regresar allí! —continuó insistiendo Zarah—. No podemos dejarlos. Podría sucederle algo a Tanek o a Alberto...

—Zarah, escúchame —le pidió Allan, cogiéndola por los hombros—, Alberto y Tanek estarán bien, saldrán vivos de esta batalla. Si regresas allí solo les estorbarás...

—¡No! —chilló Zarah—. ¡Tú no entiendes! Ya puedo dominar mis poderes, ¡puedo ayudarles!

—Alberto salía tras nosotros.

—¿Y Tanek? —insistió Zarah—. ¡¿Qué pasa con Tanek?!

—Zarah, esta es una batalla solo para Tanek y Flagpaom —le dijo gravemente Allan—. Es cuestión de honor.

—¿Honor? —Zarah se exasperó—. ¡¿Y qué importa el honor ahora?! ¡Tanek podría morir si lo dejamos allí!

—Tanek no morirá, Zarah. Y si lo hace, no lo hará antes de haber matado a

Flagpaom. Ha esperado por demasiado tiempo este momento.

—No seas ridículo, ¿cómo puedes mencionar su muerte de manera tan trivial? ¡Es de Tanek de quien hablamos...! Creía que era tu amigo... —La voz se le quebró y no pudo continuar hablando.

—Zyanya, ya sabes que Tanek es nuestro padre —intervino Aidan—, y que es un Kinam.

—¿Tú...? ¿Tú lo sabes? —Allan la miró a los ojos, sorprendido como nunca antes lo había visto—. ¿Cómo es que lo sabes?

—Él mismo me lo dijo —contestó Zarah, hablándole con voz suplicante—. Y ahora que sé que él es mi padre, no puedo dejarlo allí. No después de todo lo que hemos vivido, tanto tiempo separados, para que ahora muera... ¡Por favor, tenemos que regresar!

—Hermana, nuestro padre es quien debe matar a Flagpaom. Solo él —le explicó Aidan—. Entre los Kinam se forman lazos imposibles de romper, y promesas que van con esos lazos. Tanek tenía un lazo con nuestra madre, y es él quien debe vengar su muerte. Solo él.

Zarah miró a su hermano con ojos desproporcionados, incapaz de creer que incluso él se sometía a la idea de abandonarlo en medio de esa masacre, donde seguramente no saldría con vida.

—Los Kinam somos seres de una sola pareja, Zarah —Allan intentó hacerla entender—. Convertimos a nuestra pareja en una parte de nosotros mismos, nos convertimos en un solo ser. Tu madre era eso para Tanek, y es su deber vengarla. Solo suyo —Allan la miró a los ojos, poniendo énfasis a sus palabras—. Debes entenderlo, intervenir no le ayudaría en nada a tu padre, al contrario, lo frustraría. Tanek ha estado siguiéndole la pista a ese monstruo desde el día en el que mató a tu madre. Saber que tú te encuentras allí solo lo desconcentraría. Todo cuanto él desea es que tanto tú como tu hermano se encuentren a salvo, y así poder ponerle un punto final a esa misión que

convirtió en su más grande deber. Y es mi deber cumplir su deseo.

—¿Tu deber?

—Yo entiendo lo que él siente —Los ojos de Allan se iluminaron de una manera particular que atravesó el corazón de Zarah—. Y haré lo posible para cumplir sus deseos, Zarah.

—¿Y qué hay de los otros? —continuó Zarah, incapaz de rendirse a la idea de abandonar a todos esos pobres seres que fueron a salvarla—. Esa gente está allí por mi culpa, si ellos mueren jamás podré perdonármelo.

—Ellos fueron a rescatarte, es cierto, pero también a luchar contra los Raya —le contestó Aidan—. Es su deber, y lo están cumpliendo.

—¿Y qué hay de los otros? Los Kinam que llegaron...

—Los Ammit-Massalia —le hizo saber Allan—. Caddaric también está luchando una guerra contra los Raya. Él se ha quedado para asegurarse de que esa base de los Raya quede definitivamente destruida, no temas por ellos, ni tampoco por los nuestros, son bastante hábiles, aunque no lo parezca en un principio.

—Yo puedo ayudarlos, Allan. No puedo irme dejando a todos así, no sabiendo que puedo hacer algo más, ¡escapar para ponerme a salvo es un acto cobarde!

—Zarah, tienes que calmarte —le rogó Allan, sujetándola por los hombros—. Ya has hecho suficiente.

—Yo tengo el poder para ayudarlos. ¡Si no voy, los estaré abandonando!

—¡Es muy peligroso, Zarah, y no voy a poner tu vida en riesgo! Lo siento, pero no te dejaré regresar —exclamó Allan vehementemente—. Por más poder que tengas, no tienes los conocimientos que requieres para abarcar la habilidad necesaria para luchar contra esos guerreros. Debes entender que aunque seas poderosa, no tienes entrenamiento, y sin los conocimientos

necesarios, eres tan vulnerable como un reactor nuclear a punto de hacer explosión.

—¿Qué estás diciendo? —Zarah enarcó las cejas—. No entiendo qué tiene que ver...

—¡Zarah, estuviste a punto de convertirte en un Alma Negra! —rugió Allan, exasperado—. Si el Consejo de La Capadocia se entera, será mejor que hagas tus maletas, porque no volverás a ver a nadie de tu familia, ni Homo ni Capadocia —Los ojos de Zarah se entrecerraron, negando con la cabeza.

—Ellos te matarán, Zyanya —le dijo Aidan, pronunciando las palabras que Allan evitó a propósito—. Si se enteran de lo que ocurrió aquí, te matarán. Si es que todavía no se han enterado...

—La energía proveniente de esa base estaba mitigada por las paredes, los Raya tienen buena seguridad para evitar ser encontrados tanto por La Capadocia como por los Kinam. Que el Consejo se enterara de la evolución de los hechos dentro de esos muros es prácticamente imposible, y yo me encargaré de que nadie hable —le dijo Allan a Aidan, intentando calmarlo, y dirigiéndose a Zarah, continuó—. Pero no puedo controlar a los Raya. Muchos de ellos están infiltrados en secreto en La Capadocia, Zarah. Habrá rumores, rumores que tendremos que aplacar como sea. Y tú tendrás que ser un ejemplo de buen comportamiento, Zarah. No solo basta con poseer poder, debes saber manipularlo correctamente, o correrás siempre el riesgo de que escape de tus manos y te conviertas en algo que no eres. Y mientras corras ese riesgo, lo mejor es que te encuentres lo más lejos posible de cualquier batalla, ¿me comprendes?

Zarah asintió, tragándose las lágrimas al tener que resignarse a la idea de dejar solo a Tanek.

—¿Y qué es lo que haré si el Consejo se entera de lo que sucedió aquí?

—Como te dije, es muy difícil que lo hagan. Pero si el caso llegara a su

ceder, tendríamos que huir.

—¿Huir? —Zarah lo miró a través de un velo de lágrimas—. ¿A dónde? La Capadocia lo abarca todo...

—Encontraremos la manera —Allan la tomó de las manos, intentando calmarla—. Iremos al fin del mundo. Nos uniremos a los Raya si hace falta — bromeó, provocando que una ligera sonrisa curveara los labios de la joven—. No importa lo que pase, Zarah. Te mantendré a salvo, nadie podrá hacerte daño, te lo prometo.

—¿Sabes? En un principio no me tomaba en serio sus palabras, pero ahora tomaría por ley sus promesas —le dijo Aidan intentando consolarla, para en seguida dirigirse a Allan—. De no ser por ti, Allan, estoy seguro de que ahora estaríamos muertos... Aún no me explico cómo fue que nos encontraste tan rápido. Tanek estuvo rastreando el escondite de Flagpaom por años, y eso con ayuda de los Kinam. ¿Cómo hiciste tú para llegar aquí en solo un par de horas?

Allan sonrió y miró a Zarah.

—¿Recuerdas el celular que te di esa tarde en el colegio?

Zarah asintió con la cabeza, rememorando ese momento.

—¿Te refieres al que me diste en el estacionamiento? ¿El que me pediste que siempre llevara conmigo? —Zarah arqueó las cejas, sorprendida al notar que la sonrisa de Allan se ampliaba—. No lo entiendo... Me lo quitaron junto con mis otras cosas.

—Sí, con la única diferencia, de que a ese teléfono móvil Homo no le dieron la suficiente importancia como para destruirlo junto con tus otros aparatos Capadocia, que podíamos usar para rastrearte. Dentro de él coloqué un rastreador para dar siempre con tu ubicación, en caso de que necesitaras ayuda. Fue así como logré llegar hasta ti.

—Muy ingenioso —reconoció Aidan—. Jamás lo habría sospechado, y por lo visto, tampoco ellos.

—Gracias, Allan... —sonrió Zarah, colgándose de su cuello en un abrazo que había deseado darle desde el primer momento en el que lo vio—. Gracias, por todo.

—No tienes nada que agradecer —Allan la miró a los ojos, limpiando con el pulgar las lágrimas que caían por sus mejillas—. Al contrario, deberías estar furiosa conmigo... Yo te fallé. Debía protegerte, debí prever el peligro... Fui incapaz de evitar que Flérida te secuestrara... —Agachó la cabeza, visiblemente atormentado.

—Nadie lo sabía, no te culpes por algo que estaba fuera de tus manos —le pidió Zarah, tomando sus manos y llevándosela a los labios para depositar en ellas un suave beso—. Sin ti, no estaríamos aquí. Tal como dijo Aidan, eres el responsable de que continuemos con vida, y por ello, te estaremos por siempre agradecidos.

—Estoy convencido de que el abuelo pensará del mismo modo —convino Aidan, apartando la vista de la pareja, como si temiera perturbarlos con su mirada—. Seguro que te hace miembro del Consejo, Allan.

Los ojos de Allan se iluminaron, esperanzados.

—No es lo que buscaba, pero admito que sería algo que me gustaría —Allan se dirigió a Zarah, dedicándole una de esas miradas tan especiales, llena de amor, provocando que las rodillas le temblaran. Era increíble el poder que Allan tenía sobre ella, era capaz de hacerla sentir débil y fuerte a la vez con una sola mirada, como si cada parte de su ser dependiese solo de él. Y ese dio cuenta de que, sin importar cómo ni dónde, siempre estaría completamente entregada a él—. De ser así, ya no existiría ningún obstáculo para nosotros, Zarah...

—¿Lo dices en serio? —Los ojos de Zarah se iluminaron por la ilusión.

—Por supuesto. Ya no tendríamos que esconder nuestros sentimientos...

—Zyanya... —Aidan los interrumpió con timidez—, no pretendo inmismirme en sus asuntos, pero creo que deberían saber que alguien nos sigue.

Allan, que había permanecido demasiado absorto en Zarah, se giró con rapidez, presto a prestar acción a quien fuera el intruso, maldiciendo en silencio su descuido. No obstante, nada más girarse, una sonrisa se dibujó en sus labios.

Zarah lo observó con atención, sabía que debía de haber utilizado ese extraño poder Kinam semejante a un radar para saber que estaban fuera de peligro, o de lo contrario no sonreiría.

Una enorme figura apareció nadando a toda velocidad hasta posarse a su lado. Zarah en un principio no lo reconoció hasta que Aidan se levantó, exultante por la emoción, y gritó a todo pulmón:

—¡Tanek, sabía que vendrías!

Tanek, convertido en Kinam, nadaba mejor que un pez en el agua, con un movimiento ágil de la cola se impulsaba con una velocidad increíble, abriéndose paso entre las aguas del océano como un halcón lo haría en picada en el cielo.

Zarah no pudo evitar sonreír de alegría y alivio al verlo a salvo, y más cuando, para su sorpresa, vio que entre sus poderosas garras llevaba a una especie de monstruo marino que le sonrió de manera desproporcionada, dejando al descubierto unos colmillos saltones y puntiagudos.

—Hola, tío Alberto, también es una alegría saber que estás bien —lo saludó Aidan, quien parecía rebosar de alegría por primera vez desde que Zarah lo conoció.

La oscuridad de una enorme sombra los cubrió en ese momento, y Zarah

descubrió que se trataba de una gigantesca nave que se había posado sobre sus cabezas. Una compuerta se abrió, y Raquel y Rebecca los condujeron hacia el interior de la nave. Tanek, nadando a toda velocidad a su lado, entró con ellos. La puerta se cerró tras ellos y el agua del mar fue expulsada de la cabina, dejando el recinto completamente seco.

Varios Capadocia aparecieron por las puertas, que comenzaron a abrirse en tropel, para darles la bienvenida. Zarah alcanzó a divisar algunos rostros familiares entre los Capadocia que se acercaron a saludarla a ella y a sus compañeros, alegres de encontrarlos con vida.

—Pongan los motores en marcha —La voz de Tanek se escuchó como un rugido atronador por encima de las risas y saludos de bienvenida—. Salgamos inmediatamente de este lugar.

—Sí, señor —contestaron varias voces a la vez, y la mayoría de los soldados que habían llegado para recibirlos desaparecieron por una de las puertas, seguramente la que conducía a la cabina de mando.

Zarah se giró a observar a su padre una vez más, contenta de saber que estaba a salvo, feliz porque al fin todo había terminado. En adelante, podría contar con la tranquilidad de una vida pacífica, ya no había nada de qué preocuparse y todo iría bien...

Sin embargo, algo en la tensión del cuerpo de Allan, aún a su lado, hizo que la sonrisa se borrara de sus labios. Y en el momento en el que sus ojos se posaron sobre el rostro de Tanek, y vio la mirada furiosa que su padre le dedicaba a Allan, comprendió que no podía estar más lejos de la verdad...

La tensión podía sentirse en el ambiente. Tanek, sin decir palabra, se aproximó a sus dos hijos y los abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Cómo están? —les preguntó en voz baja, sin dejar de abrazarlos.

—Estamos bien, papá —contestó Aidan, abrazándolo también—. ¿Cómo estás tú? ¿Has vencido a ese monstruo?

Tanek se alejó solo lo suficiente como para ver el rostro de sus hijos de frente y asintió.

—El asesino de su madre ya no existe —contestó en tono grave—. Mi deuda ha sido saldada. Ahora podremos vivir en paz, tal cual su madre habría querido —Los volvió a abrazar, cerrando los ojos en una oración silenciosa de agradecimiento.

—Y ahora que estás aquí, todo irá bien —le dijo Zarah, hundiendo la cabeza en su hombro. El aroma de Tanek, una mezcla a mar y olor a él mismo, le resultó tan familiar que las lágrimas brotaron de sus ojos a causa de la nostalgia.

—Por supuesto que sí, mis pequeños. Ahora que el peligro inmediato ha pasado, podremos respirar tranquilos por un tiempo.

—Tanek... —Allan se aproximó a ellos, pero Tanek lo impidió, colocándose como barrera humana entre el hombre y sus hijos.

—Te prohíbo que vuelvas a acercarte a Zarah, ¿me has escuchado?

—¡Padre! —chilló Zarah, pero su padre no se inmutó.

—¡Por tu culpa, ella casi muere, y también Aidan! —bramó Tanek, tan furioso que su cuerpo comenzó a vibrar, cambiando la tonalidad bronceada de su piel por una azulada.

—¡Tanek, ya basta! —gritó Zarah, pero Allan negó con la cabeza, pidiéndole que guardara silencio.

—Lo siento... —Allan se dirigió directamente a Zarah y Aidan—. Tanek tiene razón. Fue mi culpa... Yo no debí cometer ese error, nunca debí dejarlos. Nunca sospeché que Flérida pudiera... Lo siento tanto...

—Tus disculpas no sirven de nada —espetó Tanek—. De no haber llegado yo a tiempo, Zarah a estas alturas estaría muerta, y tal vez también Aidan. ¡No te volverás a acercar a ninguno de mis hijos, especialmente a Zarah! ¡¿Te ha quedado claro, Allan?!

—¡Ya basta! —intervino Zarah, furiosa—. ¡Allan fue a salvarte a ti, yo le pedí que fuera! No es su culpa que haya habido un traidor entre nosotros, ¡y me alegro de que esto sucediera porque ahora sé quién fue la persona que traicionó a mi madre, y ahora sé quién eres tú!

—Por favor, Zarah... —Allan intentó calmarla—. Tu padre tiene razón al estar enojado. Lo entiendo bien... Si te hubiera perdido, yo... —suspiró, agachando la cabeza—. Merezco la muerte.

—Y con todo placer te daré lo que te mereces —bramó Tanek, haciendo emerger su espada.

—¡No! —gritó Zarah colocándose delante de él.

—Padre, por favor, mi hermana tiene razón —intervino Aidan—. De no ser por Allan, ahora todos estaríamos muertos. ¡Tú también! —puntualizó su hijo pequeño, provocando que los ojos, colmados de ira de Tanek ahora lo miraran a él—. Lo siento si te molesta, pero es la verdad... —musitó el joven,

sin poder evitar tener que retroceder un paso, intimidado por esa expresión airada.

—Allan nos salvó a todos —dijo Zarah con firmeza, tomando la mano de Allan—. No merece más que gratitud de nuestra parte.

—Ellos tienen razón y lo sabes —intervino Alberto—, y Elizabeth lo habría reconocido. Te guste o no —añadió con franqueza.

Tanek inspiró hondo, bajando al fin la espada, en un intento de encontrar la calma.

—Allan y yo tenemos que hablar —dijo Tanek, cambiando el tono de voz a uno grave y gélido—. A solas.

Allan, quien había permanecido de pie cerca de Zarah, lo miró a los ojos y asintió, sin oponer resistencia.

—Déjenos solos —pidió Allan a sus amigos, quienes lo observaban con ojos abiertos como platos, sin duda temiendo aquello que podría suceder si la furia de ambos guerreros, famosos por sus proezas y habilidades, se ensartaban en una lucha a muerte.

No obstante, ninguno de ellos objetó la petición de su capitán. Patrick, Jaqueline y Alessandra se disculparon con murmullos apresurados y se alejaron rumbo a la sala de controles, junto con los rezagados Capadocia que se habían aproximado a recibirlos. Raquel parecía dispuesta a quedarse al lado de Allan nada más notar la ferocidad de la mirada que Tanek le dedicaba, pero su hermana gemela la instó a seguir a los otros y dejar a ese par de Kinam solos.

Las guerras entre Kinam no eran algo entre lo que los Capadocia debieran meterse, menos cuando los dos tenían una deuda de honor, como era el caso.

—Alberto, llévate a Zyanya y Aidan a un lugar donde puedan descansar y comer un poco —musitó Tanek, sin quitarle los ojos de encima a Allan,

prácticamente destilando veneno—, yo los alcanzaré enseguida.

—Tanek, ¿qué es lo que pasa...? —preguntó Zarah, sin moverse.

—Esto no es asunto tuyo, hija —contestó Tanek, intentando modular el tono de su voz—. Esto es algo que solo nos compete a Allan y a mí.

—En ese caso, también me compete a mí —contestó Zarah con firmeza, colocándose al lado de Allan.

—Zarah, por favor... Déjanos solos —Allan la miró a los ojos. Parecía preocupado, pero no por lo que su padre pudiera hacerle. Estaba preocupado por las normas que un padre podía disponer para su hija. Normas que podrían privarlo de volver a verla...—. Tanek y yo tenemos que hablar a solas.

—No pretendo sonar egocéntrica, pero van a hablar sobre mí, ¿no es así? —especuló la joven, mirando a uno y a otro alternativamente—. En ese caso, este asunto me compete. Y mucho.

—Zyanya, solo eres una niña, no entiendes nada.

—No soy una niña, papá. Y entiendo más de lo que crees...

—¡Yo soy tu padre y me vas a obedecer! —Tanek levantó tanto la voz que Zarah pegó un respingo, pero no dio marcha atrás.

—Sí, eres mi padre, pero yo mando sobre mí misma, papá. Y particularmente en lo que a Allan se refiere —Lo miró directamente a los ojos antes de girar la cabeza hacia Allan, dedicándole una sonrisa confortante—. Yo lo amo, padre.

Tanek frunció el ceño, y su rostro adquirió una tonalidad de rojo que estuvo cerca de competir con las franjas del Kisinkan con el que acababa de luchar.

—Tú no sabes nada del amor, ¡solo tienes dieciséis años!

—De mi segunda vida —contestó Zarah con firmeza, girándose una vez

más hacia su padre—. Antes fui la esposa de Allan, y ni lo que sentí entonces ni lo que siento ahora es falso —De haberlo visto a su lado, se habría percatado de que Allan palidecía al grado de adquirir el color del papel, y de no ser por Aidan, quien se aproximó a sujetarlo por el brazo, se habría caído allí mismo por la sorpresa—. Lo amo, padre. Siempre lo he amado, y ahora conozco el motivo.... Y si la muerte no pudo separarnos, no habrá nada ni nadie que pueda hacerlo ahora.

—Tú... —Allan tartamudeó, mirándola con ojos desorbitados—. ¿Cómo sabes eso?

Zarah le dedicó una mirada preocupada, notando por primera vez su rostro mortecino y se aproximó a él para socorrerlo.

—Allan, ¿estás herido?

Allan se enderezó y la tomó por las manos, poniendo énfasis a sus palabras.

—Zarah, ¿tú sabes la verdad...? ¿Tú...? ¿Tú...? —tartamudeó incoherentemente, incapaz de ordenar sus propias ideas.

—Sé que fui Madeleine —contestó ella, facilitándole las cosas—. Flérida me reveló la verdad... junto con otras cosas. Tú fuiste la razón por la que quiso matarme. Ella quería quitarme de en medio para dejarle el camino libre a Raquel contigo.

—¡Eso es ridículo! ¡Yo siempre te he amado a ti! Nunca le di esperanzas a Raquel para pensar que podíamos tener otra cosa que no fuera una relación de amigos...

—Lo sé —los interrumpió Raquel, entrando en ese momento a pesar de los esfuerzos que hacía su hermana gemela para evitarlo—. No, Rebecca, ellos deben saber la verdad —le pidió a su hermana, soltándose por fin de su agarre.

Con paso solemne se dirigió ante Zarah y, para sorpresa de la joven y los demás, se arrodilló delante de ella y agachó la cabeza.

—Mi madre ha muerto esta noche —comenzó a decir con voz apagada, y el corazón de Zarah se encogió al escuchar ese tono triste nacido del más profundo dolor del corazón—. Sé que ha muerto en deshonor y que su nombre, conforme a las normas de La Capadocia, será borrado de todo registro y olvidado para siempre. Pero ella siempre será nuestra madre, mi madre... —añadió, al tiempo que una lágrima rodaba por su mejilla—. Una mujer que nos quiso por sobre todo... hasta el grado de intentar matar —Levantó los ojos y los posó sobre Zarah, humedecidos por las lágrimas—. Mi madre nunca comprendió lo que yo siempre he sabido, que Allan te ama a ti, no a mí. Todo cuando buscaba mi madre era mi felicidad, protegerme de mí misma y del dolor que yo sola me estaba provocando con esta obsesión, que sin querer ella adoptó como suya. En su nombre, te pido perdón por sus acciones, princesa Zyanya de los Blancos, porque aunque ninguna de los miembros de su familia participamos en su decisión ni en sus planes, nos sentimos sinceramente afectados por ellos. Te pedimos perdón por el dolor que mi madre te provocó a ti y a tu familia... —Giró levemente los ojos para posarlos sobre Aidan—. Al príncipe Aidan, a tu abuelo, a tu padre, el príncipe Tanek, y a tu madre, la princesa Elizabeth... —Inspiró hondo, agachando una vez más la cabeza—. La tristeza que ha dejado el nombre de mi madre plasmada en sus corazones será una piedra que por siempre pesará en el nuestro.

Zarah se sintió sumamente afligida por sus palabras, y sin detenerse a pensarlo, se arrodilló delante de ella y la abrazó.

Raquel pareció sorprendida en un principio, pero correspondió al abrazo, llorando en silencio sobre el hombro de Zarah.

—Nuestras madres ahora viven en otro plano espiritual —le dijo Zarah en voz baja—. Las recordaremos por siempre en nuestros propios corazones.

Raquel asintió con la cabeza en silencio y se puso de pie con ayuda de

Zarah, y secándose las lágrimas con el dorso de la mano, se alejó para encontrarse con su hermana, quien rodeándola por los hombros en un fraternal abrazo, la llevó consigo de regreso al sitio donde las aguardaban sus demás compañeros

La puerta se cerró tras ellos, sumiéndolos a todos en un total silencio.

Tanek miró a su hija por un buen lapso de tiempo hasta decidirse a hablar.

—Quizá realmente seas más madura de lo que pensaba.

Zarah sonrió, y apretando la mano de Allan, quien todavía permanecía pálido y en silencio a su lado, contestó.

—Fue mamá, ella me ayudó.

—¿Mamá? —Las cejas de Aidan se juntaron—. ¿Cómo pudo mamá ayudarte? Ni siquiera la recuerdas...

—Ahora ya puedo recordarla —contestó Zarah, mirándolo a los ojos y luego a Allan—. Recuerdo muchas cosas de mi pasado...

Allan se tensó, pero si iba a decir algo no tuvo oportunidad, porque Tanek volvió a tomar la palabra.

—¿Cómo es posible que la recuerdes? Tu madre te bloqueó la memoria.

—En realidad, como ella misma me dijo, la posibilidad de recuperar mis poderes estuvo siempre en mí misma.

—¿Pero cómo es posible...? —Tanek parecía más confundido que nunca—. Yo recuerdo el hechizo que usó... La máquina que inventó para aumentar sus propios poderes hipnóticos... Ella... Tu madre era muy poderosa, hija. Por más intentos que hice por romperlo, solo conseguí fragmentar el hechizo. Jamás conseguí que recuperaras la memoria por completo.

Zarah arqueó las cejas sorprendida y extrañada.

—¿Tú intentaste hacerme recuperar la memoria? ¿Cómo...?

—El plan de emergencia que fraguó tu madre, lo trazó con mi ayuda —le confesó Tanek—. En caso de ser atacados, tu memoria se cerraría y de esa forma ninguno de tus persecutores podría rastrearte.

—¿Quieres decir que mi madre sabía que era Flérída la mujer que me perseguía?

—No... Al menos, nunca me lo mencionó.

—¿Entonces para qué quería bloquear mi memoria? Solo los Antiguos pueden rastrear...

—No, Zarah. Tu madre no quería evitar que Flérída te rastreara, sino todos los demás... Verás —inspiró hondo, intentando explicarse con claridad—. Tu madre bloqueó tu mente porque sabía, o mejor dicho, tenía el presentimiento de que serías un Alma Azul —Zarah abrió la boca en una inmensa «o», incapaz de articular palabra—. Ella era muy lista, tus poderes eran grandes a pesar de tu corta edad y bueno... Eras...

—¿Mala? —preguntó Zarah con temor, recordando esos días en los que el temor se confundía con el vigor de sentir la fuerza de su propio poder.

—No, querida. Tu madre jamás habría pensado eso de ti —le aseguró su padre, aproximándose a ella para tomarla por los hombros, en un intento de poner énfasis a sus palabras—. Tú... Estabas un poco obsesionada con la idea de convertirte en una gran guerrera. Me temo, o al menos esa era la teoría de tu madre, que era algo que trajiste de tu anterior vida... —Miró a Allan con desaprobación.

Allan agachó la cabeza, incapaz de mantener la mirada de Tanek. Recordaba muy bien la cantidad de veces que reprendió a Mady por no prestar suficiente atención a sus entrenamientos, momentos que bien pudieron aprovechar ambos para disfrutar juntos divirtiéndose en lugar de pensar en las batallas que nunca lograrían pelear lado a lado.

—Y temía que fueras a atraer la atención de gente malvada, gente como la

que te secuestró hoy y que buscaría la forma de robarte tu poder para sus propios fines, o peor, convertirte en una de ellos. Las Almas Azules son tan poderosas como peligrosas, y una de ellas en el bando equivocado significaría un peso muy grande que sería capaz de inclinar la balanza en favor de alguien inapropiado... Incluso el Círculo de la Estrella podría haber intentado apartarte de nosotros para someterte al entrenamiento que imponen a las Almas Azules... —Frunció el ceño, al tiempo que el tormento se reflejaba en sus ojos—. Y ninguno de nosotros iba a permitir que tú atravesaras esa clase de sufrimiento y humillaciones destinados a quebrar tu espíritu para convertirte en un elemento sumiso al que poder manipular por La Capadocia.

—Eso es terrible —comentó Zarah, irritada hasta lo más profundo—. No entiendo cómo puedes pertenecer a un grupo de gente capaz de hacer algo así...

—Eso no es lo que importa ahora —la atajó Tanek—, sino el hecho de que perteneces a ellos, te guste o no. Y siendo un Alma Azul, jamás podrás escapar de La Capadocia... —Sus ojos se elevaron hasta los de Allan, quien asintió con la cabeza.

—Ya le expliqué a Zarah que nadie debe enterarse de lo que sucedió en esa base Raya —le informó Allan con voz mortecina—, y las consecuencias que podría acarrear sobre ella el hecho de filtrarse la noticia de que estuvo cerca de convertirse en un Alma Negra.

—No podemos permitirlo —asintió Tanek con firmeza.

—Sí, me ha quedado claro —contestó Zarah con voz contrita—. Pero si lo que pretenden es borrar una vez más la memoria, no estoy de acuerdo.

—Si La Capadocia se entera de lo que sucedió allí —le dijo Tanek mirándola a los ojos—, borrar la memoria no te ayudará en nada. Te seguirán y te matarán, Zarah.

Zarah palideció, Tanek nunca le habría hablado de un modo tan duro de no

ser necesario. Y comprendió la gravedad del asunto...

—Y antes de que eso suceda, yo mismo te convertiré en un Alma Negra —le dijo su padre, esbozando una ligera sonrisa.

Zarah frunció el ceño.

—Mamá no querría eso.

—Solo bromea —le informó Aidan, que se había quedado en silencio a su lado todo ese tiempo—. Pero si él no lo hace, lo haré yo. Nadie puede matar a un Alma Negra.

Zarah sonrió, negando con la cabeza.

—Creo que lo que importa, y en lo que debemos enfocarnos ahora, es que hemos salidos airosos de esta, y que podremos descansar tranquilos por un tiempo —comentó Tanek, posando un brazo sobre los hombros de sus hijos.

—¿Por un tiempo? —preguntó Zarah—. ¿No dijiste que ya habías matado a Flagpaom?

—Sí, lo hice. Pero por desgracia, Flagpaom no es nuestro único enemigo, querida —Tanek le dedicó una mirada cansina—. Él solo era uno de los muchos líderes que sirven a Kudrow, el supremo jefe de los Raya. Y hasta que no lo hayamos derrotado a él, me temo que nunca podremos considerarnos completamente a salvo.

—Entonces... ¿habrá más batallas? —preguntó Zarah con un temblor de miedo en la voz. Había supuesto que ya todo había terminado...

—Me temo que sí, hija. Esta fue solo una batalla de la gran guerra que libramos contra los Raya.

—Pero bien como tu padre dijo —añadió Allan, en un intento de animarla—, todo cuanto importa por ahora es que por fin esta batalla ha concluido y podemos descansar tranquilos por un tiempo.

Zarah le dedicó una sonrisa agradecida y estrechó con más fuerza la mano que aún mantenía unida a la suya.

—Oye, papá... —Aidan cogió a su padre por el brazo—. ¿Qué te parece si vamos a ver qué bocadillos tienen allá dentro antes de que el tío Alberto termine con todo?

—Ve tú, yo no pienso dejar a estos dos solos —contestó Tanek con acritud.

—¡Papá...! —Zarah frunció el ceño, replicando al mismo tiempo que Aidan.

—Vamos, viejo. Dale unos minutos a solas para que hablen, no seas metiche —insistió Aidan.

—Está bien —gruñó Tanek, tras unos minutos de vacilación, y aproximándose más a Allan añadió en un susurro bajo—. Pero escúchame bien, muchachito, si se te ocurre intentar una movida con mi hija, te colgaré por los...

—¡Papá! —lo reprendió Zarah, sintiendo que el color se le subía a la coronilla.

—Está bien, está bien... —musitó el hombre con desgano—. Pero los estaré vigilando en todo momento, escuchando atentamente, tengo superpoderes y superoídos, no se les olvide —les advirtió a ambos en un tono medio en broma, medio (o muy) en serio—. Y en cuanto a ti, viejo amigo —añadió dedicándole a Allan una mirada gélida—, todavía tenemos que hablar, no se me ha olvidado.

—Por supuesto —contestó Allan con aparente calma, sosteniéndole la mirada.

—Bien... Me voy —concluyó, a pesar de que Aidan debió sacarlo casi a rastras de allí, pues no parecía dispuesto a moverse por su propio pie.

Allan y Zarah se quedaron a solas al fin, y el silencio que se extendió

sobre ellos pareció invadir cada rincón, provocando que el sonido del palpar de su propio corazón retumbara en sus oídos, desbocado.

—Zarah... Yo... —Allan la miró a los ojos, obviamente nervioso, sin encontrar las palabras adecuadas.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le preguntó ella, tomando la palabra—. Tantas dudas que tuve acerca de ti... De lo mucho que amaste a tu mujer... Y todo el tiempo fui yo —sonrió, negando con la cabeza—. Todavía me cuesta creerlo...

—Es difícil de asimilar. No solo para ti, lo sería para cualquiera... Yo... Tú no eres la única... Si... —Allan tartamudeó, sin encontrar las palabras adecuadas.

—Lo sé. Cuando Flérida me lo dijo, no podía creerlo... Y entonces te vi —Zarah lo miró a los ojos—. Aunque no estoy muy segura de lo que vi... Si era real...

—¿Qué fue lo que viste?

—A ti... Estabas herido, atado con una cuerda de oro... Morías —Se le cortó la voz y debió agachar la cabeza para evitar que él notara que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Allan la tomó por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza y mirarlo de frente.

—Lo que viste fue real, Zarah —le dijo en voz baja, con la tristeza y el dolor reflejados en esos brillantes ojos negros que tanto amaba—. Ese día iba a morir... Y tú tomaste mi lugar. Eras un Alma Amarilla, y decidiste curarme a mí, en lugar de salvarte a ti misma, como yo te pedí que hicieras....

Zarah sintió un estremecimiento cuando la claridad del recuerdo invadió su mente. Pudo verlo todo como si se encontrase una vez más allí mismo ese día, sentir el sabor salado del polvo en la boca, el dolor de la herida abierta

en su vientre, el temor por perder a Allan... Ese terror que se apoderó de ella por encima de cualquier dolor físico o emocional. Un dolor que jamás le habría permitido seguir con vida.

—Las cosas fueron como debían ser —le dijo ella, hablando con voz firme—. Yo nunca habría podido vivir sin ti, Allan. Hice lo que tenía que hacer, y no me arrepiento. Ni entonces, ni ahora. Lo volvería a hacer de ser necesario.

—¡No, Zarah! —Allan la tomó por los hombros, subiendo por primera vez el tono de voz—. Puede que hayas hecho aquello que tú querías, pero yo sentí que morí contigo ese día. No fue hasta el momento en el que te volví a encontrar que resucité a la vida... Y no pienso pasar esa agonía de nuevo. Zarah, debes prometerme, si las cosas volvieran a repetirse, y tu vida o la mía estuviera en juego, tú debes salvarte, ¡tú debes vivir!

—Allan... ¿No lo entiendes? Lo único que hice bueno en mi anterior vida, fue amarte. Te salvé la vida, sí, pero tú me salvaste a mí antes. Yo estaba muerta hasta que te conocí, tú eras la razón de mi existir, y sin ti, no habría logrado nada. ¿No lo ves? El mayor logro de mi vida fue salvarte a ti. Siempre decepcioné a todos con mi falta de poder, y cuando hizo falta, lo utilicé de la única manera que habría deseado; salvándote a ti —sonrió orgullosa—. Y no podría sentirme más satisfecha.

—Yo no —Allan negó con la cabeza—. Te he esperado mil años, Zarah. Mil años para volver a verte, y ahora sé que al regresar trajiste las mismas ideas que yo te implanté en tu anterior vida a un grado de que te llegó a obsesionar el poder, la fuerza, la habilidad de una guerrera de un modo que pudiste poner tu propia vida en peligro. De no ser por mí, nunca te habrías tenido que separar de tu familia, es más, de no ser por mí, nunca habrías estado en peligro, porque Flérida no habría ido tras de ti... Yo solo te hago daño, Zarah. Tu padre tiene razón...

—¡No! —Zarah lo tomó por las manos, negando firmemente con la cabeza—. Tú nunca podrías hacerme daño, Allan. Tú eres la razón de mi existir... —

Posó una mano sobre su mejilla—. No tengo idea de cómo funciona esto de la vida y la muerte, si puedo o no realmente controlar algo, pero una cosa sí sé: te amo. Nací para amarte, Allan. Desde el primer momento en el que te vi, me enamoré de ti, y no es hasta ahora que sé la razón. Una parte de mí siempre te llevó consigo, siempre estuviste guardado en mi corazón, a pesar de que no podía recordarte en mi mente, amándote y esperando por ti hasta que llegara el momento de reencontrarnos. Mi vida eres tú, Allan. Eres el único motivo por el que hoy esté aquí, y si has de culparte de algo, solo ha de ser de lo mucho, muchísimo, que te amo.

Los ojos de Allan se humedecieron y no pudo pronunciar palabra, aunque no era necesario. Todo cuanto necesitaba ser dicho esa noche había quedado claro con la sola expresión de esos ojos negros y luminosos, idolatrándola en cada mirada.

Allan la aferró en sus brazos y la aproximó a su cuerpo. Sus labios, húmedos y cálidos, se posaron sobre los de Zarah, y juntos se unieron en un largo beso lleno de amor.

—¿Por qué no se escuchan voces allí dentro?! —se escuchó tronar la voz de Tanek desde la otra habitación.

—¡Viejo, que pares te he dicho! Si te vuelves tan paranoico con tu única hija, solo terminarás con más arrugas en la cara —lo reprendió Aidan.

—¿Arrugas? ¡¿Qué arrugas?! ¡Yo no tengo arrugas! ¡Aidan, ven aquí, que te estoy hablando...!

Allan y Zarah estallaron en carcajadas, sin dejar de abrazarse, aprovechando el momento para devorarse a besos antes de que su padre recordara una vez más lo que estaban haciendo y entrara decidido a terminar con ese romántico reencuentro.

Una vez en casa, después de que su abuelo la abrazara a ella y a Aidan cerca de media hora y de tener que pasar dos horas enteras hablando por la pantalla con su familia para explicarles con la menor cantidad de detalles posibles el motivo por el que no había ido a casa, Zarah finalmente encontró un momento de paz, y decidió partir a su habitación con la intención de recostarse sobre su cama y cerrar los ojos.

Su arribo al palacio había resultado ser casi tan agotador como su estancia en esa base Raya.

Tras su llegada, Alberto no había agotado detalles al relatarle a su abuelo la batalla, en especial con referencia a la grandiosa entrada de Allan para salvarlos, haciendo alguna mención a los otros miembros del equipo y a Zarah.

Raquel y Rebecca fueron las primeras en marcharse. Tenían mucho que explicarle a su hermana pequeña antes de que fuera a enterarse de las noticias de la muerte de su madre por otros. Zarah se despidió de ellas con tristeza, pero en paz. Y a pesar de que Allan le aseguró que estarían bien, el dolor de la mirada de Raquel fue algo que no podía quitarse de la mente...

Patrick, Jaqueline y Alessandra se quedaron con ellos un rato más antes de marcharse a sus respectivas casas en busca de un más que merecido descanso. Claro, después de haber tenido que dar una larga declaración comunicando todo lo referente a lo sucedido desde el mismo momento de su secuestro hasta su llegada a salvo a Tierra de Libertad —omitiendo, por supuesto, el detalle del cambio oscuro de Zarah—. Aníbal y Ruperto, quienes habían llegado

llamados por su abuelo, grabaron cada detalle de sus declaraciones por separado, antes de dejarlos marchar con una advertencia de ser posiblemente llamados de nuevo en cualquier momento.

Zarah se preguntó para qué querría su abuelo la presencia de ambos hombres a esas horas en el palacio, pero sus dudas parecieron ser respondidas cuando su abuelo se puso repentinamente de pie, dando por concluidas las conversaciones que se suscitaban a su alrededor.

—Si me permiten, caballeros, ahora que Noelia está aquí —dijo su abuelo al ver aparecer por la puerta la madre de Allan— me gustaría que todos ustedes me acompañaran a la sala del trono. Tenemos un asunto urgente que discutir.

Zarah y Allan se miraron a los ojos, extrañados y sorprendidos por el repentino deseo de su abuelo de llamar a una reunión.

—Aidan, Zarah, ustedes pueden ir a descansar. Ya han pasado suficiente por una noche, y deben estar agotados —les dijo Ahren, partiendo en dirección al salón del trono, acompañado por los hombres y Noelia.

Zarah le dirigió a Allan una mirada preocupada, pero él solo se limitó a encogerse de hombros antes de inclinarse allí mismo, delante de todos, para besarla en los labios.

—Un último beso nunca es castigado —bromeó él en voz baja, en respuesta al arco perfecto de las cejas de Zarah, asombrada.

—¡No digas tonterías! —se molestó ella, dándole un golpecito juguetón en el brazo, que únicamente le hizo daño a ella.

—Ve a descansar —sonrió Allan, llevándose sus nudillos adoloridos a los labios y depositando un beso en ellos—. Todo saldrá bien. Confía en mí.

Y tras decir esas palabras, se alejó rumbo al salón, guiñándole un ojo al partir.

—Tranquila. ¿Recuerdas lo que te comenté acerca de nombrar a Allan miembro del consejo? —le dijo su hermano en voz baja—. Pues mi abuelo no es de hacer esperar a la gente.

—¿Te refieres a que...? —El rostro de Zarah se iluminó por la emoción.

—Seguramente lo va a nombrar miembro ahora mismo —asintió Aidan—. Luego podrán hacer una ceremonia oficial. Pero lo importante, son las palabras del abuelo.

Zarah sonrió abrazando a su hermano, loca de contenta.

—Hey, ya, ya para... —le dijo Aidan de mal humor—. Me arrugas la ropa.

Zarah rio, sin dejar de abrazarlo y lo besó en ambas mejillas.

—Te quiero hermanito, ¿te lo había dicho?

—No —sonrió él —, pero ya lo sabía.

Zarah rio a viva voz y volvió a abrazarlo, repitiendo sin parar las mismas palabras.

—¡Te quiero, te quiero, te quiero...!

—Yo también te quiero —contestó él cuando ella finalmente lo soltó—. Pero te querré más por la mañana, me muero de sueño... —Bostezó, llevándose una mano a los labios—. ¿Te molesta si dejamos las declaraciones de amor fraternal para mañana?

—En absoluto —rio Zarah, besándolo una vez más en la mejilla—. Ve a dormir, hermanito. Es tarde.

—Eh, cuidado, zombi caminando —le dijo su hermano en son de broma, más dormido que despierto cuando ella volvió a intentar abrazarlo—. Nos vemos mañana, Zarah... Zyanya... o como te llames, hermana.

—Hasta mañana, joven zombi —Zarah sonrió divertida, observándolo subir las escaleras trastabillando como un verdadero zombi, comenzando a

creer que su hermano se llevaría a las mil maravillas con Marijó.

Zarah, suspirando cansada, pero contenta, se dirigió rumbo a las escaleras tras Aidan. Al llegar a su habitación, se lanzó sobre la cama y cerró los ojos, dispuesta a dormir al menos por un día entero.

Alguien tocó a la puerta en ese momento, sacándola de sus ensoñaciones. Pero al ver que la cabeza de su padre se asomaba por ella, toda pizca de sueño desapareció.

Tanek había partido a arreglar unos asuntos personales nada más bajar del avión. Su hermano le informó en voz baja que iba a la tumba de su madre, y ella se sintió profundamente conmovida.

«—Siempre que sucede algo trascendental, él va a verla. Aunque en realidad va a verla en todo momento... —le contó Aidan, sin darle mayor importancia a sus palabras—. Creo que de algún modo, siguen hablando en una forma que solo nuestro padre comprende...»

Aunque Zarah lo comprendía. Vaya que lo comprendía...

Zarah sonrió, deseosa de hablar con él y enterarse de la conversación que su padre pudo compartir con su madre, como si en alguna parte de ella esperase que él pudiera verla, de la misma forma que lo había hecho ella esa tarde.

—¿Te importa si hablo contigo un momento, hija? —le preguntó Tanek, entrando a paso lento en su habitación.

—Por supuesto que no, pasa por favor.

Tanek le dedicó una sonrisa tímida, acercándose a ella y sentándose a su lado.

—Has de tener muchas dudas después de... Bueno, ya sabes.

—¿De enterarme que eres mi padre y he vivido toda una vida de la que

nada sabía? No, no es nada. Cuestión de rutina —bromeó ella, encogiéndose de hombros.

Tanek rio, y su risa colmó de alegría los sentidos de Zarah.

Había olvidado cuánto amaba la risa de su padre.

—Me gustaría aclararte algunas cosas... El motivo por el que no fui a buscarte —le dijo Tanek tras unos minutos de silencio, en los que había permanecido con los ojos pegados en el piso—. Sé que debes tener muchas dudas, preguntarte por qué te dejé, quizá acusarme de que te abandoné...

—No, papá —Zarah negó con la cabeza—. Sé que tú nunca me habrías abandonado. No sabías donde estaba...

—De hecho...

Los ojos de Zarah se abrieron desmesuradamente.

—Es difícil de explicar, mi cielo. Todo cuanto deseaba era mantenerte a salvo... Pero no te dejé, ¡eso jamás! Siempre estuve velando por ti, cada noche iba a verte sin que tú lo supieras...

—¿Qué? ¿Cómo? —Zarah abrió al máximo los ojos—. Nunca te vi...

Tanek suspiró, llevándose una mano al cabello, intentando hallar el modo correcto de contarle aquello.

—Tal vez debería contarte nuestra historia desde el principio, no hay nada mejor que comenzar desde el principio cuando se intenta relatar una historia.

—Sí, supongo... —Zarah se enderezó, acercándose a él—. Por favor, hazlo. Cuéntame... Necesito saber qué es lo que pasó.

—Fue hace once años... —Tanek comenzó a hablar—. En realidad, todo comenzó hace veinte años, cuando tu madre y yo nos casamos —Una sonrisa se dibujó en sus labios al momento de girarse a verla—. Debimos hacerlo en secreto, tu madre era la princesa de los Blancos, y yo, aunque formaba parte

de la familia de los Ruffian, una de las más antiguas y de linaje más noble del Círculo de la Estrella, había sido convertido en un Kinam por un Kisinkan, y mi propia familia me rechazó después de eso. Por lo que, lo más sencillo para mí, fue desertar de La Capadocia y unirme a los Kinam. Conocí a tu madre por casualidad, en un encuentro de parlamentos, para dictaminar normas con respecto a los territorios Kinam y los Capadocia. Yo la había visto en un par de ocasiones, y me detuve a preguntarle por tu abuelo, con quien siempre mantuve una relación estrecha. Ahren es uno de los pocos reyes y miembros del Círculo de la Estrella que se mostró imparcial con respecto a los Capadocia convertidos en Kinam y tolerante con los Kinam pacíficos, por lo que yo siempre lo había admirado —comentó con voz respetuosa—. Nos quedamos charlando hasta tarde, y bueno, una cosa llevó a otra, y... nos enamoramos. Huimos juntos para casarnos, pues sabíamos que debido a mi pasado, no me aceptarían en el Círculo de la Estrella, pero a tu abuelo se le ocurrió la gran idea de que bien podría cambiar mi apariencia y mi nombre, y hacerme pasar por otra persona, y de esa forma, la boda sería legal y no tendría que esconderme. Ahren se hizo cargo todos los arreglos para darme otra identidad, cosa que siendo el rey de los Blancos tenía en sus manos.

«Así pues, comencé una vida distinta al lado de tu madre en Tierra de Libertad. Elizabeth era mi vida, y no me importó dejar atrás todo mi mundo por ella. El rey organizó una boda real, nos casamos con gran pompa e inicié mi vida como el nuevo príncipe de los Blancos. Nadie sabía de mi verdadera identidad, únicamente tu madre, tu abuelo y tu tío Alberto, quien nos apoyó en todo momento.

«A los cuatro años de casados, llegaste tú, y dos años después, tu hermano. La vida parecía perfecta, éramos muy, muy felices.

«Hasta ese día, hace once años...

«Se celebraban los Grandes Juegos, como llaman ahora al Torneo de los Cinco Reinos. Una especie de Olimpiadas Capadocia donde participan los

cinco reinos con la intención de exponer los potenciales de sus más grandes guerreros —le aclaró en términos Homo—. Se celebran en Isla Blanca, un sitio cerca de la Antártida que es neutral para los cinco reinos. Su ubicación es secreta, por lo que, por cuestiones de seguridad, todos debemos partir desde lugares secretos estratégicos.

«Tu madre... Creo que tu madre comenzaba a sospechar de Flérida. Elizabeth era una Alma Ámbar sumamente poderosa, capaz de leer la mente de la mayoría de las personas. A ella nunca le gustó esa mujer, aunque en su bondad, jamás lo dijo abiertamente.

«Aunque nunca me mencionó una palabra, intuyo que algo debió saber... Pero de lo que estaba segura, era que corrías peligro. Juntos tramamos un plan, tú debías disminuir tus poderes para evitar llamar la atención de La Capadocia y nuestros enemigos, y en caso de ser atacada, bloquear tu mente completamente, para pasar desapercibida ante cualquier ser capaz de rastrear en el planeta. Tu madre era una mujer sumamente inteligente, Zarah. Entró en tu mente y la preparó, algo similar a un programa de computadora, con el que logró hacer todo cuanto había planeado...

—¿Y no se paró a pensar que al hacerlo me dejaría desamparada del mundo? —preguntó Zarah, mortificada por los recuerdos de su pasado.

—Solo quería protegerte, Zarah. Y no te dejó sola, yo he estado contigo siempre.

—¿Qué...? Cómo es eso, porque no lo entiendo... Nunca te había visto antes...

—Verás, hasta no saber con certeza quién era el que quería atacarte, tu madre tenía que protegerte. Así pues, ideó un plan detallado y completo que solo compartió conmigo. Te enseñaría a desaparecer con su poción y te entrenó para aparecer en una granja abandonada en medio de la nada, en México. Era allí donde yo debía ir a buscarte cuando el peligro hubiera

pasado, y te llevaría conmigo.

«El día del ataque, partimos desde puntos distintos, ella contigo, yo con tu hermano. En un pueblo remoto de Guatemala, un sitio prácticamente abandonado con edificios muy antiguos, fue donde las emboscaron...

«No puedo darte detalles del ataque, y tampoco creo que los quieras saber... El resultado es el mismo, tu madre murió protegiéndote, aparentando que tú morías con ella al lanzarse contigo al vacío, creando una distracción perfecta para darte tiempo de huir sin que pudieran seguirte.

«Cuando me enteré y llegué a ese lugar, no quedaba nada...

«Sabía que tu madre había muerto. No necesité de ningún Antiguo que me lo confirmara, lo supe en mi corazón... Pero aún debía ir por ti.

«Cuando llegué a buscarte tú ya no estabas en la cabaña. Me costó un par de días seguir tu rastro hasta tu nuevo hogar, y cuando te encontré, ya eras parte de la familia que te acogió.

«Y entonces supe que tu madre había tomado la decisión más sabia, mientras todos continuaran creyendo que habías muerto estarías a salvo, hasta que yo pudiera acabar con Kudrow y Flagpaom, los únicos responsables que entonces creía de la muerte de tu madre, pues nunca sospeché de Flérída...

«Me sumí en el dolor que sentía, y me dediqué a buscar a los Raya con la intención de vengarme. Mi única conexión con el mundo eran tu hermano y tú, a él lo iba a ver constantemente en Tierra de Libertad, y a ti, en tu casa —le informé, sonriendo ante la mirada confusa de su hija—. Adoptaba la forma de un búho y te veía dormir cada noche desde tu ventana, sin que tú lo supieras.

Zarah arqueó las cejas, sorprendida.

—Sin mi mujer a mi lado, no me importó continuar manteniendo mi falsa apariencia, prefería que todo el mundo asumiera que había muerto junto con tu madre, pues es así como me sentía. Solo ustedes dos me conectaban con este

mundo, me daban las fuerzas para continuar viviendo y no sumirme en la desesperación y el dolor...

—¿Entonces, todos estos años, tú me estuviste cuidando?

—Así es —él asintió, posando una mano cariñosamente en su mejilla—. No podía tenerte a mi lado, pero al menos podía conformarme con verte cada noche, asegurarme de que estabas bien, que eras feliz...

—¿Y por qué nunca me dijiste nada? ¿Por qué no te presentaste?

—No podía, al menos hasta que estuvieras segura, Zarah. Tu madre dio su vida por mantenerte con vida, por salvarte y mantenerte bien. No debía alterar sus planes, habría sido como deshonorar su último sacrificio, su más grande obra. Yo la amaba de una manera que quizá nunca pueda explicarte, la amaba tanto como Allan te ama a ti... —Agachó la cabeza—, por más que me duela admitirlo.

Zarah frunció el ceño, buscando sus ojos al mirarlo.

—¿Tú sabías lo de Allan?

—¿Te refieres a que él intentó buscarte porque sabía quién eras en realidad?

Zarah asintió, demasiado alterada para decir nada.

—Madeleine era mi hermana —confesó él, para sorpresa de Zarah—. La única hermana que siempre amé, que siempre se preocupó por mí, que me quiso sinceramente, y yo a ella...

—¿Entonces es cierto lo que me dijo Flérida? ¿Yo fui tu hermana en esa vida donde era la esposa de Allan?

—Es bastante común que las reencarnaciones ocurran entre los mismos conocidos; en una vida puedes ser el padre de alguien, y en la siguiente su hijo. Eso sucedió contigo —La miró a los ojos—, es cierto, tú fuiste mi

hermana, hace mil años. Pero ahora eres mi hija —Tomó su rostro entre sus manos—, y no importa cuánto te haya querido como mi hermana, que fue mucho, mucho en realidad, nunca te amé tanto como te amo ahora. Era un hermano celoso, pero como padre lo soy más, y es mi deber protegerte. Solo eres una niña, y no sabes los peligros que se ciernen a tu alrededor. No obstante, nunca podría interponerme entre tú y Allan, sería como intentar separar el sol y el día, es imposible. Ustedes dos nacieron para estar juntos, y sé que él te ama, y te ama sinceramente. Te ha esperado por mil años, mil años buscándote en el mundo de los vivos, y cuando te vio, solo le bastó un vistazo para reconocerte... Y no hubo mar ni tierra que pudiera apartarlo de ti. Créeme —sonrió de forma dolorosa—, lo intenté.

—¿Por qué?

Tanek suspiró, agachando la mirada.

—Quizá por egoísmo... Eres mi hija, quiero protegerte más que ninguna otra cosa en el mundo. Además, soy un padre. Por muchos años culpé a Allan de tu muerte en el pasado, hasta que me di cuenta que él solo había intentado salvarte, y el verdadero culpable ya estaba muerto. Yo me enfrenté a él, muchos años atrás, poco después de tu muerte... Le dije que lo iba a matar. Lo culpaba. De no haberse casado contigo, de no haber huido juntos contra los mandatos de la familia, los Ruffian te habrían mantenido a salvo y tú habrías continuado con vida. Y él... él no luchó —confesó con tristeza—. Ni siquiera me contradijo. Había intentado quitarse la vida en vano en varias ocasiones, pero era demasiado fuerte para matarse. Y me pidió que cumpliera mi promesa, que terminara con su vida y lo librara del dolor de no tenerte.

«Y yo... yo no lo hice.

«No porque hubiera sentido lástima de él. Fue todo lo contrario, lo hice porque quería verlo sufrir. Si su tortura era vivir sin ti, que siguiera sufriendo, igual que yo sufría sin ti...

«Nuestros caminos volvieron a toparse más adelante, irónicamente él me salvó la vida cuando un grupo de Capadocias *Extremus* quisieron aniquilarme. El odio hacia los *Extremus* y su pensamiento radical fue algo que siempre compartimos, y nos unió en esa ocasión. Juntos nos unimos a algunos Kinam simpatizantes con nuestra causa, y terminamos viviendo más en el mundo Kinam que en el Capadocia.

«A diferencia de los hermanos que nos vieron nacer, nuestros hermanos adoptivos, como los Kinam nos llamaban, nos aceptaron sin réplicas ni objeciones, por el contrario, en lugar de desmeritarnos por nuestras habilidades Capadocia, nos respetaban y querían aprender de nosotros. Nos hicimos grandes amigos de los reyes de los reinos Ammit-Massalia y Maupolikán, y con el paso de los siglos nos convertimos en una especie de embajadores para hablar por los Kinam frente a La Capadocia, que en nuestra experiencia, solía ser mucho más injusta en su manera de tratar a los Kinam, que la supuesta violencia desmedida de la que La Capadocia acusa a los Kinam.

«Cuando conocí a tu madre, estaba en medio de uno de esos tratados de paz. Ella abogaba por la parte Capadocia y los Blancos, en nombre de su padre, el rey Ahren, de pensamiento más liberal. Congeniamos y hablamos durante horas ese día, y los días se volvieron semanas, y las semanas meses... Y todo el resto es historia.

«Volví al mundo Capadocia y me casé con ella, pero no pude decirle nada de eso a Allan, quien para entonces se había convertido en mi más grande amigo, mi hermano... Nos separamos; él permaneció en el mundo Kinam y yo en Tierra de Libertad con mi familia.

«Y cuando tú naciste... Solo al verte a los ojos te reconocí.

«Pero no le dije nada de ti. No podía decirle a nadie excepto a tu madre. Hacerlo era revivir tantos recuerdos, y ahora ya no eras Mady, eras mi hija, mía, solo mía, y debía protegerte. Y en ese instinto protector, jamás le conté a

Allan de ti.

«Después del ataque, de que tu madre muriera y tú fueras a vivir con esa familia de Homos, me alejé del mundo en mi intento de venganza. Como te dije solo mantenía contacto contigo y con tu hermano, pero con nadie más, ni siquiera con Allan. Fue una noche, vigilando tu ventana, que te escuché hablar de él que uní los cabos y comencé a seguirte también durante el día, y fue así como me enteré de que él ya te había encontrado.

«Supongo que para el destino no hay trabas, si él debía encontrarte, iba a hacerlo. Sin importar cuánto me opusiera...

«Y ciertamente, me dio gusto enterarme de que él pensaba sacrificarse por ti, dejar todo cuanto conocía para vivir una vida de Homo común y corriente con tal de estar a tu lado y no separarte de tu mundo y de los tuyos, y todo cuanto conocías y amabas. Él no tenía ni idea de quién eras entonces en realidad, y claro, que eras mi hija.

«Y supongo que el resto ya lo conoces... Aquí estoy, a tu lado, como lo he estado siempre. Velando por mi pequeña princesa, que es toda mi vida junto a su hermano.

—Gracias... papá —Zarah aferró su mano con sumo cariño, mirándolo a los ojos—. Gracias por todo, por quedarte a mi lado, por cuidarme, por salvarme de esos Raya... Gracias, papá.

Tanek sonrió, esta vez de una manera llena de emoción y la abrazó.

—No tienes nada que agradecer, eres mi pequeña, mi hijita. Mi vida es cuidarte, mi niña.

Zarah se sintió conmovida por sus palabras, no pudo evitar que las lágrimas brotaran por sus ojos mientras lo abrazaba.

Tanek le secó las lágrimas con el dorso de la mano, a pesar de que él también lloraba, y Zarah hizo lo propio con él.

—Será mejor que descanses. Supongo que querrás dormir bien antes de ir a ver a tu otra familia mañana. Ahora podrás quedarte con ellos, ya que el peligro ha pasado.

Zarah abrió los ojos como platos, con tantas noticias no había pensado en su familia.

—¿Puedo regresar...?

—Si es lo que tú deseas, sí.

Zarah agachó la vista, pensativa.

—No lo sé... Dijiste que el peligro no había pasado del todo... Si les llegara a suceder algo por mi culpa...

—Ellos también tienen protección y nunca estuvieron en peligro, no te preocupes por eso —le aseguró su padre, sin dejar de abrazarla—. Nadie se acercó a la casa de tu familia Homo.

—Muy bien... —Zarah suspiró y agachó la cabeza.

—¿Te sucede algo, pequeña? Te veo triste... Supuse que te alegrarías de volver a casa.

Zarah lo miró a los ojos, negando con la cabeza.

—Si regreso, ¿te seguiré viendo, papá...?

—Por supuesto, no hay barrera Homo o Capadocia o Kinam que me aleje de ti, pequeña mía.

—¿Y qué pasará con mi abuelo y con Aidan?

—Estarán aquí, como siempre, esperándote.

—Me siento mal por dejarlos... Ellos son mi familia, después de todo —suspiró, reflexionando sobre sus opciones—. Pero mi mundo está allá, y no sabría qué hacer sin mi...

—¿Familia? —él terminó la frase y Zarah asintió—. Tranquila, hija mía, tu abuelo hizo un trato contigo, ¿recuerdas? Tú ya sabes que tendrás que acudir a una base Capadocia, y no estaría mal que vinieras de vez en cuando al palacio de visita, y también ellos podrán visitarte en tu casa Homo. Ahora que sabes quién eres en realidad, no hay límites. No te los autoimpongas.

—¿Entonces... está bien que regrese con ellos? ¿Tú no te molestarás?

—No, claro que no. Yo te iré a ver todos los días, como he hecho hasta ahora, y Allan también cuidará de ti.

—¿Allan vendrá también?

—Por supuesto... ¿te molesta?

—No... no es eso, es que...

—¿Te molesta la situación de él y tú en su anterior vida?

Zarah asintió con la cabeza.

—Es tan extraño que él haya sido mi esposo, que yo haya sido ella... No me siento como ella... y... ¿y si él espera encontrarla a ella en mi lugar? ¿Y si se decepciona?

Tanek sonrió dulcemente, acariciando su rostro.

—Comprender las vidas pasadas en algo complicado, hija mía, para nadie resulta fácil. Pero hay algo que debes saber, tú eras Mady, pero no lo eres más. Ahora eres Zarah, tu vida es la que vives ahora, y tu anterior vida es solo un recuerdo que complementa tu vida actual.

—No entiendo... ¿Soy Mady y no lo soy a la vez?

—Eres Zarah, mi hija, la hija de Elizabeth, la princesa de los Blancos. Es todo cuanto debes saber.

—¿Pero qué hay de Allan y de lo que sentía por Mady?

—Allan te ama por lo que eres ahora. No le habría permitido acercarse a ti de no ser de otra forma.

—Pero dijiste que él me reconoció con solo verme. Es esa la razón por la que me buscó, porque sabía quién era...

—Allan jamás buscó hacerte revivir tu pasado, sino que buscó la manera de adaptarse a tu nueva vida. Él fue capaz de dejarlo todo atrás con tal de estar contigo, renunciar a todo para estar a tu lado sin perturbarte ni a tu estilo de vida. Fue ese el motivo por el que comprendí cuánto te ama. Y te ama por ser tú, no importa si eres Mady o si eres Zyanya o Zarah, él te ama por lo que eres, y eso no va a cambiar. Y es solo por eso que este padre celoso le permitirá acercarse a ti, por supuesto, si es lo que tú lo deseas.

—Sí lo deseo, papá. Como deseo tenerte a ti y a mi hermano en mi vida — El rostro de Tanek se iluminó al escucharla—. Yo lo quiero. Lo amo sinceramente.

—En ese caso, no veo ningún inconveniente en que él te continúe cuidando. ¡Y más le vale hacerlo bien en esta ocasión, si no quieres que le rompa la cara a golpes!

—¡Papá!

—Es una broma, hija, solo una bromita —sonrió mordazmente su padre, besándola en la frente—. Sé que Allan te cuidará. A su lado, sé que estarás segura —Voló los ojos, como si le costara reconocer aquello.

Zarah soltó una risita, y lo besó en la mejilla.

—Lo quieres, no lo niegues.

Tanek arrugó la nariz en una mueca de desagrado que provocó el disgusto de Zarah.

—Me cae bien. Lo acepto —dijo al fin, para conciliarla—. Pero de eso a querer a mi futuro yerno hay un gran trecho. No presiones, querida mía, o el

puente podría venírsete abajo.

Zarah rio con ganas, abrazándolo por los hombros.

—Ay, papá, ¡cómo te eché de menos!

—Nunca me fui, preciosa. Siempre estuve contigo, aunque no lo supieras —La besó en la coronilla, abrazándola también—. Y siempre estaré contigo. Igual que mamá...

—Sí... —Zarah asintió, al tiempo que una leve sonrisa se dibujaba en sus labios—. Igual que mamá... —Y la sonrisa se acrecentó al recordar la inmaculada y hermosa figura de su madre cuidando de ellos en medio de esa batalla y en cada momento de sus vidas.

El verano llegaba a su fin, y Zarah se sentía abrumada. No sabía cómo lograría llevar una vida «normal» combinada con su vida real, asistir a la escuela Homo... es decir, la escuela humana y al mismo tiempo a los entrenamientos y las lecciones en la Antorcha, la base Capadocia. Sería agotador sin ninguna duda. De por sí ya las clases, que había llevado todo el verano, la dejaban exhausta al final del día. Sin embargo, estaba contenta y agradecida con su nueva vida, al fin había puesto en orden su pasado, las pesadillas ya no la acosaban por las noches, y ahora tenía una familia más a quien amar, un padre amoroso que velaba por ella cada noche, un hermano y un abuelo cariñoso, y un hombre encantador que era su amor incondicional que había esperado por ella mil años, y continuaría a su lado sin poner objeciones.

No podía sentirse más afortunada.

Sin mencionar que su abuelo, considerando que necesitaba un respiro, había invitado a toda su familia a pasar una semana completa en la isla, disfrutando del clima paradisiaco y los alrededores.

Y en su vida no se había divertido tanto.

Ahora se disponían a disfrutar de un estupendo día al aire libre, comiendo a dos carrillos de los deliciosos platillos que Noelia les había preparado, y mientras el festejo comenzaba, cada uno se divertía a su manera.

A lo lejos vio llegar el grupo conformado por su abuelo, su padre Miguel, su papá Tanek, su tío Alberto, Ruperto y Aníbal.

Alberto había congeniado estupendamente con Miguel, y junto con Tanek y Ahren, formaban un cuarteto de risas y bromas entre hombres que compartían mientras jugaban golf, el deporte predilecto de Miguel y que compartió con ellos con sentido gusto.

Aníbal y Ruperto también participaban, aunque de manera menos habladora, ambos hombres eran serios y a veces Zarah pensaba que no podían salirse de sus papeles de coronel y general, respectivamente. Al menos Aníbal parecía haber ganado gran respeto por Allan después de haber actuado de manera tan inteligente para protegerla, y por el que había sino glorificado con el honor de miembro del Círculo de la Estrella.

Ni a él, como ninguno de los otros, se les pasó la idea por la cabeza de que Flérída pudiera ser una traidora, y que Allan hubiera sabido actuar de la manera debida para salvarla, se ganó no solo su respeto, sino también su orgullo.

A partir del ataque a Zarah, del que no supieron nada hasta que fue tarde para intervenir, se mostraron más abiertos a darle libertad a Allan y su equipo para proteger a la princesa. Después de todo, habían dado una muestra clara de su capacidad para defender a su protegida.

Incluso Ruperto se mostró más amable con su hijo, después de enterarse de que Zack había estado espada en mano, luchando al lado de sus compañeros para ayudarlos en el rescate.

Ahora parecían divertirse a lo grande discutiendo quién tenía derecho a comenzar el siguiente juego después de la comida, pues aunque Ahren era el mayor y el rey, había sido Miguel el que consiguió mayor puntaje en el último juego.

—Vamos, querido, sé condescendiente —le pidió Miranda, terminando de colocar los vasos en la mesa de campo—, tú has jugado por años, y siendo el invitado, es tu deber tomar el último turno.

—Qué se le va a hacer, cuando la esposa ordena, no queda otra que obedecer —gruñó Miguel—, a menos claro, de querer terminar durmiendo en el sofá.

—¡Te escuché! —gruñó Miranda, haciendo reír a todos los demás.

Noelia, a su lado y con Dany en las piernas, rio también, y la ayudó a terminar de poner la mesa.

—¿Les gustaría ir a dar un paseo por la zona oeste del palacio? —les preguntó a la niña y a la mujer a la vez—. Hay unas estatuas preciosas que no les he enseñado todavía, y nos da tiempo de ir y regresar en lo que este grupo de machos se pone de acuerdo en quién es el que manda en su juego.

—Me parece una buena idea —opinó Miranda, sonriendo de gusto. Y con Dany de la mano entre ambas mujeres, se pusieron en camino.

Zarah sonrió gustosa, observándolas partir. Miranda se había hecho incondicional de Noelia, se desaparecían por horas en la isla, llevando únicamente a Dany como compañía, y hablaban sin parar sobre las culturas antiguas, recetas ancestrales y piezas de arte antiquísimas que Noelia había visto crearse por sus propios autores. Su madre no podía sentirse más contenta, era una fantasía hecha realidad el poder escuchar de la propia boca de una persona que vivió todo lo que ella adoraba, las historias del pasado.

—¡Hey, Zarah, no te quedes ahí! —la llamó Alessandra, corriendo al lado de Marijó y Maricarmen—, vamos a mojarnos un rato a la playa.

—Enseguida voy, quedé en encontrarme con Allan aquí.

—De acuerdo, pero en cuanto él llegue, llévalo con nosotros —le pidió Patrick, acercándose para tomar a Alessandra de la mano, acompañado por Jaqueline, Javier y Zack—. A veces se siente tan viejo que se le ha olvidado como divertirse.

—Se lo diré, Patrick —rio Zarah.

Patrick y Alessandra seguían juntos, el ataque no había menguado en absoluto su relación, sino que la había fortalecido más. Comenzaban a hablar de boda, cosa que había tardado casi cincuenta años, según Patrick, pues Alessandra nada quería saber de matrimonio hasta entonces. Pero como les dijo a los demás, saber que puedes perder a alguien de la noche a la mañana, te cambia, y comienzas a pensar a vivir con velocidad. Zarah no pudo evitar echarse a reír ante ese comentario, cincuenta años era mucho tiempo. Un plazo más que suficiente para pensar en casarse, y no una decisión tomada a las prisas.

Jacqueline se había hecho gran confidente de Maricarmen y Marijó, quien la hacía reír tanto que juraba haberse hecho pipí en una ocasión.

Zack continuaba siendo Zack, pero de una manera más agradable. Era flojo y despistado, sin ninguna duda, pero al menos ahora se portaba menos prepotente con los demás, y comenzaba a integrarse en el grupo.

—¿Te molesta si vamos también? —le preguntó Susana, probando un par de cerezas de la comida servida en la mesa—. Muero de calor.

—Yo también —apuntó María, dejando un vaso vacío que había estado hacía un momento lleno de limonada.

—Vayan, no se preocupen, los alcanzo enseguida —contestó Zarah con total naturalidad.

María y Susana se unieron al tropel que avanzó entre juegos y risas a la playa, formando un grupo bastante alegre.

La multitud conformada por la unión de sus hermanos y el antiguo equipo a cargo de su protección, además de Aidan, resultó ser un grupo ruidoso y alegre que iba junto a todas partes. Aidan comenzó a salir de su burbuja —pues Zarah había comprendido que gran parte de la antipatía de su hermano, no lo era en realidad, sino un carácter tímido que lo hacía parecer hosco ante la gente—.

Para su sorpresa, se había vuelto bastante unido a Marijó (siempre había creído que su interés radicaba en Maricarmen), prácticamente hacían todo juntos cuando se encontraban, y a pesar de que cada vez que estaba a su lado, las palabras se le atoraban en la garganta y el color de sus mejillas se encendía al máximo, Marijó conseguía hacer aflorar en él un carácter alegre y divertido que pocas personas, además de Zarah, conocían.

Incluso Susana y María compartían con el grupo, y juntos no dejaban de gastarse bromas sobre cualquier tema.

—¡Hola, Zarah! —la saludó Amy, corriendo de la mano de Manolo en dirección a la playa.

—Vamos a buscar cangrejos, ¿no quieres venir? —le preguntó Manolo.

—En realidad ahora no, estoy esperando a Allan. Pero adelántense, los demás ya están allá.

Los niños compartieron una mirada traviesa antes de asentir contentos con la cabeza y partir a la carrera en dirección hacia donde se encontraban los otros en la playa.

—¡Nada de travesuras! —les gritó Zarah al verlos partir a la carrera, pero los niños se limitaron a reír, aparentando que no la habían escuchado.

Amy se había ido a vivir con Raquel y Rebecca, y a pesar de que se veía triste, comenzaba a mejorar poco a poco con el cuidado cariñoso y dedicado de sus hermanas y Noelia, quien prácticamente la trataba como a otra hija. Amy congenió estupendamente con Manolo, se volvieron como uña y carne y paseaban juntos por toda la isla, provocando con toda clase de travesuras y juegos a sus hermanos y amigos mayores.

Finalmente la puerta del palacio que conducía a la terraza donde se encontraban, se abrió y por ella aparecieron Allan, Raquel y Rebecca.

Zarah frunció el ceño cuando vio a Allan abrazando a Raquel, pero se

abstuvo de hacer cualquier comentario. Confiaba en Allan, después de todo, él la había esperado por más de mil años, y una escenita de celos, aunque fuera por alguien como Raquel, no valía la pena.

Además, conocía bien la situación de las gemelas y no podía evitar sentirse un poco triste por ellas, además de agradecida por haberla salvado.

Nunca dudaron de su posición, eso era algo de admirar sin ninguna duda. Ellas habían defendido sus creencias y cumplido con su deber —protegerla— aun en contra de su propia madre.

Raquel y Rebecca se sentían tristes por lo sucedido, por supuesto, pero comenzaban a superarse, día a día, tal como ellas mismas le habían dicho esa mañana.

Allan abrazó como despedida a Raquel antes de darle un beso en la frente, y luego abrazó a Rebecca, de manera más corta, antes de alejarse de ambas.

Las dos se dirigieron directamente a la playa, seguramente siguiendo el ruido de las risas y gritos —Amy y Manolo ya debían de estar haciendo de las suyas—, mientras Allan se dirigía a la mesa donde ella se encontraba.

—Perdona la tardanza —le dijo, inclinándose para saludarla con un beso en los labios.

Zarah sonrió. Todo lo demás se había borrado en su mente, ahora solo eran ellos dos...

Y dos padres celosos observándolos fijamente con el ceño fruncido, además de un abuelo y un tío que actuaban como otros dos padres celosos.

—¿Te gustaría ir a dar una vuelta? —le preguntó Zarah, poniéndose de pie para alejarse de allí antes de que ese grupo de hombres, que más bien parecían lobos salvajes, se abalanzaran sobre Allan.

—Me encantaría —contestó él sin ninguna duda, tan consciente de la presencia de los otros como ella.

La tomó de la mano y se alejaron caminando, riendo divertidos de las miradas hurañas que los seguían fijamente hasta que se perdieron de vista al torcer por un sendero junto a la casa.

—Creo que te vas a ver en grandes dificultades con cuatro suegros, ¿no te parece?

Allan sonrió y se encogió de hombros.

—Los retos nunca me han detenido.

Ella sonrió, divertida, siguiéndolo por un sendero que conducía hacia un riachuelo.

—Hay una cosa que quería preguntarte... —le dijo de repente, sacando el tema de improviso.

Allan sonrió y la atrajo hacia él, para besarla en los labios.

—¿Qué es?

—Allan, ¿recuerdas los sueños que tenía? Los que finalmente resultaron ser recuerdos...

—Sí, ¿has vuelto a tenerlos?

—No, no es eso... —suspiró y lo miró a los ojos—. Es que hay algo que no me cuadra...

—¿Qué cosa? —Él frunció el ceño.

—Allan, recuerdo que cuando era niña y estaba atrapada en un edificio y Flagpaom entró a buscarme, apareció un destello plateado.

—¿Un destello plateado?

—Sí —asintió con firmeza—. Un hada...

—¿Un hada? —Él la miró con gesto interrogante.

—Creo que salió de un medallón que mi madre me colocó en el cuello.

—¿Estás segura?

—Sí... Bueno, en realidad no lo sé... Fue hace tanto. No tengo ni idea de qué cosa era real y qué no... Pero recuerdo haberla visto. Recuerdo que me habló, me cuidó y...

—¿Y qué?

—Me salvó la vida —Suspiró y lo miró a los ojos—. Lo que haya sido creo que murió cuidándome, pero no tengo ni idea de lo que es, o quién era...

Allan sonrió ligeramente y la abrazó, consolándola.

—Quizá algún día lo sepas, no te mortifiques, eso está en el pasado, y quien sea que haya sido esa luz plateada, hizo una gran labor al salvarte la vida. Donde sea que esté ahora, sabe que le estás agradecida por lo que hizo... y yo también.

—¿Y crees algún día sepa qué fue lo que realmente sucedió?

—Estoy seguro —asintió, volviendo a besarla suavemente en los labios—. Pero no debes forzar la memoria, cuando ese recuerdo llegue, llegará. Y mientras tanto, dedícate a disfrutar el día a día, el presente en el que ahora vives, y ser feliz. Después de todo, es lo que tu madre quería para ti.

—Es cierto —Zarah sonrió—. Incluso...

—¿Qué cosa?

—Incluso siento que ella está presente muchas veces, aquí, conmigo.

—Es porque lo está —le sonrió, acariciando cariñosamente su mejilla—. Y estoy muy seguro de que lo único que te diría si te viera es que fueras feliz. Además, de lo mucho que te ama.

—Gracias, Allan.

—No tienes nada que agradecerme —La estrechó con sumo cariño en un abrazo lleno de amor, hundiendo la cabeza en su pelo y aspirando su aroma

hasta embriagarse con él.

Se sentía feliz, feliz como nunca. Y lo era porque sabía que ahora podría estar con ella sin que nada ni nadie se lo impidiera, y juntos tenían toda una vida esperándolos por delante.

Los mil años de espera habían valido la pena...

—Allan... —musitó ella con voz tímida.

Él se alejó solo lo suficiente como para mirarla a los ojos, aguardando pacientemente a que continuara.

—Hay una cosa de la que me gustaría hablarte...

—¿Sí? —Allan arqueó una ceja, interrogante.

—Sé que ahora recuerdo muchas cosas, pero yo... Me siento preocupada por algo.

—¿Es con respecto al tema de tu anterior vida? —adivinó con tino.

Zarah asintió con la cabeza.

—Yo... Sé que soy Madeleine, Allan. Que me encontraste porque me viste, me reconociste... Pero yo no soy ella... Es decir, sí lo soy y a la vez no lo soy... No sé cómo explicarlo.

—Te entiendo —sonrió, atrayéndola nuevamente a él.

—No te burles —replicó Zarah, poniendo una mano en su pecho para impedir que la abrazara—. Lo que te digo es muy en serio...

—No lo hago —Allan la tomó por la cintura, mirándola muy cerca mientras le hablaba—.

—Allan, tú me encontraste por el recuerdo de esa vida pasada, viste en mí a tu amor del pasado, pero yo no soy ella...

—Lo sé —asintió él.

—Pero...

—Zarah, no tienes nada que temer. Sé quién eres. Eres Zarah, y eres Madeleine. Siempre serás Madeleine, es algo que nunca dejarás de ser, pero ahora eres más, porque tienes esta vida. Las vidas son enseñanzas que vamos añadiendo a nuestra vida presente. Pero no por ser más dejas de ser quien eres, o te vuelves una persona distinta. Madeleine forma parte de ti, de la Zarah que eres ahora, y es a esa persona a la que amo.

Zarah sonrió conmovida, se acercó a él y tomó su mano.

—Gracias... Era algo que tenía que escuchar de ti.

—Entonces... ¿estamos bien? —le preguntó él, con cierto temor.

—Por supuesto —respondió ella, mirándolo a los ojos—. ¿Cómo no íbamos a estarlo? No cualquier día te encuentras con alguien que ha esperado por ti mil años. Sin duda alguna, si te dejara ir, sería una tonta. Y seré muchas cosas, pero no tonta —bromeó, abrazándolo por el cuello.

Él se rio y la estrechó por la cintura.

—Eres tan buena, Zarah. No puedo creer la suerte que tengo de tenerte a mi lado, que tú me quieras... No lo merezco.

Zarah soltó una carcajada, sin lograr evitarlo.

—¿Tú no me mereces? —repitió, irónica—. ¡Allan, eres el hombre perfecto! ¿Cómo puedes decir eso? Soy yo quien no entiende cómo pudiste fijarte en mí, habiendo tantas chicas tras de ti. Muchas más hermosas, listas y...

—Ninguna de ellas eras tú. Yo nací para amarte, Zarah. Solo a ti puedo amarte.

Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas.

—Y yo solo puedo amarte a ti, Allan... —le dijo antes de que juntos se

unieran en un beso tan tierno como cálido, dejando todo lo demás, todo el mundo, a un lado.

Ahora su mundo solo consistía en ellos dos, juntos finalmente, juntos para siempre...

Allan la atrajo más hacia él y la besó con mayor intensidad, fundiéndose en un abrazo apretado lleno de amor.

Había esperado mil años por ese momento. Ella todavía era joven, deberían esperar varios años más para poder casarse y comenzar una nueva vida juntos, pero ella era suya, al fin...

Esperar un poco más después de haber aguantado un milenio no era nada. Habría esperado una eternidad por ella, era el amor de su vida, la única mujer a la que había amado, la única a quien amaría...

Y todo ese amor quedó grabado a fuego en ese beso.

De pronto, Allan se tensó y se separó de ella.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella preocupada, pero al notar que él sonreía, frunció el ceño, extrañada.

—Es Tanek. Me está llamando.

—No oigo nada.

—Eso es porque está hablando en una frecuencia muy baja, inaudible para el oído humano, y en lenguaje Kinam, que solo él y yo conocemos. Pero su mensaje es muy claro.

—¿Qué dice?

Allan sonrió, negando con la cabeza.

—No voy a decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque soy un caballero, y las palabras de tu padre no pueden ser repetidas en presencia de una dama. Pero a menos que algún día quieras que tengamos hijos, te recomiendo que regresemos, porque ha amenazado una parte importante de mi anatomía si no te conduzco ante su presencia en menos de cinco minutos.

Zarah debió llevarse una mano a los labios para reprimir una carcajada.

—En ese caso, será mejor que nos apuremos, mi querido futuro esposo. Conociendo a mi padre, no dudará en cumplir su amenaza.

Y riendo se alejaron corriendo en dirección al palacio, donde todos los demás, en medio de conversaciones alegres aguardaban por ellos.

Entre los árboles apareció una luz plateada.

Ninguno de los dos la vio.

La luz danzó entre las hojas, como si bailara, contenta al escuchar sus risas alejándose por el sendero, antes de perderse entre el follaje del bosque, esperando el momento adecuado para volver a darse a conocer...

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Tengo muchas personas a las que agradecer, sin embargo, no puedo mencionarlos a todos. Ustedes saben quiénes son, de corazón, ¡gracias!

Gracias, querida Lola Gude, hacedora de sueños de tantos escritores. No tengo palabras para agradecerte por cumplir el deseo que llevaba guardando tantos años en mi corazón de ver esta historia publicada formalmente. Eres una excelente persona y amiga, tu gran devoción por tu trabajo se refleja en cada libro publicado por ti y para mí es todo un honor poder formar parte de esta colección. Dios te bendiga y te siga llenando de éxitos.

Gracias, muchísimas gracias, queridas lectoras y amigas, que leyeron cada día esta novela cuando estuvo colgada en el foro de El rincón romántico. Especialmente gracias querida Bree e Inma, ustedes dejaron una huella imborrable de ese tiempo en mi corazón. Es una novela viejita y ahora parece que fue hace siglos cuando la subí, pero ese tiempo fue tan especial, que lo atesoro en mi memoria como uno de los más entrañables momentos de mi vida. Sus comentarios fueron una motivación muy importante, ustedes fueron un apoyo increíble, su cariño es invaluable para mí. ¡Gracias de todo corazón!

Gracias a mi querida familia, sin la que no sería nada. Gracias a mis hermosas hijas y mi marido, les agradezco su paciencia, amor y apoyo incondicional. Muchas gracias mamá, eres una gran mujer, madre, amiga y esposa. Sin tu ejemplo de fortaleza, no sé dónde estaría hoy.

Gracias por ser ese pilar que tanto necesitamos en nuestra familia, y seguir siéndolo en esos días tan duros... Te amo con todo el corazón, mamá. Gracias

Xime por ser la mejor hermana del mundo, mi sostén y mi hombro para llorar tantas veces, la mejor amiga, la compañera de risas y mi cómplice en tantas cosas. ¡Te quiero, hermana! Gracias Rober por todo tu cariño y apoyo, gracias hermano por tus consejos, tu ternura, tus risas, por ser siempre tan alegre y divertido, por enseñarme a no tomar tan enserio la vida y atreverme a hacer lo que me da miedo. Gracias por tanto cariño, ¡te amo, Bro! Gracias Tom y Panchito, seguramente nunca leerán esto, pero sepan que los amo y siempre los veré como mis pequeños hermanitos consentidos, aunque sean mucho más altos que yo y hace ya años que tengan barba y pelo en pecho. ¡Los amo, hermanitos, son los mejores! Y gracias, mi adorado y muy amado papá, porque sé que, aunque no estés ya físicamente con nosotros, sigues presente en muchas otras formas. Vives cada día en mi corazón, tu recuerdo es mi eterna y constante compañía. Cada día es difícil, pero sé que sigues aquí, conmigo, con nosotros, amándonos y cuidándonos como siempre. Este libro es para ti, papá. Tú que siempre amaste mis novelas, que me hiciste reír a carcajadas con tus comentarios, que me hiciste llorar de alegría al verte orgulloso... Gracias por tu amor, papá. Te amo con todo mi corazón. Siempre vivo, siempre amado, siempre conmigo, papá.

Muchísimas gracias a todos mis amigos y familia, han sido un apoyo invaluable, sus comentarios me llenan de alegría el corazón. Gracias por tanto cariño, les aseguro que cada una de sus palabras son importantes para mí. Gracias, querida Nonna, usted la mejor mentora, maestra, oradora, defensora de ideales y de esta escritora, su nieta, que la ama con todo el corazón.

Y gracias, por supuesto, a Dios, por todo lo que me ha dado.

Gracias, siempre gracias.

NOTA DE AUTORA

El autismo es un tema muy importante en mi vida, y es la causa que nos mueve en mi familia. Es por ello que me he impuesto la labor de poner un personaje con autismo o con alguna capacidad especial en cada libro que escribo, con la intención de crear conciencia y abrir los corazones de los lectores.

Buscamos un mundo donde la aceptación, la integración y el amor hacia las personas con capacidades especiales, sean una realidad en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Por favor, abre tu corazón y únete a nuestra causa.

¡Apoya a las personas con autismo y con capacidades especiales!

Si te ha gustado

Memorias del corazón

te recomendamos comenzar a leer

En algún lugar del mar

de *V. M. Cameron*



PRÓLOGO

1679, Mar Caribe

Ni siquiera en un momento como ese, en el que la muerte se encontraba frente a ella cara a cara, dejó que nadie pudiera entrever que estaba asustada. ¿De qué servía tener miedo? ¿Iba a hacer que morir fuera menos doloroso? ¿Iba a acortar su sufrimiento de algún modo? No, en absoluto, tan solo lograría entorpecerla y hacer aún más amargos sus últimos momentos.

Pero aun así lo sentía: tenía tanto miedo que le costaba incluso respirar. Su corazón latía con fuerza y sentía sus manos temblando con impresionante violencia, por lo que optó por entrelazar sus dedos antes de que alguien más pudiera notarlo. Definitivamente, Joanna Taylor iba a morir con la cabeza alta y sin entrar en pánico, pues esa era la única forma que ella tenía de vivir. ¿Por qué iba a actuar de forma diferente con la muerte?

Una ola particularmente grande zarandeó el barco hasta el punto de que este amenazó con volcar. Por suerte, unos segundos después, el mar volvió a ese estado que, aunque tan solo podía ser calificado de infernal, al menos mantenía el navío en pie.

Joanna contemplaba desde una ventana en su camarote las enormes olas negras que azotaban el galeón, a la vez que una tormenta inmensa se desarrollaba justo encima de su cabeza. A su lado, Janet rezaba con los ojos cerrados y el cabello rubio y apelmazado recogido en un pequeño moño.

—Deberían dejarnos salir a ayudar —dijo Joanna y su tono de voz fue completamente natural. Desde luego, tenía un gran autocontrol—, somos completamente inútiles aquí dentro.

Escuchaba la fuerza de la tormenta en la cubierta del barco, así como también oía gritos y órdenes prodigados por el capitán de ese barco de la Marina Real, Ronald Finchley, un hombre fuerte y robusto como un árbol...

pero que nada podía hacer contra un temporal tan impresionante como ese.

—¿Cómo habríamos de ayudarlos? —musitó Janet, sorbiendo por la nariz enrojecida por el llanto que ya comenzaba a dejar de brotar de sus ojos—. No hay salida, vamos a morir, señora. ¡Que Dios se apiade de nuestras pobres almas!

—Oh, ¡Janet! —la reprendió Joanna, irritada—. No digas tonterías. Todo va a salir bien, se trata de una pequeña tormenta... —El barco volvió a dar un nuevo salto sobre las aguas y la mesa de madera que se encontraba junto a Joanna venció sus sujeciones al suelo y se movió casi un metro a la derecha. Ella lo observó durante unos segundos y suspiró, volviendo a dirigirse a la ventana—. Todo va a salir bien.

Parecía más centrada en convencerse a sí misma, porque en realidad sabía que sus palabras no eran ciertas. Que la tormenta era verdaderamente fuerte y que cientos de barcos ingleses como ese habían naufragado en esas aguas... y el suyo tan solo sería uno más que añadir a la inmensa lista.

El cielo pareció contorsionarse y un rayo iluminó la tormenta durante un instante, un momento en el que Joanna contempló el mar tan embravecido que parecía concentrarse por completo a su alrededor, queriendo absorber el galeón, ansiando devorarlos a todos...

—No puedo seguir aquí parada —dijo finalmente y por primera vez en su voz se pudo detectar cierto nerviosismo. Era curioso, puesto que Joanna tenía el talento de ocultar sus emociones con una facilidad francamente pasmosa—. Tengo que salir.

Los ojos claros y acuosos de Janet se abrieron como platos al escuchar eso. Desde luego, no era lo que se esperaba de una dama inglesa que había sido educada para ser un sujeto pasivo en situaciones que «debían ser resueltas por hombres», pero también era típico de Joanna que, cuando algo se le antojaba, nada pudiera sacarla de esa idea.

—¡No! ¡Señora, quédese aquí! Ahí fuera... ahí fuera va a morir. ¡El mismísimo infierno se encuentra tras esa puerta!

La muchacha se acercó a su dama de compañía y, posando una suave mano en el hombro de la adolescente, le ofreció apoyo. Tras unos segundos y al ver que sus dedos temblaban en contacto con la piel de Janet, se aclaró la garganta con dignidad y apartó los dedos de su doncella. La joven tan solo tenía catorce años y Joanna podía verlo entonces mejor que nunca en su rostro totalmente contraído por un profundo pavor; nunca antes le había parecido tan niña como en ese momento.

—Tan solo echaré un vistazo —le dijo con voz más suave—. Quizás todo se vea mucho mejor desde allí, puede que no sea tan grave.

Janet tragó saliva, acongojada.

—Iré con usted... —musitó y fue evidente que tan solo pretendía hacerlo porque su obligación era velar por su dama.

—No —la interrumpió Joanna—. No tardaré, tú solo tranquilízate, Janet. Todo va a ir bien.

La realidad era que repetir esa frase no la ayudaba en absoluto a creer que eso fuera verdad, pero escuchar su propia voz con ese tono calmado le causaba cierto alivio.

Joanna avanzó hasta la puerta del camarote y comprobó que la cerradura estaba ligeramente atascada, por lo que no pudo abrirla hasta que se decidió por golpear con una patada nada femenina aquel pedazo de madera húmeda y esta venció. Al instante, el ruido del exterior, que antes había sido moderado, se hizo insoportable. Joanna abrió la puerta hasta conseguir que su cuerpo y su voluminoso vestido pudieran salir hasta un estrecho y oscuro pasillo. Cerró la puerta de un solo golpe seco y, con decisión, se encaminó a la cubierta. Tan solo había caminado un par de pasos cuando el barco dio otro tumbo y ella perdió el equilibrio, pero por suerte logró sostenerse de la pared de madera y

prosiguió caminando con rapidez. Se negaba a seguir observando lo que sucedía en el agua a través de esa lujosa cristalera, tenía claro que la muerte no iba a alcanzarla mientras estaba encerrada y muerta de miedo en un camarote.

Tan pronto como llegó a las escaleras que conducían a la cubierta superior del barco, alguien apareció tras ella. Era un joven marinero que aparentaba su edad, unos veinte años. El chico estaba completamente empapado y sus facciones aniñadas se mostraron sorprendidas y casi escandalizadas al verla allí.

—Lady Taylor, ¡vuelva ahora mismo al camarote! —dijo—. ¿No ve lo que está sucediendo?

Joanna alzó su rostro con orgullo y pudo ver que incluso en esa situación podía causar cierta coacción a ese muchacho, pues él bajó la cabeza un tanto intimidado. No era la primera vez que lo veía, sabía que se llamaba Brendan y varias veces, desde que habían salido de Inglaterra un par de meses atrás, lo había sorprendido mirándola con una especie de platónica adoración masculina que brillaba en sus ojos verdes. Nada que ella no hubiera experimentado ya antes en Inglaterra.

—Quiero decir... si usted lo desea —se corrigió el chico.

—Quiero ayudar —le dijo Joanna—. ¿De qué sirvo en un camarote?

—Debe mantenerse a salvo...

—¿A salvo? —lo increpó ella, cortándolo a mitad de la frase—. ¿Cuál es la diferencia entre morir encerrada allí y morir en cubierta?

Brendan se quedó callado unos segundos y, cuando una nueva sacudida azotó el barco con gran violencia, pareció reaccionar de nuevo y se dirigió a la escalera de cubierta.

—Sígame, le encontraré algo que hacer.

Algo más relajada, Joanna asintió con la cabeza y lo siguió con dificultad por todas las zonas de ese galeón que esa misma mañana había sido el barco más bonito y lujoso que ella había visto nunca. El Reina Mary Jane había vivido muchos viajes antes, pero se derrumbaba ante esa tormenta como lo habría hecho cualquier otro navío.

Arriba, el capitán Finchley corría de un lado para otro, dando órdenes y con la peluca de cabellos blancos ladeada sobre la cabeza. Una pequeña ola, apareciendo de pronto, caló el cabello oscuro de Joanna e hizo que este se pegara de forma molesta a su piel. Saboreó por primera vez la intensa sal del mar en sus labios. La muchacha los apretó y se enfrentó a ese panorama en el que todos los hombres corrían, gritaban, tiraban de las velas y trataban de hacerse con el control de una nave totalmente descontrolada. Una nueva y grandiosa ola golpeó el lado de babor e inclinó el barco con fuerza hacia estribor. Joanna se agarró a la barandilla junto a la que se encontraba y con un vistazo al otro lado del barco alcanzó a ver que un par de tripulantes caían al agua entre gritos.

Tragó grueso y trató de respirar, pero el aire estaba demasiado húmedo y salado. Se colaba por sus fosas nasales y llegaba de nuevo hasta su boca de una forma muy desagradable. Las velas se movieron violentamente y el barco se estabilizó de nuevo una vez más, aun sin dejar de tambalearse de un lado a otro, crujiendo y formando un aullido lastimero que atravesaba el aire. Y, de pronto, Joanna alzó la vista hacia el frente y obtuvo una visión aterradora; olvidó la razón por la que había subido a cubierta, así como olvidó cualquier otra cosa que estuviera con ella en ese barco y en ese momento.

Pensó en su familia: su hermano, su padre, sus tíos... Todos ellos acudieron a su mente en ese instante, al igual que lo hizo su madre, que había muerto hacía años. Pensó en el contraalmirante Evans, ese prometido que la esperaba en Port Royal y que no volvería a verla nunca más, pero que, sin duda, creía que tampoco la extrañaría especialmente. Con la cabeza alzada al

frente, sus ojos reflejaron la que seguramente era la peor parte de la tormenta; esa que no había pasado todavía y que se acercaba al Reina Mary Jane a una velocidad inaudita, con forma de olas tan inmensas como cinco barcos apilados unos sobre otros.

Y Joanna sintió miedo, en esa ocasión se trataba de un miedo verdadero, no tan solo un esbozo de este. Tuvo miedo porque por primera vez pensó en ella misma, en que moriría con veinte años de edad, sin haber hecho absolutamente nada medianamente apasionado en su vida. Sin haber vivido ninguna experiencia memorable, una historia de amor o, simplemente, sin haber llegado a ser feliz. Nunca.

Ese fue su último pensamiento antes de que la enorme ola engullera el barco y lo hiciera desaparecer bajo las aguas como si nunca hubiera estado allí. Como si, simplemente, nunca hubiera existido.

Para Zarah las cosas no se han vuelto más sencillas, deberá aprender nuevas costumbres y adaptarse a convivir con una nueva familia. Los retos no parecen tener fin ahora que debe tomar su lugar como una Capadocia.

Sin embargo, cuando las pesadillas de la niñez se vuelven realidad, nada podrá prepararla para enfrentar el peligro que se cierne sobre ella. El asesino de su madre ha regresado. Y esta vez, no estará dispuesto a dejarla escapar...



Zarah tendrá que alejarse de su familia para comenzar a vivir una vida colmada de costumbres desconocidas y reglas sumamente estrictas. El mundo de La Capadocia es complicado, pero no tanto como el tener que enfrentarse al pasado de una vida de la que nada recuerda. Y cuando el verdadero entrenamiento comienza, las cosas parecen ir de mal en peor.

Allan sabe que el amor que siente por Zarah está prohibido, pero no está dispuesto a dejarla ir, ya ha esperado suficiente por ella. Y cuando el peligro que una vez amenazó la vida de su amada vuelve a acechar, esta vez de forma más peligrosa, Allan sabe que tendrá que dar todo de sí para protegerla. No obstante, las cosas no parecen ir bien, y es seguro que, si ella no se prepara para enfrentarlo, puede que esta vez no escape con vida.

Allan hará todo lo posible para convertir a Zarah en una guerrera

Capadocia, aunque implique tener que ser duro con ella. Es el momento para que Zarah aprenda a confiar en sí misma si es que quiere sobrevivir.

Victoria Magno nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión. Como madre de una niña con autismo, una de sus más importantes metas es difundir información sobre este trastorno. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con “capacidades extraordinarias”, la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con la que deben enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales. También escribe bajo el nombre de Estrella Rubilar.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Victoria Magno

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-020-2

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

MEMORIAS DEL CORAZÓN

NOTA EDITORIAL

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

AGRADECIMIENTOS

NOTA DE AUTORA

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE VICTORIA MAGNO

CRÉDITOS